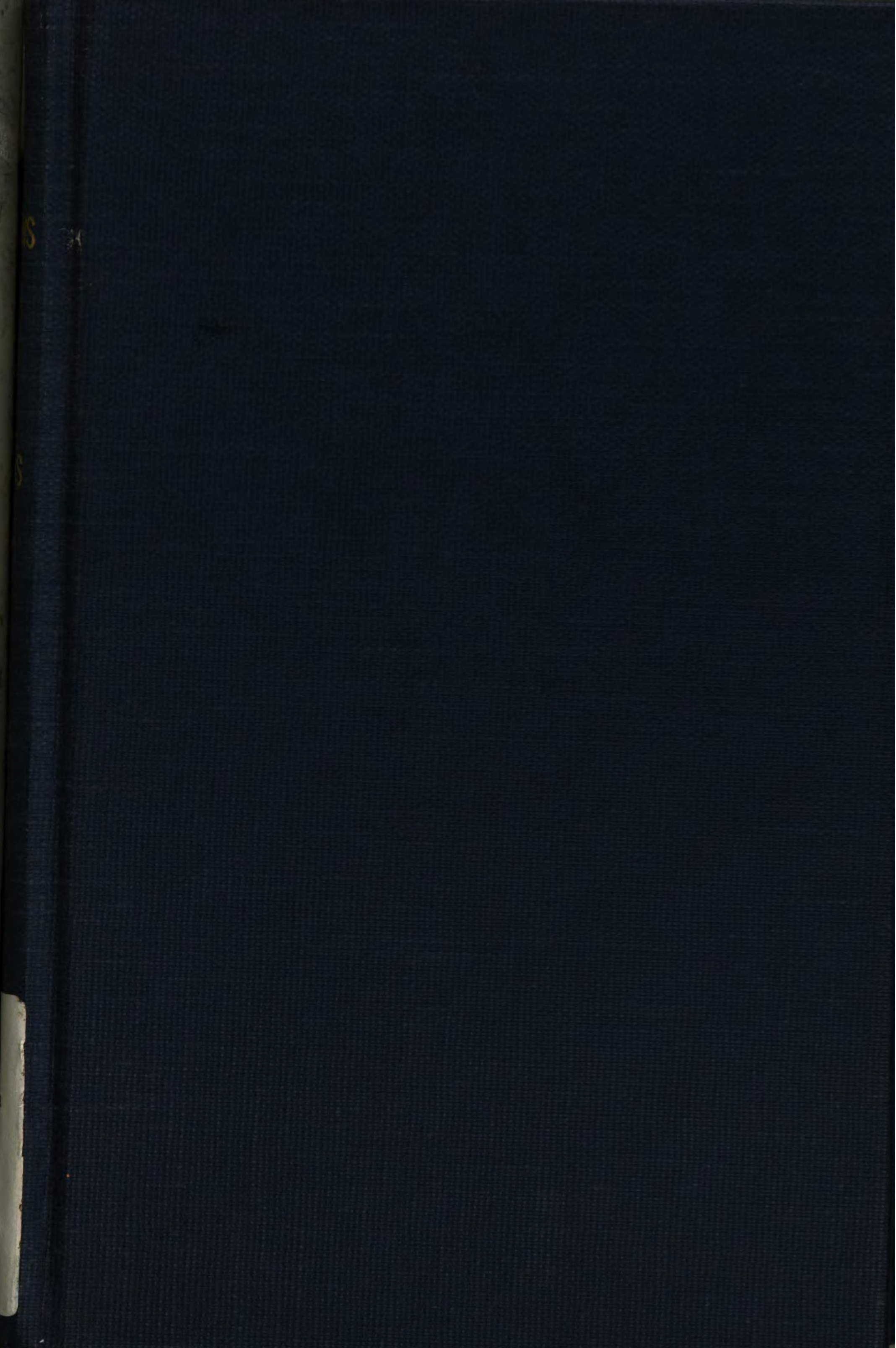


[redacted]





CALL NO.
G981.06
An26jTSa
cop 2

AUG 10 1966

TO BIND PREP.
DATE 8-3-66

NEW BINDING [ ]
REBINDING [X]
REGULAR [x]
RUSH [ ]
LACED-ON [ ]
BUCKRAM [x]
SPECIAL PAM. [ ]

AUTHOR AND TITLE

Andrews.
Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica.

CATALOGUER ev
RETURN BOOK TO la

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER [ ]
STUB FOR: T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOKPLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

VIAJE DE BUENOS AIRES A POTOSI Y ARICA

CAPITAN JOSÉ ANDREWS

Este viajero inglés, que fué comandante del "Windham", conocía el territorio sudamericano antes de emprender su viaje de 1825-1826, relacionado con las famosas especulaciones mineras de esa época.

Llegó a Buenos Aires el 26 de marzo de 1825, interesándose particularmente en negocios para explorar los minerales del Famatina (La Rioja). Pasó a Córdoba, Tucumán y Salta, cuyas costumbres observó, siguiendo más tarde a Potosí y Arica.

En 1827 publicó, en Londres, la interesante obra *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825-1826*, que ha sido vertida al castellano por Carlos A. Aldao.

"LA CULTURA ARGENTINA"

Joseph
CAPITAN ANDREWS
Ex Comandante del "Windham"

Viaje de
Buenos Aires a Potosí y Arica
en los años 1825 y 1826

Con una introducción de
CARLOS A. ALDAO



ADMINISTRACION GENERAL:
VACCARO, Avenida de Mayo 638, — Buenos Aires
1920

ADVERTENCIA

Esta obra es traducción de la publicada en Londres en 1827 con el título de *Journey/from Buenos Aires/through the Provinces of/Córdova, Tucumán and Salta, to Potosí/thence/By the deserts of Caranja to Arica/and subsequently/to Santiago de Chili and Coquimbo/undertaken on behalf of the/Chilian and Peruvian Mining Association/in the years 1825-26./By Captain Andrews/Late Commander of H. C. S. Windham.* El capitán José Andrews era propietario del barco "Windham" de la Compañía de las Indias, que fué vendido al gobierno de Chile en 1818 y que aparejado de fragata con el nombre de "Lautaro" se batió frente a Valparaíso, al mando del capitán O'Brien, contra la fragata española "Venganza" y el bergantín "Pezuela".

Me ha decidido a traducirla la circunstancia de tratar del estado social y costumbres de las actuales provincias de Córdoba, Rioja, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, en el primer cuarto del siglo pasado. Puede considerarse complementaria de las que anteriormente he traducido, debidas a las plumas de Robertson, Hall, Haigh, Head y Proctor, en cuanto completa la descripción de todo el territorio argentino, en años tan interesantes para la mejor comprensión de nuestra historia. Todas podrían caber bajo el título de *Cómo nos han visto los ingleses durante la Revolución*.

CARLOS A. ALDAO.

Buenos Aires, 1919.

PREFACIO

La reducción de una clase de fondos públicos, en 1824, junto con las aprensiones de los tenedores de títulos en general, de que todas las seguridades públicas correrían la misma suerte, llevó al mercado una cantidad abrumadora de capital sin empleo. Las sociedades anónimas surgieron con la natural ansiedad de encontrar nuevas y provechosas inversiones, y muchas de éstas fueron de la índole más absurda y novelesca. En aquel momento el Nuevo Mundo parecía ofrecer campo inagotable para emplear el exceso rebosante de capital. Se formaron numerosas compañías de minas entre una variedad de otros proyectos, con el propósito arriba mencionado. Sin embargo, mucho antes que fuese posible recibir utilidad de cualquiera de estas empresas, apareció en los periódicos la noticia de una entrada por la aduana de lingotes de metales preciosos procedentes de una de las compañías recientemente establecidas. El público, sin averiguar más, concibió que Sud América era el escenario para realizar todos sus sueños dorados. Los certificados de la compañía a que estas riquezas pertenecían, subieron quinientos o seiscientos por ciento, mientras los de otras, aprovechando la excitación, subieron proporcionalmente. No se consideró que este aumento extravagante de valor sería efímero, hasta que se produjo el pánico y rápida baja, acompañada de ruina en toda forma. Los mismos efectos irracionales aguardaban a la declinación de estos proyectos, que los que habían señalado su formación; así, la compañía de engañifa y la de valor positivo, cayeron juntas, y fueron lo mismo tachadas de inmorales. Las relaciones comerciales de la Gran Bretaña con el Nuevo Mundo que deben, naturalmente, afectarse con su éxito o caída, nunca se consideraron un momento; siendo rasgo de la época una desconsideración general de las consecuencias.

Si estas variadas compañías mineras no debiesen producir otro beneficio, por lo menos contribuían a hacernos conocer geográficamente el interior de un vasto continente, sus productos vegetales y animales, y los hábitos de gente con quien había sido política de sus primeros dominadores que nosotros no fuésemos, si lo éramos, más que superficialmente conocidos.

Quien escribe los presentes volúmenes es, sin embargo, de opinión que este no es todo el beneficio que este país derive eventualmente de las recientes sociedades. Se atreve a diferir de aquellos que desacreditan *in toto* las tentativas

hechas para invertir capital británico en restaurar para Sud América el poder de producir su gran beneficio conforme a las leyes del comercio de metales preciosos. Afirma que los esfuerzos hechos últimamente, fracasaron, no por cualquier deficiencia de los productos mineros del país, pues notoriamente abundan; ni por ningún cálculo errado de los autores de las compañías más respetables (quienes, en el caso concerniente al escritor, perdieron cuanto chelín adelantaron), sino enteramente por el mal manejo en llevar el mismo objeto a la práctica.

Debe admitirse que mientras se mostraba gran falta de juicio en la constitución y organización de estas compañías, nada se encontraría antes en nuestros anales comerciales comparable con la manera antiinglesa en que a algunas se las dejó morir, en tiempo que, a pesar de los errores cometidos, se podía decir estaban cómodamente establecidas; y, además, cualesquiera sean las causas del pánico último, o la historia de las circunstancias que acompañaron a la disolución de tantas sociedades anónimas (y se llenarían volúmenes con su enumeración), se admitirá que el público mereció no escaso vituperio por su precipitación y credulidad de que, en tantos ejemplos, arteros bribones se aprovecharon. Esta, con todo, no es razón para condenar la moral de estas empresas, pues si así fuese, los fondos públicos nacionales pueden atacarse con igual justicia.

El escritor presente piensa de tan distinta manera sobre el punto con muchos otros, y se siente tan apoyado en sus opiniones por la observación local, hasta asegurar que, si una sociedad privada, de una docena de capitalistas, aun ahora, sacase las pertenencias y proveyese los materiales de cualquiera de las asociaciones *bona fide* caducadas, yendo a trabajar de modo económico y racional, resultaría una amplia retribución. Ningún hombre razonable que conozca un poco Sud América, soñaría en realizar en pocos meses cargas de oro y plata como beneficio por el simple adelanto de la primera cuota sobre un millón de pesos. No obstante, se abrigó esta expectativa absurda por una mayoría de accionistas en las recientes compañías.

Tal fué la precipitación y avidez de ganancia abrigada aquí, que la vasta extensión de un país difícil de explorar en búsqueda de minas nunca se calculó, durante la locura pasada, ni se previeron en lo más mínimo los cambios políticos ocurrentes en Sud América. Uno de éstos, en el caso del escritor, malgastó en un instante las minas más notables del país, y, como sucedió, selló herméticamente las peores. Todo se medía con el cartabón de este país. Se esperaba que viajes, dos o tres veces más largos que de Johny Groats al Fin de la Tierra, entre los mismos Andes, se hiciesen con rapidez de diligencia postal. Los gerentes de compañía, influenciados por el frenesí popular, eran forzados a hacer gastos prematuros, antes que el resultado de las primeras operaciones de sus agentes les llegaran. Las minas sudamericanas debía entrar en plena explotación y dar beneficios multiplicados por mil, en el breve espacio de tiempo que empleaba la avidez en imaginarlos. ¿Es de admirar que tantas

de ellas fracasaran, y no es igualmente asombroso que algunas continúen existiendo?

No es culpa de Sud América, agotada por la guerra, ni de sus ricas aunque abandonadas minas, que la Gran Bretaña no recoja ahora los frutos de minas que sus especuladores malbarataron en el magnífico esfuerzo de reemplazar a los capitalistas españoles en aquel país, uniendo con ello indisolublemente a los Estados emancipados, mediante vínculos de interés recíproco, con el comerciante, fabricante y armador de este país. Acaso ha de atribuírse a mal manejo de más de una clase. La columna dorada estaba a nuestro alcance; el alzaprima y la palanca en nuestro poder; pero también nos faltó la usual habilidad, experiencia y espíritu para levantarla.

La partida para Sud América del compilador del presente diario (pues es poco más), fué muy repentina. No había empleado más que pocas horas con dos o tres individuos altamente respetables que proyectaban formar "La Compañía de Minas Chileno-peruana", cuando salió de Londres con un día de aviso. A las 4 p. m. recibió instrucciones escritas de la Compañía y a las siete estaba en la diligencia para Falmouth, de donde zarpó para Buenos Aires; y después de un viaje agradable, en compañía de los comisionados de otras dos compañías, cuyos propósitos tenían el mismo fin, llegó el 26 de marzo de 1825. Debe también agregar que era accionista considerable de su Compañía.

Conviene establecer previamente que cuando salió de Inglaterra para América, había la impresión más fuerte en el público, de que los varios agentes de las compañías no conseguirían minas suficientes para los capitales anunciados en distintos prospectos, lo que produjo efecto de crear rivalidad entre ellas, calculadas para hacer fracasar sus vistas recíprocas. Esta rivalidad. en efecto, produjo tal suba desordenada en el precio del artículo, que meros nombres de minas eran arrebatados con una avidez que dejaba atrás toda consideración del mérito o valor intrínseco.

Bastaron pocos días, después del arribo del que escribe a Buenos Aires, para convencerle que eran necesarias más que la precaución y circunspección ordinarias, tanto con respecto a conseguir los fines de su misión, como al punto donde debía dirigir sus primeras operaciones. Encontró el estado político y minero del país exactamente a la inversa de lo que esperó en Inglaterra. Chile, entonces el único abierto en apariencia, estaba ahora en plena efervescencia política, con sus mejores minas monopolizadas. Por negarse el gobierno de La Rioja a suscribir los compromisos negociados por el señor Rivadavia en la Gran Bretaña, el famoso mineral de Famatina estaba libre. Las otras provincias del Río de la Plata estaban libres y sin compromiso, en cuanto a cualquier concesión o privilegio exclusivo. Con la batalla de Ayacucho y la subsiguiente expulsión de la última fuerza remanente en el Alto Perú al mando del general Olañeta, las provincias mineras superiores de Potosí, Porco, Lipes, Chayanta, Chichas y Atacama, ofrecían sus vastos recursos, todas dentro de la ubicación expresa de la Compañía. A estas consideraciones en la mente del escritor se agregaba otra de no

poca importancia. Supo por míster Miers, recientemente llegado de Chile a Buenos Aires, que uno de los caballeros delegados para actuar junto con él en representación de los intereses de la Compañía en Chile, y el único individuo de los dos en cuya liberalidad y talento mineralógico podía confiar, había estado algún tiempo empeñado en consolidar las minas de aquel país para un interés opuesto.

El que escribe, no cree inoportuno manifestar aquí haber pasado varios años en Sud América antes de la presente visita. En consecuencia, conocía algo de los hábitos y costumbres de la gente con que iba a negociar; y lo qúe era quizás más importante para sus principales, estaba al corriente del carácter y capacidades del conjunto de los agentes residentes con quienes tuvo que tratar en Santiago de Chile. No tenía ningún poder definido para nombrar otro agente en reemplazo del que había encontrado, al llegar a Buenos Aires, comprometido con otra firma. En consecuencia, uno de estos agentes se creyó sin autorización para actuar con capacidad separada; pero si el escritor hubiera tomado sobre sí nombrar otro, las circunstancias después han demostrado que hubiera incurrido en una seria responsabilidad personal. Fué bien para él, cuando se han visto los resultados, que se mantuviese apartado de la competencia chilena. Además, no era extraño, por pasada experiencia en el extranjero, a las sumas que podían prodigarse, y a los gastos en que se incurría mediante agentes irresponsables, en negocios que, por desventajosos que finalmente resultasen para los propietarios, no rebajarían el monto de sus comisiones. Creyó imprudente, especialmente en el entonces estado crítico de las relaciones mineras en Chile, sujetarse a cualquiera de las alternativas que se le presentaban: es decir, la carga de una pesada responsabilidad pecuniaria de compromisos en dinero, acompañada de gran sacrificio, o sumisión al reproche de haber abandonado cosas en apariencia buenas que se ofrecían mediante las vinculaciones y el celo de un agente. Finalmente, el escritor concluyó que los indudables talentos y celo de un agente de compañía en Santiago, se emplearían de lleno tanto para su interés bajo la responsabilidad de él como bajo la responsabilidad del individuo enviado de Inglaterra por la Compañía para adquirir minas en su nombre. El escritor se percataba de la desazón que su decisión crearía en la mente del agente en cuestión; también preveía censura y reproche como consecuencia de proceder según las circunstancias le indicasen, y los sucesos en seguida resultaron óptimos; pero escasamente calculó sobre la denuncia de su conducta antes de ser comprobada por sus buenos o malos resultados, aun menos que el individuo en cuestión hubiese escrito a los directores para inducirlos a tal desaprobación de los procederes del escritor cuando probablemente ocasionarían, de enviarse para sucederle persona más flexible o menos escrupulosa. Ahora no importa el grado en que él influyó para desventaja del escritor en el ánimo de los directores; pero tiene la satisfacción de discurrir que, tanto tiempo como pudo hacerlo, se opuso al gasto innecesario de cualquier clase. Su idea, desde el principio, fué asegurar campo aprovechable y suficiente para el empleo del capital social y, he-

cho esto, volver al hogar con los contratos que había hecho, para conferenciar con los directores sobre los medios más eficaces de llevarlos a debido efecto; pensando poco que los directores serían impelidos por el espíritu de los tiempos a embarcar un establecimiento costoso de mineros e implementos antes de haberlo oído. Esto, más especialmente, desde que con referencia a aviso de una compañía rival, señaló las pérdidas inevitables que deben resultar de procedimientos tan prematuros.

Conforme a sus instrucciones dió a su hijo poder suficiente para lo que concebía beneficiase a la Compañía, sin comprometer su capital; y le dió órdenes para después que conferenciase con el agente en Santiago de Chile, siguiese sin demora por el Pacífico, teniendo en vista operaciones en el Perú. Allí entraría en arreglos preliminares relativos a las minas de Huantajaya, Tarapacá y Puno en caso de llegar primero a esos distritos. Completados sus arreglos en Buenos Aires, el que escribe se trasladó a Córdoba con la buena perspectiva de obtener minas de cobre en aquella región, con vistas también a los célebres cerros de La Rioja. En Córdoba permaneció como punto intermedio que lo habilitaba para operar en cualquier lugar, según lo aconsejasen las circunstancias, hasta el arribo del socio esperado con ayudantes científicos, en el próximo paquete, y entretanto se ocupó de negociar con el gobierno e individuos de Córdoba a los fines arriba expresados. Por fin recibió cartas de su hijo, a quien había enviado a Chile, y del agente de la Compañía allí, sumamente satisfactorias en cuanto a desvanecer cualquier duda anterior existente en su mente tocante a la eficacia de su ruta divergente, y decidió efectivamente la conveniencia de seguir para el Perú sin más demora. En camino desde Córdoba aprovechó contratos provisorios en Tucumán y Salta, que estimó benéficos para la Compañía, en caso que entrase tan ampliamente en transacciones mineras como el espíritu de los tiempos cuando salió de Inglaterra, dábale derecho a esperar.

En Potosí su labor fué interrumpida enteramente por una carta del secretario de la asociación informándole, con sorpresa suya, de que una instalación de mineros, fundidores, etc., etc., estaba en camino para Chile. Inmediatamente partió para Arica, donde, después de embarcarse, llegó a Coquimbo en tiempo para ayudar en las primeras operaciones prácticas de la Compañía en aquella sección.

El lector pensará que se ha dicho bastante aquí de la relación del escritor con la compañía que habíale recientemente contratado. Se debía a sí mismo, sin embargo, no decir menos en muchos respectos. Ahora solamente aludirá a las vistas precipitadas y superficiales sobre minería americana tomadas por algunos que fueron despachados por sociedades anónimas con el fin de negociar en el mismo ramo. La ignorancia completa de muchas de estas personas, de la minería misma, país, idioma y recursos para abrir laboreos antiguos o empezar nuevos, marchaba a la par con las disparatadas expectativas de provecho inmediato que se permitían los especuladores en Inglaterra, y contribuyeron igualmente a muchas de las pérdidas que se han sufrido. El que escribe,

no vacila en afirmar, que el modo generalmente adoptado, fué el más erróneo que pudo haberse seguido. Afirma, con óptima práctica, que se necesitaba, no mineros, sino capital para reemplazar el que los nativos habían perdido; y este capital, introduciendo oportunamente los adelantos de la ciencia europea en la mecánica y tratamiento de minerales, incluía todo lo requerido. El minero europeo está fuera de su elemento en América. No puede trabajar tan duro como el nativo ni entiende tan bien su negocio en aquel país. Debe pagársele diez veces más, y su alimentación se provee con diez veces el costo. Las minas suamericanas deben dirigirse bajo los mismos principios de cautelosa experiencia que se observa en empresas similares por los nativos, y el mismo sistema general adoptado, o no se espere que remuneren a los aventureros.

El escritor considera profundamente lamentable que los *Rough Sketches* del capitán Head fueran publicados en momento tan inoportuno, para aumentar el disgusto general. Las declaraciones de autoridad tan respetable por su talento y carácter eran a propósito para impedir, por parte del público, aquella investigación imparcial de los hechos referentes a la minería americana, que era muy deseable tuviese lugar. La gente, ante una prueba semejante, no se toma la molestia de pensar y razonar, sino que acoge las opiniones registradas. Considera sus pérdidas individuales como criterio para sus juicios. No le sorprende que la superficie y el interior de una mina como la de San Pedro Nolasco, por ejemplo, no se pudieran ver bien sin nada más que un examen momentáneo y a la ligera. Meses más bien que pocas horas se necesitan para la tarea de determinar el valor intrínseco de tal obra.

El escritor admite francamente la justicia de las observaciones del capitán Head tocantes a utilizar en América el sistema minero británico. Clima, rarefacción del aire y modo de trabajar son objeciones formidables, y no se sorprende de que una vista del interior de estas minas bastase para hacer que los cornwaleses apoyaran el abandono de los objetivos del capitán Head, más aun, que lo apremiasen, especialmente cuando tenían su paga asegurada por largo tiempo sin servir en ellas. Debe establecerse, sin embargo, que los mineros sudamericanos (a quienes el presente escritor tuvo en vista para la parte de labor al servicio de la Compañía), en las populosas y altas regiones del Alto Perú, nacidos y criados para los inconvenientes del país, y no forzados, como los indios, a trabajar más allá de sus fuerzas físicas, pasan la jornada de trabajo con tan poca fatiga como un obrero inglés que está en el mayal desde la salida hasta la puesta del sol. Las grandes fuerzas físicas de estas gentes se admiten por el capitán Head, aunque de manera extrañamente contradictoria consigo mismo. (1). Por ejemplo,

---

(1) "Teníamos por delante una casucha desamparada y se nos acercaron dos o tres mineros de aspecto desdichado, cuyo pálido rostro y figura agobiada parecían asimilarse con la escena que los rodeaba. La vista desde la eminencia donde estábamos de pie era magnífica, era sublime; pero, al mismo tiempo, tan espantosa

¿cómo corresponde con la fuerza física superior el aspecto pálido y exhausto de los mineros? No interesa al propietario el abrumar de fatiga a los pocos mineros prácticos obtenibles, y el autor duda si los mineros ingleses, saliendo de sus cavernas subterráneas en traje de trabajo, no parecerían igualmente cadavéricos y fatigados.

Ningún motivo tengo para hablar con elogio de las asociaciones mineras desgraciadamente dirigidas como lo han sido; pero es mi deber dejar sentado mi disentimiento con el capitán Head en cuanto al gran principio de su importancia para nosotros como nación, no obstante las grandes pérdidas procedentes del mal manejo y los cálculos de una avidez sobreexcitada. Solamente he dicho "allá había terreno y aquí capital", así únicamente América nos hubiera recompensado con amplitud.

El capitán Head afirma en la introducción de sus informes que se han gastado ya dos millones en negocios de minas sudamericanas y que muchos millones están aún comprometidos. El presente escritor desearía que él explicara cuándo y cómo, y duda si incluyendo su propia Compañía y otras cuatro formadas para Chile, Perú y La Plata, se hayan invertido £ 300.000. Pero si los cálculos de £ 2.000.000 fuesen exactos, ¿qué es la pérdida de tal suma incluída en los retornos en lingotes de este país, o cómo puede afectar al bienestar comercial de la Gran Bretaña? Porque hayamos enterrado £ 2.000.000 (aunque el autor duda si hemos gastado ni la mitad de esa suma, incluyendo las minas de Pasco), y porque Sud América no tiene actualmente (y esta es una afirmación atrevida) ni rango político ni carácter moral, ¿hemos de dejarla librada a su suerte, abandonar todas las perspectivas en ella de nuestro beneficio nacional, y no tratar de resarcir nuestras pérdidas, ni mejorar aquellos lindos países con nuestro ejemplo e influencia?

Todos los que han leído el libro entretenido del capitán Head han de recordar la descripción de las célebres minas de San Pedro Nolasco, donde los temporales, la fatiga, el calor, el frío, la carne dura, el agua de nieve derretida, parecen haberse considerado como obstáculos para explorarlas. Desde entonces estas mismas minas han sido trabajadas por un amigo del presente escritor—¡estas mismas minas de San Pedro Nolasco que el capitán Head rechazó!—y se ha realizado ya una suma de dinero muy grande. (1). Este amigo,

---

que uno dejaría difícilmente de estremecerse". (*Head's Sketches*, pág. 220-221).

"Y entonces mandé venir uno de los acarreadores con su carga y, poniéndola en el suelo, traté de levantarla pero no pude, y cuando dos o tres de mi grupo me la pusieron sobre los hombros, apenas podía caminar con ella. Un minero inglés de los nuestros era de los más fuertes de todo el grupo de cornwaleses, sin embargo, apenas podía caminar con la carga, y dos de nuestro grupo que intentaron soportarla, absolutamente no pudieron y exclamaron:—Eso nos quebraría los hombros". (Pág. 226-227).

---

(1) Mientras las páginas anteriores estaban en prensa, míster Guillermo Hodgson recibió una carta del capitán R. A. Robson, de la que se me ha permitido publicar el siguiente extracto, que *da existencia a la opinión que he expresado repetidamente, del gran valor de las minas de San Pedro Nolasco, y la grave pérdida en*

debe notarse, trabaja con brazos nativos; y conociendo el país, y aplicando únicamente las ventajas adicionales que su ciencia puede suministrar, ya ha realizado la remuneración más hermosa. Este hecho vale mil aseveraciones para todo lector sin doblez.

Al considerar la cuestión minera sudamericana, nunca se basaron los cálculos en la competencia del minero nativo. La superioridad del europeo se daba por probada; pero la falacia estaba en imaginar que mineros cornvaleses de cobre y estaño fueran jueces competentes del aspecto, clase y valor de substancias metálicas a que no estaban acostumbrados, sin haber tenido práctica previa en el país. ¡Sería razonable esperar que dirigiesen hombres a quienes les faltaba dirección!

La obra de Mr. Miers (1) en lo tocante solamente a Chile, es la mejor que se ha publicado hasta hoy. El contratiempo de algunas de sus especulaciones sin duda le hizo incurrir en algunas inexactitudes, previniéndole contra el carácter chileno; pero su libro es un valioso auxiliar para nuestro conocimiento de ese país. Chile es, indudablemente, la región minera más pobre de Sud América y, naturalmente, no ha de compararse con Perú. No se jacta de la crecida población minera del último país y, por tanto, no puede sostener una gran competencia o soportar aventuras experimentales en grande escala; sin embargo, puede tener, y tiene, abundancia de minerales preciosos. En productos vegetales es copioso, y particularmente en Santiago se ha dedicado poca atención a las exploraciones mineras. No obstante, se admite la existencia de minerales preciosos por todo y en consecuencia debe haber un modo de dar con ellos, aun en Chile, hoy tanto como en adelante. Como debe hacerse esto es cuestión que las últimas compañías y quienes conocen mejor el país, han de decidir.

---

que la asociación ha incurrido en este distrito por la conducta del capitán Head. Puede observarse que, tanto el que escribe la carta como el destinatario, son perfectamente *desinteresados*, no estando ninguno de llos en relación directa o indirecta con la Compañía Minera del Río de la Plata:

"Santiago de Chile, febrero 8 de 1827.

"He estado últimamente con Mr. Humphrey Bunster, por sus minas de San Pedro Nolasco; Mr. Bunster ha extraído minerales que le darán más de 400.000 duros". (*Lieutenant Grosvenor Bunster's Observations on Captain F. B. Head's Reports relative to the Failure of the Río de la Plata Mining Association,* pág. 146).

---

(1) Este caballero, hostil al pueblo chileno y a sus minas, afirma que "a consecuencia de la revolución y el aniquilamiento impolítico del capital español, las minas aquí han sido menos extensamente trabajadas". (*Mier's Travels in Chili,* pág. 447-448). Asegura que en 1817 la acuñación de moneda de aquel país fué de £ 1.161.283 en duros, pero en 1824 solamente de £ 193.094, acusando una deficiencia de un millón anual en siete años. ¿Dónde ha de conseguirse capital para trabajar las minas y llenar esta deficiencia? El gobierno británico debe percatarse bien de este hecho, como que afecta a Sud América en general, por la gran deficiencia en los últimos años de las remesas en lingotes hechas en barcos de guerra, y debe sentir que es objeto de gran importancia que la provisión se renueve.

Las presentes páginas son principalmente compiladas de memoria, con ayuda de notas escritas con lápiz, sin el menor propósito de publicación futura; de aquí la disculpa del escritor por cualquier falta de amplitud que se note. Su rumbo era nuevo; pocos o ninguno de sus compatriotas nunca tomaron la ruta desierta del Pacífico, y disfrutó la satisfacción en cruzarla como premio de algunos transitorios inconvenientes y fatigas. No tiene pretensiones de autor. Desea contribuir con su grano de arena a la información general acerca de Sud América; pero, es marino cuyo derrotero en la vida, como el contenido de estos volúmenes, ha sido inconstante, áspero y variado como el paso de los Andes en mulas salteñas; y su objeto principal es gobernar su barco con buena estima hasta el fin del viaje. Con este carácter y pretensiones, espera suavidad en la crítica, en la certeza de que sus móviles, si puros serán respetados, y que quien no da sino poco, si da todo lo que tiene, tiene derecho a la misma recompensa, en cuanto a la intención, que el más rico donante.

CAPITULO I.

A vista de tierra.—Consuelo en el desagrado.—Paso por la isla de Lobos y de Flores.—Montevideo.—Navegación a Buenos Aires.—Población de esa provincia.—La ciudad de Buenos Aires.—El paseo público.—La ópera.—Economía doméstica de los ciudadanos.—Salida para Córdoba.—Las Pampas. Inconvenientes del viaje.—Las botas gauchas.—Modo de agarrar perdices.—Cambio de paisaje.—El paso de Ferreira.—Negro repugnante.—Llegada a vista de Córdoba.

La falta de interés y monotonía del viaje marítimo son proverbiales. Por consiguiente, pasaré por alto sus escasos detalles y comenzaré en el punto que avistamos la primera tierra del continente americano el sábado 19 de marzo de 1825, a las 12 m. La atmósfera era tan brumosa que se distinguía solamente la costa en línea muy confusa. Por su aspecto combado y debida referencia a estima y sondajes, inmediatamente se declaró ser y fué saludada como el Cabo Santa María. Nuestro capitán inmediatamente viró y se alejó con precaución que no hacía honor a su experiencia, pues habría peligro en caso de haber intentado entrar de noche en el Río de la Plata. El marino que llega de mar afuera no siempre computa exactamente el movimiento de las mareas en la navegación de este río, y así muchos barcos han sido echados sobre bajíos y bancos de arena cuando los de a bordo se imaginaban en buen derrotero y en pleno canal.

¿Quién no ha experimentado el placer indecible de ver tierra, tras dos o tres meses de mar? ¿Quién ha cruzado la grande, alborotada y, para la mente del viajero, interminable hondura, fastidiado por la uniformidad perpetua del espectáculo y enjaulado en la estrechez que proporciona el barco, y no se ha regocijado con la primera vista de tierra? Es semejante a una resurrección de la muerte. Luego vienen las promesas de independencia, placer y lujo relativo que la tierra ofrece. ¿Quién, en esta situación, no se ha animado ante la pers-

pectativa como nadie que no lo haya sentido puede expresar?

Pero esta sensación deleitosa no se limita sólo al pasajero no acostumbrado a la vida de mar; todos los que a bordo toman parte, desde el capitán que grita al vigía en lo alto del mástil para averiguar la situación de la tierra, hasta el mismo perro que parece gruñir instintivamente a la costa cuando, parado en el portalón, menea la cola y participa de la satisfacción observable en los rostros que lo rodean. En quienes no han estado antes en el mar y en los pasajeros parece obrar por contagio, causando una aberración momentánea del intelecto. Trepan las jarcias, algunos que nunca habían hasta entonces intentado el arriesgado experimento; otros se restregan las manos y rechinan los dientes en un paroxismo de arrebato, o llaman a sus criados sin saber para qué los necesitan. Uno revuelve sus bolsillos en búsqueda de la llave, que al mismo tiempo está segura en la gaveta del escritorio, mientras otros, sacando sus ropas y cartas, se aprontan para cuando el primer bote venga y atraque a la banda, aunque un momento de reflexión les convencería que al día siguiente hay bastante tiempo para hacer preparativos con este fin. Calmada algo esta excitación, el siguiente objeto que atrajo la atención general a bordo de nuestro barco fué la agilidad del patrón subiendo al mastelero (con catalejo pendiente de los hombros), con ardor muy grave e importante y seguido por un robusto marinero cerca de sus talones, especie de ayudante naval. Luego se le ve cruzar la verga de gavia y examinar con exactitud escrupulosa las prominencias de la costa, averiguando del oficial de cubierta la dirección de su anteojo con referencia a los puntos de observación más salientes. Satisfecho por completo, desciende, y con aire importante, realzado por el silencio característico de su profunda competencia personal, misteriosamente esquiva contestar algunas preguntas de sus pasajeros indolentes —preguntas ciertamente no del carácter más lúcido, dada la distancia de tierra en que el barco se encuentra:— "¿Vió algunas casas? ¿Alguna gente a caballo? ¿Algún ganado pastando?" A todo esto mantiene un silencio tremendo; da de patadas al animal más prudente de cubierta, el pobre perro que, para hacerse presente, ha saltado sobre la carronada del alcázar y le impide aproximarse a la bitácora, se precipita hacia la brújula y

finalmente baja como un rayo la escalera de la carroza. Prontamente es seguido por los pasajeros ansiosos, en desorden. Se estrechan en torno cuando fija la posición del barco en una carta muy usada y encuentra la distancia exacta al promontorio más próximo. Luego rompe su silencio misterioso, ordena se le traiga un vaso de vino o grog y, después de beber a la salud de sus pasajeros, pero no antes, les hace saber que su estima por observación lunar es exacta dentro de una milla y por cronómetro de tres millas y media al este u oeste de la verdadera, como sucedía en efecto. Ninguno de los presentes pone en duda esta afirmación, pocos son capaces de ello o, si lo son, no desean discutir el punto. Las esperadas observaciones laudatorias de su buena habilidad marinera se siguen. Rebosan numerosas y ardientes felicitaciones. Los socarrones empiezan a reiterar las frases más cumplidas sobre la habilidad superior y destreza de su jefe, que tan felizmente los ha traído a feliz término del viaje. El buen humor del patrón y su confianza en sí mismo corren parejas, pues los patrones, lo mismo que los príncipes, son susceptibles a la adulación. Ordena, en consecuencia, al mayordomo sondee las alacenas de vino en búsqueda de algún raro añejo que quería hacer creer había estado allí largo tiempo guardado, como tesoro escondido. Luego empina un segundo vaso y se apresura a ir sobre cubierta, ansioso de ser exacto en la situación de la costa. Entre tanto, todas las enemistades y disputas pasadas con él durante la travesía, se olvidan. El vino suyo es bebido lo mismo a su salud con aclamación unánime y se le anuncia en debida forma cuando vuelve a bajar. Por el honor recibido ahora está lo más graciosamente complacido en expresar su gratitud y además condesciende en hacer saber a su auditorio que tiene la perspectiva de desembarcar a todos bien, con los mejores deseos y esperanzas para ellos, el día siguiente. Esta última información hizo volver los sentidos errantes de los más confiados a la necesidad de arreglar las cosas para pasar otra noche. Los trajes fueron devueltos a los baúles por aquellos que poco antes estaban demasiado ciertos de hallar inmediatamente *terra firma*. La mañana alborea, pero ay! con lamentable disgusto de todos, no se veía la costa. El viento que hacía correr a lo largo felizmente el barco la tarde anterior, había cambiado y soplaba recio. Brotaron murmullos, no agudos

sino profundos. Algunos que la noche anterior eran los más expresivos sobre la habilidad del capitán, ahora insinúan sospechas de su mal manejo. Otros expresaban impacientemente su desesperación de no entrar jamás en puerto. Durante el almuerzo todo es silencio y abatimiento.

El capitán reservado y preocupado, los pasajeros taciturnos, hasta que el primero, para arreglar las cosas, ordena al mayordomo degollar el último lechón que quedaba a bordo y era destinado, sin duda, para regalar al agente, y hacer buena sopa de tortuga con la cabeza para los caballeros.

Esta orden dada tan claramente con la intención de restablecer la ecuanimidad, hizo pronto desaparecer la tristeza en todos los semblantes y las incertidumbres y chascos de *hacer tierra* sirven de alivio y proporcionan amplio tema de discurso para matar el tiempo, hasta esperar la reaparición, que se anticipa no puede tardar mucho.

El día siguiente al de nuestra primera vista de tierra, es decir, el 20 de Marzo, lo pasamos en recuperar el camino de la noche anterior. El 21, con tiempo delicioso, mar tranquilo como estanque de molino y todos de excelente ánimo, navegábamos cerca de la isla de Lobos. Un espectáculo nuevo fué presenciado aquí por la mayor parte de los pasajeros con la cabriolas de miles de focas y lobos que abundan en esta isla cubriendo literalmente toda su costa. Algunas se divertían con su cría; otras levantaban sus cabezas lloronas y se encaraban con nosotros cuando pasábamos cerca, con una especie de inteligencia de payaso pintada en sus continentes. Luego ajustamos nuestro derrotero para dar amplio rodeo a la isla de Flores, y al ejecutarlo y arrastrando demasiado en el Banco Inglés nos desviamos un poco de la ruta favorable; pero pasando al habla de la fragata brasileña "María Gloriosa" allí amarrada, halamos y navegamos en demanda del puerto de Montevideo donde fondeamos a media noche.

El martes 23 de Marzo, desembarcamos al romper el día, en compañía del capitán, para presentar nuestros respetos formales al Cónsul Británico y entregar nuestras cartas. Por ser demasiado temprano para presentar nuestros respetos consulares, vagamos por y en contorno de la ciudad, antes tan floreciente y bien dispuesta, pero

que ahora mostraba un cuadro de luchas intestinas y estragos de lo que "la peor ambición" llama "gloriosa guerra". Murallas arruinadas, calles abandonadas, habitaciones sucias y deterioradas, una población despreciable y mísera taraceada con toda variedad de colores, desde el negro azabache al mestizo y de allí al pálido tinte criollo. También había toda variedad de hábitos, el amplio y bien repleto franciscano, el sayal blanco del capuchino, y santos patrones mitrados en las esquinas. El retintín de las campanas conventuales llegaba al oído de todos lados. Mujeres interesantes, tan preocupadas de la misa de prima o de la confesión, que casi no se les ven los ojos; esos "ojos negros de profeta" como dice Byron, que denotan suficientemente quiénes son los dueños actuales de lo que una vez fué el Gibraltar del Río de la Plata:

But barring sights and symbols such as these,
One's nose will certify 'tis Portuguese! (1)

Después de recorrer el mercado que parecía bien provisto de frutas y legumbres, visitamos al cónsul que amablemente nos invitó a almorzar.

En la conversación tocamos el punto de las minas y pronto encontramos que la fiebre minera que hacía estragos en Inglaterra, había llegado a Buenos Aires y producido allí efecto tal como naturalmente se había predicho. Los comerciantes principales de aquel lugar tomaban medidas activas para monopolizar las minas, por cuenta propia; o asegurarlas para amigos y corresponsales de Inglaterra, tratando de realizar toda la ganancia posible. Oímos también que varias personas habían arribado allí por el último paquete, como agentes acreditados con fines semejantes.

Después de despedirnos del cónsul y su esposa, de cuya amabilidad conservamos grato recuerdo, bien provistos con alimento animal y vegetal para el barco, y obtenidos todos los informes necesarios, regresamos a bordo con el piloto, y nos largamos a eso de las 10 a. m. Sin embargo, después de las doce volvimos a fondear, pues nuestro práctico no deseaba pasar los bancos en noche de luna.

El 24 volvimos a remontar el río. El viento al fin

(1) Pero vistas impedidas y símbolos como estos, la *nariz* de uno certificará que es portugués.

se hizo de popa y lo corrimos lindamente, anclamos hasta que pasó el reflujo, volvimos a levantar ancla, navegamos en demanda del Puerto de B. Aires, y por fin fondeamos en balizas exteriores, a distancia de un cable de un bergantín francés, en que flameaba la insignia de almirante.

A las diez a. m. del 25 acompañamos al capitán a tierra, que distaba seis o siete millas de nuestro barco. Una carreta se acercó al bote y nos tomó, y poco después de las once estábamos felizmente en tierra y en Buenos Aires.

Se ha calculado que la provincia de Buenos Aires, contiene población de 120.000 personas, fuera de indios, que si se incluyen, sube la cifra a 240 o 250.000 esta estimación parece, por un cálculo reciente de Don Ignacio Núñez, se aleja mucho de la verdad. Sin embargo, a juzgar por indicios de la gran extensión de terreno, cubierto con largas filas de calles, suburbios que crecen y población regularmente densa, se supondría que la ciudad sola contiene una población aproximada a los números primero mencionados (1). La actividad y bullicio de la ciudad misma es muy considerable y denuncia un lugar que prospera mucho bajo el control del gobierno independiente y liberal, que ha reducido a suma insignificante las antiguas exacciones, en forma de derechos, y abrogado los edictos prohibitivos y estúpidos del gobierno español. Las consecuencias de estos se han visto y sentido en la liquidación de la deuda nacional.

La economía y el oren se observan en todos los departamentos de gobierno con gran actividad. No hay contrabando, pues no vale la pena hacerlo y han disminuído la frailería y el fanatismo. El buen afecto es visible en la alegría y espíritu de la gente que muestra una independencia y soltura que hace honor a sus progresos en libertad e ilustración como para un inglés es agradable atestiguar.

La calamidad de la guerra, después de escrito lo anterior, ha afligido a este pueblo naciente, y es de temer lo coloque en posición estacionaria, si no lo fuerza a re-

---

(1) El señor Núñez aprecia la población, pero sin especificar los indios.

La ciudad	81.136
La campaña	82.080
Siendo la población total de	163.216

troceder. La posesión de Montevideo, (que la avidez de los brasileños ha hecho hueso de disputa), puede ser larga antes de decidirse. El reconocimiento de su independencia por la Gran Bretaña, y el ajuste del último tratado, con la intervención de Mister Woodbine Parish, caballero que allí goza de universal estima, junto con la llegada posterior del Lord Ponsonby, como embajador, deben haber producido algún alivio en medio de la tristeza de esta provocativa y, en lo tocante al Brasil, muy injusta contienda.

Dejando la corta digresión anterior, las aventuras mineras en perspectiva planeadas en Inglaterra, acrecientan el placer y satisfacción en Buenos Aires. Los resultados de la actividad comercial se consideran laudables promesas de ganancia para la nación. El gobernador, general Las Heras, es famoso por su conducta en la retirada de Cancha Rayada, y la subsiguiente batalla de Maipú que aseguró la independencia de Chile. Desenvuelve una conducta igualmente irreprochable en las artes de la paz y el gobierno civil de su patria. Los comerciantes británicos, poco después de nuestra llegada, anunciaron el propósito de dar un baile magnífico, celebrando la unión comercial de las dos naciones, y pronto se suscribieron con este fin 25.000 duros; prueba de riqueza y generosidad, así como de la consideración de los residentes ingleses.

La completa dedicación de mi tiempo a los objetos inmediatos de mi misión en Sud América, priváronme de la oportunidad propicia de consignar aquí aquellos lineamientos gráficos y toques de carácter en cuanto a la sociedad, que el ocio habilitaría a dar a otros menos ocupados. Visité, es cierto, el paseo público, o Alameda, que en apariencia no tiene ningún atractivo, ni me pareció ser como en otros lugares paseo habitual de aristocráticas damas y apuestos caballeros. El Paseo Público es mal trazado — un mero parterre de árboles mezquinos — al parecer no destinados a otro fin que impeleer la brisa del río en los pulmones embotados de unos pocos ancianos y convalecientes débiles. Las solemnidades de Pascua que se celebran por este tiempo, ciertamente habrían sido causa en algo de esta deserción.

El domingo 27, siendo la única oportunidad que tuve de hacerlo, fuí a la ópera, en cualquier país espejo del buen tono y de la moda. Bien puede llamarse en

Buenos Aires, "El museo de Pintura de la Ciudad". Se exhiben algunos ejemplos raros de gracia y belleza femeninas en los palcos, y hombres bien vestidos en la platea. Los actores eran arriba apenas de mediocres. Se representó un baile, durante el cual era imposible no alegrarse del estallido general de desaprobación por parte del público, a causa del traje *outré* de uno de los bailarines de cabriola portuguesa, procedente de la corte de Río de Janeiro, altamente característico del elevado sentimiento moral de la gente de esta ciudad. No puedo detallar aquí esta exposición de persona; pero la indelicadeza de una bailarina francesa en la Opera Británica, "que levanta la ligera pierna para mofarse del innecesario velo" es sobrepasada lejos por los *figurines* de Don Pedro. La indignación del público fué plenamente justificada ante este ejemplo de las costumbres de burdel adoptadas en la corte de Río.

Tratando de formar opinión sobre la economía doméstica de los porteños, por lo que presencié bajo el techo de su actual ministro en Londres, Don Manuel Sarratea, manifestaré mi impresión de que hacían rápidos progresos en adoptar la británica, tanto respecto al moblaje y decoración doméstica, como en los atractivos de la mesa. La afición de Don Manuel por las bellas artes e Historia Natural en especial, se ve en todo su domicilio, que contiene muchos cuadros excelentes. En la sala y conservatorios hay rarísimos y muy valiosos ejemplares, bien dignos de la atención del naturalista. El alojamiento en la Fonda de Mr. Fauche es excelente, y los precios razonables. Comíamos allí un gran número, compuesto de tres representantes de diversos intereses, varios de sus ayudantes junto con capitanes de minas y otros. Se nos proporcionaba buena comida diariamente, compuesta de pescado, carne, gallinas y caza en abundancia, todo de excelente calidad, junto con media botella de vino y variedad de fruta. Por esto pagábamos alrededor de un duro por persona.

Antes de dejar la ciudad de Buenos Aires me sentiría remiso sino aludiera a la hospitalaira acogida del cónsul británico, y eso sin ninguna carta de recomendación, sino simplemente como paisano de paso; su amabilidad y la de su esposa no pudieron ser mayores. Su hogar y el establecimiento que tenía, son estrictamente en consonancia con el carácter y hospitalidad británicos. En-

contré todo allí verdaderamente inglés en estilo y comodidad, rara vista en tierra tan remota, y la manera con que se nos recibió, casi nos hizo envidiar a quienes tenían la felicidad de relación familiar con el cónsul.

Todo listo para partir, el 16 de Abril salí para Córdoba a través de las pampas. Mis acompañantes eran un hijo del país, y Mr. Menoyo, mi segundo en el negocio trás el cual salí. Nuestro vehículo, bien calculado para aguantar los golpes de caminos pedregosos y pantanos, eran de aspecto y forma bastante anticuada para exhibirlo como curiosidad del reinado de Isabel. Se ensillaba en ocasiones un caballo adicional, y hacíamos nuestro camino con cinco, montado cada uno por un peón, con grandísima velocidad, calculada término medio en diez millas por hora. Inmensa cantidad de equipaje se dispuso afuera, delante y atrás de la caja del carruaje, suspendida en sopandas de cuero. Debajo colgaba un delantal de cuero que llevaba cuatro cajones de docena de vino cordobés y una cantidad de viandas, dulces y otros artículos útiles; en suma, era bodeguita y despensa combinadas.

El interior del carruaje era acolchado y lleno de bolsillos de todos tamaños y formas, para contener escopetas, pistolas, espadas y libros y otros items pertenecientes al viajero, mientras mesas de escribir, canastas y también baules demostraban que la capacidad interna de esta máquina, cargada como carro, era igual a la externa y habrá sido hecha completamente teniendo en cuenta la utilidad. El caballero cordobés que me acompañaba parecía deprimido. La verdad era que acababa de separarse la primera vez y por seis semanas de una esposa que le quería muchísimo.

Se tiró con visible aire de disgusto en un rincón de la diligencia y extendiendo el ala de un sombrero de viaje sobre una mejilla, se entregó al sentimiento melancólico que su reciente separación habíale infundido. Yo estaba por mofarme de una pena que me parecía ridícula por separación tan trivial; pero mi ayudante, pequeño angloespañol, más conocedor de los sentimientos y simpatías del carácter sudamericano, con mucha razón me lo impidió. Los vínculos de estas gentes son muy fuertes y sus sentimientos notablemente susceptibles de cualquier ligera impresión. Llegamos a la primera posta, siete leguas, hicimos alto para pernoctar. Con ayuda

de una buena cena y dos o tres botellas de excelente clarete, seguidos por uno o dos vasos de *Martinica* del país, nuestros ánimos revivieron. Un despacho sobre nuestra feliz llegada hasta aquí se envió a la esposa del inconsolable caballero cordobés; y nos retiramos a descansar en mísero dormitorio, pero no a dormir. Miriadas de esos insectos que un ex-presidente de la Sociedad Real decía haber afirmado que eran langostas de mar incipientes, hicieron presa de nosotros; no hay ojos, a no ser de gauchos que se cierren en medio de esta sabandija; pero éstos se dice no pueden dormitar sin antes ser calmados con la sangría efectuada por estos activos flebótomos.

Estas enormes llanuras, o Pampas, son la región de independencia y libertad del gaucho y de los animales. Este inmenso plano no impropiamente podría denominarse "océano de tierra". El horizonte sin interrupción y aparentemente ilimitado, es opresivamente vasto para la mente del espectador. Su extensión, clima, vegetación indígena y habitantes diseminados, han sido tan repetidamente descriptos, que se diría me extiendo demasiado si lo intentase aquí, especialmente cuando viajeros contemporáneos como Miers y Head, han dado recientemente al mundo animadas e interesantes descripciones. No obstante puedo certificar que para el viajero de las pampas es tan común rodar en las vizcacheras, acurrucarse junto al fogón del gaucho en un cráneo yeguarizo, y sangrar por la noche a causa del espadín de la gran chinche americana llamada binchuca, que nada se piensa de ello.

Es igualmente cierto que cabalgando como gaucho tiene uno que ensillar su caballo, vivir de carne y agua, dormir en el suelo, y galopar de ciento a ciento cincuenta millas diarias (en caso de jornada forzada) y hacerlo así, es sin duda calculado para vigorizar la salud e infundir en el ánimo agradable sentimiento de independencia. Con todo esto es cierto que la aprehensión de topar con salteadores e indios, en otoño, cuando hacen sus excursiones después que los cardos se han secado, no armoniza con los pensamientos más placenteros. La caída de los cardos que cubren esta llanura y crecen en la estación hasta alcanzar altura enorme, es esencial para que ginete y caballo indio recorran las pampas, cuando sus cuerpos no se exponen a los formidables espinos de

la planta que en otoño e invierno se desparraman con el viento. Estas alarmas no disminuyen con la vista de una lanza de diez y ocho pies, que se muestran en un fortín atrincherado del camino, dejada allí por una partida de estos merodeadores después de un ataque que fué valientemente rechazado. En otra parte de mi ruta tuve amplias pruebas de la barbarie de estos bandidos con personas menos capaces de resistirles, en los ranchos abandonados y otros restos de las devastaciones cometidas por ellos. Al llegar a una de estas postas abandonadas no vimos caballos ni seres humanos, y hallamos necesario desviarnos del camino distancia de quince leguas.

En todo el trayecto la gente estaba consternada, con los caballos ensillados y listos para huir en caso que los puestos avanzados de los gauchos trajesen noticia de cualquier polvareda distante. Ocurría diariamente que la aparición de una partida de *cívicos*, o una escolta de soldados cordobeses o santafesinos, ponía a la pobre gente en retirada. Una partida de esta clase hizo una vez que nos dispusiéramos a resistir, y aprontamos nuestras pistolas y trabucos, mientras, en unión de nuestro cordobés, no nos sentíamos del todo libres de aprehensión.

Entre las anécdotas y costumbres de gauchos recordadas por el capitán Head no aparecen las siguientes: Las botas gauchas se hacen de la piel del jamón y parte de la pata de un potrillo, sacado humeante de la yegua que dicen se sacrifica con este solo propósito, precisamente al tiempo de preñez que el pelo no ha empezado a crecer. En este estado la piel se desprende fácilmente y es muy blanca y linda de textura y aspecto. El jamón forma la caña de la bota, el jarrete se adapta cómodamente al talón y la pierna arriba de la ranilla constituye el pie, haciendo el todo una hermosa y elegante media bota, con abertura suficiente para que salga el dedo grande (1).

---

(1) Las botas de potro se hacen con piel de patas de caballo, yegua o potro, sacada entera, sirviendo el garrón para formar el talón de la bota; las patas traseras responden mejor a este fin, adaptándose mejor a la forma del pie; una vez sacadas, el operador, que es generalmente quien las usa, las da vuelta y con el cuchillo raspa hasta dejarlas finas como pergamino, excepto en la parte destinada para suela y atrás del talón que no se tocan; luego procede a despojarlas del pelo hasta dejarlas completamente peladas, y después se calza las botas en las piernas para adaptarlas en cierto modo a la forma del pie; se dejan así hasta casi estar secas, y luego procede a sobarlas entre sus manos hasta ponerlas completamente flexibles, y continúa esta operación hasta que se secan del todo y se adaptan a la forma requerida; la suela, naturalmente, queda en un estado duro y córneo; después se corta

Este dedo es la sola parte del pie que el gaucho apoya en el estribo, siguiendo la práctica de algunas tribus de jinetes asiáticos a este respecto. Por el uso constante este miembro se convierte en potente seguridad para el cuerpo equivalente al servicio del pie europeo. El estribo se hace de un pedazo de guampa o de madera dura, generalmente triangular, con pequeña abertura para admitir el dedo. A consecuencia de este uso el dedo grande sobresale de los demás de manera disforme y es de dimensiones desusadas en anchura. Me sorprendí también mucho de observar la destreza con que esta gente agarra perdices. Esto se ejecuta mediante un lacito de cerda fijado en la punta de una caña. Caundo van de galope, la mirada del gaucho, notable por su rapidez, descubre la perdiz; al instante da vuelta el caballo y describe un círculo alrededor de la presa que va gradualmente estrechando. La perdiz atiende al lacito corredizo y desdeña al engañador, que aun se va aproximando, se confunde y en vez de volar, permite la enlace del pescuezo y la levanten como un pescado. El ginete la cuelga en la cabezada del recado, y luego galopa en seguimiento de sus compañeros que presto alcanza. Mediante esta manera de atraparlas, diariamente teníamos abundancia de perdices para cenar.

La distancia de Buenos Aires a Córdoba es poco más de quinientas millas, (173 leguas). Las primeras cien es una llanura muerta pero interesante por lo novedosa para el viajero. Contiene aquí y allá un pantano, inconveniente para que lo pase un carruaje pesado. Las postas, a distancia de cuatro a ocho leguas entre sí, aseguran al viajero mudas de caballos, menos cuando los indios arrean con habitantes y ganados de las que no están zanjeadas. Cuando sucede esto, es neceasrio llevar caballos de repuesto para dos o tres etapas, con el fin de suplir la deficiencia.

---

la bota en la punta del pie, de manera que el dedo grande salgo con el propósito de apoyarsè en el estribo de hierro; se usan estas botas atándolas con ligas debajo de las rodillas y la extremidad se dobla para abajo siguiendo la antigua moda española, de modo que tienen aspecto muy elegante cuando se llevan con calzoncillos o calzones cortos. Se prefiere siempre la piel de caballo blanco por su aspecto delicado semejante a pergamino; pero se usan todas las demás. El precio de las botas ordinarias, cuando están preparadas, es de seis reales, pero las blancas se venden por ocho. Se hace una clase de botas superior y más delicada, también con piel de gato, sacada entera, sirviendo una para cada pierna; estas valen de dos a tres duros.

Cuando llegamos al primer río, llamado Saladillo, noté la acción del fuego sobre sus orillas en época remota. La sólida marga del cauce está mezclada con conchas calcinadas. Pasando Barrancas, el viajero, seis leguas más adelante, llega al Fraile Muerto, donde comienza la subida. Las postas son regulares y la mirada se alivia de la penosa, negra uniformidad de las pampas. El follaje del monte bajo ahora alegra los ojos. La naturaleza acrecienta en belleza a medida que continúa la ascensión y se presenta un variado y rico espectáculo. Pronto cambia esta variada perspectiva en denso matorral que se mantiene casi todo el camino hasta Córdoba, salvo en la vecindad del Río Tercero y de otros arroyos que lo interceptan.

En el paso de Ferreira cuando bajamos la cuesta se nos previno de alguna dificultad o peligro con un grito en no ordinario tono de voz. Los muchachos gauchos sujetaron al momento; y cuando bajamos la ventanilla para descubrir de donde procedía el grito, se introdujo en el carruaje la cabeza de un negro de dimensiones gigantescas y repugnante fealdad. En este lugar solitario, era imposible que las recientes atrocidades de los indios no se acudieran a la mente con tal aparición. Era imposible conservar aplomo ante el horrible semblante que nos había sorprendido. Nunca había visto cara humana tan gigantesca y horrible, excepto entre los salvajes de regiones inexplorables de Papua o Nueva Guinea, cuando aullan sus alaridos terribles. Por primera vez creí en el Caliban de Shakespeare hecho carne y clavándome los ojos en la cara. El africano montaba una mula, completamente desnudo. Sus ojos eran negros y feroces, cubiertos de cejas horrorosamente pobladas, y, a causa del aguardiente fuerte que había estado sorbiendo, literalmente flameaban en las órbitas. Sus fosas dilatadas que parecían constituir toda la nariz que poseía, estaban bien cerca de ser sepultadas en una cueva atrás del labio superior. Su boca era enormemente grande, y la expresión de sus facciones diabólica. Sus dientes delanteros, por accidente o a propósito habían sido arrancados, y los sonidos que salían eran profundos y huecos. Su estatura era colosal, un Hércules perfecto en fuerza; bien proporcionado y lindamente formado con excepción de las piernas, que presentaban el defecto común en este país de ser chuecas. Al principio fué difícil comprender lo

que quería, tan ensordecedor y furioso era el ruido que hacía; pero por fin encontramos que como el río que teníamos por delante era correntoso y estaba crecido, había venido a ofrecernos su ayuda para vadearlo. No obstante esto, sus gestos y vociferaciones parecían de maniático; y cuando arrimó el hombro a las ruedas, su simple esfuerzo parecía más eficaz para hacerlas mover que el rebenque y espolear de todos nuestros peones. En la mitad del río nos plantamos, y se hizo necesario aliviar el vehículo del equipaje. El cauce de la corriente era inclinado y se agregaron caballos para tirar el carruaje, por indicación de nuestro Caronte, cuyos esfuerzos fueron bien aplicados en la ocasión. Con un tirón uniforme la máquina salió de su situación, y en seguida, en nuestras tentativas de avanzar oblicuamente la llevamos al hondo, y tomada en ángulo por la corriente la tumbó y llevó tranquilamente a la orilla opuesta. La ropa blanca, almohadones y todo lo de dentro se empaparon completamente.

Mientras nos disponíamos para seguir adelante, el negro trató de divertirnos con varias bufonerías, bastante raras y desagradables, y en retorno a la gratificación que se le dió por sus servicios, y estimulado por una convidada de aguardiente en jarro de plata (1) pidió a mi compañero aceptase su mula de regalo, uno de los animales más lindos que nunca he visto.

Las comodidades del camino mejoraron cuando nos aproximábamos a Córdoba. Me indicaron el sitio donde estaban depositados los restos del general Liniers. Este oficial, con orden de regresar a Buenos Aires para responder a la acusación de comprometer la libertad de su país, fué encontrado aquí por un escolta militar y fusilado. Liniers era francés, de talento militar considerable y autor principal de la reconquista de Buenos Aires del

---

(1) Se puede formar idea de la monstruosa capacidad bucal de este sujeto, por el hecho de que el borde del jarro, en forma de campana, y conteniendo una pinta, entró fácilmente en el orificio de sus labios en los que desapareció su circunferencia. Su fuerza y agilidad puede juzgarse por su fama en la plaza de toros, en Córdoba, donde, según oímos después, frecuentemente cansaba los toros más bravos saltándoles al lomo y quedando tan firmemente sentado, que siendo en vano todos los esfuerzos del animal furioso para deshacerse de la carga, por fin se desplomaba cansado debajo del hercúleo jinete; hecho que arrancaba más aplausos para el negro que la muerte de media docena de toros con armas de toreros. En amor no cuenta el gusto de una dama. Este negro hercúleo se casó con una joven respetable y, según me informaron, poseedora de no comunes atractivos. La unión, sin embargo, fué muy breve, viéndose la dama precisada a volver a sus amigos poco después de atado el nudo.

poder de los británicos al mando del general Beresford. Por este servicio fué nombrado virrey, lo que probablemente le costó la vida. Cuando la proclamación de los principios de libertad, se retiró a Córdoba, apoyo de todos los afiliados a la causa realista y si efectivamente no intrigó contra el nuevo orden de cosas, su presencia allí, sancionó los actos de los descontentos y fué peligrosa para la paz pública. La historia de las revoluciones desgraciadamente nunca está libre de actos de crueldad, que el exceso de sentimiento popular o el menos excusable pretexto de la conveniencia nunca puede justificar. En el caso presente, un oficial valiente que había salvado al país, fué condenado a muerte sin una hora de aviso, o siquiera forma de proceso. Es verdad que los sudamericanos no carecían de precedentes numerosos entre las naciones europeas, para tales violencias, y es crédito infinito para ellos que los anales de su revolución se deshonren con tan pocos ejemplos de crueldad y ultraje.

Después de cruzar el Río Segundo, a diez y seis leguas de Córdoba, nos detuvimos en la estancia de un amigo de mi compañero de viaje, cuyo aspecto y hospitalidad me trajeron a la memoria, lo que se dice de nuestros barones feudales. Sus criados eran tan numerosos y obedientes como fueron los de aquellos, pero, probablemente infinitamente menos feroces. Nos alojamos cómodamente por la noche y, encontrándonos aquí totalmente libres de nuestros perseverantes insectos enemigos, disfrutamos un reposo reparador. La chinche sudamericana, semejante a la europea, e igual en tamaño a nuestro escarabajo negro, después de mortificar a la infortunada víctima, se mete en agujeros y rendijas, sin dejar ningún indicio para encontrarla. Solamente la roncha en la piel y sus efectos, es toda la prueba de que os ha visitado, pues es raro verla.

La mañana siguiente nos levantamos temprano para prepararnos a entrar en Córdoba, ciudad de que obtuvimos pronto linda vista desde una altura dominante y de la cual hablaremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

Modo de transportar en Córdoba.—Efecto de la diminución de derechos.—La familia cordobesa.—Recepción en Córdoba.—Maneras.—Procedimientos mineros.—Conducta de los sudamericanos en el comercio.—Rioja.—Minas de Famatina.—Descripción de Aranco.—Departamento de Famatina.—De Guandacol.—De los Llanos.—Las montañas de Famatina.—Productos minerales.

Cuando todavía nos hallábamos sobre la colina que domina a Córdoba, en el camino de Buenos Aires, y mientras admirábamos el hermoso aspecto que presentaba, nos estorbó una tropa numerosa de carros que ocupamos no corto tiempo en pasar. Estos vehículos pesados y toscos se han descripto con tanta frecuencia, que sería inútil insistir aquí en su construcción. Volvían vacíos de Salta y Jujuy, lugares en que por último descargan las mercancías conducidas desde Buenos Aires, y proporcionan medios de viajar por precio módico a los habitantes de las ciudades y pueblos del camino que no pueden soportar los gastos de viajar con caballos de posta. Conté alrededor de ciento treinta personas acomodadas así, principalmente mujeres aptas para servicio doméstico. El gran número de personas de esta clase, viajando para Buenos Aires desde las provincias del Norte de la Unión, dice tanto de la pobreza y falta de empleo de la población, como suministra prueba de la prosperidad creciente de la metrópoli bajo las prudentes y políticas medidas del ministro Rivadavia. A él se debe el aumento del capital extranjero y su aplicación a la producción comercial de las provincias del Río de la Plata. No solamente hizo de Buenos Aires llave del comercio, sino que con la ingeniosidad de Bramah, dispuso que nadie supiese el modo de usarla sin su consentimiento. Así ha concentrado el comercio interno y externo y tomado las medidas más prudentes para promover todo lo que contribuya a su progreso. Parece más que probable que la gran rebaja de derechos de importación sobre las mercaderías ingle-

sas que realizó habilitaría a los comerciantes porteños para dominar los extensos mercados del Alto Perú, y que un restablecimiento del comercio no está lejano de la gente sufrida de las provincias del interior (1). La sola consideración es que el monto de la rebaja pagará el transporte terrestre y pérdida de tiempo que importa el empleo de carretas a través del país, pero en su favor también ha de computarse el flete y tiempo por mar, doblando el Cabo de Hornos hasta los puertos del Pacífico, más el transporte a lomo de mula desde éstos a Potosí, Arequipa, La Paz y otros lugares igualmente situados, con el agregado del considerable impuestos *ad valorem*: en suma, si el monto ahorrado con la diminución de derechos, el gasto del transporte marítimo en el Pacífico y el terrestre a lomo de mula tierra adentro en ese lado, hará frente al transporte directo por el interior argentino. Sin duda, el método antiguo debe ser, temporalmente al menos, el más certero y expeditivo; hasta que se mejore la vía de Buenos Aires, de lo que toda esperanza se ha desvanecido naturalmente en el actual estado bélico de las provincias del Río de la Plata (1).

Al llegar a la falda de un cerro, vino un chasque despachado para saludarnos a nuestro arribo. Más adelante del camino se había apostado la familia de nuestro compañero de viaje, con carruajes para llevarnos de nuestro pesado vehículo a la ciudad. Nueve años habían pasado desde que mi amigo sudamericano había visto a sus parientes y el encuentro, en consecuencia, fué más ardiente y afectuoso de lo usual; es imposible describir el sentimiento de ambas partes. El modo de dar la bienvenida en esta ocasión consistió, entre los hombres, en más del apretón de manos inglés y no del todo igual al efusivo abrazo paternal francés con beso en la mejilla, sino en una mezcla de ambos.

Proseguimos con nuestros nuevos amigos, los Lozano, y pronto, haciendo ruido sordo por las calles, llegamos a su casa. Pasadas las ceremonias bondadosas de bienvenida, se nos mostraron nuestros cuartos, donde nos vestimos para la comida. En seguida fuí

(1) Las hostilidades más recientes con el Brasil es de temer que causen seria demora en el adelanto del comercio con las provincias del interior, lo que es de lamentar mucho.

presentado al jefe de la familia. Después de esta presentación se observaron todos los cumplimientos peculiares de Sud América y me abrumaron con pedidos de tomar de todos los manjares puestos en la mesa, cuyo número era inconvenientemente crecido, y también profuso. La compañía, compuesta principalmente de hombres, y, entre ellos, dos santos padres, era agradable y bien educada. La señora y cuatro señoritas, sus hijas, dieron pruebas zalameras del fino *savoir faire,* buen manejo y prosperidad de la casa Lozano. El café sucedió al postre abundante, y luego todos de ambos sexos se retiraron a la sala. Las jóvenes poco después nos entretuvieron con música excelente. No puedo menos de mencionar aquí un ejemplo de la tiesura y reserva características de las antiguas maneras españolas, que todavía se observan en el continente sudamericano, donde las costumbres inglesas no se han adoptado, lo que sucede generalmente cuando se establece trato entre personas de las dos naciones, aunque sea en grado limitadísimo. Cuando ofrecí el brazo a una de las señoritas para acompañarla al comedor, pareció abrumada por el asombro, y aun chocada, a juzgar por la expresión del rostro. Su hermano, mi reciente compañero de viaje desde Buenos Aires, inmediatamente le explicó la rudeza aparente de mi conducta, informándola que ahora se consideraba señal de fina atención hacia una dama, tanto en Buenos Aires como en Inglaterra, y que se practicaba generalmente, La joven miró primero a uno de los padres presentes, tío suyo, después a la madre, quien meneó la cabeza. Sentíme un zopenco, y me excusé lo mejor que pude, cuidándome en adelante de no hacer cumplimiento semejante a ninguna dama cordobesa. Sin embargo, antes de dejar esa ciudad hospitalaria, no era raro ver damas y caballeros del brazo por las calles, innovación terrible de las antiguas costumbres españolas. Por este tiempo, no tengo duda que el extraño espectáculo de señoritas paseando en fila precediendo a la mamá, pasó completamente de moda, para horror de padres y dueñas y de todos los enemigos de innovaciones y para destrucción del "orden social", según las nociones de los antiguos dominadores del país.

Los primeros pocos días de mi llegada a Córdoba los ocupé principalmente en visitas de cumplimien-

to al gobernador, coronel Bustos, y a las familias y personas principales de la ciudad. La más viva satisfacción se demostraba en todas partes por el arribo de agentes ingleses con propósito confesado de trabajar minas largo tiempo abandonadas. Nuestra recepción por el gobernador fué de aquel grave carácter, tan distintivo de los españoles en las ocasiones más triviales. Al manifestarle el objeto de nuestra misión, entró a considerarla con toda la gravedad debida, mientras nos prometía todo el peso de su influencia en favor de la Compañía.

Deep on his front engraven,
Deliberation sat, and public care (1)

Hasta cierto punto, se nos habían adelantado en nuestros asuntos sagaces especuladores porteños. Estos usurpadores habían previamente tomado medidas aquí, como en cualquier parte, para establecer monopolio. En efecto, habían conseguido concesión especial, aunque no exclusiva, de las minas de Córdoba por nueve años. Sin embargo, como la concesión no era exclusiva, las ricas vetas de La Rioja y Catamarca ofrecían campo para la aventura, y casi certidumbre de éxito. Por tanto, estuve habilitado para efectuar de manera provisional, algunos contratos muy valiosos en los cerros de La Rioja. Desgraciadamente éstos han fenecido coñ la disolución de la Compañía, con cuya representación había entrado en ellos y, para disgusto mío, si no para incomodidad de las resptables personas de Sud América que los otorgaron. Ni puedo decir esto sin agregar la mortificación infinita para mí de haber sido el instrumento para causarla.

En el curso de mis negociaciones mineras con dos hábiles comerciantes de Buenos Aires, D. Braulio Costa y D. Ventura Vázquez, referentes a una parte del privilegio de Famatina, descubrí aquellos refinamientos en intriga, esos artificios sutiles y argucias clandestinas que caracterizan a una gente que, recién libertada del yugo contra cuyo poder el artificio y argucia eran la única defensa, todavía los retienen, unido a muchas vistas amplificadas y más ilustrados

---

(1) Profundamente grabadas en su frente, se sentaban la deliberación y el cuidado público.

principios liberales. La duplicidad y subterfugio del gobierno español en Sud América, como sucede siempre en situaciones semejantes, había viciado los actos de sus súbditos. Los primeros hábitos no son para cambiados, ni las impurezas morales, dejadas por el desgobierno se purifican de golpe, aun mediante la prueba cruel de una revolución. El tiempo, las generaciones sucesivas de hombres y el orgullo de la educación adelantada, solamente bastarán para estos fines. No hallé ninguna falta de duplicidad o evasiva en mis operaciones cordobesas; y si no hubiesen llegado a la magnitud de violar el honor y crédito, habrían sido tácitamente consideradas como lindas maquinaciones para ganar un objeto o concluir un negocio. Ni esta conducta perteneció a los de condición inferior, admitiendo la excusa de necesidad o pobreza. Cuando en Inglaterra aplicamos el califiativa de "piernas negras" lo mismo al noble estafador en el juego que al andrajoso bribón del sollado, el carácter no es privativo en cuanto a la condición social. No pretendo que esto se entienda en general de los porteños o cordobeses. No los juzgaría tan duramente, pero he experimentado su verdad en el ejemplo mencionado, de personas que se mueven en las más elevadas esferas sociales.

Como me he apartado así un poco de Córdoba y mencionado la mina de Famatina con que tuve que ver, antes de retomar la ilación regular del relato daré breve cuenta de la provincia de La Rioja, y su célebre región minera de Famatina.

Famatina, capital del distrito, fué fundada en 1591. El clima es caluroso y seco; pero la ciudad está bien regada por acequias cavadas en las calles. Se estiman en diez y ocho mil los habitantes de toda la provincia; de éstos, solamente 3.000 residen en la capital. Las producciones de esta provincia son pocas en número; hay poquísimo comercio, por estar a trasmano de las grandes rutas comerciales. Las artes y manufacturas son desconocidas; la agricultura está en mísero estado. Las principales producciones de la tierra son naranjas y vino. Un millón de las primeras y trescientas cargas (1) de vino pueden calcularse anualmente para cambiar con las ciudades vecinas.

---

(1) Carga, significa originariamente el vino que un caballo puede llevar.

Todo lo demás que produzca el suelo se consume dentro del territorio.

Aranco, Famatina, Guandacol y Los Llanos son los cuatro departamentos en que se divide la provincia de La Rioja. El departamento de Aranco está al N. E.; veinte leguas de la capital y es de unas setenta de largo, conteniendo 3.000 habitantes. La tierra es bastante bien apropiada para la viña y cultivo de variadas clases de frutas, pero no sirve para granos o pastoreo. Hay pocos arroyitos que nunca se sequen, de modo que no se tiene segura el agua, sea para ganado o irrigación. Con el cultivo de la viña los habitantes cosechan cuatro o cinco mil cargas de vino por año y fruta de muchas clases en abundancia. Hay tan poco ganado que se ven obligados a comprar la carne del vecino departamento de Los Llanos.

El departamento de Famatina está veinticinco leguas al oeste de la capital, y se extiende cincuenta su territorio. El suelo es muy fértil; y los habitantes, alrededor de cuatro mil, se ocupan principalmente en el cultivo de la vid. La producción es de tres mil cargas, que con las sementeras y frutas de varias clases, se consumen allí mismo. El ganado es tan escaso como en Aranco, y de igual modo consiguen carne de Los Llanos. Se llama Famatina por la montaña del mismo nombre antes mencionada, de que ahora hablaremos.

El departamento de Guandacol está al este de la capital con su frontera más próxima a setenta leguas y extiende sus límites a cien. Está bordeada por una cadena de montañas que lo separan de Chile, y la ocupación principal de sus habitantes (unos mil quinientos) es la agricultura. El suelo es fértil y produce mucho trigo, cuando abunda el agua de riego. La producción en conjunto es reducida. La tierra está vinculada y los dueños poco se cuidan de ella; cuando llega la estación, la gente prefiere cazar vicuñas en la Cordillera, donde son muy numerosas. Comen la carne y las pieles obtienen altos precios. Aquí está otra prueba de que la caza retarda el progreso de la agricultura, y sin duda con éste el de la mente humana, como los escritores han notado antes en otras partes del mundo.

El departamento de Los Llanos está al N. O. de la capital, a treinta leguas de la frontera más próxima

y a setenta la más lejana. Sus habitantes son seis mil, ocupados generalmente en la cría de ganado, del que veinte mil cabezas se introducen anualmente en el mercado.

La tierra en los alrededores de la capital es improductiva. Del lado oriental hay un trecho de sesenta a setenta leguas en que se encuentra poca cantidad de madera útil. Las llanuras se cubren de muy buen pasto; pero falta agua parte del año. El agua de pozo que se encuentra en los llanos es salobre; sin embargo, los propietarios de ganado aprovecharían las de lluvia si construyeran grandes represas; y el agua del río San Juan, se asegura, podría llevarse a ellos si hubiese espíritu de empresa para tal obra, cuyo éxito sería de inmensa importancia y amplia compensación del gasto y pena.

Dos leguas al oeste se levanta una región montañosa elevada, corriendo en dirección Norte y Sur, más de treinta leguas por doce a catorce de ancho. En la altura hay llanos cubiertos con pasto abundante, pero aunque hay allí corrientes de agua, el ganado baja a beber en numerosos torrentes pequeños que abundan al pie de esta alta eminencia.

A treinta y cinco leguas de La Rioja están las célebres montañas de Famatina. Son excesivamente ricas en minerales, y la porción cuyo contorno es conocido se extiende, según el cálculo más moderado, catorce leguas de largo por doce de ancho, conforme al cómputo de los habitantes y, juzgando por la exploración parcial que han hecho de su masa enorme. Acaso una centésima parte se conoce todavía pasablemente. Esta montaña está llena de vetas minerales de varias clases. La menor veta trabajada produce de seis a veinte marcos por cajón de quince quintales. Hasta que mantuvieron trato con extranjeros, consideraban trabajo tirado a la calle beneficiar vetas que no produjesen de treinta a quinientos. Como están sujetas a vicisitudes todas las operaciones de minas, los propietarios, siempre cortos de capital, han estado abandonando constantemente trabajos viejos, para emprender nuevos; los últimos dan provecho desde el principio y los mineros no tienen maquinaria y carecen muchísimos de conocimientos metalúrgicos. Trabajando con estas desventajas, disminuyen muy grandemente los beneficios que de otro modo conseguirían.

En la montaña de Famatina hay madera, pasto y ganado; y cuatro o cinco leguas distante en los llanos hay pueblitos que contienen algunos miles de habitantes. Las corrientes de agua que tienen permitirían la instalación de numerosos molinos y máquinas para ayudar la pulverización de las gangas mineralas y harían productivo lo que es hoy simple desierto, sacando también con eso no pequeña ganancia. El transporte de metales o mercaderías para la ciudad se hace por los habitantes, llevando sus cargas por quince leguas de terreno rocoso accidentado, no obstante poder evitarlo mediante un camino más a la derecha de la actual ruta, más largo, es cierto, pero enteramente plano, pues efectivamente no cruza sino llanuras. Se dice que el camino actual se haría pasablemente bueno, si se hubieran adoptado métodos apropiados; pero de la practicabilidad de esto no tuve naturalmente oportunidad de formar juicio muy exacto.

La vasta cadena de esta elevación mineral consiste en numerosos filas de montañas, conteniendo cada una vetas de minerales diferentes. En el centro de estas cadenas se yergue, arriba de todo, la montaña de que se levanta la cumbre del Nevado, así llamada porque su pico rocoso está cubierto de nieves eternas. No he sabido que nadie haya intentado nunca subirlo. El largo de la cadena del Nevado es lo menos de cincuenta leguas, acaso más.

Aldeanos calificados (habitantes del cerro de Potosí), que trabajan las minas aquí, confundidos por la variedad de minerales que encontraban, variando las señales y siendo muchas de las substancias minerales completamente desconocidas para ellos, se limitaban a extraer oro y plata solamente, por las apariencias usuales que estos metales presentan. Eran ignorantes de otros aspectos minerales, por falta total del conocimiento científico necesario para descubrir su naturaleza y valor. Es muy probable que metales con calidades completamente desconocidas existan en esta región extraordinaria—metales que, hasta que el país sea explorado por justos mineralogistas—los nativos de Europa jamás se imaginarán que existan. Los minerales conocidos por los mineros nativos, se denominan: *plomo ronco, rosicler, lisa, paco, azufrado, anilado,* etcétera, y cada uno de éstos, en su clase, ofrece mu-

chas variedades. El plomo ronco es plata mezclada con plomo; el paco, óxido oscuro de hierro y plata nativa; el rosicler, ganga roja o rosada; la lisa, mineral de plomo y azufre, etc., etc. Los primeros pobladores del país, en petición dirigida a Felipe II, exponían haber construído una ciudad cerca de una montaña que contenía oro, plata, mercurio y cobre. Entre otros privilegios, suplicaban la excepción de derechos de *cobo* y *quinto,* por cinco años, a causa de los grandes desembolsos en que alegaban haber incurrido para descubrir y hacer trabajar estas minas. Parece que el rey no creyó oportuno acceder a esta súplica, lo que, sin duda, detuvo esfuerzos posteriores.

El objeto del antiguo gobierno español era aumentar la población de la serie de pueblitos sobre el camino del Perú, cuya conquista y posesión tranquila por los españoles fué anterior al descubrimiento del Famatina. La situación geográfica de este último distrito lo apartaba de la línea de pueblitos y postas que forman canal para el tráfico, y suministran ruta de transporte más segura, donde también los habitantes aborígenes eran numerosos y poderosos. Por esta causa los antiguos españoles prefirieron trabajar las minas de Potosí, aunque no eran más que de pocas millas en circunferencia, mientras, se afirma, las de Famatina son de treinta leguas. En punto de ricas, también, Potosí no rinde más que de seis a doce marcos, generalmente, por cajón, mientras Famatina da de seis a seiscientos marcos en la misma cantidad; además, el territorio de Famatina tenía dentro de sus confines tan pocos españoles, relativamente al número de salvajes, que todo era favorable a Potosí, y así el mercurio siempre se llevaba allá con preferencia a Famatina, a causa del riesgo y por el mismo motivo de seguridad se establecieron el Banco de Cambio y la Casa de Moneda.

La Rioja está a 114 leguas de Córdoba; 51 de Catamarca; 287 de Buenos Aires; 130 de San Luis; 109 de San Juan; 159 de Mendoza; 163 de Santiago de Chile; 130 de Guandacol; 110 de Santiago del Estero; 111 de Tucumán; 198 de Salta; y 207 de Jujuy.

CAPITULO III

Córdoba.—Gobierno civil.—Influencia eclesiástica.—La sociedad y las opiniones.—Recibimiento de un obispo peruano. —Ceremonias.—Anécdota del tratamiento del obispo.—Don Mariano Fragueiro.—Conventos.—Toma de velo.—La alameda.—Efectos del clima en el cuerpo humano. —Vestimenta femenina.—Paseos.—Modo de enseñar paso gracioso a las damas.—Celos de las gentes de provincias diferentes.—Inteligencia de los habitantes.

Reanudaremos ahora el hilo de nuestra narración volviendo a Córdoba. Esta ciudad fué sede episcopal y está situada en un valle poco profundo. Las alturas que la rodean son de tamaño insignificante; pero en parte boscosas, y mantenidas en estado de excelente riego. La población, según la mejor fuente de información a que pude acudir, en ausencia de datos exactos, será de ocho a nueve mil habitantes, quizás diez mil. (1) Unida en gobierno federal con Buenos Aires, por su conveniente distancia, su vecindad al río Paraná que se derrama en el Plata, y medios de tránsito por tierra y agua, parece excelente punto para instalar una compañía minera. Los cerros graníticos de sus cercanías dan minerales abundantes y llenan las necesidades de madera, agua, mulas y pastaje para ganado, en abundancia. El único impedimento es la falta de mineros prácticos que enseñen a los desocupados paisanos del país los rudimentos del arte.

Córdoba tiene gobierno local independiente manifiestamente civil, aún bajo lo que se llamaría autoridad militar. Para ser más explícito, no hay ningún gobierno que pueda llamarse policía civil. Tiene, es cierto su cámara de representantes que afecta ser dispensadora de justicia y guardián de los derechos civiles y por la cual el gobernador, como jefe del ejecutivo, puede ser depuesto. Pero, en un caso reciente, a la terminación del período de tres años del coronel Bustos, la débil influencia de la Cámara para sostener otro candidato, fué vencida por una demos-

---

(1) Ignacio Núñez estima la población de la ciudad de doce a diez y seis mil; de la provincia, de setenta a ochenta mil.

tración de bayonetas en favor del Coronel, que desafió a la representación popular. Ante estas fuertes manifestaciones del sentimiento, el viejo soldado acaso hizo bien en aceptar el cargo, aunque al proceder así, fué muy censurado por el supremo gobierno, tanto como por muchos de los ciudadanos más respetables. Se estimó acto de usurpación por su parte, aunque no se puede dudar evitó un gran mal y previno la anarquía que de otra manera se habría producido. Parecería que en países recien levantados del despotismo a la libertad y sus bendiciones concominantes, debe transcurrir algún tiempo antes que la masa popular comprenda su situación, y reprima dentro de los límites debidos la inclinación al exceso. El partido patriota frecuentemente actúa con su influencia sobre los sentimientos de sus sostenedores, sin que estos entiendan los verdaderos principios del nuevo orden de cosas. Los partidarios del viejo sistema están prontos para fomentar discordia, de cualquier modo que produzca confusión, y mediante aquella, alguna esperada contrarevolución que les aproveche; y , finalmente tres cuartas partes del clero, so pretexto de religión, se propone únicamente conseguir objetos temporales, opera sobre el miedo de los supersticiosos, amenaza a los indecisos y anatematiza a los refractarios, para asegurarse su apoyo en cada nuevo disturbio, mediante que ellos mismos consiguen el retorno de su antigua riqueza sin servicio, y de su antiguo poder incontrastable sin responsabilidad. En Córdoba la sociedad es una mezcla extraña. Un cuarto de las gentes son amigos de la libertad, en la acepción más lata de la palabra, aún hasta un exceso de salvajismo; otra cuarta parte es llevada por cualquier camino completamente del cabestro de su partido; de la otra cuarta parte solamente puede decirse tiene brida en las quijadas; mientras la última porción está bajo látigo y espuela y marcha con el viejo freno monacal.

La diversidad de sentimiento y opinión a que da lugar este orden de cosas no se caracteriza de ningún modo por el exterior de la gente en general. El mismo porte grave se mantiene en la función, la misa y la confesión. Todavía las reliquias del edificio papal y de la tiranía española se están amohosando también secretamente, y caen una a una sin signos exteriores suficientemente visibles que alarmen al observador deseoso de parar el progreso de su destrucción. Desde Córdoba se ha extendi-

do gradualmente por las provincias unidas del Perú, la abolición de los estipendios eclesiásticos. Sin embargo, fué imposible no notar la falta de atención personal observada cuando el obispo de La Paz pasó por la ciudad en camino desde el Alto Perú, de donde venía para embarcarse en Buenos Aires con destino a la vieja España. Si fuera razonable apesadumbrarse por la decadencia de una iglesia cuyo fin fué la ambición temporal y los emolumentos, y la opresión y supersticioso extravío del pueblo, se hubiera sentido aquí. Doctores, canónigos y frailes, principalmente franciscanos a cuya orden el prelado pertenecía, aumentaron su séquito e hicieron lo mejor que pudieron para infundir respeto. Se acudió a todos los esfuerzos de la agonizante influencia clerical. Se celebró gran misa pontificial con toda pompa, ostentación y observancia del ritual romano, cuya impresionante grandiosidad sobrecogía los sentidos; pero la gente atendía mucho más a examinar la persona de este ruin eclesiástico pequeño, durante la ceremonia de mitrarse y revestirse, que a cualquier acto de devoción.

Hacía tanto tiempo que no se veía en Córdoba función de esta clase, que el maestro de ceremonia era torpe por falta de costumbre. Varias veces se equivocó al revestir al obispo, por lo que este evidentemente se contrarió mucho. Concluída la misa le fué vuelta a sacar su primorosa casulla, y bajando por la nave de la catedral, dispensaba sus bendiciones, pero de modo que no era gracioso ni digno. Por fin se apresuró a salir del edificio, como mortificado por no recibir otra muestra de deferencia que una o dos miradas de adoración de una beata, y los pedidos de limosna de algunos tullidos incurables arrodillados. Fué seguido al cruzar la plaza por pocos muchachos turbulentos, gritando: "El obispo! El obispo!" falta de consideración que debió ahorrarse al prelado, proporcionándole un carruaje. Esta misa de gracias fué seguida uno o dos días después por una gran procesión que obligó casi toda la ciudad a arrodillarse. Se acudió a toda la influencia clerical del lugar para conseguir manifestaciónes de respeto. La procesión salió de la catedral con pompa sacerdotal, y tardó casi dos horas en dar una vuelta a la plaza. Se ocupó el tiempo en elevación de la hostia por el obispo, en altares levantados en las cuatro esquinas y fastuosamente adornados con la mitad de los valores, públicos y particulares, de la ciudad. El gober-

nador, los cabildantes y otros, parecían ver esta pantomima piadosa como la última que allí se celebraría, y se permitía ahora más como tributo a la caída grandeza, que por ningún respeto a la ceremonia misma, digna verdaderamente de una edad de la más tenebrosa superstición. Las mujeres, de que había gran concurrencia, le daban, con su porte devoto y ojos chispeantes, un interés que de otro modo no habría atraído las miradas de un inglés no afiliado al mismo credo.

El último acto público del obispo de La Paz, fué la confirmación; ocupó varios días, debido a la noción industriosamente divulgada, de que ningún hijo de San Pedro, autorizado de este modo directo y explícito, volvería a visitar la ciudad. En consecuencia, todos fueron confirmados. Niños de pecho eran llevados en brazos de las madres, y sentenciados, como nunca fueron los infantes, (al menos lo imagino así) a pararse en los zapatos de sus padrinos y madrinas. El buen sacerdote, sin embargo, observando la manía que se había apoerado de su rebaño, parecía pensar seriamente en el número uno, para lo que la hermandad nunca es deficiente, y calcular la fatiga a que debía someterse. Sin duda administró unción de cualquier clase y de cualquier modo, a los que se adelantaron para recibirla, y se apresuró a desentenderse de los balidos de su rebaño, tan pronto como fué practicable.

El fastidio mostrado a este prelado por los cordobeses, surgía más de su adhesión a la causa realista que por su carácter episcopal; esto era claro y mostróse en un asunto que no acredita mucho a quienes tomaron parte en él. Naturalmente fuéle necesario al prelado conseguir una cantidad suficiente de moneda sencilla para seguir viaje, y envió un criado con cincuenta onzas de oro para cambiarlas por plata. El cambista que se encargó de proveer el cambio, que tomaría algún tiempo para juntar en reales, medios y cuartillos, difería de un día para otro el negocio, hasta que por fin el prelado, temiendo prudentemente el resultado del pleito, abandonó su dinero y siguió viaje. Antes de hacerlo, sin embargo, mandó un sirviente, como último esfuerzo para tratar con buenos modos de recuperar parte del dinero; pero el cambista tramposo citó al mensajero un pasaje de la Biblia pidiéndole lo repitiera a su patrón, esperando que en ello encontrase amplio consuelo, a saber: "Yo era un extranjero y me engañaron".

No se siente la mínima simpatía en Sud América por

un realista, o *godo* como los llaman; ni una partícula más que la que el rey y los monjes de la vieja España sienten por un colono refractario de Sud América; excepto que en América no le quitarán la vida, con lo que tienen el balance de humanidad a su favor. Este estafador fué alabado por su astucia e ingenio, y el pobre sacerdote viejo se rió de su propia credulidad. No pretendo que cambista semejante en Córdoba, no pudiera ser compelido por las leyes a verificar la restitución, si el obispo acudiese a la autoridad; pero él mismo juzgó más discreto pasar por alto la pérdida que dar tal paso, por temor de que se conociese el contenido de su equipaje y los *paquetes* que aún tenía en su poder. Con toda la anterior indiferencia hacia un dignatario eclesiástico, la influencia clerical es acaso más poderosa en Córdoba que en cualquier otro lugar de Sud América. Es todavía superior allí a la autoridad legislativa y ejecutiva; como prueba puedo mencionar el siguiente caso, ocurrido durante mi estada en aquella ciudad. La iglesia en su cuota de representantes había incluído uno de aquellos fanáticos inflexibles, cuyo feroz y ambicioso espíritu de ortodoxia no admite la mínima innovación en la supremacía de la iglesia, y cuyo celo rabiaba ferozmente en cada sesión. Este fanático se había hecho peligroso para el partido liberal, y anónimamente satirizado de manera vulgar, descubrió por fin que el autor era un diputado opositor, cuyo carácter de ningun modo era óptimo. El frailón rehusaba asistir a las sesiones, y entonces se le citó a comparecer personalmente y dar cuenta de su conducta. Replicó a esta citación que, a sus ojos, la cámara era una asamblea corrompida y que él no se degradaría concurriendo al recinto. Este rechazo dió margen a un debate bastante ágrio, y se buscaron precedentes para encarar la cuestión, pero no pudo encontrarse ninguno que se refiriese a un miembro de la iglesia. Se acudió entonces al ejecutivo; pero el gobernador tenía realmente denunciada poca facultad para intervenir, o temía las consecuencias de embrollarse, particularmente por habérsele recientemente hecho cargo de un acto agresivo. A esta altura del procedimiento, habiéndose demostrado el poder de la iglesia, y sintiendo los inconvenientes que acarrearía al público con sus reiterados rechazos, compareció en la asamblea, y estableció la base de su imputación contra la cámara entera, acusando a uno de sus miembros de malas prácticas, especialmente en el

carácter de pecador público. No levantándose el cargo, se hizo moción de expulsar al delincuente de la cámara, que, no es necesario decir, se sancionó. De este modo terminó el asunto, probando que la ciudad de Córdoba está todavía bajo el dominio de la iglesia, no obstante los cambios políticos efectuados.

La catedral de Córdoba, de estilo gótico morisco, es edificio imponente. Hay también en la ciudad conventos de todas las órdenes. Hay también un colegio, antes perteneciente a los jesuitas, y dedicado a la enseñanza según ellos la practican; pero ahora está reducido al nivel de simple escuela preparatoria, por falta, según me aseguró su pulido director actual, de profesores competentes y fondos para costearlos. Las ricas y extensas propiedades, con que estaba dotado, han decaído, desde que el grande emporio comercial de Córdoba, es decir, el de mulas con el Perú, ha desaparecido por la guerra. No se puede menos de lamentar, viendo en tan bello país tantas cosas susceptibles de mejora, y de dar sustento y comodidad a numerosa población, así como riqueza al capitalista, abandonadas por falta de dinero para restaurarlas. Varias propuestas y ofertas tentadoras se me hicieron, de las propiedades más lindas que en pocos años habrían reembolsado el dinero empleado en adquirirlas. Actualmente Córdoba puede ser considerada poco más que la primera puerta de peaje del camino al Perú. Todo está postrado y estacionario. Antes de mucho tiempo se producirá la reacción, sin duda; pero su progreso ha de ser lento por carencia de medios pecuniarios.

Hay varios individuos fogosos en Córdoba que no soportarán nada dentro de su poder e influencia que signifique atraso. A uno de estos caracteres públicos, Don Mariano Fragueiro, debo muchas atenciones personales, como también el placer de atestiguar sus esfuerzos para restaurar en su ciudad natal la riqueza y consideración primitivas. Don Mariano no solamente ejercía el comercio, sinó gustaba hacer ver que también había tenido tiempo desocupado para dedicarlo a las manufacturas. Estableció una curtiembre y zapatería; y cual no sería mi sorpresa cuando, visitando el taller, encontré tres o cuatro compatriotas míos trabajando empeñosamente. Me enseñaron muestras de cañas de bota iguales en aspecto a las mejores inglesas; pero opinaban que por la pureza del clima nunca embeberían bien el tanino. Comprobé esto usando

un par de botas cordobesas que se venden a dos o tres duros el par. En punto de hechura y apariencia eran iguales a cualesquiera de las que Hoby lanza al mercado; y en clima seco durarían el mismo tiempo; pero el cuero de ningún modo es impermeable, es mucho más permeable que el inglés. Encontré que había numerosos franceses y otros extranjeros en Córdoba, ocupados en ramos diferentes de profesión y comercio que se han establecido por el sistema liberal y patrióticos esfuerzos de don Mariano, y ofrecen feliz contraste con el espíritu estrecho y cauteloso tocante al progreso, manifiesto en otras partes de Sud América.

Antes he mencionado que Córdoba abunda en conventos de frailes y monjas, con sus manzanas sombrías que oscurecen las mejores partes de la ciudad, dando idea al extranjero de que componen la mitad de lo edificado. La consecuencia más nociva de la prevalencia del catolicismo en cualquier país, es después de su oposición a la marcha de la libertad, el fomento de la haraganería, y el impedimento de la industria, por la dedicación de sus fieles a objetivos que los apartan en la vida ordinaria de la promoción, del bien en el cuerpo político. En un país como Sud América que pasará muchas edades para poblarse completamente, donde la abundancia puede hacerse universal con un poco de industria oportuna, y el don de la independencia no está más allá del alcance de cualquiera que, con cortos recursos, perservere en obtenerla, nada hay más impolítico que encerrar las mujeres de monjas, y mantener un grupo de ociosos mogigatos en estado célibe, a costillas de los que trabajan. Los dogmas del credo católico están aquí en abierta divergencia con la primera ley de la naturaleza, la felicidad del género humano. La mente se debilita con tal sistema. Un cuerpo superabundante, mantenido por la industria de cualquier comunidad, y que no produce ningún beneficio, es excrecencia que debiera cortarse. Los cientos de monjes y frailes haraganes, que hormiguean en la pereza, fomentan el vicio, y a menudo, por dinero son herramientas licenciosas de bajeza y corrupción, y alcahuetes para los apetitos sensuales más depravados, son completamente incompatibles con el buen gobierno y sociedad bien organizada. El uso hecho de los conventos por españoles y portugueses es contrario a nuestros comunes sentimientos. Estos establecimientos han servido para el caso de querer

que una hija renuncie a su porción dotal para beneficiar a hijos más favorecidos; y este uso injustificable, ha sido en mucho la causa de que los conventos continúen existiendo. La mayor parte de los conventos de monjas en estos países son albañales de libertinaje, so capa de religión. En Córdoba, hijas de las primeras familias, se emparedan en estos establecimientos, con perjuicio de la felicidad social. Estuve presente en la ceremonia de tomar el velo una novicia en aquella ciudad, y detallaré lo que ví y el disgusto que me produjo el acto más bárbaro de la superstición romana. Debo el haber podido presenciarlo a mi amigo el Doctor Teodoro L***.

Esta ceremonia comenzó a las 9 a. m. con celebración de misa, y una vez concluída, se permitió a los circunstantes subir las gradas que conducen al altar, y aproximarse tan cerca como les acomodase al enrejado *sanctum sanctorum* que otras veces impide observar a la hermandad recluída. Sobre el recinto enrejado, como sobre las puertas del infierno, podía haberse escrito, no fuera de lugar, el célebre verso dantesco:

Lasciate ogni speranza, voi ch' entrate

porque la que toma velo deja verdaderamente atrás la esperanza. El mundo que respira, la gloria de los cielos, los esplendentes colores de la naturaleza, las fiestas y bailes, los deleites de la sociedad, son para ella libro sellado. "Tinieblas eternas" la rodean; la tumba misma es más apetecible que su inhumación en vida, que solo "mantiene viva la desesperación". Frente al receso suficientemente oscuro se sentaban los padres protectores, en sillas cómodas, emblemas de la pereza profesional. Vestían ropas canónicas de ricos bordados peruanos, brillantes de oro. Símbolo de la sencillez del cristianismo primitivo! Ayudaban a un fraile mercedario con capucha blanca. La misma vista de estos rollizos sacerdotes se proponía (admirablemente adaptada al propósito, sin duda) elevar la imaginación de la novicia, o víctima más bien, al cielo y su heredad prometida. Qué absurdos son demasiado grandes para que trague el supersticioso por hábito y educación?

La hermandad conventual se había trasladado a su capilla antes de permitírsenos salir de la nave. El interior del lugar donde se encontraban, era casi opaco para los ojos que se aproximaban, a causa de la luz diurna en la iglesia. Dos filas de estrellas lánguidas, equidistantes

y paralelas entre sí, eran todo lo que se veía al principio, con una principal en el centro. En pocos minutos, cuando el ojo se adaptó a la obscuridad del ambiente, los cirios con la llama trazaron atrás los contornos de veintiuna figuras humanas que los sostenían, todas vestidas de blanco. Primero se produjo un intervalo de perfecto silencio, luego interrumpido por el sonido de una música baja y distante que subía gradualmente más y más alto en tonos de solemne melancolía y luego se apagaba de manera semejante hasta perderse en silencio mortal como el que reinaba antes de comenzar. El padre espiritual empezó entonces un sermón, admirablemente a propósito para adaptar la novicia a las nuevts circunstancias, calmar sus sentimientos y sostener su ánimo, pronunciado en lenguaje que, por su gravedad y pompa, no podría superarse, y con modulación de voz admirable. Así nos mantuvo arrodillados sobre frías losas, cerca de dos horas. La sustancia y sentido de su discurso se resumiría en la conclusión consoladora, a menudo repetida en muchos párrafos, "que era infinitamente mejor habitar la casa del Señor que morar en las cortes de los impíos".

Al terminar el precedente discurso, la bella santurrona que había permanecido este tiempo en postura de adoración ante un crucifijo, siendo aliviada del cirio que tenía en la mano, se arrojó postrada sobre el piso de la iglesia, en prueba de humildad, también para el polvo. Mientras estaba en esta posición recibió la absolución de todos sus pecados e indiscreciones del pasado, y un pasaporte para una vida de penitencia y perpetua castidad. Se levantó después de esto, fué descubierta y llevada entre dos sores a un portillo abierto en la reja, lo bastante grande para admitir la imposición del velo, que fué presentado en un azafate al santo padre. Luego le fué colocado en la cabeza con exhortación apropiada para conformarse a los deberes del carácter sagrado con que mediante el velo quedaba investida. Después de esto, una corona de flores que aparecían exquisitamente dispuestas y agrupadas, fué colocada sobre todo como corona en un sepulcro. Apareció allí mucha ansiedad entre los presentes para observar en particular esta interesante parte de la ceremonia; yo estaba enfrente del portillo y no bastante cerca para verla minuciosamente; ni pude colegir si ella recibió un beso clerical por hacerse una de las benditas, o solamente una voz reverente de casto consejo; pero una unión momen-

tánea de velo y capucha, en cuanto pude observar, me pareció producirse.

Luego se cerró el portillo, y la nueva iniciada fué llevada en frente de las demás. Las sores se retiraron en órden, a asientos dispuestos con regularidad en ambos lados del interior del receso, de modo que la nueva monja quedase sola en posición tal que la luz que sostenía, le cayese de lleno en el rostro. Si sus facciones eran más bellas e interesantes por las circunstancias del momento, no puedo pretender adivinarlo; pero me parecieron radiantes con una sonrisa inefable de satisfacción y paz. Los parientes y amigos lloraban al separarse, y los instigadores de este sacrificio antinatural deben también haberse conmovido.

"¡Qué acto cruel!" me decía cuando esta linda joven estaba ante mí, con su ánimo artificialmente calmado y engañado por música tan etérea como era posible, por la bella pieza de Handel "Subidla, ángeles, a los cielos", "qué acto cruel es separar este hermoso pimpollo de las flores que lo circundan, del aire libre del cielo, bajo el cuál se habría convertido en la más brillante. ¡Separarla de la vida, de las tareas de esposa y madre afectuosa, cambiarla de un ser benéfico para su país en yuyo inútil del campo social! No parecía mayor de diez y ocho años. ¡Cuántos años de comodidad y ventura no hubiera podido disfrutar en este mundo! La vida claustral, aún donde no la comvierten en licenciosa los sacerdotes, es casi invariablemente de miseria, de secretas disensiones y altercados alentados por la ociosidad y envidia. ¡Cuán fatal es que sea barnizada con tanta pompa y ceremonial religioso para ocultar su deformidad!

Una vez que estuvo así en exposición cinco minutos, o más, la ceremonia concluyó, abrazando ella a cada una de la hermandad separadamente, sentadas en sus sillas, desde la abadesa abajo. Parecía hacer esto con más o menos cariño conforme la preferencia de afección para cada una, y con aire de mucha gracia y elegancia, que también era conmovedor. Luego la comunidad se retiró de dos en dos, con solemnidad lastimera, de acuerdo con la gravedad de la música. Los padres decamparon con aire de triunfo en sus caras gordas, y como si también hubiesen ejecutado un acto aceptable por el Creador del mundo. Así, esta pobre

niña concluyó su existencia, con todo detrás de los muros del convento, bien para ella, si

The world forgentting, by the world forgot (1)

Sin embargo, no la olvidaré fácilmente en la última escena que representó ante el mundo y delante de mí.

La prisa con que anoté las pocas cosas que mi apresurada visita a Sud América me permitía recordar, y cualquier falta de orden en la exposición, confío se disculparán, si se considera que no pretendo el título de autor viajero. Mi objeto era comercial; mis observaciones, por consiguiente, son inconexas tal como se presentaron. Prevengo esto para que no se me acuse de no ser bastante minucioso, o de vagar demasiado de un objeto a otro. Así, he mencionado ya la Alameda o Paseo Público de Buenos Aires; ahora daré noticia del de Córdoba.

La Alameda está en un extremo de la ciudad. Es paseo agradabilísimo, el mejor que he visto en Sud América. Su forma es cuadrada, con avenidas regulares de árboles y bancos de piedra entre ellos. Hay un lindo lago en el centro, y también un templete o pabellón, al que con frecuencia van grupos de gente para hacer paseos de campo. Además de las numerosas damas preciosas y caballeros que allí se pasean, en las tardes deliciosas de aquella clara latitud, hay un fondo de entretenimiento para el extranjero curioso mirando los grupos de mujeres que desde los suburbios acuden alí por agua. Allí crugen sus bromas y dan gusto a la murmuración, y luego se alejan con grandes cántaros en la cabeza, de formas elegantes y hechos con arcilla del país. Aunque llenos hasta el borde, se manejan para que jamás se derrame una gota; sin embargo, la base de la vasija es cónica y va metida en un pasquín. Cuando están vacíos tienen costumbre de llevarlos de costado, lo que de lejos dales aspecto de soldados con gorras de cazadores.

Una observación común de los viajeros en ninguna parte se manifiesta mejor que en Córdoba; ésta es que los movimientos graciosos y la flexibilidad del cuerpo humano siempre guardan proporción con la exuberancia del clima. Los individuos del grupo abigarrado que visitan la Alameda poseen una simetría

(1) El mundo olvidando, por el mundo olvidado.

que las damas de nuestro clima boreal bien podrían envidiar, y eso sin la molestia de ajustarse. Su porte y maneras concuerdan con la elegancia de sus formas, y nunca están constreñidas, siendo estrictamente naturales. Las damas cordobesas son versadas en el uso de sus lindos ojos, que saben manejar con efecto terrible. Practican lo mismo el anticuado ejercicio del abanico con tanta perfección como sus vecinas las porteñas, teniendo mucho mejor teatro en la Alameda para desplegar su aprovechamiento en él. La banda del gobernador toca en la explanada desde las cuatro hasta el oscurecer, durante lo que puede llamarse aquí estación de moda, cuando las veredas están siempre muy concurridas y los bancos presentan aspecto de palcos de ópera vestidos de gala. Una mantilla de la fabricación más costosa posible, prendida a un ingenioso nudo de Berenice en la corona de la cabeza, juega con una negligencia de Madona en el rostro y cuello, que oculta a medias, mientras sombrea y da interés adicional a las formas y facciones más hermosas. Nunca se ve sombrero o bonete sobre la cabeza de una dama, excepto cuando viste de amazona, en que siempre aparecen para mayor desventaja, zafias y rústicas. Un par de petimetres porteños llegó a Córdoba durante mi estada y mucho contribuyeron para alegrar la ciudad. Una serie de bailes y tertulias diéronles oportunidad de distribuir sus favores con liberalidad que asombró a los cordobeses. Estos caballeros eran representantes de una compañía de Buenos Aires, constituída para procurar el monopolio de las minas de Famatina y otras. En ocasiones se efectuaban paseos a pedido de ellos. En uno de los últimos estuve presente. Fué nada más que una excursión a caballo, como legua y media de la ciudad, a una casa de campo, propiedad del célebre Deán Funes, miembro del Congreso y autor de una obra sobre el surgimiento y progreso de la Revolución sudamericana.

Después de comer temprano, organizamos una cabalgata de unos veinte jinetes, comprendiendo también a madres, abuelas y tías de las señoritas, en carruajes. La costumbre no había sancionado todavía el permiso a las damas solteras para apartarse de la vista de sus padres hasta no atarse el nudo matrimonial. Cuando se casan, han escapado, como sucedía, de una prisión. La consecuencia de todo esto es que no se contraen a ser

buenas esposas tan fácilmente como las inglesas, a quienes se les permite mayor libertad antes del matrimonio y a quienes la educación y buena crianza hacen responsables. En Inglaterra el respeto propio inspira confianza y da un carácter de estabilidad, altivez y seguridad dessconocidos aquí por las solteras; mucho mejores garantías son éstas para los padres de la virtud de sus hijas antes del matrimonio y para los maridos después.

Cabalgamos de la manera confusa, por callejones sucios y campos ásperos y quebrados, que emplean los cazadores de zorro en Inglaterra. En suma, este paseo se asemejó mucho más a una cacería de zorros que a cualquier cosa con que lo compare. Cuando llegamos, se ofreció un despliegue de habilidad caballeresca para desmontar a las damas. Cuando el grupo se dirigió al edificio ruinoso, bárbaro y al parecer abandonado desde mucho tiempo, las damas, al entrar en el salón fueron pronto puestas en derrota por un ejército de pulgas, los únicos inquilinos. Los lindos pies y tobillos de las señoritas, de que con justicia se envanecen, fueron atacados con una ferocidad que las hacía gritar, y al mismo tiempo daban muestras inconscientes de su agilidad y una exhibición parcial de la simetría de aquellos miembros de que tanto se enorgullecen. No puedo menos de pensar cuán desgraciada defensa hubieran hecho mis paisanas en tal caso, aunque, sin embargo, la hubieran intentado antes que, como estas damiselas, haber aceptado ayuda extraña para dispersar al enemigo.

Discurrimos cerca de este sitio como una hora, recogiendo flores y plantas y cambiándolas en prueba de admiración o respeto. Cuando unos pocos del grupo que había callejeado en un viñedo vecino se nos reunieron, procedimos a refrigerarnos y mientras lo hacíamos, se gastó mucha broma y alegría, a expensas de todos, que dieron sabor a nuestra colación. Luego regresamos de galope a Córdoba, y al entrar en la ciudad en confusión, causamos tal alboroto por las calles escasamente concurridas, que asombramos a los pacíficos habitantes que, aquí y allá, agrupados en las puertas de calle, disfrutaban el aire sereno y el cielo vespertino sin nubes de este clima delicioso. Es hora del día tan bella, que el hábito nunca hace que el gozo se debilite en los sentidos, y el exquisito deleite que

produce no puede imaginarse por los que viven en nuestra atmósfera inconstante y nebulosa.

La acción de los caballos adiestrados para las damas es singular: se enseñan con una traba de cuero atada a las ranillas, que los obliga a andar con un paso que puede llamarse especie de trote perruno mejor que de otro modo, o se puede comparar con el paso de andarura de nuestro scaballos. En Sud América observé que esta práctica no se limitaba sólo a los animales. Se me informó que las jóvenes antes (si no actualmente en algunos rincones atrasados del país) eran tratadas de igual manera; y realmente, si el inimitable garbo de las damas sudamericanas se debe a ésta manera de adiestrarlas en el uso de las piernas, el arte es bien digno de adoptarse en Inglaterra, y tieue la ventaja de aprenderse pronto. Por ejemplo, que la cuidadosa mamá tome los tobillos de su hija y los enlace con cintas de la longitud requerida para el paso que desea obtener. En seguida marque el suelo en las distancias y forma que el gusto dicte, en un lado del cuarto puede ponerse una escala de pulgadas correspondiente a los números en que se aumenta la longitud, tamaño y tiempo *secundum artem.* Luego, eche a andar la pequeña miss y vigílese su porte y que la dirección de la punta del pie cuando avanza sea aprobada o rectificada a placer, según ley sancionada por la moda y de acuerdo con los preceptos de actitud y gesto de Sebastián Fandango. En una docena de lecciones la joven será una iniciada capaz de mostrarse en alguna Alameda inglesa con el porte majestuoso de una beldad sudamericana.

Las casas de Córdoba son de azotea en su mayor parte y se construyen muy sólidamente según el modelo introducido del viejo mundo por los primitivos pobladores luego que se radicaron. Generalmente se componen de varios patios en el piso bajo con la entrada llamada por los franceses *porte cochere.* Encima de esta entrada hay con frecuencia dos o tres cuartos. En resumen, las casas se adaptan al clima, son a prueba de terremotos y llenan bien los propósitos de hospitalidad. El patio ocupado por los principales miembros de la familia es bien dispuesto para la comodidad doméstica y realmente confortable, separado de los efluvios de la cocina y por la noche retirado de los ruidos del servicio o visitantes tardíos de cualquiera de los

moradores. Para decirlo todo, la casa de un español de clase social respetable en Córdoba, no es para tenerse en menos, sea por su comodidad o por su disposición interna.

Me pareció haber una especie de rivalidad entre las provincias por donde viajé, que lleva a los naturales de un distrito a mofarse de los de otro, y produce el efecto de impedir un concierto general de familia y vínculo de unión entre ellos. Esta apariencia es a propósito para dar al extranjero una idea desfavorable de la gente. Quizás solamente es de atribuírse a los prolongados disturbios políticos, que llevan los partidos a hostilizarse recíprocamente y solamente el tiempo lo puede extirpar. En efecto, casi no se podría esperar que el sacudimiento violento ocasionado por la revolución se produjese sin algo de esta índole; y únicamente admiro que sus efectos fuesen tan limitados en carácter, como descubrí que eran. El cordobés no tiene reputación de tener el espíritu amplio, el fino tacto y el genio del porteño o tucumano. Pero no debe olvidarse que Córdoba ha sido mucho tiempo cuartel general de la iglesia, y posteriormente albañal de los frailes fugitivos y renegados de todas las provincias. Por tanto no es sorprendente que los cordobeses, casi los últimos libertos de la tiranía española, eclesiásticos y legos, no tengan sino lugar secundario en la clasificación intelectual entre el pueblo de su continente. El cuartel general del poder español, tanto civil como eclesiástico, necesariamente debe estar entre la gente de ignorancia más crasa, desde que hacer a todos los que se hallan dentro de su esfera de influencia, ciegos y fanáticos, crédulos y supersticiosos, crueles y arrogantes, fué siempre la sola ocupación de ambos. La ilustración y opinión liberal son sus más mortales enemigos. El camino más corto del gobierno, de acuerdo con los antiguos españoles, era convertir los hombres en brutos, y cuando el sacerdote conseguía esto, la autoriadad civil jamás podía ser desafiada en cualquiera de las bufonerías que con tanta frecuencia han hecho "llorar a los cielos".

Entre los miembros de la familia Lozano, con la que tuve el placer de residir durante mi estada en Córdoba, había prueba de mucho talento natural, y ninguna ausencia de aplicación, particularmente respecto a la ciencia y práctica musical. Las jóvenes, tocando algu-

nas de las más difíciles sonatas de Mozart, respecto a compás y expresión, como si hubiesen sido enseñados por maestros superiores, mostraban indudablemente gran gusto y disposición natural. La conclusión a que arribaría, por oportunidades limitadas que tuve para formar juicio, sería que no hay deficiencia de capacidad en los cordobeses; que la naturaleza no los ha descuidado más que a otros, pero se han retardado por el fanatismo y cadenas de la metrópoli, y que el tiempo dirá cuán superiores son al pueblo de origen, mientras el último permanezca como actualmente,—los godos de Europa.

CAPITULO IV.

Sigo viaje.—La virtud del cigarro.—Los jesuitas.—Sinsacate.—Ojo de agua.—Langostas.—Diminución de la población.—Cría de ganados y rebaños.—El algarrobo y su jugo.—Pampa Grande.—Gaucho *dandy*.—Accidente desagradable.—Exhibición ecuestre.—Paso del Saladillo.—Fenómeno singular en los bosques.—El pájaro blanco.—La vizcacha.—La señora de Achaval.—Espectáculo horrible.—Arribo a Santiago.

Después de esperar en Córdoba el segundo correo de Buenos Aires, resolví seguir viaje para el Alto Perú, que con la muerte del general Olañeta y destrucción de la última fuerza realista del país, ofrecía el más lindo y rico campo de Sud América para negocios mineros.

El 23 de junio me despedí de mis excelentes y bondadosos amigos los Lozano, y partí para Tucumán en un birloche, acompañado por un hermano de mi compañero de viaje desde Buenos Aires, el señor B. Lozano, y de mi anterior ayudante Mr. Menoyo. Este método de viajar se me recomendó como más agradable y menos caro, calculando que el carruaje se vendiese en Salta, última etapa, por el doble de lo que costaba. Al principio, empecé a arrepentirme de esta manera de viajar, porque el camino era una mísera ruta pedregosa que a cada instante amenazaba romper las ruedas. El campo se parecía mucho a un distrito mineral, presentando en distancia de ocho leguas una serie de cerros graníticos que terminaba en la Chacarita. En este lugar nos creímos cómodamente alojados para pasar la noche. Tuvimos buena cena y todo parecía augurar bien. ¡Ay! ¡cuán falaces son las mejores apariencias! Una hora después de retirarnos a nuestro lugar de reposo, encontré que estábamos destinados a expulgarnos de lo lindo hasta llegar la mañana. Cuando rompió el día, nos levantamos con humor no muy agradable, y requerimos la presencia del maestro de posta. Pronto vino a nosotros, despierto a medias, con una vela, la cosa que más nos hacía falta.

—¡Muchas pulgas aquí, señor!—dijo uno del grupo.

—¡Sí, señor!—replicó el maestro de posta, con la más chocante sangre fría y como si estas miserias fueran bendiciones.

—¡Vinchucas también!—dijo el primero que habló, con la más divertida frialdad.

Nuestro huésped contestó:

—Pocas, señor, solamente—como si fuera una especie de mala suerte.

Este discurso llevaba a la conclusión más irritante, pues no era broma ser sangrado hasta la muerte por las hojas toledanas de esta infatigable infantería ligera, y una tregua estaba fuera de cuestión.

El 24, despertamos al capataz y peones antes de la hora habitual. Dormían en sus camas de campaña, como trompos, bajo el carruaje.

—¡Pícaros felices!—exclamé, sacudiéndolos con mis pies.—Las vinchucas no les han asesinado el sueño; reposan tan profundamente como Duncan, a pesar de estos glotones de sangre. ¡Cuánto daría por haber dormido tan bien¡ ¡Qué ataque febril ha sido la noche para nosotros!

El capataz bostezó y gradualmente refunfuñó:—*¡Carajo!*—ante la idea de levantarse tan temprano. Cuando le pregunté si le gustaría haberse divertido toda la noche como nosotros, cínicamente contestó:

—¡Quién sabe!

—¡Quién sabe, sí,—repliqué;—pero refrenando mis sentimientos, ofrecíle un cigarrillo, cumplimiento, para uno de estos pobres sujetos, de más valor a sus ojos que una onza de oro. Este regalo cambió la marea de los asuntos en un momento. Con una mirada de afabilidad y un "¡mil gracias, señor!", al instante se levantó. En pocos minutos habíamos tomado nuestro café y comenzado la jornada en el momento que el sol se quebraba en las cimas de los cerros minerales en contorno. ¡Tanto es el efecto del ofrecimiento de un cigarrillo y su virtud estimulante! Pero aun al peón de campo debe dársele con aire caballeresco, a la antigua española, para que no pierda la mitad de su virtud. De tal importancia a veces son las bagatelas más insignificantes para contribuir a nuestras comodidades.

La escena en que poco después entramos, pronto

me hizo olvidar las virtudes del cigarro en que había estado tan recientemente fantaseando. Otras vistas aparecieron relacionadas con aquel estado extraordinario entre bendición y lo opuesto, que los buenos católicos denominan purgatorio, y cuyas penas creía haber saboreado la noche anterior. La vista de las ruinas de un establecimiento jesuítico en aquel momento fué lo que así desvió la corriente de mis pensamientos. El lugar, muy favorecido por la naturaleza, fué otrora orgullo del arte, pero ahora se había convertido en monumento de decadencia. Muchas fábricas arruinadas, acueductos disgregados, campos prolíficos de flores silvestres y yuyos, estaban delante de mí y me rodeaban, presentando un triste cuadro; pero eran reliquias de una secta cuyo saber unido a su superstición y despotismo, vino a mi memoria y me impidió todo sentimiento de pesar ante las ruinas de un templo del fanatismo. Aquí—pensaba cuando subíamos a las ruinas en esqueleto del antes magnífico establecimiento de Sinsacate—están las tristes reliquias del más ingenioso y compendioso sistema que el ingenio humano haya inventado para subvertir los mejores principios de nuestra común naturaleza, y reducir la inteligencia humana a bárbara sujeción bajo las voluntades de hombres astutos y dogmas que degradan el alma, para provecho de unos pocos—no, no lamentaría su destino. Aunque descuidadas aquí, las ruinas se habrían convertido en Europa en algo más útil u honorable — acaso en fábrica de algodón, o escuela de Lancaster. Allí estaba la capilla, el humillante confesionario y nicho para atrapar al hombre, donde el crédulo confía sus pecados secretos a oídos taimados, para ser utilizados contra él mismo con fines políticos. Las naves espaciosas donde mil devotos habrían adorado, ofrecían una escena a la vez silenciosa y desolada; apenas doscientos de una numerosa población quedaban ahora. La tierra había sido limpiada y se esperaba todavía la vuelta de mejores días. En la huerta y jardines, olivo y vid, hoy se desperdician. El ciprés fúnebre proyecta su siniestra sombra sobre celdas vacías y muros derruídos. ¿Dónde están ahora los santos padres? Intercediendo por el alma de Carlos III y de quienes con él destruyeron en una hora la obra de las edades. La caída de la hermandad? "¡Quién sabe!" es la única respuesta. Pero no hay "¡quién sabe!" que valga con las consecuencias aquí del decreto de abolición de la orden jesuítica.

Con el mismo golpe que aniquiló a los jesuítas, la industria y población que atrajeron a su casa fué también abandonada. Carlos empezó la zapa del poder papal y con eso entró el pico en la raíz de la monarquía misma en sus dominios trasatlánticos. El reinado de Fernando llamado *el amado* y *piadoso* en Madrid, y en América con mejor justicia *el maldito,* ha presenciado la escena final del drama retribuyente. La joya más brillante ha caído de su corona; acaso no se percate que está esquilado de sus glorias; no sienta que su trono bambolea! Antes de mucho tiempo puede caer de cabeza y América altivamente exclamar de norte a sur:

So perish all
Who would men by man enthall (1)

Los propietarios sucesivos de Sinsicate, a juzgar por el descuido de la finca, parecen haber sido del todo indiferentes al dilatado campo de progreso que los primeros ocupantes cultivaron. La cantidad de utensilios de plata, y la abundante comida que el actual propietario suministra gratis a los pasajeros, demuestran cuán ricas y abundantes deben haber sido las migajas caídas de la mesa de los jesuítas. Es curioso notar la completa falta de interés mostrada por los sudamericanos, actuales poseedores de esta finca, respecto a cualesquiera reliquia o recuerdos de la hermandad que todavía existen.

Nuestro huésped era un anciano español de setenta y cinco años, notablemente hermoso, que debe haber vigilado el vuelco de los asuntos políticos con mucha circunspección, para conservar la situación en que se hallaba. Podía darnos poco o ninguna información respecto a sus predecesores. Díjonos, en efecto, que ahora disfrutábamos del mismo apartamento donde los lustrosos y coorpulentos padres de la más traviesa de las órdenes monásticas, ejercitaban sus fraudes secretos, y combinaban intimidar imperios y esclavizar el género humano; pero esto fué todo. El edificio estaba construído sobre una terraza que dominaba en amplia perspectiva el campo más magnífico, actualmente inculto y salvaje. La señora rodeada por una linda progenie llena de salud parecía solamente enorgullecerse de su señor que le llevaba veinte años de edad.

---

(1) Así perecen todos los que quisieron esclavizar hombres por el hambre.

Tan pronto como se supo nuestro arribo todos los del caserío inmediato vinieron para atisbar a los ingleses. Entre ellos había un viejo soldado del ejército de Beresford que había venido para presentar sus respetos, acompañado de una joven muy encantadora de diez y ocho años, hija suya. Decía ser escocés y que nunca había escrito a su familia o sabido de ella desde que abandonó su tierra. Con muchos otros fué llevado prisionero al interior donde, después de conseguir su libertad se casó y estableció. Era una especie de mayordomo de la finca. Nuestro huésped nos informó que se portaba muy bien y era un modelo para los nativos. Se alegró mucho de vernos y darse una vez más la mano con un compatriota. Decía ser muy feliz, teniendo una buena esposa y cinco hijos, y también algunos miles de pesos para dejarles. Que quizás, cuando hubiera aumentado su caudal un poco más, esperaría pasar parte de sus últimos días en Inglaterra. De tal modo la memoria del hogar originario está enroscada en el corazón del más remoto peregrino de su suelo natal, que ningún lapso de tiempo le priva del recuerdo.

Ese día anduvimos cincuenta millas y dormimos en un lugar llamado Ojo de Agua, por ser un manantial. La posta de Ojo de Agua nos proporcionó buena comida y dormimos profundamente sin una sola interrupción causadas por vinchucas vampiros.

El 25 de junio tuvimos en viaje una serie de lindos paisajes con más restos de la industria jesuítica. Esta orden poseía ciertamente facilidad notable para convertir el suelo más árido en buen terreno productivo, lo que efectuaba mediante un admirable sistema de riego, eligiendo siempre la posición más excelente para sus labranzas. Durante la mayor parte del día nuestro camino fué por un desierto arenoso, e intolerablemente malo. En consecuencia sólo anduvimos unas doce leguas, y paramos para hacer noche en Santa Cruz, situada en país estéril aunque en posición algo romántica. El maestro de posta, cuando supo que viajábamos por negocios de minas, mandó a sus hijos a traernos muestras de algunos cerros vecinos, que, se decía, abundaban en minerales. Resultaron no valer la pena de prestarles atención, de lo que, sin embargo, no pudimos convencerle. Tenía su opinión formada por tradiciones y ruidos periódicos oídos allí, que las damas de su familia comparaban con gemidos espantosos. Estos fe-

nómenos inexplicables, insistía, eran señales infalibles de ser rico en minerales el terreno de la vecindad donde se oían los ruidos.

Las señoritas del establecimiento de nuestro huésped, pues parecían tales cuando se vistieron, aún cuando a nuestro arribo se las creería otra clase de seres muy diferentes, iban a un baile campesino. Lamentaron hubiéramos llegado a la casa en día que estaban tan comprometidas, compromiso también que no ocurría más que una vez al año. Ansiaban las acompañásemos a la fiesta, distante diez leguas de nuestra ruta. Nos vimos obligados a excusarnos tan cortesmente como pudimos; y en lugar de tal placer, pasar la tarde escuchando los maravillosos cuentos de duendes e historias supersticiosas de nuestro crédulo huésped y su esposa. De ocupación, el dueño de casa era cabrero, molinero y panadero a la vez. Nos sirvieron buen pan fresco, leche excelente, y un cabrito asado sumamente delicioso; tuvimos también vino, rara comodidad aquí, que había sido traído de la lejana provincia de La Rioja.

El 26 nos desayunamos con leche de cabra y salimos por la mañana temprano. Después de andar pocas leguas, entramos en un campo fértil aunque a la sazón árido. Esta contradicción aparente se explica porque una invasión de langostas lo había talado. Nunca había presenciado tal espectáculo. De tods las plagas de Egipto, ahora creo que la de langostas debe haber sido la más horrible. Esta plaga que previamente vimos adelante de nosotros semejante a nube densa sobre el horizonte, se hizo al llegar al contacto con ella, serio impedimento para nuestra marcha. Las langostas golpeaban las caras de caballos y peones con tal fuerza y en tal número que éstos apenas podían seguir a tientas el camino. Cada mata hervía de langostas, y en un instante parecía secarse y morir por sus devastaciones. Su aspecto, tres o cuatro pies sobre el terreno se asemejaba a la mies bajo la acción del viento cuando se abrasa con el sol meridiano, o al vaho ondulante del miraje, o al oleaje prismático del mar en verano. Nuestro posadero nos había dicho por la mañana que una manga de langostas había pasado cerca sin visitarle, olvidando que su campo no les ofrecía nada donde asentarse fuera de rocas y tunas y cardones, en que estas cigarras gigantescas no mostraban ninguna inclinación a ensartarse, ni

aun para un coleccionista de historia natural o amigos aficionados del molinero en aquel ramo de estudios!

¡Qué tremenda visita al país por donde pasan es la manga de esos insectos; ante cuya influencia funesta

The full-blown spring
Through all her foliage shrinks
Joyless and dead, a wide dejected waste! (1)

Un paisaje por la mañana rico de verdor y floreciente, es en la tarde desierto espantoso, inútil, horrendo.

La mañana siguiente la mirada no encontraba ni un brote verde, ni una hoja, donde ayer la naturaleza revelaba exuberancia de belleza. ¡Feliz Inglaterra, no visitada nunca por este azote! Empleamos tres horas en librarnos de estos merodeadores. Calculábamos que deben haberse extendido doce buenas millas de norte a sur; lo lejos en dirección lateral "quién sabe", como decía nuestro capataz. Llegamos otra vez a un parche de camino estéril montañoso y allí nos apartamos de los insectos que parecían dirigirse al oeste prefiriendo el valle. Nunca había visto y espero no volveré a ver distrito tan completamente desolado como el recorrido este día, en que anduvimos diez y seis leguas. Nos bajamos justo al ponerse el sol en un lugar llamado Pozo del Tigre.

Era solamente en parajes tan remotos como éste y el anterior que se formaría juicio de la población miserablemente esparcida de estas provincias. Disminuye a medida que se avanza al interior y se hace mucho más sorprendente cuando el total de seres vistos en el día lo componen la familia del maestro de posta y sus dependientes. De estas fuentes no se puede conseguir informe sobre ningún objeto, aunque sea local. El señor de Pozo del Tigre, personaje apático, no daría otra respuestas a las preguntas que el realmente manoseado "¡Quién sabe!" Tal era la contestación del nuevo huésped, para todo. Sus andanzas se limitaban a las de su rebaño, y un viaje anual a Córdoba o Santiago del Estero para vender sus vellones, es la historia de su vida. Cuando un gauchito trajo la majada del dueño al chiquero para pasar la noche, fuimos a verla mientras preparaban la comida. Había varios cientos de ovejas entremezcladas con cabras. Su prole esra extraña y casi

(1) La florida primavera, con todo su follaje, se reduce, sin alegría y muerta, a ancho desierto abatido!

no se podía discernir la especie de la cría mitad cabra y mitad oveja, como eran muchos. Me tomé algún trabajo para explicar al señor "¡Quién sabe"! la falta de previsión en su sistema de criar, y le señalé el producto manchado, raza que no producía carne de oveja ni de cabra, con vellón entre lana y pelo. Me sostuvo que era demasiado viejo para empezar un nuevo sistema, aunque su esposa en aquel mismo momento hamacaba una linda criatura, despierta y riente, en uu pedazo de cuero colgado por las cuatro puntas de los tirantes del cuarto. Al preguntarle el número y valor de su majada abigarrada me dijo que sería de ochocientos a mil *más o menos,* que avaluaba uno con otro en cuatro reales, o sea dos chelines por cabeza. Entonces le pregunté si, suponiendo que la majada consistiese en pura cría de ovejas o de cabras no valdría doble dinero y el vellón dos veces más. "No sé" fué la respuesta. A mi observación, sobre la conveniencia de separar las especies y retirar los carneros en la estación oportuna y la probabilidad, si hacía eso, de multiplicar su majada dos o tres veces, contestó con el eterno "¡Quién sabe!" acompañado con el encogimiento de hombros español, y una grave objeción sobre la crueldad de separar hombre y esposa. En suma, encontré inútil tratar de convencerlo de su mal manejo. El moblaje de la casa de este hombre era mísero, compuesto solamente de unas pocas sillas de madera, una mesita y una arca o dos en lugar de gavetas. No obstante esto, se nos sirvió la comida en fuente de plata maciza; había también un crucifijo espléndidamente montado del mismo metal, con un halo o guirnalda de oro puro sobre él, y una Santa María con una representación virginal de Santa Isabel, como la denominaban. Estas santas estaban a cada lado como soporte del crucifijo, vestidas con ricos bordados, con cortinas de seda corredizas al frente.

La dueña de casa intervenía ocasionalmente en la conversación y parecía considerar los asuntos domésticos más conformes a su esfera que a la dignidad de su esposo. Hablaba libremente sobre el modo en que sus rebaños estaban entremezclados y admitía, basada en la inconveniencia, lo insensato de la costumbre. Demostró grande interés cuando le relatábamos el cuidado y atención con que se criaban animales en Inglaterra, y añadió que haría ciertamente saber el asunto al cura de la parroquia.

El día siguiente, 27 de junio, habíamos ya partido al romper el día. Anduvimos lo más por un lindo campo suave, con poca población esparcida a intervalos, pero que presentaba todo el aspecto de la más abyecta pobreza, a juzgar por los grupos de chozas miserables que observábamos cerca del camino. Estas moradas consistían en tres lados de paredes de barro, abiertas al frente, y pocas esteras de junco estiradas sobre bambúes partidos, formaban el techo. Respecto a la intemperie puede presumirse que estas gentes son completamente indiferentes, siendo para ellas eterno el verano. En ellas las cuitas del mañana nunca parecían ocupar su pensamiento.

Noté aquí que el algarrobo, en general árbol achaparrado y en mal estado, crece con altura y ancho prodigiosos. Produce un jugo llamado aloja por los naturales; se obtiene aprensando la algarroba. Nuestros postillones absorbían grandes cantidades de ella con tanta fe en sus virtudes como tenemos nosotros en el agua de Spa, y con el mismo objeto en vista. Esta bebida tiene mucho del sabor de la cerveza en estado de fermentación, y se usa también como único específico para la cura de una dolencia infame, que ha hecho cruel estrago en la población. El mal se hace hereditario y por todo pueden verse rastros de su estrago. Escasamente hay un rancho donde no se vea alguna víctima arrastrándose, y pidiendo cualquier remedio para aliviar sus sufrimientos. Ningún antídoto real parece conocerse aquí para este azote de las familias, y sus horribles efectos pueden, en consecuencia, imaginarse fácilmente.

La marcha este día fué de sesenta millas, que podíamos haber aumentado a cien, pero el estado de los caballos de posta, en tal caso, no nos habría permitido vadear el río Saladillo antes que cayera la noche. Por consiguiente, hicimos alto en una finca de Pampa Grande, temprano en la tarde; la situación es bien digna de la observación de que es enteramente apropiada para convertirse en centro de un magnífico dominio. La casa está en altura que tiene forma muy aproximada de verdadero anfiteatro. Hay un río contiguo cuyo cauce desigual muestra estragos de los torrentes que en cataratas se precipitan a veces de las montañas adyacentes. Aquí el dueño parece "Señor de todo lo que mira" desde una eminencia que baja gradualmente hasta confun-

dirse con la magnífica llanura del frente. Este llano es interceptado por numerosas lagunas, refugios de gansos silvestres, cisnes, patos y miriadas de otras aves, que se mueven sin ser molestadas. Finca semejante en Inglaterra no se compraría por menos de un millón de duros; sin embargo, el dueño de buena gana la dejaría por cinco mil, incluyendo los caballos de posta y ganados juntos con sus rebaños meztizos que ramonean en el valle de esta estancia soberbia.

El cura de una aldea distante algunas leguas visitaba a la familia compuesta de mi huésped y su señora, dos o tres lindos gauchitos, un par de obsequiosas muchachas y dos negras esclavas. Había también allí una especie de gaucho petimetre que parecía el preferido de la casa y disputaba el terreno aún al mismo cura. Este afectado sujeto tenía una especie de gracejo y charla sumamente divertida. Parecía exceder al respecto a sus hermanos con largas espuelas en la Bond Street de nuestra metrópoli, entre cuyas faltas no puede enumerarse el gracejo. Vestía conforme el pináculo de la moda comarcana; usaba hèrmoso poncho con listas blancas algo semejante a fino chal de la India. Colgaban debajo las extremidades inferiores de un par de pantalones blancos con bordados de cinta en contorno de los fondillos a guisa de guarnición; una franja oscura ancha de dos pulgadas, descendiendo fantásticamente para hacer juego con el poncho, formaba un círculo sobre los tobillos, sus sandalias de cuero de potro, preparado como antes he mencionado y delicadamente blancas, aprisionaban el pie más chico que haya visto en hombre de seis pies de estatura. En los talones estaban ajustadas un par de espuelas pesadas de fina plata peruana ricamente engastada, que deben haber pesado una libra cada una. Morado escapulario bordado colgaba del cuello que, como la garganta, estaba descubierto, y soportaba la más hermosa cabeza que nunca he visto, mientras en la corona se asentaba un sombrerito tan pequeño que difícilmente vendría bien a un niño de tres años. El sombrero tenía un ala de pulgada de ancho. Un barbijo se destinaba a mantener el sombrero en su lugar, cuando andaba a caballo, sujetándolo por debajo del mentón, pero en esta ocasión de ostentación había resbalado como por negligencia hasta el labio inferior, dando expresión inteligente al rostro. El cabello era corto, ex-

cepto cerca de las orejas donde colgaban rizos enredados en un par de aros de oro. Su modo de fumar el cigarro para mostrar la reluciente sortija de Birmingham, no sería superado por un implume petimetre, reclutando guardias, o un pisaverde de primera agua en Saint James. Con todo, debe admitirse que su manera era muy caballerosa. Me causaba admiración lo que haría aquí este animal dado el modo de ser del país, pero pronto supe era un jugador ambulante que asistía a todas las fiestas para divertir a los nativos y aliviarlos de todos los duros economizados y destinados a carreras de caballos o riñas de gallos; a las que ningún devoto de la sala de apuestas de Tattersal es más aficionado que los habitantes de estas regiones remotas. En suma, el gaucho era una especie de casa de Crockford viajera; un club ambulante de juego que llevaba consigo, para comodidad general.

Como viéramos algunos del grupo saliendo de la casa, temimos no encontrar acomodo para la noche; y nos preparamos para una "cama de campaña" cuando se nos dió a entender que nos estaban arreglando el receso del salón. Rehusé dar a la buena gente tal molestia e insinué la inconveniencia e impropiedad de que se nos diera preferencia muy especialmente estando el santo padre. Esto pareció agradarle, pues oíle decir, "estos herejes son gente muy amable."

Me levanté por la mañana al ver un rayo de luz por el alero del cuarto, con idea de hacer levantar a nuestros peones y aprontarnos para seguir viaje. Mientras me encaminaba a tientas hacia la salida de la habitación, mi pie se enredó en el fleco del poncho del pisaverde; y al librarme de él caí a plomo sobre la calabaza del cura gordo.

Incidit in Scyllam qui vult vitare Charybdim.

El cura asustado prorrumpió en un *Ave María!* acompañado de un salto que me hizo rodar sobre su vecina, la negra cocinera de la familia. ¡Madre de Dios! exclamó la enorme africana. Todo aquí, pensé, está en la misma escala. Salí cojeando, con razón alegremente, al aire libre y fresco de la mañana, dejando que cura y petimetre, padre, madre, hermanos y un par de negras, roncasen en el mismo cuarto.

El incidente *mal-a-propos* que acabo de referir fué causa de que toda la familia se levantase una hora antes

de lo acostumbrado. El gaucho petimetre fué el primero en estar alerta, acercándose al fogón de los peones que rodeábamos para tomar café. Después de los cumplimientos matinales, "buen día, caballero" y despidiendo bocanadas de humo por sus oscuras fosas nasales, participó de algún almuerzo que parecía sentaba muy bien a su estómago y nos valió sin duda el honor de su visita. Durante la refacción se disculpó por la parte involuntaria que tuvo en el reciente encuentro. Luego nos divirtió con una descripción humorística del modo de pasar el Saladillo, que pintaba como muy peligroso y turbulento; y en prueba del interés que sentía por sus nuevos amigos ofreció sus servicios para ayudarnos en el pasaje. Cuando vino nuestro vehículo, me instó mucho para que diera un galope en su lindo caballo braceador, enjaezado muchísimo por el estilo suyo, pero me excusé, dije "adios" a mi huésped, las señoras y al cura lustroso, me disculpé con la negra gorda cocinera por mi intrusión en sueños, y eché a andar a medio galope.

Esta mañana, 28 de junio, fué linda y acaso más que tónica; era también fría considerada la benignidad del clima en esta región. El paisaje era boscoso y lozano, con superficie ondulada, pero completamente desprovisto de aquel interés relativo a población que conceda atractivo aún al campo estéril. Nuestra atención, sin embargo, se mantenía despierta por las diestras hazañas ecuestres de nuestro compañero petimetre que parecía animado de positivo buen humor. Cuando nos aproximamos al Saladillo hizo sonar un caracol como señal para los bípedos anfibios que allí habitan, y luego puso su caballo en toda furia como si intentase atropellar la corriente a la *Poniatowsky;* pero en un momento, en el mismo borde de la ribera, detuvo el caballo con tal sofrenada sobre las ancas que parecía bastante para quebrar el pescuezo de la bestia y el suyo también. Luego desmontó de un salto, sacó del animal, en un santiámen, los múltiples jaeces del recado, y bajándole la rienda lo condujo al mismo borde donde la orilla tenía cinco o seis pies de alto sobre el agua. El sagaz animal miró primero la torrente de abajo, como si estuviera dispuesto a disentir con la opinión de su dueño en cuanto a la necesidad de afrontar salto tan inútil, cuando había una bajada regular poco más allá. El petimetre no obstante se disponía a mostrar la buena educación y brío de

su caballo. Pegándole dos o tres rebencazos la noble criatura saltó como Quinto Curcio a la sima, con el poder de la desesperación. Pronto emergió resoplando sobre las ondas, pareciendo decir "aunque no estoy en mi elemento, obedezco a mi señor". Rápidamente alcanzó la orilla opuesta del río, relinchando como para anunciar su arribo, y quedando completamente inmóvil con las riendas entre las patas, hasta que pasó su amo. (1)

Nuestros caballos no mostraron tanto metal. Una vez soltados se juntaron con nuestra remuda y entraron en el río en paraje más fácil, como cosa a que largo tiempo estaban acostumbrados. Esta interesante muestra de capacidad animal, prueba la habilidad de los sudamericanos para la educación ecuestre, y pronto dió lugar a otra escena también de carácter único. Inmediatamente desde la orilla opuesta no vimos caballos, sino gentil lector, no os disgustéis, mujeres *in puris naturalibus* que se sumergen en el agua y remolcan con una guasca entre los dientes la flotilla en que ibamos a navegar. Estas mujeres eran seguidas por una veintena de señores de la creación en el mismo estado primitivo, trayendo a esta orilla un catamarán de barriles para pasar el carruaje. Cierto es que había oído antes la descripción del gaucho petimetre acerca de este raro espectáculo con alguna incredulidad; pero ahora mis dudas se disiparon. Era sumamente pintoresco verlas, cual ninfas acuáticas, sumergirse en su elemento natural y luego salir, con sus dientes blancos rechinando de frío, y torciendo sus crenchas lustrosas, cuando subían la orilla viniendo a nosotros, disputándose la preferencia de sus servicios y apalabrando nuestros reales.

Sud América, al menos esta parte no es el Jardín del Edén, ni morada de períes o huríes. Pero si las hijas de Eva varían aquí en color, algunas de ellas ciertamente ilustran la inocencia de nuestros primeros padres antes de la caída; "Estaban desnudos y no se avergonzaban". No se diría que "la gracia estaba en todos sus pasos", ni "el cielo en sus ojos", el puro cielo de la inteligencia; ni "la dignidad y el amor en todos sus gestos" tal como Miltón atribuyó a nuestra madre univer-

---

(1) Los caballos son acostumbrados a quedarse quietos con las riendas puestas de este modo, posición de que no se moverían hasta que no se les suelte.

sal. Pero estaban adornadas de algunos encantos naturales, sin embargo, en que la imaginación de Moore se ha complacido al pintar su raza.

En vez de azucena y rosa, la caléndula florecía en sus mejillas; sus ojos despedían brillo no de círculos de claro záfiro, sino de cristal negro, de "ojos negros como la muerte" al decir de Byron. Sus sonrisas no eran máscaras de arte, sino que tenían la recomendación de una sencillez igualmente encantadora. Sus labios eran de color coral oscuro; nunca dientes europeos fueron tan blancos; mientras el clima parecía haber impartido a sus miembros ambarinos, la resistente flexibilidad de la caña indiana antes que la blanda debilidad del mimbre europeo.

La balsa es un cuero vacuno cuadrado y recogido con una simple atadura en los ángulos. De lejos parece una caja de té chino flotando aguas abajo. Después de poner un par de baules en este bote caracol, a guisa de lastre, pronto ví por su movimiento elástico ser absolutamente necesario mantener un lindo equilibrio en la cruzada. A esto noté que mi pilota atendía especialmente; me hizo colocar en el centro del cuero, en el punto preciso de gravedad, con un cuidado no indispensable para un viejo marinero. Allí entonces me senté, no sin antes haberme preparado para un baño. La soga de la balsa luego fué tomada entre los dientes de la nadadora, que braceaba con brío que hacía salpicar el agua. Ocasionalmente daba vuelta la cabeza con expresión de darme ánimo, como diciendo: "no se asuste". Sin embargo no podía menos de reflexionar en mi situación singular, cuando cruzaba; solamente el espesor de un cuero me separaba de la eternidad, y para mi seguridad no contaba más que con la destreza de una mujer en natación.

El pasaje del carruaje fué tarea confiada enteramente a los hombres que la empujaban sobre los barriles con tanta facilidad como las mujeres habían conducido las balsas. Corrieron cuatro horas para estar todas las cosas seguras y después calentamos por dentro a nuestras ninfas trémulas, con un poco de aguardiente junto a las llamas del fogón.

Luego proseguimos la jornada por una selva sin camino. Los postillones parecían encontrar su ruta mediante una especie de instinto, y no hicimos más que

diez y seis leguas en todo el día, parando por la noche en Tarija Pampa, una posta asi llamada. El terreno circundante de esta parada era rozado en el mismo corazón de la espesura. Era linda noche, aunque oscura y preferimos vivaquear, acampando al raso, con preferencia a encontrar vichos puertas adentro. Estábamos así regocijándonos a la gaucha cuando uno del grupo observó que la luna salía más bien tempreno. Nuestra posición sin embargo, respecto a su salida, no coincidía con la luz que veíamos. Entonces supusimos debía ser luz de algún rancho distante; con referencia a nuestros relojes, encontramos además que faltaban tres horas para el tiempo en que debía salir la luna. Sin embargo, en figura y brillo, esta aparición semejábase perfectamente a su disco cuando se ve en el primer cuarto. En pocos minutos el fenómeno se desvaneció y fueron muchas y diversas las opiniones tocantes a su causa. El maestro de posta aseguraba no poder ser la luz de un rancho, pues no había ninguno en ese rumbo. Se indicó entonces que sería el brillo de algún fogón de arrieros, que reposaban de noche. El tema con conjeturas y todo pronto se puso de lado, y se discutía el plan de los movimientos de la mañana siguiente, cuando la luz reapareció, pero algo alterada en figura y dirección.

La causa del fenómeno se volvía a renovar y nuevamente se consultó el maestro de posta. No pudimos sacar nada en limpio pues nos confesó su ignorancia, añadiendo que con frecuencia había oído hablar a los muchachos de la posta de tal aparición, que atribuían al ánima en pena de un viajero asesinado por salteadores o ladrones algunos años atrás. Se propuso entonces ir a explorar el sitio donde se mostraba este objeto luminoso, cuando súbitamente cambió su forma de media luna en espléndida cruz, con un rápido movimiento lateral y rapidez de meteóro o exhalación. Ahora nos confundimos más que nunca. Interrogamos al capataz o mayordomo de la estancia, e insistió en que se trataba de un ánima en pena "nada más, Señor". El modo inocente con que solucionaba esto, y la calma con que pronunció estas palabras eran altamente características del coraje y superstición del gaucho. La llegada del correo de Buenos Aires para Salta que vino a encender un cigarro en el fogón, nos indujo a interrogarle, esperando solucionar esta dificultad. Nos informó que el

objeto de nuestra admiración no era otro que un "pájaro blanco", que aparecía muy frecuentemente en los montes de esta provincia y de las vecinas, Santiago del Estero y Tucumán. Agregó además que en sus numerosos viajes, a menudo lo había visto y espantado. Un peón amigo suyo, nos decía, a quien sucedióle cazar en trampa uno, le refirió que su calidad luminosa de noche provenía de una cresta o dureza luciente en la corona de la cabeza, que refejaba luz fosforecente sobre el plumaje blanco del cuerpo.

Es muy difícil dar crédito a todo lo que se oye en tales circunstancias a gente supersticiosa; pero allí me pareció más del crédito debido a esta información que el que al principio deseaba concederle. Al examinarla por consideración al argumento, había algo compatible con el cuento, en las dos formas en que habíamos visto la luz, suponiendo que el pájaro estuviese en tal posición que la luz se proyectase sobre el lomo y la cola que tomarían la primera forma vista, mientras el movimiento del vuelo echaría la luz de la cresta sobre las alas, y mostraría una cruz si el pájaro volase oblicuamente, sea para evitar las ramas de los árboles, cuando pasaba de una a otra, o también si se alejaba o si venía hacia nosotros. Esta solución era la única razonable a que pudimos llegar al respecto. En todo caso, el chasque o correo, nos satisfizo en que todos estábamos equivocados en nuestra manera previa de considerar el fenómeno.

Toda la noche nos molestó el ruido de innumerables animales llamados vizcachas en el país. Habían minado el sitio en que dormíamos donde habían hecho madriguera como los conejos a que se asemejan en el color. También como los conejos se sientan en cuclillas, a guisa de centinelas, en las entradas de sus habitaciones subterráneas. La cabeza de la vizcacha no es puntiaguda como la del conejo, sino que remata obtusamente, con hocico redondo, orejas cortas y boca provista de un par de incisivos salientes del labio superior hendido. Son muy hurañas y su única compañera es la lechuza. Al pasar de noche cerca de ellas agrupadas en cuclillas, semejan otros tantos frailes grises pigmeos, en grave cónclave. Es muy probablemente una especie de cobayo. Con alguna dificultad después de muchas pruebas en vano, acercándome detrás de árboles y mon-

tones de tierra, logré matar uno de estos animales que en tamaño y peso era por lo menos equivalente a un par de nuestros conejos más grandes. La carne era comida deliciosa y sería sumamente estimada en Inglaterra aunque aquí frunzan la nariz desdeñosamente.

Nuestra jornada del 29 fué por campo de monte muy tupido que las ramas de los árboles raspaban los costados del carruaje y penetraban con violencia por la ventanillas, lo que no era muy agradable. Otras veces no sabíamos qué hacer porque nuestros postillones perdían la picada. Todos estos pequeños inconvenientes fueron después compensados ampliamente cuando llegamos a la posta de Carmela Achaval, con alojamiento a que hacía largo tiempo éramos extraños. Se nos proporcionó comida excelente en brevísimo tiempo y tuvimos el lujo de una noche de descanso en habitaciones cómodas. Nuestro principal goce, sin embargo, fué volver a entrar en sociedad relativamente civilizada. Nada hay más agradablemente sorprendente para un inglés que la brusca transición de una sociedad bárbara a la que se estime comparativamente de calidad, especialmente en sitio tan retirado como al que ahora llegábamos, que no tenía nada de acuerdo con sus comodidades y maneras.

En el lugar donde nos habíamos alojado, después de jornada fatigosa, moraba en aislada oscuridad una linda persona, que brillaría con luz propia en un palacio. La escena nos recordaba aquellos días caballerescos y quijotescos cuando los valerosos caballeros españoles solían disputar los encantos de una Dulcinea, y justificar su título a ser correspondidos rompiendo una lanza por ella. La señora de Achaval habría sido linda heroína de un romance español antiguo, y digno de elogio hubiera sido arriesgar una lanza por el aplauso de sus ojos brillantes. Antes observé que las damas sudamericanas poseen cualidades que parecen ganar con el bello clima que habitan. Contemplándolas creemos sería feliz para el género humano que aquellos encantos de que son deudoras a la naturaleza no los hubiesen aumentado con los atractivos derivados de la educación y del arte. En su persona y forma, esta dama aparecía a mi fantasía de sorprendente semejanza con los retratos más hermosos que han quedado de María Estuardo. No podía menos de desear que algún artista que hubiese tra-

zado de mano maestra el retrato de aquella reina infortunada, como lo he visto, (tenga o no semejanza con la desgraciada María), con Rizzo sentado oyendo su música, hubiera dibujado la dama que tocaba la guitarra ante nosotros. No tengo palabras para expresar la elegancia y belleza sencillas y naturales de esta mujer; todos sus encantos derivaban de la naturaleza y tendían a demostrar cuán poco el arte puede reemplazar al aire o porte, dignos de colocarse al lado de una de sus favoritas. En verdad hay gracias que van más allá del alcance del arte, aún en las soledades y desiertos del Nuevo Mundo.

El 30 debíamos haber cruzado la frontera de Córdoba y Santiago del Estero; pero era tan ignorante de la geografía de su propio país la gente que encontrábamos, que no pude fijar la raya a pesar de la investigación más diligente. Nuestra encantadora señora de Achaval había dicho que su estancia estaba en Santiago del Estero, estimando la distancia en cuarenta leguas de aquella ciudad. Empezamos nuestra jornada por un monte tupido casi impenetrable. Había camino apenas bastante para dar paso al carruaje con muchos inconvenientes por las ramas que sobresalían arriba. La primera etapa fué de cinco leguas, hasta un caserío de pocas chozas míseras. Allí se presentó un espectáculo que creo sin paralelo en el globo. Aludo a los efectos de la dolencia de que antes me ocupé y que aquí es resultado de constitución hereditaria, o simple contacto, tanto como del vicio. No se conoce ningún remedio, como antes he dicho fuera de la algarroba. El hijo del maestro de posta me pidió entrase en la casa para ver a su padre y madre desgraciados. Accedí a ello y hallé al hombre en el mismo estado que se había mantenido dos años, consumiéndose por pulgadas, con el aspecto más horrendo. La mujer se sentaba en el suelo sobre sus muslos, tan cerca del fuego, que creí que los dedos del pie se le quemaban. Los ojos habían desaparecido, no tenía nariz y tiernamente imploraba alivio de sus sufrimientos. Cuán doloroso sentimiento se apoderó de mi cuando, encontrándome impotente para proporcionarle si más no fuese un paliativo, contemplaba los horribles estragos de esta cruel enfermedad. Averigué si no había asistencia médica a mano. Dijéronme que no había médico a quien acudir sino en Córdoba. Había, es cierto,

un curandero en Santiago del Estero, o persona que se decía serlo, pero aquél lugar distaba cien millas. Lo que recetaba no servía para nada, sino más bien era contraproducente. La medicina que obtenía en Córdoba resultó ser un remedio secreto de un francés, llamado Roy, que, tomado en dosis inadecuada era muerte segura, (acaso sublimado corrosivo). Sabíamos que tal había sido su efecto en Córdoba con un escribiente del administrador de aduana, a quien vimos pasar en dirección de su oficina por la mañana y a las 2 p. m., era cadáver.

La gente de Sud América tiene aversión invencible al mercurio en caulquier fórmula medicinal. Quizás se han penetrado de prejuicio contra él por la experiencia pagada cara de la ignorancia de los prácticos en administrar dosis que, aunque moderadas para el organismo inglés, serían casi mortales para el sudamericano, tanto más cuanto sus temperamentos difieren de los nuestros. Es probable que una juiciosa asimilación de cantidad según la modalidad del clima, nunca se haya propiamente considerado.

Este día recorrimos quince leguas y en la noche dormimos al raso, lo que preferimos desde hoy, como manera más independiente y cómoda de pernoctar. Fué nuestro primer ensayo de acampar afuera con designio de prácticarlo en el futuro, y hallamos que coincidía optimamente con nuestros sentimientos. Así, resolvimos llevar provisiones y entregarnos a la caridad de la madre naturaleza en lo tocante a aposentos. Por este medio escapamos de presenciar la miseria de la escasa población, y enfermedades incurables que nuestra presencia no aliviaría.

El 1.° de julio nos levantamos, frescos como la brisa matutina que disfrutábamos y alegres como calandrias. Nuestro sueño no había sido interrumpido, restaurando nuestros cuerpos, pues las vinchucas no habían dejado sus marcas intolerables en nuestros miembros. Un olor verdaderamente delicioso habíamos sentido durante la noche, y, mientras se aprontaban los caballos traté de descubrir el árbol o arbusto que impregnaba el aire con esencia tan arábiga; pero no tuve bastante suerte en determinar si venía de plantas o árboles desconocidos del bosque circundante o siquiera de donde procedía. La provincia de Santiago del Estero está llena de valiosos

productos de todo género, muchos solamente escondidos, algunos no descubiertos, otros conocidos y descuidados. Allí la tuna da sus valiosos depósitos. La planta en que la cochinilla teje su tela de carmín es llamada por los nativos "opuncia" y se desarrolla en salvaje maciega de los bosques, ahogada por el follaje colgante. En campos despejados alrededor de las aldeas, donde pocos cultivadores se toman la molestia de cuidarla, esta planta crece perfectamente y rinde una rica cosecha a los propietarios. Sentí mucho hubiese pasado la estación, pues de otro modo habría visto la araña cochinilla en sus interesantes trabajos.

Como en los varios días precedentes, el monte tupido que atravesábamos, con abras chicas aquí y allí, me impidió hacer la observación más trivial del haz del campo no inmediato a mí. Por tanto, todo lo que puedo decir de nuestras veinte leguas de marcha este día, basado en las apariencias que estrechaban el camino, es que no necesité nada más para convencerme que una Compañía bien dirigida, encontraría en esta provincia un caudal de riqueza indígena, superior a cualquier aventura minera, en ganancia permanente y de segura y fácil obtención.

Al ponerse el sol llegamos a la ciudad de Santiago, como antes se llamaba y nos alojamos por la noche en el cuarto mísero de un bodegón, pues no había nada parecido a fonda en todo el lugar.

CAPITULO V

Recepción en Santiago.—Baile.—Excursión por la ciudad.—Pobreza de la edificación y de los negocios.—Gobernador.—Falsificación de moneda.—El gobernador y un francés.—Renta.—Gran hospitalidad.—Modales en la mesa.—El río de Santiago.—Vinará.—Maestro tucumano.—Tucumán.—Un residente inglés.—En la Sala o Senado.—Naturaleza de los debates.—Ajuste de un contrato minero.—Reflexiones.

Estábamos ahora en la ciudad de Santiago del Estero, después de correr ciento quince leguas a contar desde Córdoba. El 2 de julio, 1825, había amanecido cuando luego de afeitarme y vestirme, me dirigí a cumplir la formalidad de presentar mis respetos al gobernador. Llevaba carta de recomendación para una familia de la localidad. El jefe de ella, desgraciadamente, estaba ausente, pero su esposa no solamente me invitó a comer, sino que despachó con sus criados un almuerzo a mi alojamiento. Se componía de excelente leche, huevos y pan frescos, y un estofado magnífico al estilo del país, llamado "olla". Declinamos la hospitalaria invitación a comer, teniendo en vista seguir viaje la mañana siguiente y hacer entretanto los preparativos necesarios. Nos encontramos, sin embargo, con que el carrujae necesitaba algunos arreglos que llevarían tiempo y, en consecuencia, aceptamos la invitación para un baile criollo a falta de otra cosa que hacer esa noche. Tal baile aquí es diversión poco semejante a las tertulias de Córdoba y Buenos Aires, donde la máxima parte de la danza se limita a la graciosa contradanza y el minué espafiol sumamente grave y digno Antes había visto, es verdad, algunas muestras de la Mariquita y otros bailes gauchescos, pero en ningún caso de estilo tan puro como aquí. Los aires se tocan en la guitarra y el de la Mariquita expresa en particular los suspiros y primeros requiebros recíprocos de los amantes que van aproximándose, caricaturizados en la danza. El final es lo más agradable, pues la delicada y esquiva beldad que se había mantenido a distancia agitando el pañuelo como

ante los irresistibles y abrumadores avances del zagal enamorado. Estos bailes no se clasificarían entre los más decorosos y, francamente, no se diferencian mucho de los de gentes muy inferiores en civilización, por ejemlos africanos, y otros espectáculos de la misma índole, que he visto en distintas partes del mundo. Que hayan sido propiciados y fomentados aquí bajo la dominación española y sus sacerdotes solamente es otro ejemplo de los sentimientos e inclinaciones inmorales de los monjes y frailes que procedentes de Europa inundaron este país, y de quienes rebaño más abyecto nunca devoró a un país sometido. Estos hombres dejaron al salvaje mucho más vil y depravado de lo que la naturaleza lo había hecho, y todavía añadieron a su carácter el refinamiento de la corrupción europea, sin una sola de sus limitaciones compensadoras. Todo lo que podía alcahuetear sus apetitos sensuales dentro de las costumbres aborígenes que dejaban retener a los nativos, y donde la vislumbre de la naturaleza había infundido una conciencia de derecho y torcido — una conducta franca y cándida—ellos trabajaron por borrar toda huella de las virtudes viriles, envolviendo la mente en una red de superstición espantosa. Es imposible reflexionar sin horrorizarse sobre los vicios fríos, calculados del clero español en el nuevo mundo. Si el infierno hubiese soltado sus furias sobre la sociedad, no hubieran procedido más deliberadamente para desarraigar del alma humana toda reliquia de aquel bondadoso y virtuoso sentimiento de que el más mal enseñado algo participa por naturaleza. La conducta de los españoles en América, desde el principio, fué un tejido de vicio y crueldad, cuyos detalles serían increíbles, si no hubieran demasiadas pruebas vituperables de la verdad, dejadas para manchar con infamia el nombre de su país. Quienes deseen dominar el tema lean las "Noticias Secretas", etc., de Ulloa, y vean si el lenguaje tiene epítetos oprobiosos para estos demonios. Observé mucho y oí más respecto a la moralidad con que mi pluma no debe manchar el papel—una moralidad que ellos formaron.

Viendo que debido a falta de caballos de posta, estábamos obligados a demorar un día más en Santiago antes de partir para Tucumán, nuestro próximo destino, resolví dar un paseo por esta olvidada ciudad y sus alrededores. Apenas conserva hoy rastros de su antigua riqueza e importancia; la catedral, aunque bello edifi-

cio, se encuentra en lamentable estado y pueden verse casas en algunas calles, con frentes adornados con pilares de cedro y caoba profusamente labrados. Todo habla del pasado floreciente; pero ahora el forastero busca inútilmente aquellos amplios recursos, aquella riqueza, aquel comercio que debió existir para hacer frente a los gastos del clero diocesano y fundación religiosa tan extendida como, según todo lo deja ver, existió aquí alguna vez.

Es imposible contemplar sin un sentimiento melancólico la destrucción y ruina de instituciones durante largo tiempo establecidas, en cualesquiera circunstancias. Tales espectáculos son humillantes para el espíritu humano, como prueba del decaimiento e instabilidad de sus obras más soberbias. La incalculable ignorancia y apatía de la población actual nos murmura, sin embargo, que la ostentación de una religión que sólo existió para esclavizar al espíritu mediante superstición y deslumbrarlos con vanas pompas, que no era sino una carga conducente a la degradación del pueblo, en vez de un medio de instrucción virtuosa y para sus directores simple medio temporal de obtener riquezas para satisfacer sus apetitos sensuales e innobles, debiera haber terminado ya. Los sistemas corrompidos, sean políticos o religiosos, deben caer a pedazos para dar lugar a que de sus cenizas surjan otros mejores. La grosera ignorancia del pueblo de Santiago se debe indudablemente, en mucha parte, a su lamentable situación actual. Si los maestros de religión hubieran cumplido su deber, abriendo y ensanchando el espíritu del pueblo, no hubiera éste cargado con una herencia de indolencia y haraganería y habría sufrido relativamente poco con el choque de la Revolución. Repuesto y con nuevos bríos, sólo hubiera considerado ese choque como simple impulso tendiente a conseguir un estado más floreciente que el anterior.

Una revolución, en pueblo cuya ilustración está por encima de sus actuales instituciones, no puede menos que resultar benéfica una vez pasado el primer momento de anarquía. Por el contrario, en pueblo atrasado, el logro de la prosperidad se hace lento y penoso.

En Santiago, sus primeros habitantes se encuentran en un letargo inconcebible. Todo lo que pueden decir al inglés es que son muy pobres y en lugar de poner hombros a la rueda y reponerse a base de energía y aprove-

chamiento de los recursos del país rico y suelo favorable, lo esperan todo de España, de la que nada saben, al mismo tiempo que conservan para los ingleses la idea que les inculcaron sus pasados tiranos: detestarlos y aborrecerlos. Sin embargo, los bosques, los artículos de lana, la goma, los vinos, la lana, el bórax, etc., y el río de Santiago, indican a los ingleses un comercio lucrativo en tiempos venideros y un espléndido campo para especulaciones inmediatas.

El actual gobernador de Santiago, señor Ibarra, es la última autoridad existente, *ultima ratio.* Es uno de esos espíritus audaces que los tiempos revolucionarios llaman a la acción, con propósitos inadecuados para hombres más animosos. Sin embargo, en la actualidad, las facultades espirtuales del gobernador sólo han servido para aumentar las calamidades de la situación. Si todo lo que de él se dice fuera cierto, la desolación de que se le acusa quedaría perfectamente corroborada por lo que los ojos ven en la ciudad entera. El pueblo podría desear perfectamente la vuelta de sus antiguos dominadores, pues su tiranía se sorportaría en fuerza de la costumbre y por el yugo relativamente más llevadero que imponían.

Un suceso reciente, digno de relatarse, aumentó considerablemente la miseria de la afligida gente santiagueña. Contribuyó a aumentar las calamidades en circunstancias que era difícil sobrellevar las dificultades de la situación, pero sus autores juzgaban que los tormentos que durante mucho tiempo pudieron resistir, se habían disipado ya. La extremada pobreza del gobierno lo hizo lanzar a la circulación una emisión de moneda con veinte o treinta por ciento de liga, acuñada de acuerdo al antiguo *real,* y asignándole el mismo valor. La rama ejecutiva del gobierno sancionó legalmente tal emisión y muy probablemente sacó ventajas del negocio. Sin embargo, como los inconvenientes de tal medida se hicieron sentir muy pronto, a poco andar se decretó poner punto final al procedimiento, lo que no evitó que se hubiesen producido ya grandes perjuicios a la gente. Acaeció luego que un ingenioso francés, napoleonista, de quien se decía haber participado en las ganancias de la emisión, fué acusado de lanzar a la circulación, privadamente, una segunda emisión de moneda ilegal. No aseguraría si el cargo fué o no fundado, de acuerdo con los informes que recogí. Sin embargo, tal cargo trajo como

consecuencia una disputa con el gobernador, la que llegó a tomar agrios contornos y, como en el curso de ella, llegara el desgraciado francés a manifestarse en forma hiriente para la dignidad del gobernante, hízole éste atar y aplicar cien azotes en el trasero. El pobre francés, justamente indignado por la injusticia de que había sido víctima, determinó vengarse(pues los gobernadores de Sud América no deben confiar, como en cualquier otra parte, en la impunidad de sus injusticias), en el primer sitio y momento que se presentara. Solía el gobernador andar siempre acompañado de su ordenanza, y varios meses pasaron antes que se presentara oportunidad al francés para vengarse. Finalmente, tras minuciosa información, llegó a saber que su tirano acostumbraba dormir, dada la estación, bajo el portal de la casa. Armado de pistolas, decidió vengarse, aprovechando la obscuridad de la noche. Llegado a la casa, encontró dormido al centinela y desapareciendo así este impedimento, deslizóse furtivamente hasta la cama o hamaca donde dormía su enemigo. En este lindo clima no se necesitan colchas para dormir. Apuntó bien al corazón de su enemigo e hizo fuego. Y tan buena fué la puntería, que murió la víctima sin lanzar un gemido. Antes que la detonación hiciera lanzar a todo el mundo en su persecución, huyó con rapidez de flecha y montando un parejero, que tenía ya ensillado, tomó el camino de Tucumán. ¡Qué sentimientos deben haberle embargado más tarde, al saber que había matado al desgraciado secretario y no al jefe! Aquella noche el secretario había cambiado sitio con el gobernador, por casualidad, y así escapó éste a su sentencia. Tucumán se encontraba entonces en abierta hostilidad con Santiago y su gobernador recibió al francés con los brazos abiertos. En lugar de abandonarle, empleóle en el ejército con cierta jerarquía y envióle a combatir conra el antiguo enemigo, ordenándole atacar la misma ciudad de Santiago. El ataque fracasó. La paz restablecióse poco después entre ambas provincias, o mejor dicho, entre ambos gobernadores; el francés fué traidoramente abandonado, y así como el emperador de Austria sacrificó a Hofer por los franceses, así también fué ejecutado el francés, sin juicio previo, según costumbre. Afrontó la muerte con la sangre fría e intrepidez peculiar de sus valientes compatriotas en circunstancias tales, y dijo que moría contento, pues su muerte era una reparación por la sangre ino-

cente que había derramado; pero con su último suspiro maldijo al autor de su muerte prematura.

En Santiago del Estero, como en casi todas las demás ciudades sudamericanas que he visitado, no pude conseguir estadística de su población. A simple vista, creo que no tiene la mitad de la población de Córdoba. El tráfico principal parece en la actualidad de ponchos, pellones y tejidos de lana para ropa de hombre y mujer. Las jergas que fabrican son hermosísimas y sus precios moderados. También se fabrican artículos de madera de toda clase. Tazas, platos y otros utensilios se hacen de madera dura del país, muy durable y barata. Parece que las escasas rentas del gobierno provienen principalmente de los derechos de tránsito sobre las mercaderías que pasan para las provincias del Perú. Estos se cobran en forma muy arbitraria, reflejando no poco deshonor para la administración. Existe también un fuerte peaje por atravesar un rústico puente sobre el río; por nuestro carruaje y dos o tres mulas pagamos doce pesos, suma que escasamente valía el puente. Cualquier déficit que haya en la renta, después, se suple con una contribución general, que, por tanto, siempre es muy desigual.

El estado social no puede menos de resentirse de todas estas desventajas, y el carácter del gobernador no es, como ya he dicho, sino indiferente; sin embargo, encontré aquí el mismo sentimiento bondadoso para los extranjeros que tuve ocasión de apreciar en todas partes. Todas las casas se abrían a los ingleses y por poco fuera lo que había que ofrecer, se daba de buena voluntad. Al día siguiente de llegar, cenamos en casa de la familia de que ya he hecho referencia y fuimos poco menos que abrumados de atenciones. No solamente hubimos de hartarnos, tal fué la cantidad de platos, sino que nos vimos obligado a someternos a la costumbre, bastante embarazosa para un inglés, de cambiar bocaditos entre los comensales con los respectivos tenedores. Igual cosa se hacía con el vaso de vino, cambiándolo a menudo con el de la compañera de mesa y trayendo de beber a sorbos justamente por la misma parte en que ella había aplicado sus labios fragantes o rojos (según fueran) y en donde, como prueba de amistad, había dejado su aroma. Desempeñan en esta práctica importante papel los ojos, que, tan tiernamente como sea posible, deben fijarse en el objeto, aunque ningún interés se

tenga en ello. Nunca en mi vida me he encontrado tan ridículo, casi diría avergonzado, como en esta ocasión. Yo daba a todos los diablos la comida y hubiera deseado que terminase cien veces antes. Añádase a esta costumbre beber a lo tórtola, el temor que contínuamente asalta de verse en cualquier momento rendido por el dulce y turbio vino de La Rioja, y como espada de Damocles, la amenaza de un terrible dolor de cabeza para la mañana siguiente. No quisiera en manera alguna se supusiera, a raíz de estas anotaciones, que pretendo quitar mérito a las ilimitadas atenciones de que he sido objeto, según las costumbres del país, o sentar plaza de ingrato. Quiero solamente dejar constancia de mis impresiones como forastero y de detalles de costumbres nacionales con que estuve en contacto. La hospitalidad y bondad de esa gente no pueden jamás ser olvidadas por mí, ni dejar en todo caso de ser motivo de gratitud.

En el jardín de la dama que tan hospitalariamente me recibió, junté algunos ejemplares de algodonero con telas que formaban el dormitorio de una especie de grandes gusanos de seda. Después del café y una segunda exhibición de baile, como en la noche anterior, despedíme de la dama que fué tan cortés conmigo, y regresé a mi covacha a fin de alistarme para la jornada siguiente.

El 4 de julio por la mañana, al querer partir, encontramos que el capataz había estado de francachela con su gente, de modo tal, que el sol estaba casi en el meridiano cuando dejamos la ciudad. Nuestros excelentes amigos, que habían comprendido lo que nos sucedía, nos instaron a pasar el resto del día con ellos. Hubiera sido muy inconveniente para nosotros esto, y cuando ellos todavía nos instaban, apareció nuestro carruaje y decidió la cuestión. Partimos, no sin sentimiento por nuestra parte y demostraciones de pesar por la de esta gente afectuosa, cual si hubiéramos sido parientes o conocidos de muchos años. Tales son los ardientes sentimientos de los habitantes de los climas más lindos del mundo: rápidos en la ira, fuertes en las pasiones y ardientes en los afectos y amistad. Esto se deja ver claramente en sus diversiones sociales y en las costumbres de la mesa, antes mencionadas, que tanto me fastidiaron.

"Los de clima frío tienen frío en la sangre", pero en estos climas las pasiones, las virtudes y vicios humanos son "como erupciones de lava".

Proseguimos nuestro camino con mediana velocidad, pues aquél se extendía con una cubierta de fango que llegaba a la ranilla, por entre un chilcal, y continuó en mal estado hasta aproximarnos al río de Santiago. Tocaron nuevamente el cuerno como hizo nuestro gaucho paquete para pasar el Saladillo. La gente de la otra banda no estaba tan alerta como las ninfas negras del Saladillo. Por tanto, nos sentamos, recreándonos en la margen suave del río, cuyas vueltas y aspecto me recordaban el Támesis, en Twickenham, visto del lado del parque. La balsa de simples cueros, en que habíamos de pasar, fué transportada por hombres desnudos a caballo que a veces nadaban. En cuanto a nuestro vehículo, como nada hubiera para pasarlo flotando, llegamos a temer lo arrastrase la corriente, pues el río era tan rápido y más ancho que el Saladillo.

En un momento los cueros se unieron por las puntas y nos remolcaron hasta la otra orilla, en la misma forma que antes, con la diferencia que esta vez fueron indios vigorosos los que nos pasaron, en lugar de ninfas acuáticas. En seguida vino el carruaje que flotaba con gran dificultad. Empleamos en pasar el río de Santiago casi tanto tiempo como necesitó Napoleón en el Danubio con su ejército.

Era ya casi de anoche cuando llegamos sanos y salvos a la orilla opuesta. ¿Qué haríamos ahora de noche, a merced de los indios, que podían llevarnos a donde quisieran? ¿Quedaríamos a orillas del río toda la noche? Es siempre interesante, aun en estas regiones tan remotas de huellas de europeos, encontrar algunas vicisitudes. Días y semanas habíamos pasado frecuentemente, de la mañana a la noche, con la misma identidad y monotonía—por consiguiente, algo para variar no venía mal—y nos preparamos para confiarnos esa noche a esta raza singular, los aborígenes sudamericanos. En tres cuartos de hora nos condujeron, penetrando los laberintos de un monte tupido, sin un débil rayo de luz para guiar nuestra ruta. Las consejas de mi vieja nodriza acudían a mi memoria; la luz de la cabaña distante que al fin aparece entre el bosque, la morada de bandidos; el robo, el asesinato, y no sé qué otras cosas más. Esto podría encontrarse en Europa; pero en el seno del vasto continente americano la escena resultaba muy diferente. En el mismo Santiago no se nos atendió con mayor bondad que por estos pobres indios. Tuvimos ex-

celente comida. Cabrito o cordero asado; una ave estofada muy parecida al malagatuani de los malayos, abundancia de huevos recién puestos, y buen pan, junto a un fogón bramador y rodeados por una tribu de hombres, mujeres y niños de caras broncíneas que nos miraban y hacían estallar sus chanzas. Era una escena algo más que entretenida: era nueva e interesante. Era escena de agradable hospitalidad sin tutores. No nos hartamos hasta la sofocación con la pulida bondad de nuestros huéspedes, ni me aturrullé cambiando bocados amorosos o vasos de vino por cumplimiento.

Al día siguiente, 5 de julio, seguimos viaje con intención de almorzar en la muy linda aldea, llamada Vinará, situada a seis leguas del río de Santiago, notable por el aspecto industrioso que presenta. Nadie parece vivir allí en holganza; las mujeres que miran nuestro carruaje no dejan de hilar. Observé también la planta de cochinilla con hojas más anchas que allí crece y florece con más lozanía en los jardines y setos de las chozas, que la que he visto en otros puntos visitados antes. "La industria es el primer paso al mejoramiento, y a ésta sigue aprisa la educación", pensaba yo, cuando a pie, atraídos por un rumor de voces, nos abríamos camino por un matorral que interceptaba el camino en dirección al lugar de donde parecía venir el murmullo. Una higuera con ramaje hasta el suelo sombreaba un ancho círculo de terreno y nos impedía el paso; mirando por una abertura entre las grandes hojas verdes, pispamos al maestro de aldea, subido a la cátedra adherida al tronco. Leía en las cabezas de sus discípulos—disertación frenológica, a juzgar por los efectos,—con una vara bastante larga para golpear la *coca* del transgresor más remoto. Mucho me sorprendió aquella visita. Empezaba a creerme en algún distrito europeo, ciertamente no por las últimas muestras que había visto del país, en el corazón del continente colombiano. Allí estaba, sin embargo, y en la linda provincia de Tucumán, con cerca de la mitad de la superficie del globo interpuesta entre Europa y mi persona. La linda escuela con techo vegetal también hirió mi fantasía .¡Qué delicioso estudio natural! Frescas hojas anchas la abovedaban y realzaban lo interesante de la escena. Los muchachos se sentaban en el césped sin orden regular, bajo la rotonda de follaje magnífico. Algunos con las piernas cruzadas deletreaban Ba, Be, Bi; otros haciendo mesa de las ro-

dillas, parecían grabar más bien que escribir en una tablilla del tamaño de una pizarra común. Uno o dos, que parecían más adelantados que los demás, tenían cuadernos, artículo de lujo en aquellos lugares. Y no faltaban algunos atareados en aritmética. A todo esto, la varita de marras no se olvidaba de zurrar el celemín de los perezosos o soñolientos.

Curioso fué el espectáculo para nosotros, pues no habíamos visto hasta ahora sino el reverso de seres cuidadosamente educados. No tuvimos tiempo de hacer reflexiones, pues, descubriéndonos los muchachos, pusiéronse a reir, lo que, llamando la atención del maestro, hízole tomar su muleta, pues era cojo, y tratar de averiguar la causa. Nos adelantamos inmediatamente por la única abertura del ramaje y nos declaramos intrusos. Sorprendióse tanto como sus alumnos y su entrecejo autoritario, pues era alcalde y maestro, se cambió en amable sonrisa. Aceptamos la invitación de pasar al recinto, donde nos entretuvimos en examinar el adelanto de sus alumnos y escuchando respuestas a las varias preguntas del profesor sobre la batalla de Ayacucho, muerte de Olañeta y terminación de la guerra en el Perú.

Preguntónos si era verdad que los ingleses pensaban establecerse en el país y otras cosas por el estilo. A nuestras preguntas sobre su vida, contestó que había nacido en el lugar, rengo de nacimiento y nunca había salido de allí, que había dedicado sus facultades al estudio, aunque allí su profesión era muy pobre (como en todas partes) y que el precio de la instrucción variaba entre dos y cuatro reales por mes, según lo que se enseñaba al educando.

En tales circunstancias, acercóse un muchacho para que le templara la pluma. Con gran sorpresa nuestra, sacó de sus antiguos calzones españoles (abiertos en la rodilla, con hebilla de plata suspendida) un *flamenco* o cuchilla de jardinero, y procedió, con la ayuda de unos lentes rajados, a aguzar la pluma.

—¡Cómo, viejo!—le dije—¿no tiene usted otro instrumento mejor para el caso?

—Nada más, señor; soy muy pobre—respondióme.

Repliquéle que creía poder ayudarle con algo mejor para su profesión y le regalé un cortaplumas inglés de cuatro hojas que llevaba por casualidad en el bolsillo. Al verlo, exclamó admirado:

—¡Oh, cuatro hojas en un cortaplumas!

Nunca en su vida había contemplado instrumento semejante. Al decirle que se trataba de fabricación inglesa:

—Caramba—respondióme—los ingleses son hombres muy hábiles.

Le dije que lo ponía a su disposición.

—¿Por cuánto?—me preguntó con mirada que indicaba su falta de recursos para comprarlo.

—Por nada—respondí.

Persignóse el hombre al punto, exclamando:

—Gracias a Dios.

No creo hubiese demostrado mayor satisfacción si se tratase de una tonelada de oro o un billete de lotería de veinte mil libras esterlinas. Agrupáronse a su alrededor sus jóvenes alumnos para ver el tesoro y conseguir del maestro su asueto, aprovechando de su inmensa satisfacción. Mientras tanto, y luego de haberle hecho acceder a medias a los deseos de los muchachos, nos despedimos.

Examinando más tarde una planta de cochinilla, cuyas hojas duras, pulposas, llenas de jugo, con su lisa superficie atravesada por hileras de pequeños tubérculos, y mientras me entretenía en pasarles la mano como si se tratase de terciopelo, sucedió que por no notar que los tubérculos se hallaban cubiertos por espinitas, claváronse éstas en el guante blanco de algodón que llevaba puesto. No caí en cuenta de lo sucedido hasta que, en el carruaje, noté me habían penetrado en los dedos, y por cierto, pasó algún tiempo hasta lograr librarlos de aquellas lanzas vegetales, cuyas puntas rotas, al clavarse en la piel, recordábanme mi intromisión cada vez que me lavaba las manos o apretaba con fuerza cualquier objeto.

Proseguimos nuestros camino desde la linda aldea, y durante quince leguas anduvimos por el terreno llano de un hermoso país; habríamos llegado a eso de las 5 a Tucumán, si uno de los cilindros de hierro fundido de un eje de coche no se hubiera hecho pedazos en el camino (1). Este accidente fué causa de una demora de algunas horas, hasta que pudimos conseguir caballos pa-

(1) Estos implementos de hierro fundido, han perjudicado grandemente a nuestra manufactura de hierro en Sud América. Cuchillos, hachas, herramientas de carpintero, clavos, etc., se han vendido a los nativos como si fueran de hierro dulce. No debemos, pues, quejarnos de la chicanería de los sudamericanos, aunque no faltan quienes se hayan perjudicado con todo esto, y lamenten su coducta.

ra montar y seguir adelante. Llegamos a la ciudad, que se encuentra a cuarenta leguas de Santiago, más bien tarde, y como encontráramos que no había cómodo alojamiento para forasteros llegados sin previo aviso, tuvimos que arreglarnos lo mejor posible en un cuarto de trastos viejos, en la posta, donde pasamos la noche.

A la mañana siguiente, un inglés llamado Davies, natural de Plymouth, que había sido marino en el barco de sir Home Popham y fué hecho prisionero en las invasiones inglesas de Buenos Aires, asunto del cual hemos hablado ya, vino a ofrecernos sus servicios para procurarnos alojamiento. Nos dijo, además, que la noticia de nuestra llegada había puesto fuera de sí, de alegría, a las gentes, pues suponían grandes los beneficios que les reportaría. También, que el gobernador y el cabildo habían rehusado conceder monopolio al comisionado de Buenos Aires, coronel Dorrego, quien había permanecido algún tiempo en la ciudad, tratando de realizarlo. Después del almuerzo, que nos fué enviado por una familia vecina, nos dirijimos a saludar al gobernador, coronel López, quien designó el día siguiente para conferenciar sobre una propuesta referente a explotación de las ricas minas de las cercanías, de las cuales teníamos datos que nos había suministrado el cónsul general, señor Woodbine Parish. Regresamos luego a la posta para cambiar de alojamiento. Momentos después, los principales habitantes de la ciudad pasaron a felicitarnos por nuestra llegada: encontrábanse entre ellos algunos miembros del gobierno y cabildo y caracterizados vecinos.

Mi llegada a Tucumán, con confesado propósito de dar impulso a tareas mineras, debía chocar con el interés levantado por la comisión de Buenos Aires. Así se explica que una poderosa influencia partidaria se pusiera en movimiento para deshacer mis proyectos, y que un contrato, que se hubiera terminado perfectamente en una semana, tardara un mes. En el curso de estas tramitaciones, tuve ocasión de trabar relación con todo lo más distinguido de la ciudad y pude llegar al convencimiento que los tucumanos están dotados de talento y condiciones naturales verdaderamente superiores. La discusión que se produjo en la cámara respecto a cláusulas ya convenidas entre el ejecutivo y yo, pero cuya definitiva aprobación correspondía a esa corporación, dió lugar a un despliegue de talentosa oratoria, en

la cual no sabía qué admirar más, si la elocuencia o el decoro y elevación de los argumentos, nunca mezclados con pasiones o intereses personales.

Sin embargo, los enemigos del gobernador se opusieron al contrato proyectado por el Ejecutivo, por simples desavenencias personales; los partidarios del comisionado de Buenos Aires, igualmente, por razones de egoísmo, mientras los sacerdotes, con el mismo propósito, encuadraban sus argumentos en el vulgar terreno de la exclusión extranjera. En cambio, el grupo de liberales e independientes deseaba ardientemente seguir el ejemplo de Buenos Aires y admitir los ingleses a participar de los mismos derechos reconocidos por un tratado de comercio tal cual había hecho aquella ciudad.

Durante estas sesiones, un viejo jesuita, que según se decía, era el único que quedaba en el país, se presentó en la Cámara de Representantes, y de rodillas, rogó a los miembros con el mayor fervor, pidiéndoles que, si en algo estimaban sus bienes, esposas e hijos, o si algún respeto tenían por la sagrada religión, pusieran punto final a toda innovación y se negaran a permitir la entrada de ingleses herejes. Agregó, que con el pretexto de asuntos mineros, jugarían la misma partida que en la India y subyugarían el país entero. Pero la Cámara, a despecho de los sostenedores de la sabiduría de sus antecesores y de los eclesiásticos, colocó la cuestión en terreno lógico y encuadrada en las sanas consideraciones morales de que "cuanto antes vinieran los ingleses a establecerse entre ellos, más pronto resultaría beneficiada la colectividad, con sus costumbres industriosas y ejemplos saludables". Sin embargo, fué necesario conciliar las opiniones, retirando los artículos susceptibles de objeciones.

La manera de discutir, en la Cámara de Tucumán, era diferente de la que había visto en otras partes. Sus miembros no deliberaban sentados. El orador, una vez obtenido el uso de la palabra, avanzaba hasta colocarse frente a la presidencia, a la que se dirigía en forma bastante parecida a la de nuestra Cámara de los Comunes, hablando luego con un aire de independencia y franqueza, muy agradable para un inglés acostumbrado a la libertad del debate. Uno de sus miembros, abogado, era el más hábil de los opositores al gobierno. Hablaba con un arresto y vehemencia tal, que me hacía recordar precisamente a Fox, con el agregado que ha-

bía infinitamente más gracia en sus maneras y más delicadeza en su entonación que en aquel gran orador. Jamás olvidaré la figura de aquel viejo delgado y canoso, de toscos cabellos, rígidos cual cerdas, mientras lanzaba como rayos sus argumentos de oposición al gobierno. El nervio y vigor de su rápida oratoria, contrastaba admirablemente con las fáciles, elegantes y persuasivas maneras del doctor Molina, quien contestábale más con argumentos que con declamaciones y con un despejo y aplomo tal, que no sería superado en ninguna asamblea europea. Pude también observar varios otros diputados con brillantes condiciones oratorias, y dignos de figurar en primera fila en cualquier senado. El asunto a que estos debates se referían se juzgaba de suma importancia para el país y no se le dió curso en la Cámara hasta tres semanas después de su presentación. Contrariando la costumbre establecida, se citó a los debates a todo el mundo, con el fin de conocer su manera de pensar al respecto. Tenía por objeto esta medida conocer las diversas opiniones que se emitieran sobre el asunto, para llegar así a una conclusión correcta y justa y evitar posibles divergencias futuras con el pueblo y aun entre ellos mismos. Terminada que fué la discusión, se puede decir que el contrato fué aprobado en los estados de la Cámara de Representantes, por los principales ciudadanos de la provincia, adquiriendo así un carácter más honroso y respetable que muchos otros (1).

La perseverancia y el espíritu industrioso y emprendedor de los ingleses encuentran siempre las puertas abiertas en todas partes. El nombre de Inglaterra, que los antiguos españoles hicieron despreciable en estas provincias, es hoy respetado. El pueblo, aun en el centro de este remoto continente, es más clarovidente y liberal, despliega mayor inteligencia y posee mejores nociones de lo que ha de contribuir a su bienestar, que sus antiguos monarcas y consejeros, y no está lejano el día que, perfectamente conocedores los tucumanos de su situación respecto a Europa, aprendan a mirar con desprecio la impotencia e ignorancia del rey de las Indias y de su mal dirigido y fatuo imperio europeo.

---

(1) Es digno de notarse que, al discutirse los artículos objetados, se me permitió tomar parte en la discusión para dar explicaciones.

CAPITULO VI

Provincia de Tucumán.—Productos.—Costumbres de sus habitantes.—Efectos de la última revolución.—Influencia religiosa y sus tendencias.—Diálogo entre una madre y sus hijas.—Fomento de la inmigración extranjera.—Singular belleza de la provincia.—Las sierras.—Minería.—Contestación a objeciones sobre ésta.—Defectos de las últimas compañías mineras.—Caminos de Tucumán.—Hermosas vistas y panoramas.—Sentimientos exquisitos nacidos a raíz de la bondad del clima.—Carácter del gaucho.—Caza de animales feroces.—Aspecto de los bosques, plantas, etc.

La provincia de Tucumán está entre los 25.° y 28.° L. S. y 63.° y 66.° O. Su forma, se aproxima mucho a un trapecio de cuarenta leguas de largo. Está limitada, de NE. a NO., por Salta; de NE. a SE., por Santiago del Estero; al sur y oeste por Catamarca. Una ramificación de la Cordillera de los Andes, último contrafuerte occidental, se eleva aquí trece mil pies sobre el nivel de las pampas inmensas que se extienden, por el sur hacia Buenos Aires, por el norte hacia el Paraguay, por el oeste hasta el pie de los Andes y por el este hasta cubrir los extensos territorios indios de Entre Ríos, Santa Fe, Misiones, Corrientes, etc.

En aquella parte de las citadas planicies, comprendida en los límites de Tucumán, su suelo es variado; puede encontrársele allí en sus más diversas especies, excepto tiza. Marga, arcilla, arena y cascajo abundan, pero la naturaleza dominante del suelo es tierra vegetal, negra, rica y exhuberante, que forma capa de uno a seis pies de espesor descansando en subsuelo arenoso. Esta diversidad de suelo, da lugar a una variedad sin fin de producción vegetal extraordinariamente lozana. Los granos y raices más cultivados, son seis o siete clases de maíz, trigo, cebada, papas, camotes y porotos o chauchas. Tocante a frutas, silvestres y cultivadas, se encuentran naranjas, limones, cidras, granadas, duraznos, uvas manzanas, peras, membrillos, ciruelas, melones, etc. En cuanto a centeno, avena, fresas, grosellas y muchas otras de nuestras frutas y verduras, son allí desco-

nocidas. El azafrán, ají, zarzaparrilla, añil, cochinilla, miel y numerosas plantas colorantes, algodón, tabaco, caña de azúcar, pimienta, crecen y se producen en abundancia. El azúcar se refina por un procedimiento inventado por el doctor Colombres y semeja bastante a nuestra doble refinada. Hay extensos campos de pastoreo, ricamente exuberantes. Los bosques, siempre cubiertos de eterno verdor, producen vasta variedad de frutas silvestres, muchas aprovechables mediante destilación Hasta los cercos de los corrales para ganado, en este rico país, están cubiertos de una fruta que produce la melaza llamada "arrope", con que conservan sus dulces de mesa. Las planicies abundan en hierbas y plantas raras, algunas de las cuales poseen cualidades no descubiertas aún, y en las faldas de las montañas, se encuentran muchas especies que llegarán a ser útiles en Europa, pero que por ahora son allí completamente desconocidas.

En esta deliciosa región, el reino animal no es menos rico que el vegetal. No se encontraría mejor ganado vacuno en ninguna parte del mundo. Antes del último movimiento revolucionario, su número llegó a ser tan considerable, que siendo más bien un estorbo, se le cazaba por entretenimiento. Su valor radicaba en el cuero y sebo y nunca pasaba de doce reales o seis chelines por cabeza, mientras que ahora, una vaca vale de diez a doce duros, un novillo de trece a quince, y los bueyes adecuados para el trabajo, hasta veinte. Los caballos son resistentes y de mucho empuje, pero no de linda estampa; en cuanto a las mulas, son inferiores a las de San Juan y otras crias montañesas. La cria de ovejas y cabras está muy descuidada, así como la de cerdos, a pesar de lo cual, todo prospera, por poca atención que en ello se ponga. Tropas numerosas de ganado alzado, recorren aún los lugares menos frecuentados de la provincia. Abundan ciervos, jabalíes y guanacos. La vicuña, llama y alpaca no salen de las montañas vecinas. En punto de animales feroces, existe el tigre, o más bien jaguar, y el gato montés, anta y armadillo se encuetrain por doquier. En cuanto a caza, hay perdices, faisanes, charatas, y toda clase de aves silvestres, muchas desconocidas en Europa. Los pájaros son numerosos y del más bello plumaje; muchos gorjean maravillosamente y con tan variado cantar, que no los he vuel-

to a oir iguales. Hay en esta provincia, más de veinte ríos, todos los que, uniéndose, forman, según creo, el de Santiago del Estero, ricos todos en peces, aunque de especies diferentes a las europeas, excepto la anguila. Se calcula que con un gasto reducido, se unirían el río Paraná y el de Santiago, mediante un canal, caso en que se haría la travesía directamente hasta Buenos Aires por agua.

A pesar de la prodigalidad de la naturaleza en esta bella provincia, sus habitantes viven en holganza y relativa miseria. Aliméntanse principalmente de carne y maíz, dándose con esto por satisfechos. El abastecimiento de los pueblos es muy deficiente y exceptuando la carne, pocas cosas más se preocupan los carniceros de traer al mercado. Si alguna vez deseaba comer corderito o carnero, era menester traerlo del campo el día antes. En la estación de fruta, abundan extraordinariamente los productos de huertos, quintas, campos y bosques, según se me informó, mientras el resto del año es muy difícil conseguirlos. Cuando estábamos allí sólo había naranjas y manzanas. Todos se quejan de estas deficiencias, pero nadie hace lo posible por remediarlas. ¡Cuán fácil sería, con un poco de industriosa laboriosidad, hacer adelantar la producción de la naturaleza, pidiendo al arte una pequeña ayuda! Es verdaderamente penoso contemplar a esta gente, en el mismo jardín del universo, perdiendo el tiempo tan lastimosamente. Sus hábitos indolentes fueron indudablemente heredados de sus antiguos amos. ¿No es acaso la española la raza más indolente de Europa, exceptuando quizás, a los bascos? Su ociosidad atávica, debe forzosamente haber aumentado en esta tierra de leche y miel, donde la naturaleza ofrece todo lo necesario.

La gente de Tucumán se enorgullece grandemente, por haber sido allí, donde, en 1816 y en asamblea general, se juró la independencia americana, extensiva a todas las provincias del Río de la Plata. Este orgullo, sin embargo, queda menguado ante la situación actual del país. Los efectos desastrosos de guerras intestinas, son aún demasiado visibles, para demostrarnos lo fatales que resultan para la prosperidad y carácter moral de la comuidad. Tucumán era el granero del país y, de tiempo en tiempo, el principal recurso de los ejércitos destinados a arrojar los españoles del Alto Perú. Fué cuartel ge-

neral del general Belgrano durante seis meses, y no le pudo tocar mayor daño moral. En todos los países donde existe influencia de monjes y frailes sobre el pueblo no hay ningún adelanto en las libertades públicas, ni pizca de libertad puede ser permanente. Por influencia secreta, esta sabandija producía disturbios o contrarrestaba los mejores planes tendientes al bien público, con objeto de conservar su influencia, o repartirse sus habituales ganancias sacadas de la credulidad del vulgo. Los revolucionarios franceses, conocedores de esto, tomaron las medidas más crueles y severas con el fin de eliminarlos. Los jefes de la independencia sudamericana, conociendo igualmente las artes de los enemigos de su causa, comprendieron que hasta que no fuesen totalmente aplastados, el estado de permanente seguridad para sus libertades, sería una quimera.

Mediante obras de filósofos y fogosos escritores de otros países, infundieron al pueblo un espíritu abiertamente hostil hacia aquéllos, haciendo de las palabras "abajo los frailes" una especie de consigna.

Los deberes religiosos fueron minados y se acudió a todas las armas para exterminar a los inconmovibles enemigos de la revolución. Resultó de esto, que los ignorantes y depravados, traspasaron los límites normales del asunto, haciendo caso omiso de todo sentimiento religioso o moral, de todo lo que significaba bien público y sus efectos sobre las generaciones venideras. En consecuencia, muchos jóvenes de esta provincia, han sido educados descuidando toda religión, y algunos son ateos en absoluto, circunstancia más notable aquí que en cualquiera otro estado de la unión porque lo que fué causa de la revolución era en resistencia más fuerte aquí y su poder más difícil de dominar que en otras partes. Tales son las consecuencias de revoluciones semejantes, cuando sus causas reales, están profundamente arraigadas.

Contemplando este estado de cosas, nos atrevemos a preguntarnos si sería posible evitar tales revoluciones, y ésto nos lleva a reflexionar sobre las causas originarias de estos desastres que son los execrables sistemas de gobierno absoluto, con su infaltable norma de gobierno; la opresión cada vez mayor de las ligaduras que rodean a los oprimidos, con medios de seguridad para la conservación del poder, hasta que se rompen a peda-

zos sin encontrar después límites en la reacción. Los monarcas que impiden la marcha del pueblo en proporción con la instrucción, que tratan de sofocar con las violencias del poder despótico los gemidos de los oprimidos, y locamente imaginan que la innovación es fatal a sus intereses, por ser beneficiosa al espíritu humano y a los gobernados, deben ser víctimas de las revoluciones, pues tratan con profundo desprecio los únicos medios de impedirlas; suavizar el poder y no gobernar con injusticia.

Sólo la esperanza de futuros beneficios que de esta tormenta política han de resultar, pueden reconciliar el espíritu con las desvastaciones que causan. La opresión civil y religiosa fué causa principal de los perjuicios que pueden verse aún en Tucumán. Es imposible no deplorar la pérdida de numerosas instituciones benéficas, arrastradas por el torrente revolucionario o junto con tantas otras nocivas. Muchas de índole caritativa eran mantenidas por algunos conventos como dependencias de los mismos. Muchos hombres útiles, de talento, han caído degradados, en la obscuridad de la desvastación general. El doctor Pérez, prior de la Merced, única orden monástica que queda en Tucumán, y su hermano, personas tan estimables, que a pesar de la situación actual se les tolera debido a su irreprochable conducta y carácter (que suele haber a veces brillantes excepciones, entre muchos casos de delincuencia) viven continuamente a la expectativa de que sus bienes sean confiscados, como sacrificio necesario para levantar las pesadas cargas que pesan sobre el pueblo y parecen agrandarse en cada cambio de gobierno. Sea porque la iglesia se encuentre deprimida, o por el carácter más amable y menos mundano del clero aquí existente, o porque los clérigos españoles fueron siempre en esta ciudad menos fanáticos que en otras partes, la verdad es que la iglesia está aquí poseída de un espíritu más tolerante con el pueblo, que en cualquiera otra parte, excepto Buenos Aires. Y a no ser por la influencia de un viejo jesuíta de noventa años, el doctor Moule, y unos cuantos secuaces más, aferrados a las rancias tradiciones y enemigos de innovaciones y adelantos, sin más intelectuailidad, por otra parte, que la de mujeres achacosas, una ley de Buenos Aires, permitiendo a los extranjeros el

libre ejercicio de sus religiones, hubiera sido inmediatamente adoptada.

He hablado ya de la influencia de la tradición en Tucumán. El siguiente diálogo entre una madre y sus hijas, deja ver claramente su arraigo. Al volver de su confesión matinal, llamó la mamá a sus hijas y retorcieéndose los brazos con aparente desesperación, les dijo:

—¡Ay, hijas mías, estamos arruinadas, deshechas!

Hijas.—¿Cómo, mamá, qué pasa?

Mamá.—Hijas mías, el padre M. acaba de decirme que los herejes vienen a apoderarse de nuestras minas, primeramente, y luego de todo el país. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué será de nosotras?

Hija mayor.—¡Oh, mamá! ¿Es eso todo? Creí que se trataba de algo péor; cálmate, que si vienen, no nos harán mal.

Mamá.—¡Quién sabe! (*dejando caer una lágrima*). ¡quién sabe! (*dominada por la ansiedad*).

Hija menor.—No te alarmes, mamá, no debemos creer la mitad de lo que dice de los ingleses ese tonto de padre. Recuerdo que cuando éramos chicas, tú nos decías, según aseveraciones del mismo santo padre, que los ingleses tenían cola como los demonios o como los monos por lo menos.

Hija mayor.—También lo recuerdo yo, mamá. Sin embargo, ahora hemos visto ingleses y no tienen cola.

Mamá.—¡Es cierto, hija mía! yo también veo que no tienen cola y que todo eso ha sido un cuento. Se parecen mucho a los demás hombres. Sin embargo, estoy convencida, queridas hijas, de que pueden hacernos mucho mal.

Hijas.—¿Por qué, mamá? Si lo primero ha sido un cuento, también será lo demás.

Mamá.—No, no, hijas. ¿Creen ustedes que el padre habría venido a verme y pedirme poco menos que de rodillas, que interpusiera mi influencia contra ellos, si no hubiera peligro? Ni él ni el padre jesuíta hubieran procedido así, antes de que el asunto se discutiera en la sala, si no hubiera alguna razón para ello.

Hija mayor.—Escucha, mamá. ¿Encuentras algo tan peligroso en las personas o maneras de esos ingleses?

Mamá.—Nada, hija mía; los estimo, me son agradables; ¡qué lástima que no hayan de ír jamás al cielo!

Hija menor.—Es verdad, es una desgracia, mamá; pero considera, por otra parte, que con la guerra y la emigración a Buenos Aires, ha quedado aquí un hombre por cada diez mujeres, y que si los quinientos ingleses de que habla el padre, vinieran, quizás encontrásemos marido; no los hay mejores que los ingleses, ya lo sabes.

Hija mayor.—Y piensa, mamá, además, en el mérito y placer de convertir un hereje a la verdadera fe.

Mamá.—Algo hay de todo eso, es verdad. Pero ya veo que vosotras consideráis las cosas a vuestra manera. Es inútil seguir discutiendo.

Los tucuamnos, en general, tienen lindo espíritu varonil y alta noción del honor. Son muy bondadosos y hospitalarios con los forasteros; y que son grandes admiradores del carácter inglés, lo demuestra plenamente el que muchos de ellos hayan ofrecido donaciones de tierra para cualquiera que vaya a establecerse en el país, dedicado a empresas artísticas, literarias o científicas. Aunque dotados de robusto talento natural, no parecen tener conciencia de ello. Nunca recuerdo haber oído a un tucumano jactarse, como no sea de las bellezas naturales de su suelo, menguadas ahora por triste estado de desvastación. Les he oído muchas veces quejarse de los hábitos indolentes de la gente y de su falta de instrucción, según pude ver, a excepción de uno o dos individuos ya mencionados, todos abrigaban la esperanza que, dada la fertilidad del suelo, su capacidad productora, la variedad de productos y su lindo clima, la inmigración inglesa daría preferencia a ese suelo. En lo que se refiere a nosotros personalmente, nunca se nos desalvo la oposición de que ya mostró celos o aversión, he hablado.

Profundamente arraigado, imperecedero es el recuerdo de mis sentimientos cuando contemplaba el rico y variado escenario de este país delicioso desde la arena de su belleza sin igual. En grandiosidad y sublimidad, creo, no es superado sobre la tierra. Si el gusto me permitiera incurrir en la alegoría ramplona, figura favorita de los sudamericanos, pintaría al majestuoso Aconquija sentado con su cabeza sobre las nubes, y cubierta de nieves eternas; su pecho hinchado con riquezas de oro y

plata, arriba del rico ropaje de la falda. Su falda con delantal de perpetuo verdor; sus pies deslizados en el aterciopelado verdor de bosques y llanuras — uno de los más bellos sino el más bello objeto que la naturaleza nunca formó. El majestuoso macizo de la sierra se extiende treinta y cinco leguas en esta provincia, y se prolonga al norte, atravesando Salta y llegando a Potosí, en cadena casi no interrumpida. Forma así uno de esos conjuntos de extensas y elevadas montañas tan peculiares en América. El Aconquija tucumano consiste en una doble fila de montañas; en la cadena más elevada se encuentran los distritos mineros de Cerro Bayo, Cerro Negro y otros mencionados en el contrato celebrado con el gobierno de Tucumán. Para los ricos depósitos aquí, se acude a las obras mineralógicas existentes, publicadas antes por la autoridad, mejor que a cualquier informe local o testimonio de los habitantes actuales, que se ofreciera por interés.

Para el abandono hecho por los naturales, dos razones se aducen por los tucumanos, los innumerables dones con que la naturaleza los ha favorecido que hace innecesaria la inclemencia de las montañas, por una parte; y los sufrimientos, propios de esclavos, que hay en la vida del minero, y a los cuales no todos se inclinan, por la otra. Pueden también obtenerse algunos datos sobre el valor de estas minas, de un indio viejo que aun vive y cuya memoria se remonta hasta ochenta años atrás, época en que tuvieron lugar acontecimientos de interés sobre el asunto.

Dice que las minas fueron abandonadas a raiz de un terrible terremoto que destruyó toda la población de la sierra, huyendo los habitantes despavoridos, sin que fuera posible hacerlos retornar. Corroboran su aserto, las ruinas todavía existentes. El hecho se confirma también con el género de vida que lleva este viejo montañés. Vive en las montañas, nadie sabe cómo, y aparece de cuando en cuando trayendo pequeñas cantidades de oro, que cambia por baratijas y artículos de necesidad. La política característica del indio, reside en el secreto; pero es tal la aversión que se tiene en las regiones más fértiles de Tucumán a la profesión de minero, que sólo el nombre es estigma para el individuo, aislándolo de la buena sociedad y aún de la de su categoría. Nadie ha pensado nunca en seguir los pasos de este pobre hombre,

hasta sus fuentes de riqueza, con el objeto de sacar provecho de su manera de vivir.

Pero dejando de lado toda conjetura, respecto a las causas que han motivado el abandono de las minas, el hecho de su valor real está suficientemente comprobado por fuentes de información que no dejan lugar a dudas. Cuando despertóse en Inglaterra el interés por las explotaciones mineras y apenas llegaron a estas lejanas comarcas tales noticias, formáronse sociedades por acciones, con objeto de hacer estudios e investigaciones sobre lo que había sido descuidado durante tanto tiempo, resolviéndose explorar los mejores terrenos mineros del país. Empleóse en ello mucho tiempo, trabajo y dinero, y pudo recogerse valiosa información. Desgraciadamente, el espíritu adverso a la minería, que prima actualmente en Inglaterra, es suficiente para impedir que se tenga en cuenta todo dato relativo al valor de dichas minas.

Observaciones del distinguido mineralogista mister Scott, quien ha pasado cuatro años en el Aconquija, del lado de Catamarca, prueban, que además de oro, plata y cobre, estas sierras contienen hierro, estaño, plomo, zinc, cobalto, alumbre, etc., en considerable cantidad. En una excursión reciente, llevada a cabo por este caballero para examinar los productos de las colinas del noroeste, pudo reunir datos de gran interés para el geólogo; encontró allí cal, yeso, pizarra, buena piedra de construcción, todo lo cual, en este exuberante y rico país, sería un agregado para las especulaciones mineras o agrícolas, antecedente éste que nunca han tenido en cuenta los tucumanos al apreciar el valor de sus minas, pero que tendría gran importancia a los ojos de las compañías inglesas que hubieran querido avaluarlas.

Al examinar detenidamente las ventajas y desventajas de la provincia de Tucumán, como punto para establecer una compañía minera, se han hecho los siguientes argumentos desfavorables. Primeramente, la distancia de los puertos marítimos en comunicación con Europa; luego, la falta de población minera; y, por último, el peligro de indios para atravesar las pampas.

Las objeciones que anteceden desaparecen, sin embargo, al hacerse análisis detenido del asunto. En lo referente a la distancia de Buenos Aires, como puerto de salida, las dificultades estriban solamente en el transporte por tierra. Desde cualquier parte de la provincia

de Tucumán, el transporte terrestre (y téngase en cuenta que en tal forma se transportan hasta tablas, constituyendo un negocio lucrativo) cuesta ochenta duros por carga de cuarenta quintales. Esto es, ocho chelines el quintal inglés. Este precio, tratándose de barras de plata, no sería, pues, un inconveniente, mirando el asunto por el peor lado. Además, una compañía ya establecida tendría sus elementos de transporte, arreglaría los caminos en algunos pantanos o arroyos y echaría puentes, haría carros mejor construídos para el transporte, más livianos que los toscos hoy usados por los nativos, pudiendo en tales condiciones hacer perfectamente la travesía en la mitad del tiempo hoy empleado. Los carros hoy usados son tan difíciles de manejar, que no solamente avanzan lentamente, sino que si llegan a descomponerse o empantanarse, suelen quedar un mes en el sitio del accidente. La segunda objeción, relativa a falta de población minera, es aceptable hasta cierto punto, en los comienzos de la explotación. Al principio se encontraría el número necesario para empezar, pero probablemente faltaría la cantidad indispensable si se tratara de explotaciones en vasta escala. Ahora, tratándose de trabajos de importancia relativa, se traerían los hombres necesarios de Tupiza y Potosí, cuando no de La Rioja y Coquimbo. El fatal escollo contra el que se han estrellado muchas compañías inglesas de explotación exterior, ha sido la escala extravagante en que han empezado sus trabajos. Desembolsos desmedidos e inútiles, procedimientos erróneos traducidos en fuertes desembolsos, han contribuído a su ruina. Parece que nunca hubieran pensado que las explotaciones mineras son operaciones lentas y más que muchas otras requieren suma prudencia en los gastos. Las minas más ricas, no pueden rendir beneficios inmediatos desde el principio y llenar los bolsillos de los aventureros, como si sólo bastara recoger del suelo el mineral, pero con el tiempo pueden fácilmente dar rendimiento que compense mil veces el esfuerzo hecho.

Existe aquí numerosa población campesina, indolente por costumbre, pero de trato fácil, que serviría perfectamente para trabajos suplementarios, ya en la superficie de las minas, o en las minas mismas. Con dos reales diarios por persona se encontraría el número necesario de obreros, sin excluir en este precio la alimentación, que, por la sobriedad de esta gente y la produc-

tividad del país, merece escasamente ser tenida en cuenta; para su dirección bastarían dos o tres europeos activos e inteligentes. Es natural que pasaría algún tiempo antes que las cosas marcharan normalmente, pero esto es todo. Sería necesario establecer en cada mina una tienda donde se vendieran artículos de primera necesidad para proveer a los peones, quienes reembolsarían así a los propietarios de minas la mitad de sus jornales.

Por último, el peligro de indios en las pampas para los convoyes es exagerado. Estos merodeadores sólo cometen depredaciones al finalizar cada año, cuando los cardos se secan. Podría, pues, evitarse esto, interrumpiendo el transporte durante esta estación. Las invasiones de indios terminarán completamente cuando se hayan dirimido las disputas sobre tributos; además, si el peligro de ataque hubiera de existir siempre, se haría escoltar cada convoy con una fuerza compuesta de hombres decididos armados a rifle. Habría aún un último recurso y consistiría en cortar los tiros y arreos y escapar rápidamente, abandonando las barras de metal precioso, que quedarían en perfecta seguridad, pues estos indios desnudos son incapaces de moverlas. Difícilmente estarían aquellas más seguras que en las pampas hasta que volvieran los dueños por ellas. Los indios sólo se apoderan de lo que puede serles útil y de fácil transporte. Quizás alguna vez incendiarían un carro, pero esto no empeoraría la situación. Como se ve, me he colocado en los casos extremos. Si se levantara información respecto a la forma en que se hace el transporte de metales preciosos, de los ricos distritos de La Rioja y Catamarca y desde tiempo inmemorial, se vería que sólo se han empleado los medios anotados, a despecho de todas las dificultades enumeradas. No hay, pues razón alguna para no seguir empleando los mismos medios de transporte a falta de otros mejores. A un tercio de legua, más o menos, de Cerro Bayo, una de las montañas mineras, hay una corriente de agua suficiente para moler y amalgamar mineral. Teniendo en cuenta la altura y velocidad del agua, convendría más aprovecharla al pie de la montaña que en lo alto, pues allí, a una o dos leguas de las minas, hay una caída adecuada para poner en movimiento cualquier máquina que fuera necesaria. Existe madera suficiente para todo, hasta para fundición, y manto de rica tierra vegetal sobre subsuelo de arcilla para cultivos. Hay también extensas tie-

rras de exuberantes pastos para caballos, mulas y otros animales; en resumen, todo género de facilidades para explotaciones en vasta escala. El distrito conocido con el nombre de Potrero Adentro es templado y sano, y dista solamente seis leguas del pueblito más próximo, Alpachiri. El recorrido que había que hacer a mula sería solamente de tres leguas hasta la Chacra de Pepe, desde donde se transportaría directamente el mineral a Buenos Aires. Las minas de Cerro Negro distan de El Pino, el río más próximo, dos leguas más o menos. Tienen las mismas ventajas que la del Potrero, con la misma extensión de caminos carreteros.

Según informes que obtuve de Mr. Scott, ninguna de estas minas había sido trabajada en escala que hiciera necesario el empleo de maquinarias. Bastarían para empezar, sencillos implementos de trabajo, como picos, punzones, martillos, cuñas, aparatos para explosiones y pólvora. Probablemente no se necesitaría ni siquiera una palanca común. Unos cuantos mineros europeos, prácticos en la materia, serían indispensables, prefiriéndose especialmente, según mi opinión, *alemanes*. Son más competentes que los ingleses en productos mineros y más convenientes, por lo tanto, para explotaciones en que se presenten variados productos. Son más fuertes, más pacientes, más tenaces y mucho menos quisquillosos por pequeñeces. Los nativos de Cornwall se vuelven intratables así que se les saca de su tierra. Armonizan fácilmente entre ellos, pero no con extranjeros, y sus costumbres y manera de ser no se amoldarían de ningún modo al temperamento plácido e indiferente del sudamericano.

Un hombre de ciencia, provisto de un laboratorio ambulante, práctico en todas las ramas de la mineralogía, sería de gran utilidad; no sería realmente indispensable, pero cualquiera que en tales condiciones llevara a cabo la empresa, encontraría abierto a la investigación uno de los mejores campos del mundo.

A pesar de los malos caminos por todas partes, la provincia de Tucumán los tiene transitables para rodados hasta el pie de las mismas montañas en que se encuentran las minas; y para mula son todos. Es verdad que las sierras son todas escarpadas y llenas de valles profundos y barrancos, pero este género de obstáculos es común en toda cordillera. Uno de los aspectos más notables de esas sierras, a lo menos en la falda orien-

tal del Aconquija, es la tupida vegetación en toda la región que abarca.

Debo a la amabilidad del señor Tomás Ugarte, miembro de la Cámara de Representantes, un hermoso paseo llevado a cabo cierta mañana por los bosques que cubren la falda de la montaña. Los bosques que visitamos se encuentran en una propiedad de su familia a siete leguas, más o menos, de la ciudad. Cubrimos la distancia intermedia en una especie de carruaje de Lord Mayor, de bastante feo aspecto, por cierto. Y llegamos a la finca en unas dos horas, encontrándome ante un simple rancho para habitación del capataz y peones, en vez de la mansión señorial que me figuraba. Extraño sería hablar en Inglaterra de establecimientos de campo con prados y diversiones, sin cómoda casa de familia; pero allí, sólo había lo que he indicado. En ese país, sin embargo, los objetos de adorno y comodidad quedan fácilmente subordinados a otra cosa de más valor, la independencia en la vida campestre, que para nosotros los ingleses constituye una pasión dominante. Las suculentas viandas de la London Tavern, el lujo del Eastern Feast o la cocina de M. Very, del Palais Royal, resultan pobres al lado de la sana y sabrosa alimentación del rancho; tampoco el recuerdo de aquéllas subsiste por tan largo tiempo como el de ésta, en nosotros. Allí, la naturaleza es pródiga en suplir al hombre todo lo necesario, y su bondad, tentadora. Don Tomás quería poner su propiedad a disposición de la compañía que yo represntaba en Sud América. Se componía de ocho leguas de tierras llanas, cubiertas de bosques, probablemente con algunas vetas vírgenes de mineral, todo lo cual constituiría una finca muy conveniente para el empleo de capital, que variaría entre cinco y diez mil libras esterlinas. Tal base de operaciones, constituiría una reserva para compensar posibles pérdidas en cualquier explotación minera, un medio adicional de emplear dinero y una inversión de capital de resultados más seguros que en simples negocios de minas. El capital que se invirtiese en ella se emplearía especialmente en repoblar de hacienda los valles, construcción de las dependencias necesarias de una granja e instalación de uno o dos aserraderos.

Después de comer nos dirigimos hacia una loma a corta distancia, desde donde podía admirarse lindo panorama, en el centro de la propiedad, dejándose ver

también a lo lejos la suave ondulación del horizonte, que se extendía como una línea sobre un mar de vegetación, desde el valle que teníamos enfrente. Por el otro lado, se prolongaban a lo lejos, coronadas de cielo, colinas y montañas, hijas de los Andes, el gigante de la estrella occidental, que

With meteor standar tothe winds, unfurl'd
Looks from his throne of clouds over half the world. (1).

Allí se encontraban, a mi frente, esas columnas del universo de que tanto han hablado Ulloa y otros viajeros y muchos poetas han cantado. Es de esperar que estas maravillas de la naturaleza serán algún día exploradas por ingleses y sometidas a explotación minera, en beneficio de la riqueza comercial del país. Contemplando las montañas cercanas y sus cimas, don Tomás y yo edificábamos castillos en el aire sobre sus dilatadas faldas. Excavábamos ricas vetas de mineral, construímos hornos de fundición, veíamos con la imaginación multitud de obreros moviéndose cu... insectos laboriosos alrrededor de los promontorios, y suponíamos esa vasta y desierta región poblada por las energías inglesas, en extensión de nueve a diez mil millas.

Importa poco al lector, probablemente, tener noticia del desagrado que sufrí al desvanecerse mis ilusiones y mis castillos. Inundábase mi espíritu de gozo en aquel momento, como durante otros que pasé en la bellísima provincia de Tucumán.

The mind erects an edifice to day,
That ere to marrow moulders in decay
To day transporting hope delights the breast,
To morrow displeasure must be its guest;
As the Sun's glory gilds the morning cloud
That evening quenches in night's gloomy shroud. (2)

Que exprese mis pensamientos en prosa o verso, po-

---

(1) Con estandarte meteórico desplegado a los vientos, mira desde su trono de nubes la mitad del mundo.

(2) La mente lavanta hoy un edificio que antes de mañana se convierte en ruinas; hoy la esperanza arrobadora deleita el pecho, mañana el disgusto es su huésped; como la gloria del sol dora la nube matutina que la tarde apaga en la mortaja lóbrega de la noche.

co importa, la cuestión es expresarlos. No alcanzaría a comprender por qué el hombre de mar, teniendo oído musical y unas cuantas palabras sonoras en su cabeza, no ha de poder darles salida a menos que tema provocar la cólera que Neptuno suele demostrar a los poetas navales, como sucedió con Camoens y con aquel bardo inglés de nombre inmortal. A ambos fulminó el iracundo Dios,, haciéndoles morir en naufragios, quizá por el pecado de haber rimado; por ello murió el pobre Falconer y los cielos dirán cómo. ¡Quién sabe si eso no era un aviso para los que hacemos malos versos, previniéndonos el peligro!

Luego de encender una fogata por pensamiento, llevados por la libertad que inspiran estos sitios, nos retiramos a descansar, pero no, lector, como intentas figurarte, en mullida cama de blando plumón, sino en el suelo del rancho, dispuestos para un sueño reparador. Los acostumbrados a la vida selvática en regiones templadas próximas a los trópicos, conocen el caso; saben de ese despertar durante el canto variado de los pájaros, envuelto en la suave brisa fresca del más bello clima del mundo, mientras la naturaleza toda en torno, duerme tranquila en magistral arrobamiento; y se experimenta en tales momentos una sensación que el lenguaje no puede describir. Parece como si alma y cuerpo hubieran alcanzado en ese momento la felicidad suprema y que el menor deseo de la tierra y del cielo quedara cumplido. Como si pecado y dolor fueran solo ilusión y estuviera el alma libre de toda culpa. No hay goce alguno en la tierra que sobrepase a semejantes sensaciones. Nada tiene de extraño que un despertar así afecte profundamente el espíritu, predisponiéndonos a encontrar bello y agradable todo lo que pase en el hermoso día que ha de suceder a una madrugada encantadora; que comamos las viandas caseras, si no hay otras, con verdadera fruición a la hora de almorzar y que alma y cuerpo respiren felicidad. Los que acostumbran levantarse de blandos lechos, en tapizadas habitaciones, poco saben de la más exquisita entre las sensaciones terrenales.

Montamos a caballo a eso de las 7, y después de hacer media legua de camino, andando con dificultad entre pastos enmarañados, ganamos el camino principal. En el trayecto el capataz nos entretuvo con cuentos sobre el animal que erróneamente llaman allí tigre (ja-

guar), que suele encontrarse en los bosques, y que con el cóndor cometen grandes depredaciones en los ganados. El cóndor suele atacarlos en los llanos, mientras el jaguar los acecha en la selva, donde van a guarecerse del sol del mediodía. Es frecuentemente asombrosa la valentía y destreza que se pone a prueba en la caza del cuadrúpedo; la del cóndor, solo requiere estratagemas. El valor desplegado en tales casos contribuye decisivamente a dar fama de valiente, virtud altamente estimada por el gaucho y que ha de servir para crearle rango prominente entre los suyos. Hubiera sido imposible contemplar al capataz, cuando nos relataba el encuentro con un jaguar, sin marcado interés.

Las habilidades ecuestres del gaucho han sido mencionadas por todos los que han viajado en esas despobladas y vastas comarcas. Ya se le vea levantando un cuchillo a toda carrera y sostenido en el estribo o enlazando ganado, sus movimientos son, como en la vida doméstica, naturales, acompasados, elegantes, cual los de una señorita en su sala de recibo. Pero si le vemos montado en un recado y contándonos un cuento, sus movimientos, flexibles y armoniosos a la vez, cuando se inclina graciosamente. hacia uno, resultan más eloceuntes que su palabra, y le hallamos mezcla de caballero y paisano en su corcel, conjunto altamente simpático y atrayente.

La caza del tigre se lleva a cabo en la siguiente forma: Búscase primeramente su guarida, siguiendo el rastro dejado entre las zarzas al llevar su víctima indefensa, y que se conoce por los mechones de lana que a éstas quedan prendidos, si se trata de una oveja. Si la víctima, fuera un ternero, tienen para el caso una especie de sabuesos de olfato segurísimo amaestrados para la caza. Descubierto el enemigo, el gaucho busca el lugar más conveniente para esperarle, con la punta del cuchillo en guardia, listo para el primer ataque. Luego los perros lo torean, hasta hacerlo salir de su guarida, y encontrando al gaucho, se abalanza de un salto sobre él, pero éste, inmóvil y con la vista fija, lo recibe de rodillas y con tal serenidad y sangre fría, que rara vez falla el golpe. El animal queda clavado, al mismo tiempo que el gaucho, con una agilidad propia sólo de razas ecuestres como la suya, salta rápidamente a un lado; los perros y la gente que le acompañan se encargan luego del golpe de gracia.

En un caso reciente relatado por el capataz, el asunto no resultó tan fácil. La fiera, echada cual gato hartado, permanecía indiferente. En vez de mostrar cólera y atacar furiosamente a sus enemigos, se mostraba juguetona y dispuesta, más bien, a parlamentar de buen humor con los perros que a tomar en serio sus acometidas. En tales circunstancias hizo fuego el capataz, alojando una bala en el lomo del animal que, al sentirse herido, lanzóse de un salto sobre su asaltante, tan furiosamente que aun después de tener clavado en su cuerpo el cuchillo, logró echarle a tierra, cayendo el capataz, fuertemente aprisionado entre las garras de la fiera. "Pensé—decía el valiente muchacho—que había llegado mi último momento, mientras trataba con los brazos de protegerme la garganta que el animal parecía querer asir; pero cuando esperaba sentir en mi carne los colmillos de la fiera, el brillo verdoso de sus ojos que veía relampaguear, desapareció de repente. Dejóse caer pesadamente sobre mi cuerpo, y murió en el momento mismo en que me creía perdido para siempre".

Las espesuras donde estos animales acostumbran estar en acecho se parecen bastante a las plantaciones o reservas forestales de caza en los dominios de un gran propietario inglés, salvo que los árboles, arbustos y plantas son infinitamente variados. Hay algunos que se crían en nuestros invernáculos, mientras que otros han sido ya introducidos en nuestros prados.

El avance durante algunas leguas se efectúa al través de arboledas cada vez más altas, hasta llegar a las regiones donde crecen el nogal, lima y roble y donde el cedro colorado empieza a extender su majestuoso ramaje. Allí, en esos soberbios parajes, a cuya espalda se elevan majestuosas masas de montañas de inimitable grandiosidad y variedad, es donde hubiera venido bien aquella descripción del Edén, de Milton:

...over head up grew
Insuperable heighth of loftiest shade
Cedar, and pine, and fir, and branching palm
A silvan scene, and as the ranks ascend
Shade above shade, a woody theatre
of stately view. (1).

---

(1) ...allá arriba, la altura inaccesible, el cedro y el pino, y el abeto, y la empenachada palmera, hacían un escenario selvático; y como los rayos ascienden, sombra sobre sombra, un teatro boscoso de vista magnífica.

Mi amigo don Tomás creyó haberme alejado lo suficiente para despertar mi profunda adimración, y francamente, la belleza del paisaje en contorno era insuperable. Sin embargo, como allí no había árboles comparables a los gigantescos que yo había visto en Australia, aparenté discretamente suponer que la pretensiosa parcialidad de don Tomás, por todo lo de su tierra, dependía simplemente del hecho de no conocer la producción forestal de otros países. No había terminado aún, cuando díjome que lo visto hasta ahora no era lo mejor, y avanzando otra media legua entre panoramas más o menos iguales, me condujo a un sitio donde podían verse esos árboles estupendos, algunos con tronco limpio de más de cien pies de altura, y digo cien pies, por temor de aquivocarme, pues tengo por cierto que los había allí de mucha mayor altura. No pude menos de manifestar al punto mi admiración a don Tomás, y hacer un merecido elogio. Nunca, anteriormente, había visto maravilla de vegetación semejante. Contemplé hasta saciarme aquellos viejos patriarcas de la selva, mohosos con los años, abrazados por enredaderas y tachonados sus troncos y ramas con plantas parásitas que semejaban estrellas. Contemporáneos de las viejas edades, parecían reunir en sí la sucesión de los tiempos, produciendo la misma impresión que dejan en el espíritu las ruinas de castillos europeos, que en vano se buscarían aquí. Si aquellos árboles hubieran podido hablar, les habría preguntado, y de ello sentía irresistible deseo, cuánto tiempo habían estado allí y si habían nacido con los albores de la creación. Fuera cual fuese su respuesta, tengo para mí que la hubieran dado temblando, si hubieran llegado a penetrar las intenciones que nos animaban a mí y a don Tomás, que calculábamos ya los estragos que entre ellos produciría la inversión del capital de una compañía durante varios años. Hay gran demanda de la madera de estos lugares como he mencionado ya, aun en Buenos Aires. La suerte los ha conservado hasta ahora y estos patriarcas viven todavía; pero el destino que les pronosticábamos era seguro; sin embargo, Burns ha escrito:

The schemes of mice and men
Gang aft away. (1).

Se dice, bajo la fe que merece don Ignacio Núñez,

---

(1) Los planes de ratones y hombres andan para atrás.

que hay allí sesenta y cuatro variedades de maderas, de las que pueden contarse hasta cincuenta y tres útiles. Una de éstas es el valioso ébano rojo; llamado allí *granadillo;* Núñez manifiesta que en 1816 siete hombres tomados de las manos, pudieron apenas rodear el tronco de uno de estos árboles. Es verdad que en ese momento no veíamos ninguno de tan prodigioso talle, pero don Tomás aseguróme que en otra parte de la selva los había, aseveración que no había por qué poner en duda. La variedad de especies me pareció interminable. Entre las principales novedades forestales que allí se encuentran, pueden citarse la infinita variedad de arbustos y árboles que crecen debajo de los frondosos hijos de la selva y la innumerable familia de trepadoras que, avanzando de árbol en árbol, los entrelazan tan bellamente, que parece hubiera andado por allí la mano de la fantasía, o del botánico entusiasta deseoso de complacer a sus favoritos. Probablemente no se hubiera encontrado estación mejor para visitar las selvas que aquella en que hicimos la visita. Los naranjos se encontraban en todo su esplendor y puede decirse que sus dorados frutos brillaban intensamente. Para un inglés se hubieran realizado allí las fantasías de *Las mil y una noches,* o las hubiera supuesto creadas por fantástico ensueño. Nada que ocupe la mente un momento sobrepasaría en belleza y lozanía a aquella escena. Hubiera deseado poder permanecer muchos meses en aquellos sitios encantadores y un amante de la botánica no los hubiera abandonado en muchos años a poder evitarlo.

Prosiguiendo nuestro camino, nos internamos en espeso matorral, siguiendo una huella de ganado en zigzag, hasta llegar a la orilla de un caudaloso río que descendía del mismo corazón de la montaña. El silencio reinante, interrumpido sólo por el murmullo de la corriente fría y obscura; la originalidad de la vegetación que se presentaba a la vista y la amable sensación que el conjunto producía en el espíritu, hubieran difícilmente encontrado nuevos coloridos en la más rica imaginación del poeta que quisiese imaginar nuevos dones para embellecer todavía más las soberbias enramadas de sitio tan encantador. Gran parte de la corriente se deslizaba entre galerías formadas por árboles de rico follaje de variados tonos y novedosa forma, mientras cubrían sus riberas, siemprevivas que crecían entre los

árboles, formando todo un espectáculo que hacíame recordar aquello de "río verde, río verde" de la balada española. Seguía luego la corriente por el centro de una hermosísima avenida, fresca, turbia, que se extendía lejos en encantadora perspectiva. Nada más placentero que contemplar toda esa bóveda vegetal tan armoniosamente acompañada de sombra y agua, formando tan bello contraste con el cielo sin nubes y, afuera, los rayos fuertes del sol. Las personificaciones de los griegos y hasta los ensueños del visionario más fantástico, se habrían encontrado realizados allí. ¡Qué soberbia morada para las ninfas de los bosques! ¡Con cuánto encanto armonizarían sus esbeltas formas con las sombras verdosas de esa bóveda natural, tan superior a todo lo que el arte pueda ejecutar!

He hecho antes mención de las numerosas plantas parásitas que, ora suspendidas de las ramas de los árboles más grandes, ora envolviéndolos o tachonándolos por doquier, crecen buscando siempre los sitios más amplios para florecer. La más importante es una especie de Hexandria Monogynia, llamada Tillandsia, muy parecida al áloe, pero con hojas, tallos y flores en forma de campana, que se asemejan más al lirio, aunque son mucho más pequeñas, terminando, además, estas últimas en racimo. Nacen las hojas junto a la raíz y tiene la planta la propiedad de segregar cierta cantidad de agua pura, tan buena, que los leñadores y peones que tenían que trabajar en los bosques, nunca descuidaban proveerse de ella. Cuando desean beber perforan la planta cerca de la raíz, y el líquido, claro como cristal, gotea en cantidad proporcionada al tamaño de la misma. Conforme al chifle en que acostumbran recoger agua y según lo que pude ver, deben estas plantas contener la mitad de su tamaño, más o menos, de agua. La médula y las hojas exteriores son tan duras, que si con el propósito de examinar las celdas que contienen agua, pretendemos hundirles horizontalmente el cuchillo, penetra con suma dificultad; sin embargo, si la hendidura se hace de arriba abajo, no encontramos mayor resistencia que la opuesta por el plátano. La estructura inferior de las células o depósitos se asemeja mucho a una caña jugosa. Los nativos del país no supieron decirme si el líquido podía obtenerse en todo tiempo, ni cuál era la probable duración de la planta. Tampoco pude descu-

brir si el depósito acuoso estaba formado por secreción natural de la tierra o de la atmósfera, o si proviene del agua que se deposita en los poros de la planta cuando llueve, hipótesis que sería aceptable si estas excrecencias florecieran en sitios no abrigados; pero poca agua puede caer donde ellas crecen, y los nativos, además, no creen que ésta sea la causa. Es de lamentar que nuestro examen del interior de la planta no tuviera éxito. Los tubos y vasos se rompían antes que penetrásemos en su interior, y desgraciadamente, logrado en cierta ocasión obtener un ejemplar completo, se perdió, sea porque mi sirviente lo hubiera arrojado de a bordo, o porque se extraviara al desembarcar. Este contratiempo me causa pena, pues creo que la planta de mi referencia es desconocida en Inglaterra, aun por datos generales.

CAPITULO VII

Comida en el día onomástico de Jorge IV.—Baile dado a las damas de la ciudad.—Posibilidad de mejorar el carácter del pueblo.—Precios del trabajo.—De la tierra.—La mecánica y los obreros.—Descripción de la ciudad de Tucumán.—Falta de profesores.—Población.—Sufrimientos en las últimas revueltas.—Sus consecuencias.—El gobernador actual, coronel López.—Animosidades y disensiones.—Reflexiones.—Partida para Salta.—Ultimas atenciones de la población al partir.—Vivac.—Vipos de Ticucho.—Población pobre y reducida.—Trancas.—Tertulia.—Un tiro del gobernador.—La hostilidad de Don Puche.—Llegada a Salta.

Mientras recibía atenciones de los tucumanos y proseguía con toda la diligencia conveniente el negocio de mis principales, llegó el 12 de agosto. Pensé que la circunstancia de ser día natalicio del rey de Inglaterra no sería impropiamente mejorada en nuestro beneficio, si invitaba a una comida al gobernador, miembros de la Sala y algunos de los vecinos principales, para corresponder a las múltiples atenciones de ellos recibidas durante mi permanencia en su ciudad. Para secundarme en esta ocasión tuve un excelente padrino en Mr. Jorge Brown, fina muestra de inglés, en cuanto a dotes mentales y personales.

Cubrióse la mesa con los mejores manjares que fué posible conseguir. Los sentimientos exquisitos, regocijo y agradable cambio de cortesías, de que se hizo gala, hubieran difícilmente sido mayores en otra ocasión. Sentóse el gobernador a mi derecha; a mi izquierda tomó asiento el bizarro general Alvear, caballero arrogante, de maneras refinadas y apuesta presencia. Encontrábase el general simplemente de paso en Tucumán, pues debía seguir a Potosí como embajador de Buenos Aires, para saludar a Bolívar y felicitarle por la terminación de la guerra del Perú. Había empezado el primer brindis en esta forma: "La estrella patriota del oeste, después de escalar las cumbres de las cordilleras peruanas, brilla intensa en el zénit, lanzando sus rayos hacia un meridiano glorioso", cuando noté cierto

vago rumor, originado por falsas y calculadas aseveraciones, que atribuían a los ingleses el propósito de apoderarse del país ,so capa de explotacioens mineras. Tan pronto como me dí cuenta, continué así: "En verdad, generosos tucumanos, que estoy lejos de negar la veracidad de tales rumores, pero trataré de encuadrarlos en sus justos límites. Los ingleses van a apoderarse de vuestro país, efectivamente, pero no por la fuerza de las armas y en lucha contra vuestro gobierno; lo harán mediante una conquista que resultará tan beneficiosa para vosotros como para ellos, trayendo los recursos de su capital e industria y las máquinas necesarias para extraer los tesoros de vuestros olvidadas montañas y hacer fructíferas vuestras empobrecidas llanuras. Tomarán posesión de vuestro país, estableciéndose entre vosotros y mezclando su sangre con la de las bellas y amables hijas de Tucumán".

No encontraría palabras suficientes para describir la satisfacción que mis alusiones a tan ridículo rumor produjeron en los comensales, y sólo puedo decir que el pesar que tuve más tarde por el naufragio de mis esperanzas, fué tan intenso como aquella satisfacción.

Brindé luego en esta forma: "Por el monarca más glorioso de la tierra, pues gobierna un pueblo libre, Jorge IV". Correspondióse a este brindis con tal entusiasmo, a la inglesa, que el eco sonó varias veces en la sala, con nutridas aclamaciones, al mismo tiempo que la banda de música tocaba *¡Viva la patria!,* como lo hizo después del primer brindis. Acto continuo levantóse el general Alvear e hizo votos "por el éxito de la nueva unión de los dos países y por la prosperidad de la Gran Bretaña, esa noble e indestructible barrera entre el mundo y la esclavitud". Este brindis fué seguido por manifestaciones de la mayor cordialidad que bastarían para hacer honor a los sentimientos e ideas de cualquier hombre. Contesté brindando por Jorge Canning, estadista práctico, liberal e ilustrado, que ha garantido la independencia sudamericana". Hubo desborde de entusiasmo, *vivas* desenfrenados y otras manifestaciones acompañadas de rotura de vasos. Todo el mundo, y en tan remota ciudad, parecía tener conocimiento de lo mucho que debía a la inteligencia y genio de nuestro distinguido ministro. Ya en pleno tren de brindis, los hubo por "el valiente general Miller, que ha conquistado laureles inmortales en la causa de la independencia su-

damericana", por el gobernador de Tucumán, por el presidente y diputados de la Sala, por las damas tucumanas y muchos otros de infinita variedad, que aquellos excelentes y buenos ciudadanos acogían con suma satisfacción. Concluyó la velada con la rotura de cuanto vaso, jarra y plato había allí, según costumbre establecida (y frecuente a veces entre los españoles), significando que, utensilios usados en tan cordial reunión no debían ser profanados en otra ocasión menos digna. Los habitantes de este bello clima son susceptibles de las más nobles emociones y a ello se debe muy especialmente el alto sentimiento cívico que demostraron, y que las mil penurias de la causa de la independencia pusieron a prueba. Su constancia y valor, paciencia y perseverancia, se destacaron bellamente entre las ruinas producidas por un choque, de que el país ha de tardar mucho tiempo en reponerse, pero del que han de nacer al fin inmensos beneficios; un pueblo generoso y de alta mentalidad como el tucumano, no puede permanecer estacionario. Jamás olvidaré tan grato día. Vale la pena de vivir cuando hay en la existencia horas de placer como las que pasé. Me cabe la satisfacción de ser el primer inglés que haya conseguido reunir en la mesa del banquete, a los partidos en conflicto de la ciudad, que, olvidando toda animosidad personal, uniéronse al festín cordialmente y departieron como hermanos.

No fuí menos feliz con las damas, en esa ocasión, que con los caballeros. Teniendo en cuenta la importancia del bello sexo, decidimos también hacer algo en su honor y con tal fin dimos un baile la noche siguiente. La dueña de casa, doña Josefa, ayudóme a salir del paso, y en conjunto, la velada resultó de memorable recordación en los anales sociales de Tucumán, contribuyendo al parecer a dejar grata impresión del carácter británico. La noche, brillante; brillantes también, y más, los ojos que allí relampagueaban; sonrientes labios graciosamente arqueados y formas esbeltas que flotaban ligeras entre los laberintos de la danza, formaban un conjunto que hubiera hecho honor a Almack. Iniciáronlo el gobernador y el general Alvear, con un doble minué bailado con dos preciosas criaturas, que habrían causado envidia en St. James. Siguieron a aquellos, no el gobernador, tampoco el general, pero sí el mismo organizador de la fiesta, acompañado de la dueña de casa, humildemente secundada por su compañero, y ataviada

con esa elegancia y gracia tan interesantes y llamativas de las beldades de aquel clima encantador. Completó el cuadro el caballero inglés de quien acabo de hablar, acompañado de una de las más celebradas beldades tucumanas. Siguió al minué una danza española, en que la cortesía llena de cumplimientos, la hilaridad y el sentimentalismo del valse sudamericano, reemplazaron al estiramiento ceremonioso. El salón, no obstante ser de los más espaciosos de la ciudad, no daba cabida al número necesario de sillas, viéndose así muchos concurrentes obligados a sentarse en la alfombra. Podrá esto parecer extraño a un inglés, pero para las damas tucumanas, era la alfombra silla tan cómoda, como para nosotros una otomana. Anoto esta circunstancia, porque si bien no tiene en sí mérito suficiente para ser recordada, permite conocer un hábito de aquella gente tan poco conocida por los ingleses, siquiera de nombre, hábito que probablemente desaparecerá en uno o dos años pasados en contacto con nosotros, al copar nuestras costumbres, y del que posiblemente llegarán a ruborizarse las bellas tucumanas, quizás del solo recuerdo. ¡Así pasan las costumbres! Así se desarraigan hábitos primitivos, reemplazándolos con otros que, en fin de cuentas, quizá lleven dudosa ventaja sobre los primeros.

Tucumán, aunque la menos extensa de todas las Provincias Unidas del Río de la Plata, es, por mucho, la más poblada. La población es más numerosa en las llanuras, donde la fertilidad del suelo y su abundante producción hacen la vida fácil, libre de penurias y grandes trabajos. Sin embargo, observando de cerca sus costumbres, he podido persuadirme que, a pesar de su predilección por la vida indolente y cómoda, cambiaría esa población pronto el carácter, haciéndose más activa, de influir en ello objetos que hicieran despertar su ambición o amor a la vida lujosa. Estos tucumanos no están del todo desprovistos de energía. Por lo que se refiere a las clases bajas, se puede conseguir peones para trabajos ordinarios en cualquier cantidad, por tres o cinco duros cada uno, al mes; capataces por ocho o diez duros y peones para labor de cierta importancia por seis a ocho duros, también por mes; en cuanto a artesanos, como carpinteros, ensambladores, operarios en metales, etc., son muy escasos. Los operarios naturales del país de la última especie ejecutan sus trabajos tosca y malamente; a pesar de esto, los pedidos abundan de las

provincias vecinas, y hasta de Buenos Aires, cuando de madera en tablas se trata, como lo he indicado ya. Son por lo general de largos alcances, de fácil adaptación, y podrían convertirse sin duda alguna en buenos servidores.

Júzguese del precio de la tierra, por la compra hecha por mí de veinticinco acres de pastoreo para la compañía, en los alrededores de la ciudad, en doscientos cincuenta duros. Las mejores tierras de esa situación pueden obtenerse por diez duros el acre, pero no es difícil conseguir grandes extensiones por una bagatela; puedo asegurar sin exageración, que en ninguna otra parte del mundo un inglés industrioso tendría tanto bienestar e independencia con la posesión de un fundo de regular extensión, como allí. Los habitantes de Catamarca, provincia limítrofe, van a Tucumán por maíz, trigo, tabaco, etc., que se porducen allí casi sin necesidad de cultivo, a pesar de lo que cuesta a veces trabajo conseguir dichos productos, tan escasa es la atención que se pone para cultivarlos en cantidad suficiente. Hay quienes los esconden cuidadosamente en la bodega, por temor de quedarse sin ellos si se vieran obligados a proporcionarlos a los vecinos, y si alguna vez tienen que repartirlos con algún amigo es seguro lo hacen de mala gana.

La ciudad de Tucumán, como casi todas las de Sud América, es cuadrada. Los edificios y obras públicas se encuntran en estado deplorable. Las artes y ciencias son casi desconocidas, incluso entre estas, la literatura (1). Sólo la música parece cultivarse; sin embargo, nótase la existencia de un deseo intenso de mejoramiento, un espíritu general de liberalismo, una sed de saber, todo lo cual contribuirá a que el actual estado de cosas no dure mucho tiempo. Desgraciadamente los medios de información son escasos y deficientes; hay, me atrevo a suponer, carencia de maestros, y son malos los pocos que existen, bien que quizás sean los únicos que hayan podido conseguir. La población de la provincia de Tucumán, ha sido calculada entre cuarenta a cuarenta y cinco mil habitantes, y la de la ciudad, entre diez y doce mil, aunque ahora habría probablemente que deducir

---

(1) En la imprenta de la población hubo apenas tipos en cantidad suficiente para imprimir el contrato que hice con el gobierno, a pesar de constar sólo de una página. El secretario de Estado empeñóse personalmente en que había de enviarle un reloj de iglesia. Y eso que la ciudad era sede episcopal.

de esta última, a lo menos una cuarta parte, a causa de la guerra y emigración a Buenos Aires. Me fué imposible conseguir un solo dato fidedigno de ningún habitante de la ciudad. ¡Ni aún el gobernador pudo proporcionármelo!

De los grandes sacrificios y sufrimientos de las provincias del Río de la Plata por causa de la Revolución, quedan vestigios vivientes por doquier, que hieren lastimosamente la vista del viajero, en ciudades, aldeas y en todas partes por donde pasa. Es, sin embargo, de esperar que lo peor haya pasado, y se aproxime el momento en que aquellos vestigios hayan desaparecido, y un estado regular de cosas se consolide. Tal sucederá cuando haya gobiernos constituciones, en realidad y no de palabra, y leyes sanas. La experiencia demuestra que estas bendiciones no se consiguen en un momento. En un país donde los vínculos sociales se han disgregado como allí, se necesita tiempo para volverlos a unir. La capital metropolitana ha dado un gran ejemplo a las ciudades del interior. Ha dominado sus pasiones convirtiéndolas en calma y orden, y, a juzgar por los propósitos existentes, pronto se organizará allí un gobierno federal. Sin embargo hay que reconocer que la palabra *constitución* o es mal interpretada o se hace de ella uso terriblemente ilegal en muchos casos. La situación desorganizada de algunas de estas provincias pone en evidencia frecuentemente y, a pesar del saludable ejemplo de Buenos Aires, esa falsa interpretación, constituyendo una situación que no desaparecerá mientras el poder ejecutivo, constantemente influenciado por intereses partidistas, continúe imponiéndose al legislativo.

Preferible sería el gobierno de un usurpador militar, de una momia de Egipto o de algún otro Ferdinando (sin apóstoles), al de esos ídolos de oligarquías locales o instrumentos de juntas de familia, gobiernos muy comunes en algunas de aquellas provincias. Las heridas de la hermosa provincia de Tucumán se han abierto más de una vez, cuando se las creía ya cicatrizadas, debido a las disensiones intestinas, y seguirán abriéndose a menos que, siguiendo el ejemplo de la provincia principal, y recientemente de Salta, el pueblo, poniendo de lado rencillas de familia, lleve al gobierno un hombre de reconocido talento, probo y de carácter independiente.

Es verdaderamente una desgracia el carácter bélico que la última lucha por la independencia ha dejado en

los espíritus inquietos de las provincias del interior, modalidad que parece ser de difícil extirpación. Las luchas intestinas, usurpaciones, agresiones de toda especie, de que han sido teatro San Juan, La Rioja, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca y Salta, ya dentro de cada una de ellas o entre sí, llenarían un volumen tan grande, o quizás más, que el que se escribiese sobre todas sus operaciones reunidas contra del enemigo común.

El actual gobernador de Tucumán es el valiente coronel López, y tengo motivos para creerle hombre de principios; debe su encumbramiento al gaucho o voz del pueblo, pero la espada le prestó ayuda. Los amigos y partidarios del gobernador anterior, traman actualmente la caída de López, aunque está en la conciencia pública que aquél fué un verdadero tirano (1); además, se debe al actual gobernador un gobierno que tenga algo del sistema representativo. Cuenta en la Sala con tantos amigos como enemigos, y, aunque sin medios de fortuna, más aun, pobre de solemnidad, nunca ha exigido un real de contribución al pueblo.

En medio de toda esta efervescencia política, y me atrevería a agregar de este relajamiento moral, existe una tenacidad admirable para mantener en toda su integridad la fe y unión de la nacionalidad, al menos en lo que se refiere a asuntos públicos. Es así cómo el ciudadano que llevado quizás por animosidades personales acuchillaría al gobernador, procedería por otra parte correctamente (quizás por patriótico orgullo) tratándose de las relaciones exteriores del país, sea por sensible a su deshonra, o quizás por temor del daño que para la causa independiente producirían sus actos en el extranjero. Es así cómo las luchas intestinas afectan al gobierno en general, menos de lo que se esperaría; el en-

(1) Tuvo la conspiración su desenlace algunos meses después, confirmando así, en cierto modo, lo que acabo de adelantar respecto del caráctе inquieto que engendró la revolución.

El coronel Madrid, militar de gran coraje, que habíase distinguido en aquellos luctuosos días en que Ramírez, Carreras, etc., luchaban con Buenos Aires, volvía de una expedición a Salta, donde había ido a reclutar gente en previsión de la guerra con el Brasil, y al llegar derrocó a López después de una encarnizada acción, en la que ambos lucharon cuerpo a cuerpo. López huyó, gravemente herido, y Madrid, tucumano de nacimiento, según se decía, se posesionó fácilmente del gobierno.

El gobierno de Buenos Aires denunció el acto de su oficial considerándolo como de agresión; pero debe suponerse que lo hizo por pura fórmula, pues actualmente se encuentra el coronel Madrid atareado, unido al general Arenales, en someter a las provincias de Catamarca, Santiago del Estero y Córdoba, que se han separado recientemente de la unión.

granaje gubernamental que a veces se encuentra trabado, hállase otras así libre para adelantar hasta donde sea posible, llenando al menos las formas; pero el bienestar público de la provincia queda siempre de lado; y sin compostura, las ruinas que han quedado de la revolución. Y admírase el forastero considerando un estado de cosas que ha debido ser llevado adelante, por fatales feudalismos domésticos, malgrado la intervención de hombres prudentes y capaces que, todo lo demuestra, han debido permanecer en impasible contemplación, como esos viejos gallos de riña, cuando presencian las peleas de los pollos.

Estas animosidades mezquinas, necesitan mano firme e inteligencia clara en el ejecutivo, para ser reprimidas; una cabeza dirigente capaz de redimir el daño no sólo mediante influencia moral, sino también por la fuerza. No dudo que muchos otros países, en igual situación y antes de encarrilarse por vías normales, han atravesado también sus períodos de disensiones, pero no por eso disminuye el pésimo efecto que la consideración de tal estado de cosas produce en un inglés. La verdad es que las provincias de la unión se hallan tan distantes entre sí, que sólo puede competir al gobierno de cada una reformar las cosas, pero por desgracia son precisamente esos gobiernos la causa del mal, por su inexperiencia, ineficacia y espíritu turbulento.

Dejando de lado las causas, no podía considerar la situación actual de tan animoso pueblo sin lástima, palabra que quizá no cuadre bien a su británica altivez de carácter. No se sorprenda el lector ante esta frase de panegírico indirecto. Si hubiera podido apreciar, viendo lo que ví, el carácter, de ese pueblo; si se hubiera mezclado con él y sido testigo, en cierta ocasión que varios jóvenes de las primeras familias de la ciudad representaron la tragedia *Bruto*, de las ardientes aclamaciones de gente de todos los partidos (con absoluta exclusión de todo pequeño feudalismo), cuando se hacía alusión a las libertades públicas, estando como estaban los que aplaudían, hundidos hasta el cuello en las cenizas causadas por esa misma severa virtud que la representación trataba de inculcar, hubiera pensado conmigo que, sean cuales sean los partidos que interiormente destrocen a aquel pueblo, España jamás quebrantará su unión, su decidido propósito de sacrificar toda rencilla doméstica

en aras de la gran causa de la libertad. El tiempo llegará a ahogar esas disenciones; algún día hemos de ver a ese pueblo florecr en estado digno de su constancia y del precio subido que pagó por la libertad.

Si algún habitante de Tucumán llegase alguna vez a examinar detenidamente este ligero tributo que rindo a la virtud de sus conciudadanos, y si mientras lo hiciera,.creyese encontrar la causa de mi comentario poco auspicioso, a veces, respecto de sus intereses, en el hecho de haber fracasado mis humildes esfuerzos para unirles a la industria inglesa y a mis propios intereses, que circunstancias fuera de mi alcance impidieron, no dirá, al menos, que no he sido justiciero al comentar su invencible determinación de desligarse por completo de la tutela de sus antiguos tiranos. ¡Ah, el auxilio inglés que todos por igual esperaban ardientemente ver brillar en el país, operando a guisa de palanca que pusiera en movimiento sus energías y levantara sus escondidos tesoros, no podrá ya realizarse! Los gérmenes industriales que se esperaban ver radicados en su suelo exuberante no han podido brotar. Mi vano pesar es tan grande como su decepción; la balanza está así equilibrada. Y si hubieran de cumplirse mis deseos, quisiera que el documento que prometía tan bellas y fecundas esperanzas fuera destruído en vez de conservarse como monumento viviente de reproche.

Adiós, delicioso Tucumán, hospitalarios tucumanos; adiós, encantadoras llanuras y majestuosas y románticas montañas. Aunque los ingleses no han de llegar a ser vuestros hermanos en el regazo de vuestra tierra, hay uno que conservará siempre por vosotros cariñoso sentimiento fraternal, y os deseará prosperidad y dicha.

El 19 de agosto empecé mis primeros preparativos para dejar la ciudad donde había sido tan amablemente atendido. Despedíme del gobernador y demás autoridades. Una tertulia dada por la que fué dueña de casa el día del baile, me proporcionó ocasión de hacer lo mismo con las principales damas de la ciudad. Al siguiente día, la partida fué retardada por no llegar oportunamente el capataz y los peones, cuyos ojos, cuando llegaron dejaban ver claramente que no habían perdido la oportunidad de vaciar la botella de despedida. Eran las tres de la tarde cuando estuvimos listos. Al cruzar la plaza, interceptónos el paso una cabalgata compuesta por nuestros amigos tucumanos, quienes nos condujeron al café,

deseosos de sellar nuevo vínculo de amistad y unión entre nuestros respectivos países, con lo que Walter Scott llama copa del estribo. Se cambiaron mutuas promesas de amistad. Tocante a los intereses de la compañía que representaba, me prometieron su adhesión a todo lo que a aquellos conviniera; luego de haber apurado las copas hasta la última gota, en medio de mutuas promesas, nuestros excelentes amigos insistieron en acompañarnos, a guisa de escolta de honor, un corto trayecto fuera de la ciudad. Así lo hicieron en distancia de una legua, demostrando esto el concepto favorable que se nos tenía, su amable conducta para con los extranjeros y como apreciaban nuestra amistad. Era compuesta la cabalgata por personas de la mejor sociedad, lo que contribuyó a halagar más nuestra vanidad, de lo que ya estuviera por la inesperada atención.

Hicimos aquel día, agosto 21, tres leguas, y al llegar la noche paramos al raso, prefiriendo la libre circulación del aire, al departamento que el propietario de una estancia ofreció dividir con nosotros, además de que en el sitio donde nos encontrábamos había ricos pastos para los animales. Formaban el grupo Mr. Jorge Brown, sustituto de mi primer compañero que había seguido viaje anteriormente para Jujuy y Mr. Scott, caballero de grandes conocimientos mineralógicos, de cuyos servicios me aproveché con intención de seguir hasta Potosí y regresar con número suficiente de mineros, para empezar las operaciones de acuerdo con el contrato que acababa de dejar terminado en Tucumán.

El vivac de aquella noche aumentó nuestra relación más de lo que hubiera hecho un mes de residencia en la ciudad. Se aproximan mucho más los caracteres, en el trato desprovisto de requisitos sociales, sin fastuosidades ni refinamientos, que en los círculos de la moda y del arte. Media hora en aquellas circunstancis bastó para convencerme que mi nuevo compañero de viaje, era uno de aquellos hombres de que se encuentra uno entre mil. Hablamos de Inglaterra y de amigos y relaciones de varias localidades de nuestra patria, de quienes nos separaba medio mundo, y para los que nunca eran visibles muchas de las constelaciones que brillaban con luz sin igual arriba de nuestras cabezas. Las horas robadas al reposo y pasadas en amable conversación y sociedad, bajo el cielo de clima tan bello, no pueden ser jamsá fastidiosas. Hasta el mismo aire, el fresco aire de la no-

che, nos daba bríos, y nos escuchábamos nuestras conversaciones llenas de pormenores, sobre los temas favoritos de cada uno, nuestras esperanzas, nuestros temores, o pesares, con un interés al que difícilmente añadiría estímulo nuestra copa nocturna. Cuanta magnificencia había en el lugar, en la salubre llanura tucumana, en el dintel de los Andes eternos, cuando la noche de aquel sábado bebimos a la salud "de nuestras novias, esposas, patria, rey y amigos". No nos olvidamos de nuestros amigos tucumanos en aquel romántico sitio de reposo. Rodeando el ancho fogón, bajo el brillo maravilloso de las estrellas tal como no se ve en nuestras latitudes septentrionales, los gauchos que nos acompañaban saboreaban su aguardiente, mientras brindaban por la patria y el rey de Inglaterra, con vehemente satisfacción; el fogón dejaba ver parte de sus siluetas indefinidas, alumbradas al rojo vivo, mientras el resto se confundía en la penumbra; ¡fué aquella una noche encantadora! Debe haber, indudablemente, algo en aquel clima, que nos hace encontrar placenteras hasta las mismas insignificancias, placer que saboreamos intensamente. Cuatro horas de sueño al raso y en esas condiciones, son más reparadoras que ocho en tibia cama inglesa.

Era ya la una cuando terminábamos nuestra conversación, hora en que empezó a apoderarse de nosotros la dulce quietud e insensibilidad dominante en la llanura que nos rodeaba. No hubo necesidad de que nos despertaran; nuestro

...sleep
Was airy light from pure digestion bred
And temperate vapours bland, which the only sound
Of leaves and foaming rills, Aurora's fan
Lightly dispersed, and the shrill matin song
Of birds on every bough. (1).

MILTON.

El canto de los pájaros nos despertó. Pasó algún tiempo antes que arregláramos el equipaje. Los preliminares del té y un cigarro, demoraron algo más la partida, tiempo que se empleó en bromas amenas y alegre conversación, que la bien provista mesa del desayuno, en Inglaterra, no suele inspirar con frecuencia.

Como viajero, y en mis excursiones que han sido bastante extensas en muchas partes del mundo, nunca

---

(1) ...sueño era liviano como el aire por ser la digestión pura, y los moderados vapores placenteros, que sólo el sonido de hojas y de arroyuelos espumosos, abanico de la Aurora fácilmente disipaban, y el penetrante canto matinal de los pájaros en cada gajo.

he contemplado escenario tan variado y encantador como aquel día. Podía compararse con ciertos lugares Eliseos naturales de Tasmania, mas que con cualquiera de los otros que he visto; francamente no sabría cuál elegir en el primer momento. Semejaba en algunas partes magnífico prado, aunque perfectamente silvestre y sin artificios y solo por las obras de arte, podría establecerse comparación. Continuó así la escena hasta Vipos de Ticucho, donde llegamos temprano, pues solo distaba treinta leguas de Tucumán. Sentimos aquí algo de esa sensación de independencia de sitio y sociedad, que el Rey de los Vagabundos, Banfield Crew, prefería a las ceremonias de la moda y fastuosidades de ciudad ostentosa. En resúmen nos hallábamos llenos de deseos de complacer y ser complacidos, y nuestros votos se realizaron, resultado que a menudo conseguiríamos si nos encontráramos en idénticas condiciones.

La situación que ocupamos era excelente para nuestros arireros. Había allí abundante y gratis todo lo que necesitasen, como ser leña, agua y excelente pasto. Sacáronse rápidamente de los animales, sillas y harneses; sacudiéronse aquellos, y galopando al arroyo como hacia un antiguo conocido, bebieron y volvieron luego adonde estaba el pasto, en que se revolcaron con indecible placer, antes de empezar a comerlo. En cuanto a nosotros, servíanos de mesa un tronco; no faltó con qué cubrirlo, aunque sin lujo. La noche llegó de nuevo tachonada de estrellas y las horas pasaron amenas en nuestro alojamiento sin techo, adonde no llegaba sonido de ninguna campana, ni criados reverenciosos, ni adustos posaderos con cuentas que saldar antes de partir. Dadme siempre un vivac así, con preferencia a todas las posadas del mundo, y en climas sin rival como aquél.

El clima y temperatura de Tucumán, en julio, se asemejan bastante a nuestro abril. Las alternativas de calor y frío, variaban de acuerdo con los vientos polares. Cuando hay temporales de invierno o caen nevadas, los picos de las montañas se cubren de nieve de manera inusitada, y entonces las ráfagas heladas hacen necesario el fuego, al menos para los hijos del país, sino para las constituciones inglesas. Cuando abandoné la ciudad, el 20 de agosto,los braseros (1), sustitutos en aquel país

(1) Escalfetas, usadas en Sud América, como también en algunas partes de Europa, que se cubren con un canasto de mimbre con el fondo hacia arriba, en que las damas acostumbran descansar los pies.

de nuestras estufas, empezaban a no encenderse, y mantones de damas y capas de caballeros, cedían el lugar a ropas más livianas.

Según Mr. Scott, el nivel de las llanuras tucumanas, sobrepasa poco a las pampas de Buenos Aires. El barómetro, según me dijo, marcaba en la travesía de Ambargasta, a cuarenta leguas del Aconquija, veintinueve y medio, más o menos lo mismo que en San Isidro, a cinco leguas de Buenos Aires. La altura máxima de los picos más elevados del Aconquija, como ser el Nevado, es de 14.288 pies sobre el nivel del mar.

En materia de animales feroces y reptiles no encontramos ninguno que nos molestara; dícese que además del jaguar existen cocodrilos, pero creo que sólo se trata de una inocente especie de lagartos, allí llamados iguanas. En cuanto a reptiles venenosos, ni vimos ni oímos hablar; de haberlos ya nos hubiéramos encontrado con alguno, en tanto tiempo que pasamos al aire libre, noche y día, en bosques, ríos y manantiales. Encuéntranse en cambio a menudo, antas, armadillos, gatos monteses, comadrejas y otros animales por el estilo. Los sapos (sapos cantores como allí los llaman) empiezan su música al caer la noche, para solaz de las aves de pantano, que en infinita variedad, pueblan los lugares cenagosos. Ejércitos de antas cubren la parte inculta de la planicie. En cuanto a especies de pluma, las hay tan variadas y de bello plumaje como en ninguna parte del mundo, con canto algunas, altamente provechoso y ameno.

Continuemos viaje el 22, entre paisajes más o menos iguales a los anteriores. Tierras sonrientes, orgullosas de sus bellezas y que solo nesecitan la mano del hombre para producir con exuberancia. Pero el hombre allí, donde su trabajo sería mil veces compensado, no encontraría punto de apoyo; y así, no se oye su voz, donde existen recursos sin límites que su industria mejoraría, recursos que parecen destinados a perecer sin que se noten ni por casualidad. La población de la provincia no guarda relación con la fertilidad y extensión. Los seres humanos que en número mezquino se encuentran aquí y allí, por los caminos, se quejan de pobreza y con razón, a juzgar por el mísero aspecto exterior de sus viviendas y carencia en el interior de todo lo que se aproxime a comodidad.

Llegamos al anochecer a Trancas, pueblo que debe

su nombre a un importante río que, bajando de la montaña, baña los valles inmediatos. A nuestra llegada nos esperaban el gobernador y el cabildo, quienes nos dieron la bienvenida, según es costumbre con todos los que viajan bajo la protección de las autoridades supremas. De consiguiente, ofreciónos el gobernador sus habitaciones para nuestro acomodo. Retribuyendo atenciones dimos por la noche una tertulia en honor de su esposa y amigos. Como estúvieramos ya bastante al corriente de las maneras y bailes del país, pudimos hacer discreta figura en la mariquita y el montonero, y así pasaron las horas agradablemente al parecer para aquellos provincianos. La suma total gastada en hacer feliz a aquella población esa noche, incluso nosotros, contando diversiones, peones, caballos y el almuerzo matutino, fué ocho pesos. "¡Avergüénzate, grandeza, avergüénzate!" Nos sorprendió aquí la observación que nos hizo uno de los cabildantes, el más anciano. Díjonos que hasta hacía poco tiempo no hubiera pasado un inglés por la población sin ser menoscpreciado, cuando no molestado, tan grande era el espíritu hostil hacia los extranjéros de que estaba poseída la gente, hostilidad enardecida por la influencia de frailes y godos. A la mañana siguiente el gobernador nos acompañó hasta un lugar junto al río, donde al frente de una partida se había encontrado con el ex gobernador de Tucumán, don Bernabé Aráoz, a quien hizo fusilar, dándole apenas tiempo para confesarse. Habló de la acción considerándola laudable, pues había servido para hacer desaparecer un tirano. Como le preguntáramos si no hubiera sido más conforme a la justicia juzgarle primeramente, nos respondió que el delincuente era demasiado peligroso para dejarlo existir un momento. Era, según él, encarnación de la maldad, y hombre de tal genio y recursos, que de regresar a Tucumán, su sola presencia habría sido señal de contrarrevolución. Había hecho correr sangre profusamente en la provincia y la de cien víctimas como él no compensaría la que había hecho derramar. Había ofrecido tres mil pesos por el rescate de su vida, pero se le había contestado que ni diez mil bastarían. Viendo esto, preparóse a aceptar valientemente su destino, sin vacilaciones. Fué su última acción fumar un cigarrillo de papel, del que, al estar casi consumido hizo caer la ceniza con los dedos, al mismo tiempo que exclamó filosóficamente:

"la existencia humana es como estas cenizas"; luego sometióse a la sentencia sin temor.

Hay en los alrededores de Trancas numerosas colinas de arena, áridas en apariencia, pero ricas y fértiles en lo llano. La población es muy reducida, quizá con cien casas habitadas.

El 23 de agosto vadeamos el río Tala, límite provisorio de dos provincias. El camino, pasando Trancas, es arenoso, pero mejor que de allí a Tucumán. Poco poblado el país, desde aquí hasta Salta, y es difícil conseguir muchas cosas en trayecto de más de cincuenta y seis leguas. Nuestro camino se extiende ahora por un bosque continuo, sin que se deje ver una sola silueta humana, aun del aspecto más mísero. No pudimos saber la causa de la falta de agua que notamos en el cauce del río Tala; supusimos que el agua se había abierto nuevo paso por algún otro sitio, pues las corrientes montañosas son siempre caudalosas y éste, en un tiempo formidable río, era ahora simple arroyo.

En los alrededores de Tala pudimos ver muchas plantas alcalinas y numerosas incrustaciones de sal. Sospechamos entonces que el agua fuese salada, pero al probarla la encontramos pura y dulce. Los habitantes de la comarca no se han preocupado de examinar lo que hay debajo de la superficie del suelo, donde, sin duda alguna, deben existir grandes yacimientos de sal, valioso agregado a la riqueza natural del país, inexplorada aún. Después de andar unas trece leguas, llegamos a la estancia de un caballero que fué figura notable en la revolución, grande y sincero patriota, aunque español. Fuimos allí cordialmente recibidos, por recomendación del doctor Redhead, de Salta. Llamábase Don Domingo Puche el amigo del doctor, y hubimos de quedar altamente gratos a su hospitalidad. Nuestra calidad de ingleses hubiera sido suficiente para ser preferentemente acogidos bajo el techo del venerable vizcaíno, sin otra recomendación, y prueba de ello es la siguiente anécdota que escuché de sus labios:

Acertaron a pasar por allí, en viaje a Potosí, poco tiempo antes de nuestra llegada, dos o tres súbditos ingleses, que, tomando la residencia de Don Puche por posada, aprovecháronse sin reatos de las bondades que brindaba, pues tenían intención de pagar cuanto consumieran; hicieron de la casa, en resumen, lo que hubieran hecho de una posada en su país. Pidieron de comer lo

mejor, no olvidando invitar el propietario al banquete. Llegado el momento de partir y al pedir la cuenta, contestóles el patriota vizcaíno que habían confudido la clase de lugar en que habían sentado sus reales, pues su casa no era "pulpería" y no sólo negóse a recibir nada en pago, sino que todavía les hizo seguir viaje a Salta en animales de su propiedad y gratis.

Era nuestro huésped padre político del general Güemes, bravo defensor de Salta contra las fuerzas realistas del Alto Perú. La muerte del valiente oficial y de la esposa de Puche, acaecidas casi al mismo tiempo, tornáronle gravemente melancólico, pues era su esposa dama a quien amaba entrañablemente, como amábanla también las gentes del lugar, todo lo cual llegó a alarmar a sus amigos y relaciones, que temían fatales consecuencias. Exceptuando circunstancias casuales que animaban su espíritu, tal como nuestra llegada, que era en su aislada finca acontecimiento importante, el hombre parecía no existir para quienes lo rodeaban, al mismo tiempo que su establecimiento, sus cultivos y demás intereses evidenciaban absoluto abandono.

La comida, en la hospitalaria mesa de don Domingo, fué digna de notar. Era abundante, y entre exquisita variedad de platos, una cazuela de armadillo que difícilmente encontraría rival en lo sabrosa. Con frecuencia habíamos observado ya esas como ratas con caparazón, corriendo por los caminos, pero como sucede con las vizcachas, los peones y gentes del campo no les dan valor por abundantes. He aquí, cómo casi perdimos la mejor vianda que se encuentre viajando por esas comarcas sudamericanas. Sin embargo, cuando supimos la forma de prepararla para la mesa, llegamos a alegrarnos de no haberlo comido antes. No siendo víctimas de desenfrenados apetitos, hemos estado siempre, estamos y estaremos libres de pecado y culpa; jamás permitiríamos que se mate un cerdo a palos, se atrofie el hígado de un ganso "a laPérigord", o se hagan freir peces vivos, según costumbre de los ociosos de Londres en sus comidas dominicales; hasta evitaríamos la lenta agonía de una langosta, y aunque se nos tache de gente vulgar, confesamos que no alcanzamos a distinguir entre un animal matado rápidamente, evitándole sufrimiento, o sacrificado en una lenta y cruel agonía, sin objeto que aumentar los placeres del gusto. El mataco, como saben los naturalistas, acostumbra envolverse en su caparazón,

formando una bola, en que difícilmente puede entrar un cuchillo. En la misma forma que la cucaracha, pero naturalmente de tamaño mucho mayor, y adoptando el mismo método de defensa que el erizo, aunque sin las formidables púas de éste, permanece inmóvil, burlando así a sus enemigos. Sólo el hombre tiene en reserva una estratagema. Se le pone con cáscara y todo en el fuego, de modo que su caparazón forma el plato en que se asa vivo; un martirio para satisfacer el apetito del hombre.

Partimos de la estancia de don Domingo el 25, rehusando aquél toda remuneración por el alboroto y molestias ocasionadas. Y digo alboroto porque mientras conversábamos la noche anterior con las señoras de casa, nos llamó de pronto la atención un grito estridente, y como acudiéramos rápidos al lugar de donde procedía, con una vela encendida, encontramos a nuestro mineralogo que, distraído y a obscuras, había entrado en un cuarto vecino, donde se encontraba una negra vieja y arrugada que pasaba allí lo último que le quedaba de vida. Era esta mujer una fiel y antigua criada a quien se había cedido aquella habitación para pasar sus últimos años y hacer las paces con Dios, según costumbre muy común con los esclavos de aquel país. Tuvimos que recomendar a nuestro amigo no hiciese en adelante investigaciones a obscuras.

La jornada del día siguiente se hizo por una comarca lozana, cruzada a menudo por ríos. Los bosques aumentaban en extensión y riqueza vegetal, donde empezaban las gradientes de las montañas; circunstancia tanto más singular, cuanto que las llanuras eran más propicias, por la profundidad y riqueza de tierra vegetal, para nutrirlos más eficazmente.

Don Domingo nos informó que la madera que se encontraría en las laderas de las montañas, hasta la altura a que llega la vegetación, era tan abundante y fina como la que pudimos ver en Tucumán. Hicimos doce leguas en carruaje de posta, y después de cruzar el río Rosario, angosto, rápido, pedregoso, resolvimos hacer noche en la estancia Metán. Los caminos no fueron muy buenos en aquella jornada, pues las subidas y bajadas se sucedían continuamente.

Era propietario de esta estancia don Ignacio Sierra, quien nos trató con todo género de atenciones. Como necesitáramos caballos, los contratamos aquí

para el resto del viaje hasta Salta, cincuenta leguas de distancia. Al abandonar el carruaje nos informó nuestro capataz que el bueno de don Domingo había introducido en él, con todo disimulo, un queso de respetables dimensiones, cierta cantidad de excelente charqui, un jamón y algunos dulces. Prueba esto la hospitalidad de aquellas gentes y sus sentimientos bondadosos para los ingleses. Asemejábase el queso por su tamaño al nuestro de Cheshire, y por su sabor y calidad al Stilton; el jamón, bueno, aunque no tan bien curado como el Yorkshire. Encontramos también una botella de piedra con leche, que, por el movimiento del coche, se había hecho manteca.

Los peones de estancia, cuya subsistencia depende de los patrones, son la gente más alegre y feliz del país. Es realmente de notar que, siempre que un español (sea por inconstancia en convicciones políticas o por su posición de defender una causa justa), se ha acomodado al nuevo estado de cosas creado por la revolución, reina a su alrededor una especie de bienestar y orden, al contrario de lo que sucede con aquellos propietarios y población de las estancias que, ya sea por los últimos cambios políticos o por la fuerza de las armas, han visto sus establecimentos desolados por sus enemigos posesionados del gobierno. La mañana del 25 amaneció encantadora, y antes de partir fuimos obsequiados por nuestro huésped con un par de jacas, que contribuyeron a que dos de los nuestros hicieran el viaje con mayor comodidad, al mismo tiempo que resultaba agradable ejercicio esta manera de viajar.

Casi todo el camino corre ahora por un bosque romántico, de seis leguas de extensión. Atravesamos el río de las Conchas. El paisaje muéstrase montuoso por todos lados. Antes de llegar a las Piedras, cruzamos el río del mismo nombre, que corre por cauce pedregoso. Los ríos son aquí angostos y, exceptuando ciertas épocas del año, de fácil vado. Hicimos alto en la posta de Piedritas. Asemejábase esta casa a todas sus similares del camino; situada sobre una eminencia que domina el río, tiene cerca una cruz erigida en memoria de un caballero salteño, llamado Nadal, que perdió la vida al vadear el río. Según comprendí, la perdió gracias a un enorme pedrusco, que lo arrastró por la corriente, siempre impetuosa y siempre terriblemente violenta aquí, al bajar de las montañas. Llevaba el agua todo el ímpetu

de la que se precipitara de súbito por una gigantesca compuerta recién abierta; si el pie asienta en falso al cruzar la corriente, pocas esperanzas de salvación quedan al viajero. Hierve el río y se encrespa y bate furioso las rocas macizas, arrojándose a torrentes desde lo alto, furioso, cada vez más furioso cuanto más se aleja. Los bramidos de la corriente, la posta solitaria, la cruz conmemorativa y el paisaje todo que me rodeaba, tornáronme melancólico.

La comarca que recorrimos desde nuestra salida de Piedritas, la mañana del 26, tenía, más o menos, el mismo aspecto de la anterior. Las montañas de azul pizarra y formación arcillosa, parecían agrandarse y confundirse con el cielo, a medida que adelantábamos camino. En veinte y seis leguas, de Piedritas en adelante, no se encuentra una sola habitación. Así, pues, deben los viajeros tratar de proveerse en aquel punto de todo lo necesario. El camino en las primeras diez y ocho leguas es malo; serpea entre colinas y sube y baja continuamente. A cuatro leguas de Piedritas se ve una choza abandonada que los viajeros pueden ocupar. Vadeamos los ríos Blanco y Pasaje; este último tiene doscientos pies de anchura; cuando las aguas están bajas es fácil vadearlo. Se hace necesario aquí proveerse de agua, pues en las siguientes quince leguas no se encuentra en forma alguna. El aspecto de estos ríos en las regiones montañosas es siempre el mismo, y todos echan sus aguas al caudaloso Paraná.

Hicimos durante el día diez y seis leguas, y al llegar la noche acampamos al raso, junto a un respetable fogón, y en sitio que, aunque allí llaman desierto por estar distante de los ríos ya nombrados, fuera en cualquier otra parte vergel lozano, pues sobre estar cubierto de bosques, es su suelo de rica arcilla amarilla, en que fácilmente se encontraría agua con sólo cavar, operación no incluída entre las empresas por que los nativos se molestan. Salimos al amanecer, deteniéndonos para almorzar en Cobos, lugar distante nueve o diez leguas de Salta. El mísero villorrio cuenta apenas seis o siete casas, tan desvencijadas como sus dueños. El camino de Cobos hasta tres leguas antes de llegar a Salta, es malo, cubierto de piedras, estriado de huellones y alargándose continuamente en bajadas y subidas que se suceden sin cesar. Después de andar siete leguas, llegamos a Lagunillas, posta así llamada por estar entre dos lagunas,

donde vimos gran cantidad de aves silvestres. Encontramos aquí buen acomodo, visitándonos por la noche un grupo de mujeres que nos entretuvieron con cantos y música de guitarra.

El propietario de esta estancia nos dijo la vendería por unos cuantos cientos de pesos. Parecía bien poblada, especialmente de ovejas y cabras. La pasión del juego es causa de que sus habitantes se hallen siempre en la indigencia, encontrándolos un día de lluvia sin un centavo en el bolsillo. La situación de esta posta, con su vecindad a Salta, y su espléndida llanura que avanza escalonándose hacia la montaña, ofrece a cualquer inglés industrioso la seguridad de levantar una bonita fortuna en pocos años. La corta distancia que la separa de la ciudad, lo romántico del paisaje que la rodea y mil otras circunstancias que asegurarían el éxito de un hotel campestre a la inglesa, justifican nuestra aseveración.

El camino de Lagunillas a Salta corre parelelo a una hilera de montañas cubiertas hasta la cumbre de vegetación de infinita variedad. Las cimas, vistas desde abajo, parecían coronadas de rosas. Costónos inmenso trabajo y mucho tiempo subir hasta donde esas rosas parecían crecer; una vez arriba nos convencimos que no se trataba de rosas, sino de grandes flores o capullos de algodoneros de montaña. Los nativos llaman a este árbol "yuchan" o "algodón del monte", y emplean el producto en rellenar almohadas, colchones, etc. El tamaño del yuchan o paló borracho puede calcularse en seis veces el del algodonero común.

CAPITULO VIII

Llegada a Salta.—Los monopolizadores.—Proposiciones mineras.—Monumento cerca de Salta.—Debate en la Sala.—Mascarada religiosa.—La señora de Olañeta.—General Olañeta.—Su muerte.—Referencias de un viejo español respecto de la población.—Población de Salta.—Productos de la provincia.—Tráfico.—Clima.—Los mineros y estado de las minas.—Necesidad de auxilio extranjero para la reconstrucción del país.

Encontramos, en llegando a Salta, una casa donde, a instancias del doctor Redhead, compatriota nuestro allí residente, nos habían preparado alojamiento. Después de saludar a dicho caballero y participar del excelente almuerzo en casa de la amable familia Gurruchaga, visitamos todas aquellas personas para quienes teníamos cartas de recomendación; por la noche presentamos nuestros respetos al gobernador interino. Encontrándonos el titular, general Arenales, ausente en Tarija, ciudad fronteriza, donde había ido para arreglar ciertas dificultades suscitadas entre los vecinos, despachóse un chasque con el aviso de nuestra llegada.

El día 29 pasó en conferencia con el doctor Redhead sobre el objeto de nuestra misión, y en recibir visitas. Los monopolizadores, de que antes he hablado, habían estado haciendo trabajos tendientes a asegurar el monopolio de la provincia, de acuerdo con el plan practicado en Famatina. Las oportunas noticias de mi viaje y las gestiones del doctor Redhead, dieron por resultado la demora por parte del gobierno en acordar la concesión, hasta tanto se presentaran todos los solicitantes y fueran sus propuestas debidamente examinadas y estudiadas por la Sala. Entre otras visitas que recibimos aquél día, anotamos las del gobernador interino, señor Teodoro Bustamante, y del mayor Arenales, hijo del gobernador.

El 30 nos visitaron numerosos miembros de la Sala y del Cabildo. Entré en tratos con Don Mariano Gainza, caballero cuyos servicios como agente había requerido cuando pasó por Córdoba, camino de Atacama.

Le había encargado, para no perder tiempo, de concluir un contrato por las célebres minas de Huantajaya, uno de los principales objetos de mi misión. Hízome entrega de documentos satisfactorios respecto a tal negociación, documentos que luego debieron quedar sin valor alguno, pues contratadas esas minas con anterioridad a la nueva concesión, resultó que la primera empresa adquirente, tras mucho andar, resolvió trabajarlas. Su cuenta de gastos redújose a ciento treinta y cuatro duros. Las esperanzas de la compañía que yo representaba fracasaron, pues, en el distrito de referencia, con gastos menores de los que hubiera comportado cualquier otro procedimiento adoptado. Cubría gran parte de la cuenta el gasto hecho en Tarapacá, al conseguir mulas para trasladarse a Huantajaya.

Durante el día 31 tuve varias conferencias con varios diputados de la Sala, y en ellas supe que los salteños se interesaban grandemente en el asunto que me había llevado allí, muy complacidos con la perspectiva de abrir las puertas de su patria al extranjero. Sus discusiones en el deseo de fomentar tales relaciones, versaban sobre un punto fundamental; anular los impedimentos que nacían de las antiguas ordenanzas de minería. Referíanse estas especialmente al derecho real de Quinto y Cobo, que representaba un once y medio por ciento, a otros que alcalzaban a un cuatro por ciento, y a los derechos de exportación que llegaban a gravar el producto de las minas, en casi la tercera parte de su valor. Llegó a hablarse hasta de concesiones de tierra a cualquier compañía inglesa que se estableciese en el territorio en buenas condiciones.

El mismo día me visitó el mayor Arenales, que traía una carta de su padre, en que manifestaba el profundo pesar que le había causado su inevitable ausencia el día de nuestra llegada. Por la tarde pasamos a saludar a las señoritas de Arenales y otras familias respetables de la ciudad.

El día siguiente visité al coronel Dorrego, agente de los especuladores de Buenos Aires, como también a Don José Torres. Pude convencerme en la entrevista que las pretensiones de esos caballeros eran sostenidas por varias personas de mucha influencia y directamente interesadas en las especulaciones como accionistas. Se habían enviado a todas las provincias agentes y circula-

res con el propósito de asegurar concesiones; dejábase ver así que un sistema perfectamente organizado de monopolio se extendía en todas direcciones. Dominarlo o neutralizar sus efectos no era obra fácil. Estos especuladores, de lograr éxito en sus gestiones, pondría pronto punto final al interés de las compañías inglesas; pues es natural que no llevando en sus pretensiones otro móvil que acaparar minas con objeto de revender las concesiones al precio que se les antojara fijar, no habría negocio posible para el capital inglés. En tales condiciones la provincia no sería jamás beneficiada, pues, las minas quedarían sin trabajarse. El día siguiente, por intermedio del doctor Redhead, tuve una conferencia con el gobernador, en que me pidió datos de mi misión especialmente en lo tocante a la provincia de Salta. Contestéle que representaba una compañía con capital de un millón de libras esterlinas, pero cuyo objetivo era mayormente la minería de Chile y Perú. Sin embargo, agregué, y aunque no tenía instruciones especiales respecto a las Provincias Unidas, creía firmemente que la compañía no dejaría de tener en cuenta tan espléndido campo de operaciones para hacer inversiones de capital, tanto más, si a las buenas perspectivas que ya de por si ofrecía, se unían los propósitos del gobierno en sentido de favorecer tales empresas. El gobernador me invitó, entonces a especificar por escrito mis propuestas, a lo que prometí acceder tan pronto como las cuestiones que se debatían en la Sala respecto a aceptación o rechazo de competidores con miras de privilegios exclusivos, fueran resueltas; hasta entonces juzgábalo innecesario.

Don Teodoro Bustamante observó que todo ciudadano de la provincia, debía compenetrarse de lo importante ("indispensable" exlamó el doctor Redhead, interrumpiéndole) que era para el bienestar del país y su desenvolvimiento futuro la ayuda extranjera. Traería esta por consecuencia el adelanto de las artes, la reacción del comercio y el aumento de población en la provincia; todo, en suma. "Existe entre nosotros" — agregó el gobernador — "levantado patriotismo y mucho buen sentido, para permitir que nuestra hermosa provincia se adjudique al mejor postor. Tenemos muy en cuenta los poderosos recursos y energías de Inglaterra, para restaurar nuestros negocios en beneficio de ambos países. Esta finalidad se conseguirá más fácilmen-

te uniendo los intereses, y procediendo al establecimiento, no de empresas especuladoras, sino de capitales reales y efectivos."

A raíz de la conversación a que he hecho referencia, convine algunas fórmulas de propuesta con el Dr. Redhead para el caso de que los monopolizadores fueran derrotados en la Sala, en el debate que debía tener lugar el 5 de septiembre. Luego escribí al general Miller, antiguo amigo mío y actualmente gobernador de Potosí, comuncándole mi arribo a Salta, de paso para aquella ciudad, y la misión que allí me llevaba relativa a las minas del Perú. Creía poder detener así el avance de los monopolizadores en esa dirección.

El 4 de septiembre, día domingo, asistí a la misa cantada, y luego, en compañía del doctor Redhead y míster Brown, fuí a visitar el monumento erigido en memoria de la victoria obtenida contra los generales españoles Goyeneche y Tristán, en 1813, distante una legua más o menos de la ciudad.

Este monumento ha sido fabricado con ladrillo quemado, como la mayor parte de las casas salteñas. No lleva inscripción alguna, pues los sudamericanos son poco afectos a inscripciones monumentales, ni aún en lápidas funerarias, lo que puede quizá provenir de insuficiencia de conocimientos literarios o falta de artistas. Efectivamente, saliendo de Buenos Aires no se encuentra en parte alguna ni siquiera una lápida funeraria. En toda la provincia de Salta no hay una sola piedra tallada. Usase ladrillo a causa de los violentos aguaceros que, en la estación lluviosa, amenazarían arrastrar el adobe de las viviendas, material que se ve en otras provincias.

Llegó el día 5, que habíase fijado para la discusión en la Sala del asunto relativo a privilegios, y asistí al debate. Leyéronse propuestas de varios agentes y se discutió la conveniencia de cada una. Los diputados que deseaban realmente el bienestar público, pero al mismo tiempo se veían forzados a apoyar a sus amigos políticos, se encontraban con un dilema embarazoso. Fatalmente el choque de opiniones se produjo. Los diputados independientes, abogaron por la libre competencia, en contra de los otros influenciados por intereses, personales, que llegaron a proponer como medio de solución la división de la provincia. A esta altura de la

discusión, el doctor Redhead hizo entrega a la Sala de una nota mía, que contribuyó al aplazamiento de las deliberaciones y derrota definitiva de las pretensiones de los monopolistas de Salta.

Fuí visitado en aquellos días por un caballero considerado como hombre de vasta influencia en Salta, con el objeto de ofrecerme participación en los buenos negocios que algunos de los monopolitas habían hecho. Decliné tal ofrecimiento, pues las instrucciones que tenía no eran de comprar minas sino de trabajarlas por un tanto por ciento. Estos monopolistas pretendían haber gastado sumas en explotar y denunciar minas, y pedían de ochenta a cien mil duros por la cesión de un derecho que no podía heberles costado mil. Ví en todo esto argucias de los especuladores de Buenos Aires. Admití la riqueza de las muestras minerales extraídas, pero manifesté mi imposibilidad de hacer ofertas por no autorizarme a ello mis instrucciones.

El 9 de septiembre tuve que hacer un paréntesis a mis negocios, por ser día de Nuestra Señora. Fué tal fiesta un ridículo espectáculo de holgazanería, y conmemoraba un milagro de la Patrona de Salta, que, durante un terremoto acaecido siglo y medio atrás, más o menos, (los terremotos no son aquí muy comunes) descendió de un nicho en la catedral, obsequiosa y servicial, y aproximándose al altar, interpuso su influencia en favor de los habitantes consiguiendo librarlos de todo peligro. Tal servicio religioso, exige retribución de los salteños en forma de nueve días de "funciones". Ríen los hombres de la mascarada, no así las damas que creen todavía en el milagro. Era día principal entre los destinados a acción de gracias, el 10, durante el cual estuvo la catedral tan repleta de concurrencia que de rodillas agradecía a la Señora su maravillosa bondad, que apretado hasta estrujarme, logré apenas encontrar ubicación detrás del pórtico de la puerta mayor. Pude en esta ocasión convencerme una vez más, de los sentimientos en apariencia, sinceramente religiosos de las mujeres de todas las clases sociales, que veíanse requeridas a reunirse para el idólatra espectáculo, contrastando tal religiosidad con los sentimientos que desprendíanse de la conducta de nuestro sexo. Los hombres, con excepción de los viejos, poco amoldados a las innovaciones modernas y entrados ya en años, con creencias robusteci-

das por el recuerdo de las reminiscencias religiosas de su juventud, eran evidentemente hipócritas en esta ocasión, tanto al menos como los cordobeses, según pude notarlo. Dejábase ver claramente que solo aportaban a la ceremonia su presencia, y con tanta indiferencia como quien da un apretón de manos a un prójimo que no conoce y poco le interesa. No hay que maravillarse ante tal falta de sentimientos. Culpa de ello debe ser, y aún es de lamentar por el contrario, que haya seres inteligentes, hombres de cerebro superior que se mezclen con el ignorante de vulgar superstición, ante una imágen reluciente y de colores chillones, objeto ridículo entre los más ridículos a que se dirijan súplicas. Ora se eleve la esmaltada imágen en la iglesia; ora se la saque a tomar aire con un muñeco en los brazos, rodeada la cabeza de resplandecientes joyas, Nuestra Señora de Salta puede ofrecer así una de las formas más esbeltas y una de las fisonomías más encantadoras del mundo; detiene, además, el curso de los negocios, dando bríos a la ociosidad y somete la gente a una gran contribución religiosa matizada, sin embargo, entre los actos de farsa, con bailes y disimuladas diversiones, permitidos por los ingeniosos padres para dar amenidad al conjunto.

Hubiera pasado tales vacaciones a disgusto, a no haber aceptado invitación de un amigo para un paseo por la provincia.

El 15, en compañía del doctor Redhaed, entablé negociaciones con la viuda del coronel Olañeta, por los derechos mineros de Chiromo, en las proximidades de Tupiza, con probabilidades de éxito; el mismo día empecé los preparativos de marcha para Jujuy. Examiné una tropa de mulas y separé las necesarias para llegar a Potosí y seguir de allí para Arica. Dejé el carruaje en Salta, en poder del doctor Redhead, pues debíamos continuar ahora el viaje por caminos apenas transitables en mulas. El precio de estas variaba entre once y treinta y cuatro duros cada una, según fueran, para carga o silla. Las sanjuaninas se consideraban mejores, pues criadas en montañas resultaban más resistentes, llegando a veces a valer de cien a doscientos duros las mejores en paso, resistencia y estampa.

El 18 de septiembre me despedí de mis amigos de Salta. Causó sorpresa a algunos diputados, al gobernador y algunas otras personas, lo repentino de mi partida,

pues así la consideraban; pero excuséla diciendo ser costumbre inglesa realizar los negocios rápidamente, además de que el tiempo de que podía disponer no me permitía malgastarlo. Jamás olvidaré mi despedida de la señora viuda de Olañeta. Esta dama era mujer de treinta años, más o menos, con facciones que se dirían bellas más bien que hermosas, esbelta de formas y de modales graciosamente cautivadores, detalle muy común en las damas salteñas. Realzaba estas cualidades una expresión de tristeza en el rostro que armonizaba con el luto de su vestido y la situación del momento. La soledad había aumentado su abatimiento, pero aún así, su natural dulzura y bondad de corazón dejábanse ver en todo. La comparé con una linda flor trasplantada de la luz a la sombra; palidecían sus colores y sin embargo conservaba su perfume y belleza en tanto que su situación fuera de lugar tornábala sumamente interesante. El héroe de Ayacucho, general Sucre, habíala prestado solicita protección contra la anarquía que sobrevino a raíz de la caída de su esposo, muerto en una sublevación de tropas en Tumusla, cerca de Tupiza. Dotada de gran valor, no llegaba éste a eclipsar lo femenino de sus gracias y prendas que la hacen tan distinguida. Su exquisita educación y la afabilidad de sus cautivadoras maneras, envueltas en suave tristeza, cautivan al momento el espíritu del que por primera vez la trata, dejando profunda huella.

La adhesión de Olañeta a la causa de Fernando, adhesión que solo terminara con su vida, es, entre sus enemigos, tema de encomiástico comentario, honroso para su memoria. Lástima que su nombre, como el de Morillo y muchos otros capitanes españoles, se hayan mancillado con actos de regresión y crueldad que llenaron de oprobio la causa real.

El excelso espíritu de la señora Olañeta consoló a su esposo hasta los últimos momentos de su vida. Compañera en sus triunfos, fué también ángel guardián en la adversidad. Hay quien tiene esperanzas de que Fernando el Amado no olvide sus sacrificios y el de sus hijos, que han consumido todo su patrimonio por su causa. Más ¡cuán quimérica es la protección por ese lado!

Nació don Pedro Antonio de Olañeta, en Elgueta, provincia de Biscaya, en 29 de junio de 1777, partien-

do para América a los doce años de edad, y se alistó en el ejército como comandante de rifleros bajo las órdenes de Goyeneche. Propietario principal de las ricas minas de Chiromo, puso todos sus recursos e intereses a disposición de la causa realista. Distinguióse en la acción de Ayohuma, bajo las órdenes del virrey Pezuela, general en jefe de aquél entonces. Fué ascendido a coronel y más tarde a brigadier general, en recompensa de su conducta en Viluma, cerca de Cochabamba, donde dió en tierra con el último esfuerzo de los porteños que trataban de dominar el Alto Perú. Después de la batalla de Ayacucho, su actuación desenvolvióse en constante incertidumbre hasta su muerte. En cierta ocasión entró en correspondencia con el general Sucre y aunque le propusiera, el distinguido oficial patriota, salvarle generosamente la vida y hacienda, ni aceptó comprometer su honor con tal solicitud, ni así dañar la causa del rey, perdida irremisiblemente por otra parte. Independientemente del ejército de Sucre, avanzaba sobre él desde Salta y otros puntos de las Provincias Unidas, una fuerza considerable; solo puede, pues, encontrarse explicación de su conducta en la esperanza de un milagro que le sacara de apuro, a manera de los españoles, o bien en la suposición de una capitulación honrosa con el general Arenales, en Salta. Sus tropas, sin embargo, encararon el asunto bajo otro aspecto. Consideraron perdida toda esperanza; Medina Celi, segundo comandante, levantóse en armas contra su jefe, tras un pretexto fútil. Combatió Olañeta hasta el último momento, acompañado por algunos fieles amigos, pero herido a eso de las cuatro de la tarde, el 30 de marzo, murió a las cinco de la mañana siguiente. Junto con él murió la última esperanza de los godos en el Alto Perú.

Antes de seguir adelante con mi diario de viaje, trataré de anotar lo que recuerdo de la provincia de Salta, a la que se reconoce como límites, Tucumán al sur y Tarija al Norte. Puede calcularse su longitud en ciento treinta leguas. Su anchura no ha sida nunca determinada. Todo lo que saben a este respecto los salteños, es que el río Bermejo es su límite natural oriental y por el oeste resulta casi impracticable toda tentativa de avance más allá de Atacama.

La posición geográfica de Salta entre los 20° y 25° L. S., con el 64° O. que la corta por el centro, corres-

ponde así al mismo regazo terrenal. No es posible formarse cabal idea de la variedad de suelos y climas de esa provincia, sin hacer minuciosa referencia a la altura de sus diferentes regiones. Comprende todos los climas, desde las nieves eternas, hasta los calores tropicales. Nada más erróneo que el hacer cálculos sobre la resistencia al calor en un país como ese donde nada es uniforme y donde la temperatura depende del lugar. Una jornada quizás proporcione al poblador el clima que desee. En las llanuras a nivel del mar puede vivir en una temperatura de ochenta a noventa grados, y aún de cincuenta a setenta, Farenheit, si escoge una meseta de cierta altura. Elèvando más su vivienda, puede llegar a regiones donde mora el invierno de Laponia y contemplar a sus pies la producción de todas las temperaturas, tropical, templada o fría.

Fué tactica de los antiguos españoles subordinar los distritos salubres y fértiles a las necesidades de los estériles y mineros. Y es de notar su pretensión, como entre los chinos, de que en todas sus posesiones trasatlánticas existía población en alto grado de desarrollo, falseando así la verdad, — también como los chinos — y con idénticos motivos, entre otros el de evitar la usurpación de sus posesiones (*vi ct armis*), por extranjeros. De ahí la sorpresa del viajero ante la discrepancia que conduce a la revelación de las ficciones puestas en práctica. Asignaban a Buenos Aires, población de 250.000 indios y 120.000 blancos, total que de acuerdo con posteriores informes, quedó reducido a 163.000, según el señor Núñez. Es lógico hacer en las demás provincias una reducción proporcional, en sus respectivas asignaciones. Correspondiendo a Salta 50.000, según el cálculo español, debe, pues, reducirse a 40.000, de cuya suma correspondería de 8 a 10.000 a la ciudad de Salta y suburbios, también según Núñez. Este indeterminado cómputo, variable en un quinto, háceme recordar al cabrero aquél, cuya majada se componía de ochocientas o mil cabezas. ¡Vaya uno a saber cual de las dos cifras es más exacta! De acuerdo con mis apreciaciones, no creo que lleguen a siete mil los habitantes de la ciudad de Salta, y 35.000 los de Jujuy, cifras a que se agregarían unos diez lugares sin importancia, caseríos más que pueblos, de 400 habitantes cada uno, más o menos. Debe observarse además, que los establecimientos españo-

les de la frontera oriental, a merced ahora y en tranquila posesión de los matacos y otras tribus indias, han mermado casi hasta desaparecer desde que se levantara el antiguo censo. Suponiendo, pues, que la población total de la provincia llegue a 14.500, siempre tendríamos una diferencia de tres cuartos — lo que va entre 14.500 y 40.000, — respecto a la suma que se les asigna. Como no es posible suponer que esta diferencia proceda solamente de los quince años de lucha por la independencia, es preciso convenir que las cifras publicadas por los españoles nunca fueron exactas ni siquiera aproximadas.

Hay, por otra parte, razones que abonan suficientemente la diminución de la población. Salta, hasta hace poco — y quizá hoy mismo — dependía de las provincias del sur de la Unión, en lo relativo a artículos de primera necesidad, aún de los más comunes y aún cuando en ella abundaran los mismos productos. A pesar de poseer la madera más fina del mundo y en gran abundancia, además de selecta variedad de materias primas, la población de Salta es tributaria de Tucumán en lo referente a muebles caseros y aún a tablones. Teniendo algodón indígena, llega hasta traer pábilo de vela de Catamarca. Mándale Santiago del Estero cera y tinturas, y compra vino y alcohol en las remotas provincias de La Rioja y San Juan. Crece aquí el añil tan bien como en Tucumán, más no lo utilizan. La tuna o planta de cochinilla de mejor calidad, llamada "Opuntia", abunda también, pero tampoco se utiliza.

Debido a la destrucción del comercio de mulas ha empezado a fabricarse azúcar estos últimos años en algunos establecimientos pero por falta de economía en la fabricación, o escasez de operarios, la población se ve todavía obligada a pagar de cinco a seis duros por arroba de azúcar molida de Habana o Brasil. Y hasta por los simples utensillos de barro para cocinar, está subordinada a la incursión anual de los indios matacos, sus habituales proveedores, circunstancia que aprovechan para aprovisionarse de enseres culinarios y estar en condiciones de cocinar el resto del año.

Se ha acusado de indolencia a la gente ilustrada de Salta y no se piense que lo que acabo de anotar lleva el propósito de amenguar la verdad. Debe saberse, sin embargo, que antes de la última guerra, el comercio de

mulas con el Parú era lo suficientemente activo para absorber toda la labor y atención de sus habitantes. Calcula el señor Núñez en 60 o 80 mil el número de cabezas que anualmente se llevaban a los pueblos y aldeas del Alto y bajo Perú; a éstas agrega las que llegan de Santa Fe, Córdoba, San Juan, etc., destinadas al mismo tráfico. También me manifestó Núñez — y tiene esto visos de verdad — que los salteños, formando la vanguardia del ejército patriota y constantemente repelidos hacia el sur por los realistas del Alto Perú, con intenciones, éstos, ya de recuperar su preponderancia en las provincias unidas o bien de proveer a sus poblaciones de todo lo necesario mediante el pillaje; resistiendo valientemente durante quince años los avances realistas, habíanse acostumbrado a ver en Salta un contínuo campo de batalla. Y se puede asegurar sin temor de equivocarse, que sólo por sus ventajas naturales ha podido evitar el desaparecer de la lista de las Provincias Unidas.

El clima de la ciudad de Salta es templado debido a su situación subtropical. Diversas montañas, contrafuertes de los Andes, se extienden en la provincia, formando valles fértiles y profundos, bien regados por ríos y manantiales de gran pureza. Encuéntrase a maravilla madera de toda especie y todo género de productos naturales que crecen en profusión. Abundan las vetas de oro y plata, sin faltar las de cobre, de variada calidad, azufre, alumbre, petroleo y una que otra de estaño y azogue. El suelo es maravillosamente fértil. Hay numerosos y extensos establecimientos de pastoreo y cria de ganado. Según el señor Núñez, poseyendo las primeras materias primas de los tres reinos, animal, vegetal y mineral, y siendo sus habitantes de buena conducta, debiera ser Salta un emporio de industria.

Fuera necesario mayor espacio que el contenido en un libro, para detallar los beneficios que la providencia ha prodigado a aquel hermoso país, o — hablando figuradamente, — a ese paraíso terrenal. Si Tucumán ha sido llamado jardín, a Salta se la podría clasificar de prado, plantación, o tierra de promisión. No puedo menos de lamentar que ese magnífico país no haya podido contar con el ejemplo de la industria inglesa, en beneficio de su prosperidad material y moralidad. Es imposible calcular adonde llegaría con sólo desparramarle un

poco de exuberante población de Inglaterra; que mutuo beneficio acarrearía unir ambos países con lazos de amistad y activo trato comercial, enriqueciendo así el nuestro con aquella riqueza a que España sacrificó largo tiempo moral, honor y humanidad. Abrigo la esperanza, con los habitantes de este magnífico país, que algún día ha de llevarse a cabo algo de todo eso. Es de esperar que, bajo la prudente, libertad y clarovidente administración de Canning, que proclamó la libertad sudamericana, siendo por ello su nombre universalmente respetado en Sud América, hemos de ver, tarde o temprano establecida íntima alianza comercial y de todo género; que los productos de ese país han de proveer materia prima a nuestros industriales, originándose activo trato y honorable competencia en beneficio general. La buena voluntad de los sudamericanos hacia Inglaterra es ilimitada, pero fáltales aún motivos para ponerla a prueba. Aprovechémonos, pues, de esa bondad de sentimientos.

¿Se han preguntado alguna vez los comerciantes por qué disminuyen nuestras ganancias en el nuevo mundo en lugar de aumentar? Y los industriales ¿por qué hay tan pocos pedidos en el mercado? Y los armadores ¿por qué de los buques surtos en el puerto con retamas al tope de sus mástiles, no se destinan ciento cincuenta para llevar productos de la industria inglesa al Pacífico? (1)

Huelga la respuesta. Los sudamericanos se han desengañado respecto a la posibilidad de recibir mercaderías en pago del producto de sus minas. La guerra ha despoblado el país, y con ello, destruído los capitales que antes se empleaban en explotarlas. No pueden — como sucede — recomenzar su explotación con probabilidades de éxito, dado que han estado descuidadas durante el largo proceso de una ruidosa guerra civil; sólo el extranjero les prestaría ayuda para hacer revivir su industria interna. Tiempo atrás, era España que les auxiliaba, pero producidas las últimas contiendas bélicas, todos aquellos que abandonaron el país, lo hicieron llevándose parte de su riqueza, capitales que no han sido todavía reemplazados. Sus minas, no son por cierto pompas de jabón; bien explotadas, cuidadosamente admi-

(1) En marzo de 1808, sólo veíanse cuatro barcos mercantes ingleses y dos norteamericanos en Valparaíso. En 1822 pude contar 60 veleros, de los cuales los dos tercios eran ingleses.

nistradas, darían indiscutiblemente gran rendimiento; sería para ello necesario practicar un severo sistema de economía, tal como hacen en Europa las personas acostumbradas a ese género de negocios y no acudir, por supuesto, a juegos de bolsa, especulando a la alza o baja sobre rendimientos que se quiere tener casi antes que las minas se abran. Las últimas falsas especulaciones de todo género se han hecho sobre la base de proyectos de futura riqueza, abarcando ese desmedido afán tanto lo bueno como lo malo o indiferente. Hemos dejado pasar así una brillante oportunidad de aprovecharnos de tal estado de cosas en beneficio casi exclusivo de nuestro país.

El sistema de explotación minera practicado por los españoles, se ha desenvuelto indudablemente en mejores condiciones que en nuestro país. He podido apreciar costumbres que deben haberles sido muy ventajosas. Los sudamericanos son de constitución menos sensibles al frío que los nativos de Cornwall, estómago menos delicado y resistencia física, en su propio clima, muy superior. Quienes se hayan opuesto a la explotación minera en Sud América habrían encontrado mejores razones que abonasen el absoluto abandono hecho de tan productivo renglón. Hubiesen informado al público sobre la manera que el pobre mísero nativo debiera valerse, para procurarse capitales y explotar sus minas y devolverlos con el producto de su trabajo, sin auxilio exterior. Mientras no disponga de ese capital, es inútil pensar en enviar a Sud América nuestros productos manufacturados, pues apenas se nos remitirá, en cambio, oro en tejos y plata en barras. Si nuestros capitalistas se hubieran preocupado de hacer marchar las minas mediante prudentes inversiones de capital destinadas al pago de operarios nativos, enviando al mismo tiempo de Europa, mineralogistas competentes, y mineros inspectores, nuestros industriales, mercaderes y armadores, hubieran encontrado pronto la ganancia buscada.

¿Cómo proveer capital al minero los más opulentos propietarios y "habilitadores"? (Estos últimos son casi siempre peninsulares, arruinados o desterrados.) (1)

---

(1) Llámase *habilitadores* a personas que adelantan capital a los mineros, para que puedan empezar los trabajos de acuerdo con las ordenanzas de la minería. Estos adelantos no consisten siempre en dinero, sino que también, algunas veces, en azogue, hierro, acero, pólvora y otros artículos similares.

Estriba en esto la parte principal del problema minero. ¿Quién restablecerá aquellas fuentes de recursos del antiguo sistema español, llamadas Casas de Monedas y Banco de Rescate, que fueron sacrificadas para poder continuar la guerra.

Considerando solamente la situación minera de Chile y Perú, mi humilde opinión es que, desde diferentes puntos de vista, hubiera convenido más a nuestros capitalistas subscribir un millón de pesos como "habilitadores", dando así margen al desenvolvimiento gradual de los trabajos, y enviar agentes de confianza al sólo objeto de cuidar sus intereses, que no hacerse mineros ellos mismos. Más aún; creo que si esa suma se hubiera regalado, aún así la recuperaría nuestro país con creces en pocos años en una u otra forma. Y tengo la seguridad de no formarme juicio apresurado; mucho he visto en materia de negocios en diferentes partes del mundo y en todos los climas. No era *novicio* cuando desembarqué por *primera vez* en las costas de Sud América, como explorador de una compañía inglesa, para haberme limitado a echar una rápida ojeada sobre los principales objetos de mi misión. Los examiné imparcial y prolijamente y doy ahora mis opiniones conscientes.

CAPITULO IX

Ciudad de Salta.—Peligro de inundaciones.—Costumbres de los habitantes.—El general Arenales.—Viaje a Jujuy.—Travesía a mula.—Liberalidad de los campesinos.—Cabañas y su hermosa situación.—Llegada a Jujuy.—Empresas mineras.—Diferentes modos de viajar.—Instrucciones para preparar el equipaje con destino a una travesía en la montaña.

Hállase la ciudad de Salta bellamente situada en cuesta o ladera que sirve de límite a una extensa llanura, cerrada por el oeste, a una legua de distancia, por altas eminencias cubiertas de matorrales. Tres leguas al poniente vense elevadas colinas, primeros contrafuertes de la estupenda cadena de los Andes, pobladas de ricos bosques. Al sur, la planicie se extiende quizá diez leguas, cubriendo por el norte, más o menos tres. Los bosques llegan hasta legua y media de la ciudad. La espaciosa plaza, en que se encuentran la casa de gobierno, la catedral y varios edificios públicos, es el adorno principal de la ciudad. Las calles son limpias y uniformes, más que amplias y magníficas. Las casas edificadas de ladrillo, aseméjanse a las de Córdoba. En resumen, cuando el viajero ha visto una ciudad, puede ya formarse cabal idea de todas las demás.

Dos ríos que nacen en las montañas, el Arias y el Silleta, riegan la rica llanura, yendo a unirse, me imagino, al Salado, que va a desembocar a su vez en el Paraná. Los habitantes de Salta se surten de agua para usos domésticos en el Arias; debido a la cerca confluencia de ambos ríos hállanse constantemente en peligro de una temible inundación. Más de la mitad de la ribera formada por los dos ríos ha sido llevada por las avenidas impetuosas del Silleta en época de lluvias. Bastarían cien mil pesos para evitar que tal calamidad acaeciera; pero ni esa suma es posible conseguir. El señor Núñez ha dicho de Salta, refiriéndose a la última revolución: "Sólo sus ventajas naturales han podido evitar que desapareciese del mapa." ¡Y sería curioso, realmente, que

esas mismas ventajas causaran su ruina! La falta de 20.000 £ coloca a siete mil habitantes, de los quince que tiene la provincia, en condiciones de desaparecer en el momento pensado de la faz de la tierra. ¡Con cuánta facilidad se desprenderían de esa suma muchos rentistas europeos, sin notar su falta!

Después de lo que he adelantado sobre la fertilidad del suelo salteño, resulta casi superfluo anotar que los mercados abundan allí en artículos de jardinería, hortalizas y productos comunes de labranza. Respecto a la baratura y abundancia con que allí se vive, dará de ello cabal idea el siguiente hecho, sin acudir a artificiosas invenciones: incluyendo el vino y arrendamiento de una amplia casa (que habríamos obtenido gratis de haberlo deseado), el gasto total por cuatro personas, dos criados, un capataz y varios peones, alcanzó apenas, en veintiún días, a ochenta duros, o sea diez y seis libras esterlinas. De esta suma correspondía la mayor parte al vino, que por ser artículo exótico, era caro.

Las damas de Salta gozan de fama proverbial en las provincias por su belleza y finos modales, a lo que podría agregarse un porte lleno de vivacidad y distinción, que aumenta sus atractivos. La sociedad se clasificaría entre las de alto rango. Los hombres no son menos sagaces, liberales y de inteligencia natural que los de cualquier otro pueblo sudamericano. Han adelantado tanto como pueden permitírselo sus condiciones naturales. Nada habrá que desengañe tanto a quien se haya formado mezquinas ideas de esa gente, como su estado social. De su capacidad superior adquirí irrefutables pruebas en las diversas confeerncias y comunicaciones que tuve con ellos. Si se necesitaran mayores testimonios que acrediten su mentalidad y confirmen mis observaciones, véase en el apéndice de este libro el decreto promulgado por el gobierno de Salta poco tiempo después de haber salido yo de esa ciudad.

No debo terminar mis anotaciones sobre Salta sin ocuparme del gobernador, general Arenales, que distinguióse con brillo en la revolución, especialmente en las campañas de las provincias del Río de la Plata, Chile y Perú. Cítase principalmente entre sus hechos de armas la victoria que obtuvo en Pasco contra la columna realista enviada desde Lima, al mando del general O'Reilly; encontrábase allí con una pequeña división del ejército libertador, dejada por San Martín para distraer al ene-

migo. En conocimiento de que el general O'Reilly había salido de Lima con propósito de atacarle, resolvió valientemente anticipar el encuentro, y relativamente con un puñado de hombres arremetió contra las fuerzas realistas en Huamanga, valle de Xauja, destruyendo o tomando prisionero todo el ejército. Llámase comúnmente a esta batalla de Pasco, y pasa por una de las victorias más importantes en sus consecuencias entre las obtenidas durante la guerra. Después de la batalla de Pasco, Arenales se reunió con San Martín en Huara, al norte de Lima. Frisa actualmente en los ochenta oños y lleva las cicatrices de numerosas heridas que atestiguan su valor en la batalla. Consérvase aún activo e infatigable en el desempeño de los importantes deberes de su cargo. Gobierna con firmeza y equidad que le hacen acreedor al respeto y estimación de todos. Físicamente es alto y delgado, y hay en su aspecto vestigios de grandes luchas morales y penurias materiales sobrellevadas. En su mejilla izquierda se deja ver una profunda herida de sable, que aumenta el aspecto singularmente interesante de su grave rostro español.

El viajero encuentra en Salta la misma bondadosa hospitalidad que en cualquiera de las otras ciudades que visité en Sud América. Puede decirse que es ésta una de las características de las gentes de allí, pues adonde uno vaya ha de encontrar siempre las puertas abiertas y exquisita cortesía en armonía con la buena educación y el deseo de ser agradable a los extranjeros.

El 19 de septiembre, después de dar instrucciones al doctor Redhead como agente provisorio de las compañía, haberme despedido del gobernador y mis amigos, partimos de Salta, camino de Jujuy, a las tres de la tarde, deteniéndonos, a seis leguas de camino, en Caldera, posta situada en un vallecito colindante con altas colinas cubiertas de arbustos de infinita variedad.

Llégase a esta posta por una senda que sigue una quebrada donde sólo abundan piedras y agua, que han utilizado los españoles como camino. Sólo es transitable en ciertas épocas del año, cuando las copiosas lluvias y la nieve derretida de las montañas no aumentan el caudal de agua. En conjunto, su naturaleza sólo permite el tránsito de mulas y aun éstas encuentran difícilmente a veces dónde pastar.

En 20 del mismo mes se nos reunieron los compañeros que habían quedado en Salta para asistir a una ter-

tulia organizada por nuestros amigos, los Gurruchaga, y volvió la expedición a componerse del número anterior. La ruta debía seguirse ahora a lomo de mula, siendo menester abandonar el cómodo carruaje. Extendíase aquélla en múltiples sinuosidades por un valle lozano, bordeado en ambos lados por majestuoso paisaje y dejando atrás montañas que se perdían en las nubes. Avanzábamos sufriendo las penurias de un trote corto y cuesta arriba, poco agradable por cierto. La única comodidad que tiene el andar en mula es que, como cada viajero marcha en completa libertad respecto del vecino, puede cómodamente meditar sobre el pasado y esbozar proyectos para el porvenir, y hasta filosofar sin interrupciones, pues moviéndose la caravana de un lado para otro en hilera, adelanta camino eslabón tras eslabón, por barrancos y quebradas o arenales, encontrándose rara vez los viajeros lado a lado y nunca lo suficientemente unidos para sostener continua conversación que impida abismarse en reflexiones. Recomiendo a quienes quieran meditar sobre la existencia humana o las vicisitules de la vida, un viaje en mula. Atrévome a creer que cuando el sentimental Sterne afirmó que la vida es sólo una sucesión de mudanzas, de transiciones de dolor a dolor, de motivos de pesar que desaparecen ante otros que nacen, viajaba en alguna mula de mala traza a través de los Andes, con la perspectiva de tres largas leguas que hacer todavía antes de llegar al término de la jornada.

Ese día nos detuvimos en varias estancias o granjas cuyos propietarios, advertidos de nuestra llegada, tenían preparadas para mostrárnoslas muestras de oro de sus respectivas posesiones con la idea probablemente de hacer fortuna rápida, como alguno de los tenedores de acciones en nuestro país. No obstante el desengaño que experimentaban al saber que no nos encontrábamos en tren de negocios y no podíamos, por lo tanto, complacerles, nada excedería a la liberalidad de su conducta, a la franqueza del recibimiento, a la genuina hospitalidad que se nos dispensaba. Lamenté no estuvieran en nuestras manos los medios de realizar sus sueños.

Hicimos alto en Cabañas, a cinco leguas de Caldera, según dicen, aunque a la mula y a mí nos pracieran diez. El sitio de descanso se encuentra aquí en un lindo valle fértil, sinuoso y sumamente pintoresco, que se prolonga hasta internarse en las montañas de la segunda cadena; delicioso paraje para un filósofo o un amante de lo bello

y sublime. Mi vista perdíase a los lejos admirando extasiado las cumbres multiformes de las montañas; la apacible tranquilidad del paisaje cercano y el encanto del valle a mis pies. Allí se habría inspirado Scott para pintar un nuevo paisaje para la mirada europea, transformándolo en morada del amor feliz o del heroísmo desgraciado. Allí hubiera encontrado grandiosidad, belleza y variedad suficiente para su pluma infatigable.

Al alba del 21 y así que el sol comenzó a iluminar el romántico paraje, nos preparamos a seguir adelante, bien que entumecidos por el ensayo de viajar en mula del día anterior; pero el desgaste de piel y huesos es asunto que no tienen en cuenta quienes viajan en Sud América; un descanso es sólo un accidente. Molidas también estaban las mulas, y, como nosotros, malhumoradas. Sin embargo, tuvimos la inesperada fortuna de conseguir buenos caballos, y los aprovechamos para continuar viaje hasta Jujuy, distante unas siete leguas. Puestos en marcha y galopando por una comarca variada y encantadora, llegamos a Jujuy a las tres de la tarde del 21. La jornada fué esta vez una amena excursión y nos reanimó el espíritu.

Al entrar en la ciulad nos encontramos con nuestro antiguo compañero de viaje, don Benito Lozano, que habíase adelantado para saludarnos y luego nos procuró alojamiento en casa de dos respetables y solícitas solteronas, pertenecientes al antiguo partido godo o español. Y aprovecho aquí la ocasión para recomendar a todos los que viajen por Sud América traten de buscar alojamiento (factible en casi todas las ciudades) en casa de personas que hayan gozado de consideraciones durante el antiguo régimen político. Aparte del natural deseo que existe entre esas gentes, ya en reducido número, de hacer todo el bien posible, encuentra el viajero solícita atención, mucha limpieza y exquisita educación en los locadores, todo lo que concurre a hacer agradable la estada. Las costumbres del país no admiten compensación pecuniaria por los agasajos que se reciben. En Jujuy no hay hoteles y procurarse habitaciones indepedientes con comida es sumamente engorroso.

Nuestras mulas y equipajes llegaron a Jujuy cuatro horas después que nosotros. Venían los animales despeados, lo que dejaba ver cuán erróneo es sacarlos del pastoreo para ponerlos inmediatamente en marcha, sin ejercicios previos. Hubiera sido menester entrenarlos

desde quince días antes por lo menos para que estuviesen en condiciones de realizar una marcha como la que les esperaba.

El hecho de estar Jujuy en relación directa con las provincias del Alto Perú y sobre el camino principal de Potosí, contribuye a que tenga ventajas sobre Salta, que se halla a nueve leguas fuera del camino. Llegan hasta Jujuy las carretas cargadas de mercaderías destinadas a los mercados del Perú, y como más adelante sólo pueden continuar a lomo de mula, deben descargarse allí. De ahí que la ciudad sea depósito general de artículos para viajes por las sierras. La dificultad de pasar las cordilleras hace necesaria la previsión. Es también por esto que después de Buenos Aires ninguna ciudad presenta tanto movimiento comercial como Jujuy. Habiendo sido puesto avanzado en la guerra pasada y a menudo colocado entre fuerzas hostiles, sorprende ver cuán poco ha sufrido en relación a otras ciudades más remotas. Tenía todo el aspecto de una ciudad relativamente limpia y cómoda, lo que revela capacidad y el tacto de sus habitantes, que supieron de tal modo resistir las depredaciones del largo conflicto revolucionario.

Abarca la superfie de Jujuy extensión de setenta leguas, más o menos, de sur a norte, y de treinta y cinco a cuarenta de este a oeste. Tiene por límite al noroeste la provincia de Chichas; confina por el norte con Tarija; limítala al este el río Bermejo, y al sur Salta, llegando por el oeste a confinar con los majestuosos Andes. Se han hecho cálculos sobre la población, pero estoy seguro que son superiores a la suya y de Salta juntas, salvo que se incluyan también los indios, cuyo número exacto no se sabe. El suelo es pródigo en producciones naturales. Produce lana de excelente calidad, utilizada en tejer telas ordinarias, que se consumen en los mercados del Perú y también en la provincia. Su territorio se halla bien regado por el San Salvador, que se une al Jujuy o Río Grande, para ir a desembocar en el Bermejo.

Se encuentra situada Jujuy entre montañas consideradas muy ricas en minerales auríferos. Parece haber sido opinión generalizada entre los españoles que las minas sólo podían encontrarse en los desiertos, como lo he observado ya, y no en lugares dotados de abundantes producciones animales y vegetales, resultando de tal opinión que no se las buscara en estos parajes. Si donde encontraban una mina no conseguían desecar el terreno por los

medios más sencillos, la abandonaban; preferían los mineros vivir sobre el suelo a trabajarla en su interior o hacer grandes esfuerzos para mantener las obras libres de agua. Por ello se abandonaron las célebres minas de Pan de Azúcar, Rosario, Rinconada y Los Lavaderos. Ignoraban, según parece, los principios hidráulicos más sencillos o su mentalidad no les permitía, no ya concebir, pero ni construir una bomba común. De reducidísimos alcances y poco afectos a innovaciones, nunca trataban de conseguirla donde la hubiera, esto, en el caso que a raza tan indolente se le hubiera ocurrido alguna vez que tal clase de implemento existiese en alguna parte del mundo.

Los Bineros o Lavaderos de esta provincia, ventajosamente conocidos por su abundante producción de oro en polvo, pepitas y láminas, nunca con menos de veinte y tres quintales, fueron abandonados sin explotar en las dos terceras partes, abandono que se habría evitado con sólo tener una bomba suficientemente potente para extraer el agua de ocho a diez yardas de profundidad, nivel en que se encuentra el precioso metal. Se halla aquí mezclado con estratos arenosos y yacimientos de aluvión que reposan en el lecho rocoso en el fondo del valle, formado por torrentes que bajaron de las montañas en edades inmemoriales.

En las playas de la célebre quebrada de Tipuani, provincia de La Paz, trabajaban en 1819, 1820 y 1821, no menos de trescientos a cuatrocientos obreros en la tarea de desagotar con baldes de cuero los terrenos de la mina, produciendo esto un gasto que es de suponer no se compensaba con el rendimiento de aquélla; sin embargo, según don Ildefonso Villamil, propietario de los yacimientos, la abundancia del producido compensaba el gasto.

Fué indispensable que las mulas descansasen en Jujuy cierto tiempo. Detuvímonos, pues, tres días, que aprovechamos en visitar al gobernador, valiente militar a quien la falta de un ojo y el "villano nitro" habían desfigurado la cara. Acosónos a preguntas relativas a nuestra misión. Nos dijo que hacía ya tiempo nos esperaba, pues tenía conocimiento de nuestro viaje y suponía empezásemos nuestras operaciones en su distrito, rico en minerales de oro. Nos hizo ver algunas muestras. Deseosos de no desengañarle, en lo posible, le dijimos que a nuestro regreso, que sería en breve, entraríamos en

trato. Pasamos luego a saludar al cura, que unía a sus sagradas funciones las ganancias de un negocio lucrativo. Era propietario de una tienda y entregado a su doble profesión progresaba en grande, según decires que atribuíanle ya considerable fortuna.

Los procederes mundanos de estos padres, generalmente se practican *sub rosa*, y no pocas veces mediante un sobrino adoptivo que la gente con malicia bastante convierte en hijo. Este hombre dichoso hizo su surtido anual de mercaderías en Córdoba durante mi estada allí. Le conocí, realmente fuí *su amigo* y, por las manifestaciones de amistad que entonces se dignó otorgarme, me sorprendió algo la sequedad con que me recibió,—la civilidad más glacial, cuando lo visité en Jujuy, en vez del efusivo abrazo con que antes me había honrado.

No sé si el buen cura había supuesto que el objeto de mi visita fuera vivir a sus costillas o juzgó mal ejemplo para sus feligreses mantener relaciones con herejes; ¡quién sabe!, pero la verdad es que fué esa la única vez que encontramos en Sud América falta de cortesía para los extranjeros.

Por lo demás, fuimos objeto por parte de la familia de Frías y otras, con la misma hospitalidad y generoso recibimiento que se nos había dispensado en las demás ciudades; llevábamos cartas de recomendación y fuera ingratitud no recordar su benevolencia.

El vehemente deseo de entrar inmediatamente en posesión de las minas de la viuda de Olañeta, en Tupiza, fué motivo para que nuestro compañero Scott adelantara la partida, aviniéndose buenamente a hacerlo por chasque la misma tarde de nuestra llegada. Era ya 24 del mes, cuando nuestras mulas estuvieron herradas y suficientemente repuestas para seguir viaje, sin riesgo de encontrar los inconvenientes que deben evitar los viajeros que deseen llegar en tiempo determinado.

Al abandonar Jujuy, el viajero debe ser circunspecto en la elección de arreos, sin confiar mucho en la habilidad de su capataz o peones, si quiere viajar con comodidad y economía. Y puede hablar de comodidad si se ha de viajar en mula e independientemente, pues si ha de ir con el correo, está de más hablar de equipajes, criados y comodidad; debe comer como el chasque, cabalgar duro como él; dormir dos horas en veeinticuatro y vivir de la esperanza del término de la jornada (1).

(1) Viajando con el chasqui se va a razón de cien millas diarias y se pagan dos peniquees por milla. Por otra parte, yendo

La vestimenta del viajero de montaña se compone de sombrero de paja aludo para evitar el sol; pañuelo que se ata cubriéndose cabeza y cara para evitar los efectos del mismo en la piel; chaquetas y pantalones ordinarios, mejor si son delgados, para reemplazar el poncho durante las horas de calor en que se acostumbra atárselo a la cintura; un par de botas gauchas de estambre, abrochadas en la rodilla y aseguradas por debajo con una correa, a guisa de polainas; un par de espuelas macizas con rodajas de una pulgada de diámetro; un par de chifles con tapón, para llevar agua u otro líquido; un par de alforjas de estambre, para las provisiones que al viajero se le ocurra tomar en marcha. Es necesario no olvidar los cigarrillos que han de servir, no sólo para el viajero, sino para convidar a los peones y mantener así su buen humor. La mejor provisión para las paradas es de jamón y lengua; charqui en rebanadas que los nativos acostumbran preparar con hierbas y especias; a veces hacen con él excelente sopa en una pava mezclándolo con cebolla, porotos y grasa y espesando todo con un poco de harina. Conviene no olvidar un buen lote de bizcochos y galletitas, pues no se encuentra fácilmente pan en las postas. Una pava de hierro y otra de cobre para preparar café, junto con una cantina inglesa, hacen del viajero un soberano de los desiertos Andes.

En lo referente a viajar en mula, es en sí mismo, como lo he hecho ya notar, lo más aburrido y fastidioso que exista sobre la tierra. Estos animales no tienen paso regular; uno recula, otro se desvía, un tercero andará a paso largo y tendido, pero esto es raro. Sin embargo, una mula puede galopar una milla o dos de un tirón. Puede colegirse de todo esto que es muy difícil marchar de a dos o más en fondo, salvo a paso lento, pero esto, sobre llevar mucho tiempo, deja los huesos molidos. Cada uno sigue, pues, su camino solo, pensativo y malhumorado.

Si el viajero se siente de buen humor, obligado a divertirse solo, busca por todos los medios argumentos

---

con la rutina ordinaria de un caballero, el *rolle d'equipage* de las mulas sería de:

Dos para la silla propia de uno.	*Mulas cargueras.*
Una para provisiones.	
Una para un par de baúles y la cama.	
Dos de relevo.	

Esto, fuera del capataz y peones; pero ellos, generalmente, encontrarán mulas propias si se les da la mantención, pues fácilmente sacan una ganancia de veinte a cincuenta duros vendiéndolas en Potosí.

que disfracen el fastido que se cierne sobre él y en su derredor. Tiene, por otra parte, que evitar los rayos solares y hasta su mismo reflejo, especialmente al pasar entre las rocas de pizarra que se encuentran en las cuestas de las montañas o sobre las arenosas colinas que abundan en todo el camino del llano. Las mulas que conducen el equipaje requieren toda la atención del capataz que es a la vez el guía, y marchan con tal lentitud que crispa los nervios lo pesado de su andar. A veces quisiera uno adelantarse solo, pero el temor de extraviarse refrena el deseo. Cuando estaba seguro del camino a seguir en largo trecho, solía distanciarme del resto del grupo, desmontar y esperar durmiendo su llegada. A menudo aprovechaba oportunidades para refrescarme, gozando del indecible placer de desvestirme y bañarme en un arroyo de la montaña. Jamás olvidaré la envidia que sentí cuando el general Alvear, a caballo, nos pasó en el camino; tan superior es la comodidad que proporciona el caballo. Es preferible pagar el doble, y abandonando el equipaje a su suerte no preocuparse más de él.

Es indudable que el concepto que se tiene de la superioridad de la mula sobre el caballo, para la travesía de montañas, es exacto, por su sagacidad, seguridad del paso y resistencia en la marcha. Sin embargo, cuando el camino se extiende por colinas y llanuras sucesivas, son mejores los caballos, sin contar la mayor comodidad que ofrecen, como prueba el hecho de que, habiendo partido el general Alvear y el coronel Dorrego una hora después que nosotros, llegaron dos o tres antes. Es digno de tenerse en cuenta, la posibilidad de ahorrarse dos o tres horas de sol abrasador y tanto como nunca lo he soportado en ninguna otra ocasión. Agréguese a este inconveniente las ráfagas de viento caliente que azotan al viajero en las cavidades formadas en la superficie escabrosa de las quebradas, al mismo tiempo que la arena le ahoga o ciega.

El viajero en mula cree que no concluirá jamás su jornada. Encuentra un indio y si le pregunta cuantas leguas faltan todavía, saca de él un "no sé", o una contestación completamente diferente de la distancia estimada por el guía, y aún el informante extraño acaso sea tan ignorante de la cuestión que no se tome ata-

dero a sus afirmaciones. En cuanto a los peones nunca se inquietan por ello. Se limitan al asunto del momento. Su vivienda es el aire libre y se encuentran a sus anchas en el camino, marchando sin cuidado y animando a las mulas con una canción. Ya desmontan de vez en cuando para ayudar a levantarse a una bestia cansada que se ha echado con la carga, para un respiro momentáneo, en cuyo caso debe volver a ajustar la carga. Hecho esto, el peón arrea la mula adonde va el resto. Entretanto a otro animal se le ha metido en la cabeza el echarse y debe ser ayudado como en el caso anterior. Un terrenito con buen remojo quizás se descubra luego por alguna bestia joven que se aparta de la madrina (usualmente una yegua con cencerro al pescuezo que encabeza la tropilla) y allá corre para regalarse. La bondad de una mula generalmente se aprecia por su constancia en seguir a la madrina durante la marcha. El peón debe seguir a todos los fugitivos, a veces, en distancias considerables; con todo, los animales rara vez reciben mal tratamiento por ser así infieles y dar molestia a sus dueños. Solo un chasquido en las ancas con la punta del lazo recuerda su deber al desertor, acaso mientras hace rechinar los dientes en el cardo que ha mordido, y corre a ocupar su puesto, para recibir allí una mirada de reproche y reprensión de un compañero. Aun incidentes como este ocupan la atención de la mente más estúpida, durante la marcha. La diferencia entre peones y mulas, en mostrar sus facultades intelectuales, es otro tema de meditación que a menudo se presenta, y no es raro que el animal parezca aventajar a sus amos.

CAPITULO X.

Continuación del viaje.—Camino singular entre montañas.—Posición del general Urdininea.—Inmensa cadena de hoyadas.—Humahuaca.—Abra de las Cortaderas.—Llegada a Mojo.—Recepción del general Alvear.—Sufrimiento de las mulas.—Angosto de Tupiza.—Transacciones con don Miguel Altube.—Minas de Chiromo.—Adornos de los nativos.—Sospechas de don Miguel.—Un lavadero.

Nuestra jornada del 25, en seis leguas, fué primero por un largo valle angosto, con magníficas montañas a los lados, y salientes y promontorio en sus bases, que obligaban a hacer rodeos considerables. El camino era una especie de terraza, al parecer cortada en la roca viva, tan plana y pulida que parece inmensa obra de arte, tajada con el gasto liberal de un Beckford, o rematada por la energía militar de un Napoleón. Este estrecho es el desaguadero por donde las aguas acumuladas en las hoyadas superiores encuentran salida. Estas aguas no son actualmente sino riachuelos comparados con los poderosos torrentes que en alguna época remota deben haberse abierto paso. En estos arrecifes pizarrosos, el sol reflejaba un calor casi intolerable, mientras enormes fragmentos de roca profundamente esparcidas en nuestra senda, la hacían tediosa y aun difícil para que las mulas marchasen entre ellos o los rodeasen.

Por la tarde nos encontramos en la posición que ocupó el general Urdininea al mando de la fuerza destinada a operar, en conjunción con el general Arenales, contra Olañeta, en el Alto Perú. En este lugar permaneció mientras Olañeta estuvo expuesto al ejército victorioso del general Sucre, que avanzaba contra él desde Ayacucho. Ocho meses pasó aquí en inactividad completa la fuerza de Urdininea, siéndole censurado y causando su suspensión temporal en el mando. Pero nunca se supo si permaneció inactivo por aprensión de que su fuerza abigarrada, de solamente mil quinientos hombres, reclutados en varias provincias, fué incapaz de pelear con Olañeta, o si procedió ajustán-

dose a instrucciones recibidas de Buenos Aires; habiéndose sospechado que una desconfianza hacia el Libertador existiese por parte del gobierno de aquella provincia en momentos que el primero estaba por ocupar Potosí y territorio que perteneció antes al virreynato de Buenos Aires. Sea cualquiera la causa, no se habría encontrado mejor posición tanto para defensa como para conveniencia de las comunicaciones. La elección de este puesto, donde los cuarteles y caballerizas todavía existían, probada capacidad militar considerable en Urdininea. Un arroyo cristalino corría al través de este sitio romántico en cuya margen nuestras mulas se regalaron por la noche.

Mientras se cargaban las mulas, la siguiente mañana, ascendíamos una eminencia que nos ofreciera vista interesante del valle confinado, o hueco a que la mirada se reducía; pero no tuvimos tiempo de llegar a una altura conveniente que nos proporcionase vista por encima de los confines de la alta y majestuosa barrera que nos encerraba. Las laderas estaban cubiertas con buen herbaje para ganado, protejido, en su crecimiento, de los rayos solares, por arbustos achaparrados, arriba de los que se destacaban cardones y tunas. Más arriba todavía en laderas allende el límite de la vegetación, e inaccecibles, aparentemente al menos, se veían manchas de colores en el suelo que creímos metálicas e indicadoras de las entradas de algunas minas abandonadas.

Nuestras mulas, repuestas con el pastaje de la noche, paraban las orejas, y parecían sentirse bien bajo las cargas. En realidad, el conjunto de nuestra escolta aparecía influenciado por una excitación transitoria cuando partimos, indicando la determinación de pasar un día agradable. Marchábamos por las hoyadas y sus correspondientes desaguaderos. Luego, en enorme cuenca de vasta circunferencia, se alzaba un cielo azul sin nubes, descansando en cumbres de montañas nevadas de altura asombrosa que limitaban la visión aparentemente a reducida distancia. Al caer el día, estas vastas hoyadas formaban cadena más continua a medida que subíamos. Por el lecho de éstas un torrente impetuoso se precipitaba furioso hacia una salida pequeña, estrecho que conducíalo a la hoyada siguiente. Su turbia y bravía violencia en las partes más hondas, al vadearlas, ocasionaba una sensación de vértigo de nigún modo agradable y no aminorada por

la reflexión que, de ser uno arrebatado, la salvación era del todo problemática. Este día hicimos diez leguas, y vivaqueamos en un parche verde junto al torrente, bastante fatigados por el calor solar que operaba con poder intenso; los lugares realmente más encerrados eran verdaderos hornos.

El 26 continuamos ascendiendo gradualmente por la misma sigular clase de país. Hoyada tras hoyada, eslabón tras eslabón, todavía unidos por los correspondientes estrechos, la vista se abrumaba de asombro en aquellas excavaciones estupendas. No hay lenguaje apropiado para describir la poderosa magnificencia de su conformación, ni su efecto sobre la mente. ¿Cuál debe haber sido el volumen de agua que las formó?, pues fueron trabajadas por este agente, sin duda alguna. Tal como hoy existen, nada puede ser más admirablemente dispuesto para recibir y llevar a una salida las inundaciones de la montña. Pero ninguna de las inundaciones que se conocen haber corrido por ellas, habría cavado sus profundas honduras, o redondeado sus vastas circunferencias. Paso a paso subíamos por ellas, y observábamos el escape saliente o lenguas en la entrada de cada una, sobrepuestas con precisión matemática, formando una angostura sombría y que, una vez pasada, aparecía de súbito a la vista una nueva hoyada sin salida visible, salvo aquella por donde entrábamos. Parecíamos otra vez separados del mundo, dentro de un golfo sin salida; sobre nosotros el cielo sin nubes como antes; en contorno las escabrosas faldas cóncavas del hueco y sobre su borde superior los picos de montañas eternas. Que digan los geólogos cómo y cuando han sido formadas. Ciertamente, aún hoy, sirven de protección al país inferior, contra los torrentes de la montaña, encerrando su curso en un canal específico; pero la corriente más profunda que hoy descarga por ellas, es riachuelo infinitamente diminuto, comparado con el océano que debe haberse derramado al principio, y tallado estos canales y hoyadas gigantescas. Todas las nieves andinas, simultáneamente derretidas, y revolviéndose a un tiempo y avanzando con poderoso impulso, apenas se supondrían iguales a la formación de estas excavaciones enormes. Hasta en las cimas más elevadas de las montañas, sin embargo, la acción del agua es visible, como si el mar se hubiese quebrado, o inundado y retirado de ellas, en miles de edades.

El 27 de septiembre, seguimos como antes, subiendo por una cadena continua que al fin de la jornada empezó a ensancharse un poco, apareciendo el anfiteatro montañoso a altura tal como para dar más espacio a los torrentes que acumulándose en las estaciones lluviosas, deben salir de estas profundas y asombrosas quebradas. Este día descubrimos algunos pocos indios de aspecto bastante mísero, atisbando desde chozas apenas discernibles entre el follaje denso que las rodea. Nuestra atención fué atraída por el ladrido de unos perros negros de mala ralea; pero, al acercarnos a la puerta de una choza con esperanza de conseguir un poco de leche, hallamos los habitantes mal dispuestos para complacernos. La familia se componía de un indio, su esposa y una pareja de chicos, y la abuela que, con la madre, huyeron de nosotros. El hombre, con aspecto receloso y desconfiado, deseando claramente que nos fuésemos, a todas nuestras preguntas contestaba: "no hay". Los irritados perros negros nos gruñían para que abandonásemos la casa. La morada pintaba desdicha intolerable en medio del aislamiento más romántico.

En la jornada siguiente, el aspecto del país parecía empeorar. Se hacía más horrible y árido a medida que avanzábamos, y generalmente consistía en llanuras limitadas por altas montañas. Por la tarde llegamos a un pueblo indio llamado Humahuaca, distante seis leguas del punto en donde dormimos. Luego refrescamos las mulas con todo el maíz que quisieron comer; no se pudo conseguir otro grano. Las postas hasta este sitio eran míseras más allá de toda descripción. La primera a partir de Jujuy es Yolo Río, cuatro leguas; Bolaen, cinco; Hornillos, nueve; Guacalera, seis; y Humahuaca, seis; total treinta leguas, de subida casi toda por hoyadas. La población es apenas perceptible en todo el trayecto; no puede concebirse nada más mísero; no se podía conseguir pasto para las mulas ni unas pocas necesidades de cualquier clase. Nos amontonamos en una casa de peones, que compartimos con una familia salteña que se había visto obligada a permanecer allí algunos meses, en viaje a Potosí, por haberse enfermado su jefe. La naturaleza era su único médico, y estaba acostado en el suelo sufriendo pacientemente. Pudimos darle una fuerte dosis de calomelos, que las damas nos agradecieron especialmente.

Humahuaca fué completamente destripada por las fuerzas de Olañeta. Por lo menos la mitad de las casas de barro no tenían puertas ni techos; los soldados después de hacer fuego con todo lo que tenía forma de marco de puerta, viga o tirante, descansarían las manos. La población no excede de trescientas almas. El alcalde y gobernador, coronel Pastor, parecía la única persona del lugar que poseyese alojamientos ordinariamente cómodos. Se hizo cargo de una de nuestras mulas, que se había estropeado, otorgándonos recibo. Este caballero tenía una considerable majada de cabras, mezcladas con ovejas y chanchos, bajo el sistema heterogéneo de que ya se ha hablado. Después de conseguir provisiones nuestros peones nos dieron una buena cena, renovamos aquí la provisión de pan, y conseguimos alguna bebida del país, especie de cerveza, llamada chicha que, aunque hecha de maíz (mascado por viejos, según dicen algunos, y fermentado) bajaba con buen gusto, pues los paladares de viajeros sedientos y cocidos por el sol de ningún modo son delicados en los desiertos andinos.

El 28 de septiembre, dejamos nuestro compañero inválido al parecer algo aliviado, agradecimos al coronel Pastor su amabilidad y continuamos nuestra ruta por camino pedregoso, entre alturas accidentadas y estériles, pesado y monótono, que era continuación del anterior paisaje horrible aunque majestuoso. Nuestra subida a atmósfera atenuada, se presentó por primera vez, con la dificultad de respirar. Los naturales llaman puna a esta opresión. Anduvimos diez leguas con el fin de aprovechar una superficie verde para las mulas sobre la margen del río, con viento huracanado la mayor parte del tiempo, que soplaba por las gargantas o chimeneas de las montañas. Acampamos por la noche, todos juntos en buena camaradería, con mucho mejor hospedaje para los hombres que para las bestias.

Habiendo el 29, puede decirse con verdad, ceñido nuestros lomos de nuevo, y pasado el eslabón superior de la cadena de hoyadas, empezamos a subir el Abra de las Cortaderas, en la romántica quebrada donde (según nos informó el arriero) nace el río de Jujuy. Hicimos alto en Ojo de Agua, abrevamos las mulas, y llenamos los chifles, calculando no encontrar más, hasta arribar a Guayaca en dos jornadas.

El Abra de las Cortaderas es probablemente la mon-

taña más alta entre la Cumbre de Chile y el Chimborazo de Quito, a juzgar por la dificultad de respirar aún en su angosto.

El paso del Abra está limitado a los lados por cerros estupendos, de que el viejo Tiempo ha precipitado fragmentos inmensos de roca que impiden la marcha del viajero y le hacen más agradable arrastrarse, respirando a medias, al lado de la mula, que afligirla con su peso.

Las cordilleras inmediatas a nosotros, aunque empinadamente grandiosas, en vez de levantarse en picos, eran redondeadas en las cimas, y para sorpresa mía estas cimas aparecían festoneadas como si estuviesen plantadas con una línea quebrada de abetos, o como si un cuerpo militar hiciese un reconocimiento desde las nubes. La improbabilidad de que nada parecido al hombre estuviera allí y mucho menos nada que se aproximase a un árbol, trajo un examen más atento y resultó ser esta bella pincelada en los cielos, tropas de guanacos, unos parados en filas, otros echados, vigilando a los extranjeros intrusos en su territorio de abajo. En una de las vueltas abrupas del paso sorprendimos algunas de estas lindas criaturas bebiendo en una catarata cuyo ruido nos permitió llegar tan cerca de ellas sin que nos viesen, que fácilmente habríamos cazado una con rifle. La rapidez aguileña con que los animales, así que nos vieron, treparon la montaña, excede lo creíble.

El descenso por este paso nos costó muchas horas y nos sacó por fin a un país salvaje como conejera, región de innumerables ciervos peruanos, además del guanaco. El viajero se divierte con la mirada inteligente de estos animales, que se aproximan a corta distancia como para averiguarle por qué causa usurpa su reino solitario, y luego con la precipitación y velocidad con que huyen siguiendo al jefe.

Nuestra posición por la noche fué al reparo de un rancho abandonado y destechado, apenas suficiente para protegernos de la arena levantada por el viento en la línea de acceso. Habíamos llenado por la mañana todas nuestras vasijas en la fuente del Abra, pues los peones sabían que el arroyo turbio a que ahora habíamos llegado era apenas potable para las mulas. Ramas de arbustos achaparrados encontramos suficientes para calentar la pava, y distribuimos a las mulas algún maíz de que nos habíamos provisto en Humahuaca, pero tan inútil,

que se pudo llamar día de ayuno para los pobres brutos.

Cuando atendía mis mulas particulares con objeto de alejar de su ración a las intrusas, una de ellas me propinó una coz tremenda que al principio temí me hubiera quebrado el muslo; equivalía a decir "¿por qué me trajo aquí a morir de hambre?" Este golpe de reproche me tuvo dolorido toda la noche. Nunca sabemos de lo que somos capaces hasta ponernos a prueba: si hubiese estado en mi casa, el cumplimiento mulero me hubiera tenido en cama una semana. Ahora no había más que volver a ser izado con las piernas abiertas, rechinar los dientes y soportar una complicación de males bien bastantes para sufrir una vez en la vida, y probar la filosofía del hombre, si tiene alguna, agregando los intensos rayos solares, nubes de arena volante, y efectos inconvenientes de un miembro incapacitado para el duro traqueteo. Mientras reflexionaba sobre mi habilidad para aguantarme tantas leguas como tenía por delante, el cielo trajo al general Alvear en mi ayuda, que nos había alcanzado. Viéndome fatigado y dolorido por el movimiento de la mula, muy bondadoso prestóme uno de sus caballos, en que proseguí camino con comodidad relativa y llegamos al pueblo de Mojo, tres horas antes que las mulas, apenas necesito agregar, con incalculable menos tormento de la carne y coyunturas.

Como todo el forraje del pueblo se había requisado para el general, salimos por la tarde, y llegamos al pueblito de Morales, donde encontramos al coronel Dorrego, que también nos había alcanzado y pasado durante la noche. El coronel Dorrego, viéndonos en desgracia, se interesó con el propietario de una finca para que nos diese acomodo y proveyese alimento para las mulas de que estaban horriblemente necesitadas, y me sentí profundamente agradecido por la bondad del coronel. He olvidado narrar la recepción del general Alvear en Mojo por las autoridades. El alcalde hizo los honores de servir la mesa detrás de él, ejemplo de las antiguas costumbres españolas con hombres de rango superior, todavía existentes en todos los pueblos o villorrios, donde mucho del espíritu de aquel pueblo prevalece. La máxima devoción se muestra a todo hombre de rango en aquellos lugares y cuando viaja se avisa al alcalde, quien inmediatamente procede a imponer contribución a la gente para darle refrigerio, servicio y comida, a cos-

tillas de ella y no solamente para el bípedo, sino para todos los cuadrúpedos y bípedos de su séquito. Es probable que el general Alvear no admitiera esto gratis. Como los correos habían anunciado con mucha anticipación la aproximación del general al villorrio, se recogió y almacenó todo poquito de pasto o cebada; así, a no haber sido por su bondad de ceder una ración para nuestros animales en Mojo, no sé cómo habríamos llegado a Morales. En estricta verdad tengo razón para reconocer mi obligación al general Alvear.

Salimos de Morales a las 8 a. m. del 1.° de octubre y entrando en el camino principal, nos unimos con el general y le acompañamos *en suite* a caballo hasta Suipacha, donde encontramos los habitantes de este pueblo indio (pues casi todos lo son) dispuestos a recibirle por orden del general Miller, en distrito de cuyo mando se encuentra, siendo Suipacha pueblo fronterizo en dirección a Potosí.

La primera parte del ceremonial de recepción fué curiosa, en cuanto mostraba por esta reliquia de los tiempos pasados cuán abyecto debe haber sido el servilismo de todas las clases sociales a la iglesia triunfante. El general, conforme a la antigua costumbre, tomó la mano del cura y la besó. Luego ayudó a misa, celebrada como ofrenda de gratitud por el feliz arribo del general en su viaje hasta aquí. La impresión de la escena en mi ánimo fué que parecía altamente característica del disimulo dominante en la sociedad doquiera se admitan estas farsas. Mostraba también un ejemplo de la falta de sinceridad existente entre los distintos partidos políticos de Sud América en sus relaciones. El general Alvear, que es realmente un carácter noble y valeroso, se sintió interiormente avergonzado de la escena y del efecto producido en nuestro espíritu por este acto servil de devoción, pues después nos pidió disculpa. Sin embargo, tal es el arraigo que el largo dominio de la iglesia española y las astucias sacerdotales tienen todavía sobre los peruanos, que se necesita política por parte de los porteños, especialmente a causa de ser éstos mirados con desconfianza por los peruanos. Las ceremonias y el recibimiento del general por el señor cura eran resultado de la grosera hipocresía, voluntariamente tributada con los labios, mientras el corazón quizás maldecía al objeto de sus bendiciones. Ciertamente pasará mucho

tiempo antes que la educación introducida por los saecrdotes españoles desaparezca del Perú.

El país aquí ofrecía aspecto enteramente minero. Helmes, que lo ha explorado, dice: "en las montañas vecinas de Mojo se encuentran muchísimas vetas de cuarzo que contienen oro, mineral amarillo de cobre, mineral de plomo y filones de hierro, cuyos remates asomam en el terreno". También menciona "sedimentos de aluvión, conteniendo oro", que se encuentran en todo el camino de aquí a Potosí. Confirmando sus observaciones, vimos varios establecimientos de minas destruídos en el lecho del río Suipacha: y en un caso vimos el propietario trabajando en un lavadero. Esta pertenencia se encontraba en una hoyada semejante a las de que antes hemos hablado, tan comunes en regiones montañosas como éstas, de una milla en circunferencia, con magnífica corriente precipitándose por el centro, de la que el observador no puede descubrir la entrada o salida; sin embargo, en el límite inferior de esta hoyada aparece un pasaje obscuro, no más de veinte pies de ancho, a través del cual la naturaleza parece más bien haber tallado el camino que forzándolo mediante los torrentes. Si la roca hubiera sido aserrada en ambos lados, no se habría conservado mejor la perpendicular; es un muro perfecto a cada lado, su aspecto llena el ánimo de asombro.

En este paso inexpugnable—inexpugnable con pocos cañones y hombres—los españoles permitieron que el general Belgrano lo franquease sin resistencia. Es barrera impenetrable contra un ejército hostil en marcha de las provincias del Plata para el Perú; nadie sino los españoles habrían descuidado su defensa; pero sus medidas son siempre inexplicables.

Suipacha dista cuarenta y cinco leguas de Humahuaca, ocho de Mojo y cinco de Tupiza: en todo el camino el pastaje es malo, y el forraje difícil de conseguir. Así, los pobres animales no tienen solamente que afrontar la fatiga y el mal camino, sino también la falta de alimento y de aquí que tantos de ellos se pierdan. Conforme a las reglas del país, cada mula debiera llevar de doce a catorce arrobas. Ninguna mula, sin embargo, debe cargarse así en esta ruta: la experiencia demuestra que diez arrobas o 250 libras es carga bastante, por fuerte que sea la mula. Los arrieros que trafican en esta ruta no quieren encargarse de carga mayor de doce arro-

bas. Cuando el viajero tiene mucho equipaje siempre es más conveniente encargarlo a los arrieros porque entienden bien el modo de transportarlo y responderán de todo lo que se les confíe. El precio de Jujuy a Potosí es de treinta y cinco duros, pero menos si una buena cantidad se envía de esta manera. La distancia es de treinta y tres leguas, por los peores caminos del mundo. Hay otro camino de Jujuy a Potosí, llamado "el despoblado", porque en él no se encuentran habitantes. No obstante esto, es comparativamente bueno, cómodo para viajar y va por llanuras. Cuando se restablezca del todo la tranquilidad hablan de abrir este camino estableciendo postas.

Marchamos costeando el río Suipacha en el majestuoso escenario de la Angostura de Tupiza, estrecho entre cadenas de montañas de mucha grandiosidad. Llegamos a Tupiza tarde el 2 de octubre, y encontramos que se nos había preparado alojamiento en la casa del difunto general Olañeta. Con maleta y equipaje nos confundimos todos en el vestíbulo común. Demasiado fatigados con tantas horas de intenso calor solar, para cuidarnos de cualquier refrigerio que no fuese el descanso, pocas pieles en el piso parecían más tentadoras que la mejor comida y me acosté con intención de dormir una hora, pero lo hice profundamente la noche entera. El 3 de octubre comí en compañía del general Alvear y me despedí de él, que seguía para Potosí; y aquí me separé de mi excelente compañero de viaje, Mr. Brown, que aprovechó el ofrecimiento del general para agregarse a su compañía. Nuestras mulas estaban en estado tan ruin que empecé a temer que nos detendríamos más tiempo del agradable. La mañana siguiente, don Miguel Altube, primo del general Olañeta, almorzó conmigo. Este español era excesivamente cauteloso y reservado. Después de mucha dificultad consintió en que examinásemos los "Ingenios" y "Trapiches" del pueblo y nos acompañó. Todo su objeto parecía encarecer el valor de la propiedad minera que yo rebatía a causa de la destrucción, aparente en todas partes, tanto de maquinarias como de edificios. Sin embargo, creía objeto de no pequeña importancia, por la clase conocida de las obras, asegurar una base ahora que nos diera asidero si más adelante lo estimábamos conveniente. Mis compañeros se ocuparon con diligencia entre los antiguos mineros del lugar para obtener informes y estimar su valor. Perece que el

general Olañeta había gastado cerca de medio millón de duros en abrir un socavón, desagotar las minas y en diferentes molinos y edificios, etc., etc.; pero todo había sido empeñado por dinero para llevar adelante la guerra en que sucumbió. El 4, acompañamos a nuestro español hasta Chiromo, para inspeccionar aquella extensa y rica propiedad. Subimos en mula hasta corta distancia de la bocamina. La primera cosa que nos llamó la atención, fué la enorme masa de desperdicios allí amontonados; y al bajar el incómodo pasaje de las galerías, hallamos grandes cantidades desparramadas en las canchas, especialmente en lo que se llamaría vestíbulo, excavación lóbrega y magnífica en tamaño, que sugería idea de la antecámara del palacio del mismo horrendo Plutón. Las escalares que bajamos eran de la construcción más tosca e insegura, simples correas o peldaños cruzados con aspecto de tacuaras, atados con guascas a los balaustres de cada lado, pareciendo medio fenecidos. En algunos sitios los escalones eran casi perpendiculares y los mismos demuestran cuán poca atención se ha prestado a la economía interior de la mina y a la seguridad de los trabajadores, que con enormes pesos en las espaldas, tenían que subir y bajar en postura casi doblada. La hoya era estrecha, oscura e inclinada y las galerías que conducen a las vetas bastante asustadoras para personas no acostumbradas a ellas y a sus vueltas angostas, lóbregas, silenciosas. A veces, ecos repetidos repercuten horribles o alguna sirte oscura se abre junto al pie del explorador y las piedras sueltas que caen en ella se oyen sonar horriblemente cuando caen saltando de los rugosos lados. Cierta es la perdición en tales sitios por un resbalón del pie en las sendas inclinadas. Después de descender a cuatro de las cámaras superpuestas, si puedo expresarme así, nuestras luces empezaron a arder amortiguadas como si nos aproximáramos a vapores mefíticos. El guía nos dijo no era nada, pero la opresión era ya muy grande por inhalar atmósfera caliente arsenical, y como la sintiera aumentar, no me agradó dar crédito a la palabra del guía y nos volvimos.

¡Desgraciados, pensaba, cuantos de vosotros habéis trabajado aquí por compulsión toda la vida, o en el mejor de los casos por una pitanza de cuatro reales diarios! ¡Cuántos han pasado la existencia aquí en las mismas entrañas de este infierno aparente, donde apenas

puedo respirar! ¿Qué diría de esto el minero inglés bien alimentado, que bebe cerveza?

Don Miguel explicóme que la enorme expansión del gran vestíbulo o sala, como la llamaba, cuyo techo no tenía soporte, llegó a tal estado por el desmoronamiento de una columna de apoyo que se había adelgazado demasiado en la base. Se cayó de noche, y su destrucción produjo ochenta mil duros al propietario. Felizmente el arco no cedió. Pregunté a don Miguel si consideraba segura esta bóveda en el estado actual, sin apoyo — si se sostendría mucho tiempo; "no puedo decirlo" fué la respuesta, con el usual encogimiento de hombros. Hablando de la gran veta última en que se había gastado una suma enorme para hacer un socavón y desagotarla, don Miguel observó que allí el mineral argentífero se hallaba diseminado en un tronco enorme de brosería, y no en numerosas vetas y ramales, como generalmente sucede en las venas de este metal.

Desde aquí, mi compañero técnico y yo, fuímos a examinar las "estacas" de don Gregorio Burgos, que se desprendían en otro sitio de la gran cala para cuando fuera necesario ponerlas a cubierto en caso de quiebra de la propiedad de Olañeta, que llevaría a la posesión definitiva de toda la mina por la Compañía. Allí encontramos una veta semejante a la inundada de Concepción. El dueño, señor Burgos, tenía el hábito de entrar a veces en la veta, y él mismo con pocos peones la trabaja ba. Había hecho esto pocos días antes, sacando tanta plata que le dió un pilón de piña, o plata pura, y no se esperaba que renovase sus trabajos hasta haber perdido todo en el juego — así procede esta gente. A la sazón no estaba en la mina, de modo que tuvimos oportunidad de elegir las muestras que quisimos de la veta y del "desecho", como lo llaman, que difería no poco valor, en su opinión, de trescientos a trescientos ochenta marcos por cajón de cincuenta quintales. Esta diferencia se atribuía al modo mísero en que estos mineritos reducen sus minerales; la pérdida por desperdicio debe ser enorme dado su método ruin de amalgamación. (1)

Cuando bajamos al cerro de la mina, visitamos el

---

(1) El ensayo de las muestras tomadas cabalmente en Coquimbo por el ensayador de la Compañía Chilena, dió tres mil ochocientos marcos por cajón de sesenta y cuatro quintales, y el desecho tratado aquí produjo en Londres diez y siete por ciento de plata!

gran socavón destinado a desagotar las vetas inundadas. Esta obra sería considerada zafia por mineros ingleses, pero parecía haberse tomado la buena dirección que es todo lo que cuidan, no considerando nunca de importancia la conveniencia, limpieza del trabajo, o la salud. Medimos el socavón y hallamos concluídas cuatrocientas yardas, unas ciento treinta solamente por concluir para llegar al agua en la gran veta, mientras catorce yardas más adelante, cortado lateralmente, llegaría a la siguiente más rica. Al hacer el socavón varias vetas pequeñas que valían la pena de trabajar, fueron interceptadas. La muerte de Olañeta y otros inconvenientes, sin embargo, habían paralizado todo.

Examinada la obra, de todas las maneras posibles, y provistos de nuestros minerales para ensayos, bajamos al pueblito del pie del cerro y nos refrescamos en la pulpería de la mina. Aquí adquirí de los peones algunos adornos toscamente hechos que ofrecían en venta. Consistían en aros para las orejas, y cucharas de plata usadas por los indios con varios propósitos. El modo de vivir de esta pobre gente y aún de una parte considerable de los trabajadores indigentes más pobres de Tupiza, también es ayudándose ellos mismos. Los dueños de mina parecen consentir lo que no puede evitarse. De esta manera se saca mineral por hombres que van cuando quieren con tal fin y aumentan la dilapidación de las obras.

Entre los adornos ofrecidos en venta, había un par de zarcillos de oro en forma de cruces y pregunté de qué parte de los beneficios procedían. Al oir esto don Manuel nos dió cuenta de los Lavaderos, en que abunda el llano inferior, y se comprometió a mostrarnos algunos minerales de su propiedad por la mañana, pero con promesa expresa de secreto por nuestra parte. Renovamos el tema al llegar en lo relativo a yacimientos de oro; la sustancia de lo que le había oído me tuvo despierto parte de la noche.

El día siguiente, 5 de octubre, el sol nunca se levantó sobre un cuadro montañoso más magnífico que el que iluminaba cuando miré desde la ventana de mi dormitorio, dominando un paisaje de cumbres elevadas, bruñidas por sus rayos, y las llanuras extendidas allá abajo. Esperaba haberme levantado antes que el español, con el designio de, acompañado por Mr. Scott, examinar la

propiedad de que don Miguel deseaba desprenderse para regresar a España, pero él se me anticipó. Después del acostumbrado saludo matutino, renové el tema de la tarde anterior y propuse acompañar al dueño para explorar los tesoros escondidos de que nos había hablado. Mr. Scott mejor conocedor que yo del carácter de la gennte, díjome al oído que sus temores provenían de la sospecha que le traicionásemos. Por tanto afectamos indiferencia y procedimos a revisar los papeles relativos a la propiedad de Olañeta conforme a la carta de la viuda que previamente le habíamos entregado. Había conseguido salvar estos papeles de la búsqueda de los militares que habíanle saqueado la casa y también roto los pisos en pesquisa de robos y documentos.

Jamás olvidaré la aprensión de don Miguel en este momento y la sospecha pintada en su semblante. Al principio aún hesitó para sacar los papeles de su escondite. Se trajo el almuerzo que afecté tomar con muestras de desagrado, fingiendo sentirme herido por la falta de confianza del viejo español. Luego cambió un poco de tono y rogóme le excusase por la propensión muy natural de creer en estos tiempos que los hombres no tratasen abiertamente entre sí. Observé que era muy excusable tratándose de personas no presentadas, pero no rezaba con nosotros que habíamos sido confidencialmente hechos conocer de él, en un negocio en que los intereses de su primo estaban tan intimamente involucrados. Observé que tanto él como yo no éramos sino intermediarios en el negocio; le rogué volviera a examinar las cartas de la señora de Olañeta y del doctor Readhead. Así lo hizo, y entonces, yendo a su escritorio, trájome un adorno que el general tuvo cerca al tiempo de morir. Me lo ofreció como prenda de amistad, diciendo "si hay un hombre honrado sobre la tierra, es el doctor Readhead, y siéntome seguro de una persona que él me ha recomendado; además hay honor en los ingleses."

Agradecíle el cumplimiento, y llenando un vaso de aguardiente, según costumbre del país, para hacer bajar el estofado de ajos, dije: "Aquí está la memoria del general Olañeta caído valientemente por la causa de su señor". Esto decidió el punto. Salimos y me condujo al lavadero escondido, situado en una quebrada, lleno de piedras y ripio en la boca. Mientras Mr. Scott removía el ripio, el viejo echaba una mirada desconfiada en torno,

tan lejos como podía ver, para que nadie se aproximase. Notando esta ansiedad, dije no tendría consecuencia inmediata si aprovechásemos otra oportunidad más conveniente. Mr. Scott observó que podía ver su clase, y, por la afirmación de don Miguel, la quebrada y quizás parte principal de la superficie del llano tenían debajo el usual depósito aluvional, conteniendo oro arrastrado desde las montañas en que *stratum super stratum* de naturaleza diferente se habían acumulado. Regresamos donde don Miguel, montamos a caballo y nos encaminamos a Tupiza.

Tupiza está setenta y cuatro leguas de Jujuy y cincuenta y siete de Potosí, y debe su existencia a las más célebres minas de sus contornos. La población aunque reducida es todavía considerable, y presenta signos característicos de una raza dura y sufrida, bien adaptada para los trabajos a que está llamada. Todo hombre en Tupiza es más o menos minero. Desde los disturbios y la muerte del general Olañeta, principal dueño de los cerros le Chiromo, la paralización de las minas en consecuencia y la cesación de la industria son también visibles. La ciudad se provee de agua mediante acueductos que la sacan del río, a legua y media de distancia, a media legua del cual las majestuosas y ricas montañas de Chiromo levantan su elevada cabeza. No se comprende fácilmente la razón de que el pueblo no fuese construído en la parte del llano más cercana al agua y a la montaña; la vecindad de las minas habría ahorrado tiempo, y para el agua el gasto enorme del acueducto; el eterno "quién sabe" fué la sola respuesta que pude obtener a una o dos preguntas sobre el particular, de las personas más inteligentes. Entre las minas y la ciudad, los extensos llanos contienen pocos parches diseminados de cultivo, muy agradables a los ojos, pero que se labre tan poca tierra, siendo que cada pulgada debiera hacerse productiva, es difícil comprender; compensaría muy pronto el capital invertido en su cultivo, si se reanudaran los trabajos en Chiromo.

CAPITULO XI

Continuación de la jornada para Potosí.—Propiedad del Conde Oploco.—Santiago de Cotagaita.—Arbol notable.—Población de Cotagaita.—Magnífico paisaje montañoso cerca de Río Chico.—Carácter, aspecto y modo de gobernar de los indios.—Agua Caliente.—Indio viajero.—Llegada a Satagambo.—La llama.—Llegada a Potosí.—Aspecto horrible de la ciudad.—Plantas de la región montañosa.

El 10, después de almorzar, me separé de don Miguel Altube y de Mr. Menoyo, habiendo salido nuestras mulas la tarde anterior. Marchamos trece leguas por un país grandioso y bello perteneciente a un Don peninsular, el conde Oploco, cuyo territorio se extendía antes ochenta leguas cuadradas. Su fortuna cuantiosa permitióle adquirir de la iglesia la reversión de un asiento en el altísimo cielo, mediante desembolso de 80.000 duros para construir y decorar una capilla, relativamente del tamaño de una habitación. Dormimos en un rancho indio donde como de costumbre nos negaron todo, hasta que por indicación de don Miguel, y una seña especial que les hicimos, conseguimos todo lo que necesitábamos. Estos pobres indios eran todavía *godos* y tan devotos a la causa de Olañeta y los realistas, que la persona del partido contrario no podía conseguir nada sino por la fuerza; aquí nos hicieron ver los indios una muestra de plata que en el ensayo dió nueve marcos de plata y cincuenta por ciento de plomo por cajón. Entre Tupiza y Cotagaita la acción del agua es visible en las capas de aluvión al pie de las montañas; sus simas son al mismo tiempo con chapiteles y torres, presentando aspecto de abadías arruinadas o ciudades moriscas destruidas. Nada puede ser más sombrío y triste que estas alturas naturales en forma de castillos; en verdad, no puedo en manera alguna traducir la impresión que este paisaje producía en mi mente.

El 11 de octubre, llegamos a Santiago de Cotagaita, lugar sin importancia en cuanto a tamaño, aunque sea capital de la provincia minera de Chichas. Hallamos allí el cuartel general de las tropas que habían des-

truído a Olañeta. Hicimos alto y tomamos refrigerio a la sombra de un árbol notable por dos conceptos; primero, por los numerosos milagros afectuados a su amparo, y, segundo, por los numerosos gorjeadores que se cobijaban en sus ramas. Estos pájaros lo poblaban en miriadas el año entero; son tan pequeños y ágiles en sus movimientos que la mirada apenas los puede ver; no sé de cierto la especie a que pertenecen; pero por su plumaje y gorjeos, parécense al abadeval hindú (*fringilla amandava,* de Linneo); su canto es unísono y produce música dulce y melancólica. Los habitantes cuidan de estos pequeños cantores casi con respeto religioso. Ninguna oferta decidiría a los muchachos que vinieron a mirarnos para atrapar uno de muestra.

La población del lugar imagínola no mayor de mil trescientos. El país en contorno es montañoso; está solamente bien regado cerca del Río Grande. Me presentaron en este lugar una viuda que había vivido muchos años en gran pobreza; pero habiendo vendido una mina en Portugalete (que felizmente para ella acababa de entrar en *boga,* o plena producción, después de arruinar casi a toda su familia y ser tumba de su marido) por 50.000 duros, se había convertido en reina del país. El 12, luego de cruzar el pueblo de Santiago de Cotagaita, nuestro camino costeó el Río Chico por una cadena continua de magníficas montañas y hoyadas, como las antes mencionadas.

La población a lo largo de este camino es enteramente india bajo el gobierno regular del Alcalde, y habitan los lozanos bordes de un arroyo que son regados y cultivados con economía chinesca. Me sorprendió como curiosidad también su vestido semejante al chinesco, así como algunas peculiaridades de las maneras. Por medio día nos refrigeramos cerca de la morada de un cacique, debajo de los grandes gajos de una higuera, que dió agradable humedad a nuestros labios quemados por el sol, que jamás será olvidada. La posición de esta familia parecía de clase muy alta en su tribu, a juzgar por el adorno regalado que llevaba la dueña de casa, signo indio de consideración y consecuencia. Es un complemento aplicable a tres propósitos, a saber, en una punta, horquilla para sujetar el cabello, sirviendo también de tenedor, y el otro extremo en forma de cuchara y usada como tal. En este caso la horquilla era de oro pero tos-

camente trabajada. Un chico de cuatro años se sentaba comiendo en la falda materna, mientras ella infatigable (pues esta gente está rara vez ociosa) se ocupaba en extraerle de la cabeza y exterminar, como los monos, insectos que no es necesario nombrar.

Estas gentes apacibles y humildes parecen contentas y felices, sometidas a sus caciques, que andan con las insignias de su rango (un bastón puño de oro) ostentando todos los aires del alcalde español de escuela antigua. Donde quiera son obedecidos implícitamente, y el viajero para conseguir cualquier cosa en el camino, debe (siguiendo la costumbre de los antiguos españoles) a su llegada, mandar llamar al alcalde y con un poco de "breve autoridad", si su comitiva corresponde, obtendrá todo lo que necesite. Procediendo de otro modo se adelantará a un rancho y encontrará que todo le es negado. Si ofrece dinero, "no hay" es la respuesta; no confiarán en que se desprenda de él. Debe morirse de hambre o ayudarse de sí mismo, y pagar el precio pedido por artículos que los peones escudriñando encuentran ocultos aquí y allá. La verdad verdadera es que estas pobres criaturas han sido tan exprimidas entre patriotas y realistas en la guerra pasada, siendo rara vez o nunca compensadas por nada, que naturalmente retienen lo poco que poseen, o lo guardan escondido. Parecía sorprenderles que les pagásemos lo que consumíamos.

El indio es generalmente acompañado por un "perro negro" como llaman al animal, que es amigo vitalicio de su amo y piloto destinado para el viaje al Paraíso prometido. Para llegar a esta tierra feliz, se han de pasar ríos y el perro es para llevar los víveres del amo, provisión que siempre se entierra con cada uno que muere.

Hay gran semejanza en el rostro de estos indios con la gente que he visto en oriente, especialmente el mestizo de malayo y chino en Java. Pómulo saliente, ojos oblicuos y barbas escasas, coinciden. Que ambos sean igualmente sumisos es natural, viendo que el holandés eclipsa al español en la ciencia de conducir aquella desgraciada porción del género humano que logran subyugar a la más abyecta servidumbre! Habla en favor de los españoles que rara vez acudan a castigos corporales como los plantadores holandeses de la escuela antigua parecían sentir placer en hacerlo; pero remachan la cadena de la esclavitud más firme inculcando la superstición en sus esclavos. El esclavo español está mejor gobernado,

mejor manejado y más contento que cualquiera de la tierra.

Los indios son muy industriosos. Los hombers cultivan el suelo o cuidan rebaños, desde la salida hasta la puesta del sol. Las mujeres se ocupan en hacer malla, hilar, tejer y otras ocupaciones domésticas. La ociosidad se considera casi un crimen entre ellos. Son robustos, pero de ninguna manera tan vigorosos y fuertes como los malayos y chinos y observaba que disminuían de estatura cuando nos aproximábamos a las regiones más inhospitalarias de Potosí.

El sistema de décimos reales, en forma de censo por la tenencia de las tierras que ocupan todavía se les cobra y los caciques son responsables del pago. Su manera de arar es la prevalente en toda Sud América, con bueyes y arados de madera. La ocupación más empeñosa de las mujeres es pisar maíz, lo que se hace con una mano de madera en un tronco ahuecado con tal objeto y asegurado en el suelo. En éste se desmenuza el grano y luego se soplan las granzas. La parte comestible se utiliza para espesar la sopa, o se come cruda con agua. A veces, para que agrade a los niños, la tuestan. Las operaciones de pulverizar así el maíz cuestan dos o tres horas del trabajo más duro que nunca haya visto ejecutar por el bello sexo. Un molino en media hora molería tanto como estas pobres criaturas pisan en un par de días.

El vestido de los caciques es calzón azul criollo, abiertto en las rodillas, medias blancas de algodón o estambre y hebillas de plata de grandes dimensiones en las rodillas y zapatos, más ornamentales que útiles. Usan chaqueta o poncho y en algunos también puede verse un fraque. Grandes espuelas de plata y una trenza son indispensables. El abrigo de la cabeza en las clases trabajadoras es tan semejante al de los chinos, que casi me imaginaba en los arrozales de las inmediaciones de Whampoa. Se me refirió una circunstancia curiosa por un español, corroborada después, referente a los indios, es decir, que cuando se envía uno de ellos en viaje especial que requiera prontitud y remuneración adicional, irá al cura antes de patrir, y pedirá que le propine cincuenta o más azotes, conforme al estímulo requerido para la tarea; como si fuese para recordarle la necesidad de complementarla por el escozor que lleva consigo.

El modo de cavar entre esta gente es muy curioso y

desmañado. Cuatro indios se emplean en operación que es trabajo de un solo individuo entre nosotros. El implemento es un simple asador o púa de madera, con un brazo saliente a un pie de la punta, con el que la introducen en el terreno; la cantidad de tierra arrojada por una unidad de estos instrumentos que entierran al son de una canción, observé era igual a lo que una pala común de jardinero sacaría; la celeridad, sin embargo, y precisión con que trabajan era realmente sorprendente.

El 13 y 14 de octubre anduvimos un camino de montaña que presentaba en todas partes un vasto desierto de pizarra arcillosa. Cuando pasamos las cumbres del camino, vimos en lo más alto de ambas una pirámide de piedras que sostenía una cruz salpicada con mascadas de coca, el tabaco del indio, con cuyas exprimidas virtudes sostendrá la naturaleza días enteros, subirá pacientemente las escabrosidades de la montaña, viajará sus cuarenta o cincuenta leguas diarias y la soltará como ofrenda al pie de estos monumentos religiosos.

En uno de los cerros más escabrosos que pasamos cerca de Caiza, examiné un arroyo hirviente llamado Agua Caliente, en cuya vecindad hay baños erigidos por Olañeta, Canterac o Valdez, para uso de los inválidos del ejército. El agua mineral surge en estado de ebullición de un lecho de piedra caliza sulfurada. Bebí una pinta de un tosco cuenco que la naturaleza ha construído para recibirla y del que fluye y desciende al valle abajo de donde están los baños (1).

Desde allí hasta Potosí el viaje del cerro parecía casi interminable. El corazón a menudo parecía extenuarse al hallar que la cumbre descolorida de la montaña del frente era solamente heraldo de otra que la reemplazaba, cuando el viajero esperaba ver la ciudad largamente deseada. Empleé quince horas, montado en jamelgo de alquiler, para andar doce leguas, y bastante contento de haberme librado de mi mula aun mediante tal cambio. Mr. Menoyo, con las mulas cargueras, no recorrió esa distancia hasta la mañana siguiente.

A las 3 p. m. hicimos alto en la aldea de Caiza y pasada la noche, salimos muy temprano el día siguiente.

---

(1) Mr. Hems dice que es fuente impregnada de gas hepático, y contiene pedacitos de azufre y arcilla deleznable llena de cristales de aluminio, infiriendo que sus propiedades deben derivarse de un estrato de azufre que arde en la pizarra aluminosa de donde surge.

Después de marcha cansadora entre una sucesión de montañas que se levantaban "Alpe sobre Alpe" hasta parecer que si jamás se llegase, mucho menos se trasmontaría el punto más alto de nuestra jornada, todavía continuábamos afanándonos. En el camino encontramos muchos indios viajeros con alforja cruzada al hombro, que contenían pedazos de goma y drogas de clases diferentes con las que, se dice, emprenden viaje y trafican en el camino. Se sabe que así extienden su comercio ambulante aun hasta los Brasiles, pero no pude saber con qué clase de mercaderías regresaban. Mi informante díjome creía que con nada, a no ser algún mosquete viejo y un poco de pólvora, de que se desprendían en su país mediante alguna remuneración apreciada solamente por ellos. Me sorprendió que como estas pobres criaturas todavía acarician una tradición de volver a ser ilbres algún día, esta clase de peregrinación en el país y fuera de él, entre tribus remotas, parecía acción combinada para algún objeto secreto, y evitar que se interrumpa la relación de las tribus entre sí. Es notable que "sí" o "no" sea toda la respuesta que se saque de estos pobres vagabundos. A menudo la respuesta es afirmamativa cuando debiera ser negativa, como si fuesen idiotas o no comprendiesen el idioma que se les habla.

Nos detuvimos para refrescarnos en Satagambo, seis leguas de Potosí, donde nos procuramos el lujo de huevos del día, y chupe indio (especie de *curry)* que fueron un tincazo para nosotros, mal comidos como habíamos estado, en el viaje. aquí vi las primeras llamas (1) y poco después encontré una tropa entera, marchando de a dos, con aspecto de caballería a lo lejos, con cabezas noblemente levantadas, y marchando llenas de majestad. En formas son más hermosas y en conducta más gentiles que cualquier animal de las especies que nunca haya visto.

Un descenso considerable de Satagambo o Chaquilla, lleva al viajero a un plano inclinado, en cuyo horizonte se levanta el ansiado cerro de Potosí. Por una serie de escalones ascendientes por fin lo alcanzáis; pero se experimenta sensación de tedio casi in-

---

(1) Estas son las criaturas más dóciles del mundo, así como las más bellas. Al pasarlas en la calle estiraban las cabezas a vuestras manos como pidiendo maíz. Es singular que estos animales, si pasan debajo de un arco que no conocen, por alto que sea, siempre bajan las cabezas. Este movimiento extraordinario, presumo, es un defecto especial de la visión del animal.

soportable, tan lentamente parece os aproximáis a la falda. En el llano de la falda ramonean innumerables llamas y alpacas, y parte de él es regado por un manantial delicioso; escaso en cantidad, debe confesarse que la fuente no es mayor que una caldera de galón; pero como estábamos muertos de sed, el agua nos pareció néctar perfecto.

Desde una pendiente del lado sudeste del cerro aparece primero la ciudad a la vista, pero no con aspecto muy atrayente, aun para el cansado viajero, teniendo apariencia sombría, horrible, que apenas se puede describir. La vista de esta presa del infierno y Mammon es panorámica; sin fuego y azufre acaso por falta de combustible. Las torres y edificios se alzan pesada y siniestramente, mientras ningún arbusto o lista verde anima la vecindad de la capital, fea y empañada por el delito. Semeja a la ciudad de un príncipe del pecado, extraña, desierta, solitaria, misteriosa; lugar de encanto pernicioso.

Los productos vejetales más conspicuos en la alta región montañosa, que había pasado antes de entrar en Potosí, eran cardones, tunas y algarrobillos de especie espinosa. En los valles crece un lindo arbusto llamado brea por los naturales, un sauce de propiedad aromática, cuya flor se asemeja al sauco, sirviendo el jugo para una especie de vino. De su solución resinosa los nativos derivan un útil aperitivo. Para los innumerables arbustos floridos que vi en el camino montañoso, no pude descubrir ningún nombre en el país, aunque recogí semillas de muchos y averigüé después al respecto. En esta ruta el ya mencionado cardón (*cactus peruvianus*) alcanza treinta o cuarenta pies de altura, a menudo en un solo tallo, aunque generalmente cuatro o cinco brotan de la raiz. Los cercos de casi todos los corrales son de cardón y el interior se convierte (después de extraer la parte pulposa, armada con cantidad prodigiosa de formidables espinas, de modo que los pájaros no pueden tocarlo) en listones o tableros de puerta. El cardón es común en todas las partes que he visitado de Sud América, y de gran altura también, en otras comarcas, pero en ninguna parte nada comparable en tamaño con los gigantescos de las montañas peruanas. Observé en las situaciones más desabrigadas y frías de la cordillera, donde estas grandes plantas estaban expuestas a vientos del sudoeste, que se cubrían del lado expuesto con una especie de musgo

filamentoso que se aproximaba en consistencia a la cáscara seca del coco. En el lado abrigado no había ninguno. El tallo no era tan cubierto. Si esta cubierta era parásita o indígena no soy bastante botánico para decidirlo.

CAPITULO XII

Llegada a Potosí.—El general Miller.—Caracteres eminentes de Potosí.—Presentación a Bolívar.—Su carácter.—Sucre.—Don Carlos Alvear.—Monopolios de minas.—Enfermedad de Mr. Menoyo.—Función del Rosario.—Visita a Bolívar.—Partida del Libertador para Chuquisaca.

El 15 de octubre llegué a casa de don M. Ibarquin, en Potosí. Poco después de mi arribo, el mayor Smith, ayudante del general Miller, vino a invitarme para un baile que se daba en el Cabildo. El zangoloteo de las mulas, todo el día al rayo del sol, me inclinaba poco a tal diversión. Fuí, no obstante, para encontrar a mi antiguo amigo, que me acogió con gran cordialidad. La última vez que le vi fué mi huésped a bordo del "Windham", como capitán Miller; ahora encontréle general de gran consideración de la causa patriota. En esta escena de alegría, olvidando animosidades recientes, se encontraban en paz en el mismo círculo de diversión, victoriosos patriotas y vencidos realistas. Encontré allí al ilustre Bolívar, al valiente Sucre, al político Alvear, al bravo Miller, a los generales Santa Cruz y Urdininea, en suma, a todos los héroes de los Andes. Una vía láctea de esplendor militar y uniformes deslumbrantes, que parecía excitar la más alta admiración y despertar todos los atractivos de las damas potosinas.

Me ocupé luego de arreglar mi domicilio en una casa proporcionada por el señor Ibarquin, y visitar diferentes personas. El domingo oí misa de gracias, y el día siguiente iba a ser presentado al Libertador por el general Miller, pero lo impidió la recepción del general Alvear, asunto público. Ahora hallé que emisarios de Buenos Aires estaban en trato por todas las minas del Alto Perú, y resolví hacer todo lo que pudiese para hacer fracasar su objeto.

El 18 de octubre fuí presentado a Bolívar. No diré que no sintiese en el momento de la presentación, la sensación peculiar que siempre inspira la presencia de un carácter que ha llenado el mundo con sus hechos. No

obstante, si tuve cualquier sentimiento aproximado a humildad en la ocasión, motivado por la admiración inspirada mediante la influencia moral del hombre, rápidamente se disipó, dado el modo de recibirme con un apretón de manos cordial, franco, inglés. Corresponde al historiador hacer justicia a su carácter en general; solamente puedo describirle como le vi en una breve entrevista, cuando no estaba bajo la influencia de excitación de ninguna clase. Como hombre, a mi ver, había ganado más que Wáshington. Había libertado su país sin ayuda extranjera, y con todas las desventajas posibles. Ninguna Francia le había ofrecido sus ejércitos y tesoros para ayudarle. Ningún Franklin, Henry y Jefferson estaban a su derecha, ni la austera, inflexible raza de una Nueva Inglaterra. La ignorancia y completa falta de experiencia de quienes lo rodeaban, en asuntos civiles y militares, echó todo sobre su genio: osó noblemente y tuvo éxito. Su talento en la batalla y la perseverancia invencible a despecho de todo obstáculo, no sobrepasan su habilidad en levantar recursos para la guerra, e imprimir en sus conciudadanos confianza en su capacidad y respeto hacia su gobierno como jefe de un pueblo. Es problema difícil de resolver, cómo sofocó y controló la facción, sojuzgó inclinaciones motineras, y habiendo sacrificado hasta el último chelín de su fortuna particular a la causa de su país, persuadió a otros para seguir su ejemplo. En estos respectos nadie lo sobrepasó nunca. En el movimiento de ejércitos más grandes, con material mejor formado, puede haber sido excedido; pero en las calidades pasivas del soldado, las más raras que se encuentran en el carácter militar, pocos o nadie le han igualado. Hambre, sed, calor tórrido, frío de montaña, fatiga, largas marchas (respecto a distancia, de Caracas a Potosí, desde el centro de la mitad septentrional de la zona tórrida o hasta casi el límite extremo de la austral, en una ocasión) en desiertos y ardientes arenales, todos fueron soportados por él y sus compañeros, con paciencia nunca eclipsada por semejantes o cualesquiera otros medios, y coronados por éxito completo. Se le ha acusado de propósitos ambiciosos al poder absoluto; el tiempo solamente decidirá este punto. Hasta ahora no ha demostrado tal disposición, sino más bien la inversa.

La persona de este hombre extraordinario quizás haya sido antes descripta: es delgado, pero de contex-

tura activa y resistente, y de cinco pies y siete pulgadas de estatura; rasgos más bien afilados, naríz aguileña y expresión firme, pero de ninguna manera reveladora de inteligencia: además, su semblante generalmente muestra señales de fatiga, y está consumido por el afán. Sus ojos son penetrantes más bien que inteligentes y rara vez permite que un extraño los mire de frente; por lo menos hallé en las entrevistas que tuve el honor de tener con él, que este era el caso, tanto, que aun le disminuía en mi estimación, como el hábito de cualquiera en sociedad de no miraros abiertamente en la cara puede hacerlo. Su frente es arrugada por el pensamiento y la ansiedad, de tal modo que un mal ceño casi siempre aparece en ella. Cuando da audiencia, sentado, como era su costumbre, parecía carecer de la presencia y porte fáciles de personas en tal situación y tenía la torpe costumbre de pasarse las manos adelante y atrás sobre las rodillas. Su manera de hablar era muy rápida, pero monótona, y de ningún modo daba al extraño opinión favorable de su urbanidad. Las cualidades del austero soldado republicano deben, sin embargo, diferir del palaciego de escuela europea que rara vez es héroe; y sería bastante extraño que la persona de Bolívar no se hubiese teñido algo con la naturaleza tormentosa, bélica y singular de los variados escenarios que había afrontado.

No obstante las apariencias, que son como he afirmado, y el disgusto que me produjo su aire y aspecto cuando primero le vi, su apretón de manos era franco y cordial como debe ser el de un soldado, y en asunto de negocios halléle sin etiqueta para el extranjero, de acceso fácil y muy rápido para decidirse. Era notablemente vivaz en la percepción de cualquier tema que se le expusiese, adelantándose al narrador en las circunstancias, y llegando con rapidez a la conclusión que se tenía en vista, por una especie de percepción intuitiva. Son bien conocidos sus sentimientos de justicia y liberalidad para los individuos que habían sufrido por la causa independiente. Un Mr. W. Henderson había arriesgado un barco y cargamento con su capital propio, y se perdió en Guayaquil: se le remuneró la pérdida por el Libertador: esto consta en los libros de una casa londinense.

En mi primera visita a Bolívar, abordó el tema de un trato reciente de minas, convenido con los señores

García y Uriburu, comisionados de Buenos Aires, afirmando que se había reservado para sí el derecho de aceptar una oferta más alta, si se hiciese dentro de un tiempo determinado. Pedíle copia de los términos, y ordenó a su secretario me la diese. Luego me despedí, para examinarlos a mi gusto.

Después de hablar del mejor modo de que soy capaz del gran héroe de la independencia sudamericana, no debo pasar por alto otras personas distinguidas que allí vi. El general Sucre, vencedor de Junín y Ayacucho, es otro nombre inmortal en los anales colombianos. Como soldado, hombre talentoso y buen ciudadano, no tiene una sola mancha en su reputación. El general Sucre frisa en los treinta y dos años, es delgado de persona, cinco pies ocho pulgadas de estatura, semblante obscuro y curtido; su rostro es oval, ojos obscuros, y cara ligeramente picada de viruelas. La expresión más saliente del rostro para el observador es la benevolencia, sin nada que marque las cualidades que tanto le han distinguido. Con todo, su rostro es de aquellos que despiertan gran interés en el observador a primera vista, sin poder decir por qué, o designar cualquier carácter suyo particular, como causa. En todos sus asuntos es muy expeditivo, de pocas palabras, pero cortés; nadie es tenido en más alta estima entre el pueblo peruano. Como estadista y hombre de negocios sus talentos corren parejos con su habilidad militar. En cuanto a sangre fía y valor en el campo de batalla no es sobrepasado por ninguno de los que se hayan distinguido en la lucha por la libertad; los que han estado cerca de su persona en momentos difíciles, y observado su conducta, atestiguan lo más fuertemente en su elogio. Su generoso comportamiento en la gloriosa batalla de Ayacucho con los generales realistas Canterac, Valdez, Le Serna, y ciertamente todos los sobrevivientes de aquella jornada duramente disputada, añadió gloria adicional a su triunfo. Tanto en la vida privada como en la opinión pública es respetable e incensurable. Nadie murmura una sílaba en contra suyo, ni aun los infelices godos.

En otro carácter muy notable de Sud América, reconocí una vieja relación. Nos encontramos después de una separación de ocho años. El general Miller era entonces comandante de infantería de marina a bordo del "Lautaro" ex-"Windham" de la Compañía de las Indias

Orientales. Ahora encontréle, sobreviviente de árduos servicios, general de división y gobernador de Potosí. Encontrarle fué la entrevista más grata, mejor para imaginársela que para contarla aquí: fué un incidente bien digno de recuerdo en la vida de ambos. El general Miller hizo su carrera por sus méritos, pero había sufrido mucho. En la persona y facciones se había metamorfoseado. A pesar del brillo del uniforme no parecía en su persona sino sombra de lo que fué (1). Fué infortunio que la mala salud lo obligase a regresar al hogar, y renunciar el gobierno de Potosí. La experiencia de cinco meses ha demostrado al pueblo de la provincia el efecto de un justo y vigoroso sistema de gobierno. La ciudad aumentó su población bajo su gobierno de nueve a once mil habitantes. La confianza empezaba a restablecerse; las minas comenzaban a trabajarse parcialmente, y se acuñó un millón de duros, más de lo acuñado desde el principio de la revolución. La población india acostumbraba a recoger minerales de metales preciosos en cantidades pequeñas, no había introducido sino valor de cinco mil duros anuales, en los cinco años precedentes. Durante su administración se recogieron 37.000. El general Miller estableció la policía regular, reparó los caminos y estableció correos regulares a su costa hasta Buenos Aires. Se erigió también un monumento dedicado a Bolívar, para conmemorar los recientes acontecimientos públicos.

Don Carlos Alvear, otro carácter distinguido en la historia de recientes acontecimientos históricos de la revolución del río de la Plata, fué empleado en la feliz expedición militar contra Montevideo en 1813. A la edad, creo, solamente de veintiseis años, fué elegido gobernador de Buenos Aires y derrocado por el espíritu de partido. Luego fué a Río de Janeiro y no volvió a hacerse notar hasta los últimos años de la revolución. Haciendo un largo y horrible camino en compañía del general Alvear, tuve la mejor oportunidad que un extranjero tenga para formar juicio de su carácter. El resultado de mis observaciones es, que le supondría hombre de singular habilidad, bien dotado para empresas de valor e importancia, rara vez pierde el tino para un recurso en cualquier emergencia, y es muy versado en la parte más ma-

(1) De los duros servicios que habían hecho tal estrago en su persona, se da un sumario en la biografía del general Miller, publicada por Ackermann. Mucho es de desear que el general favorezca al mundo con la historia de los acontecimientos que presenció en Sud América.

terial del conocimiento humano en tiempos turbulentos—el hombre.

El general Alvear es de cuarenta años, de contextura vigorosa, porte arrogante y hermosa figura. Es de estatura baja, notablemente bien educado y fino de maneras. Las Provincias Unidas del Río de la Plata no podían haber elegido mejor representante para la misión en que le encontré. Por lo que a mí toca, no puedo menos de volver a expresar mi agradecimiento por la bondad que me demostró en la jornada del desierto, entre Humahuaca y Quiaca; y estaríale mucho más endeudado de lo que estoy, sino consignase aquí mi reconocimiento de estas obligaciones, que han dejado en mi ánimo la impresión duradera de la bondad del hombre (1).

Arreglé mi hospedaje con la familia de mi consignatario, de quien tenía razón para pensar bien; salvé el engorro de tener casa. Tuve larga conferencia con Ibarquin, quien consideraba que un frenesí se había apoderado de la gente de Buenos Aires en su ansiedad de monopolizar las minas a todo evento; frenesí tan disparatado como el mostrado por algunos de este país en otros conceptos. En seis meses debía adelantarse en Buenos Aires más de un millón de duros para asegurar las minas del Alto Perú, y cansar a los comisionados y agentes de las compañías inglesas. Resolví maniobrar y propuse establecer la casa de moneda y banco o Rescate, mediante adelanto, bajo ciertas condiciones, sobre base segura y provechosa, y en los términos exactos que los monopolistas lo habían hecho; pero estipulando al mismo tiempo que hasta obtener el consentimiento de mis principales en Inglaterra nadie estaba comprometido y los monopolistas porteños se neutralizaron.

Pronto ví que mi maniobra empezaba a tener buen éxito. Los amigos de los monopolistas deseaban ponerla de lado, mientras Bolívar pareció estimarla como prueba del valor superior de estas minas y por tanto dispuesto a todo lo que fuese justo para dejar campo abierto por un tiempo. Era fácil prever que esto iría demasiado lejos, y las espectativas del Libertador se hicieron desordenadas.

El 21 me levanté con una opresión de pecho, y mi ami-

(1) Las recientes victorias de este distinguido oficial sobre los brasileños, es agradable reflexionar, me confirman la opinión que había formado de sus talentos en mis diferentes entrevistas con él, y cuando me honré con su sociedad como compañero de viaje. Es hombre de estampa no común.

go Mr. Menoyo, tuvo un ataque bilioso. Mi respiración se hizo sumamente difícil. Él general Miller me visitó, y estuvo hasta las doce del día. Oí acerca de un grupo venido de Arequipa, para pujar nuestra oferta por las minas. El siguiente día no salí de mi cuarto, más muerto que vivo, por la dificultad de respirar. Mr. Menoyo estaba mucho peor. La señora Ibarquin nos asistió con gran bondad. Esta supresión de la respiración llamábase en algunos lugares *puna* y en otros *soroche;* el aire rarefacto aquí es también enemigo de los insectos, no apareciendo ninguno de la familia de los flebótomos.

El día siguiente fuí para presenciar la función del Rosario. Era una procesión indígena, instituída por la clerecía para exprimir al pueblo. Consistía primero de misa y después de una subasta pública en que toda suerte de cintas e inútiles adornos de colores brillantes se ponían en remate y adjudicaban en cien veces su valor, por ser benditos de la virgen patrona, cuya imagen se sacaba después por las calles, con Santo Domingo, Santa Ana y Santa Isabel, como la llaman. Semejante a Nuestra Señora de Loreto, la virgen estaba vistosamente ataviada.

And in a curled white wig looked woundrous fine. (1)

Ángeles, o imágenes de ellos, con deslumbrantes accesorios, acompañaban a estas santas damas; y el número usual de pícaros y vagabundos eclesiásticos de toda clase asistía, cantando su jerigonza solemne.

El 24, presenté mis respetos a Bolívar acompañado por Mr. Brown, y hallé exacto un rumor que había corrido; a saber, que se había hecho oferta de 2.500.000 duros por las minas. El Libertador manifestó esperar que al fin se obtendrían 3.000.000 (2). Me felicité de esta perspectiva. Siendo anunciado el general Sucre, hicimos nuestra reverencia, y apenas estuvimos en la plaza, cuando tuvo lugar la secuela de la estúpida idolatría del día. La procesión se detuvo bajo las ventanas del palacio del Libertador para que ambos, él y el heroe de Ayacucho, la honrasen. Los dos grandes hombres aparecieron en las ventanas, y felices los indios y monjes

---

(1) Y con una peluca blanca rizada parecía pasmosamente linda.

(2) Esta noción extendida de su valor indujo al Libertador a ofrecerla al mejor postor en el mercado inglés. Poco después se dictó un decreto con este propósito; la orden de venta llegó a Londres en época del horrible pánico. Es innecesario decir que se evaporaron antes de darse el golpe de martillo.

por este acto de devoción o simulación de ella, siguieron adelante en medio del ruído de cohetes, buscapiés y música lo más discordante. Era realmente doloroso reflexionar que estas pobres criaturas sean así llevadas en mojiganga y mascarada, al precio de todo el poco dinero que pueden reunir arañando para aprovechamiento de una bandada de bribones gordos. El jefe de la procesión caminaba bajo un dosel de seda,, vestido como el Gran Turco, con rico ropaje de brocato, llevada la cola por dos caballeros de su guardarropa, todo en velos de lindo color rubí. Por este honor en tal ocasión el personaje doselado paga cien duros a los frailes, y los otros que toman parte, en proporción, conforme al papel que se les permita asumir en tan santa ocasión. Esta función dura tres días, y desde tiempo inmemorial ha sido patrocinada especialmente por el gobierno como medida política, y al amparo de la iglesia como medio de influencia y provecho.

El día siguiente arreglé algunos asuntos, en medio del contínuo tumulto, desorden e indecencia de la fiesta, con el señor Burgos, a quien pagué el adelanto necesario por mi compra de las minas de Chiromo. Por la noche asistí al baile de despedida dado por el Libertador. El siguiente día, domingo, 30 de Octubre, fuí a misa de gracias, celebrada con gran pompa en la catedral. El Libertador, el Gran Mariscal de Ayacucho, el General Miller, etc., estaban presentes. No era poco curioso ver los oficiales protestantes ingleses del estado mayor, persignándose con un espíritu de devoción realmente militar.

El lunes toda la ciudad se congregó en palacio a ver la partida de Bolívar para Chuquisaca, en medio del trueno del cañon y repiques de campana y gran escolta de tropas.

CAPITULO XIII

Divisiones de la provincia de Potosí.—Población de la misma.—Traje.—Descripción de la ciudad.—Montañas y minas de Potosí.—Origen de la gran mina.—Antigua producción.—Valor de los minerales.—Suelo de las montañas.—Ascensión.—El gran socavón.—Picardía de los ingenieros.—Cráter volcánico.—Carta de Inglaterra.—Preparativos para salir al Pacífico.

Las subdivisiones menores de la nueva república de Bolívar, no se habían arreglado cuando salí de Potosí. Las subdivisiones señaladas por el congreso Constituyente de Lima, en 1821, comprendían Potosí, Chuquisaca, La Paz, Santa Cruz, Cochabamba y Oruro. Hasta que el esperado arreglo tenga lugar, las divisiones, por tanto, deben considerarse así. En esta distribución Potosí abarca las cinco provincias de Porco, Chayanta, Chichas, Lipez y Atacama, todos distritos mineros de primera nota en el Alto Perú.

Un intendente o prefecto es investido con autoridad civil y militar en el departamento entero. Cada provincia tiene un gobernador; todo el territorio se admite tener mil quinientas leguas cuadradas, con 300.000 habitantes, cuatro quintas partes aborígenes. Estos habitantes indios son aficionados a emborracharse en sus fiestas con la cantidad de chicha que beben; y si pelean entre ellos cuando están en este estado, es generalmente por la prioridad de sus santos favoritos. Las mujeres se parecen en forma y tamaño a nuestros redrojos galenses; usan un sombrero similar al que quizás debe principalmente atribuírse la semejanza, pero las cambrio británicas no pueden competir con estas damas en la majestad del vestido. Las muchachas flamencas solamente igualan a las potosinas en la amplitud de los vestidos. No tengo duda que el número de yardas contenido en los acolchados y vuelos de una enagua potosina supliría polleras a una joven galente durante la mitad de su vida: mientras las colchas aplicadas a las caderas por una potosina suministrarían almohadas completas para el lecho matrimonial de Jen-

ny y Taffy. Es curioso ver la pertinacia de la costumbre. Estos seres de aspecto gótico continúan usando el traje de las españolas, sin recordar la diferencia entre una vida lujosa e indolente y la labor de la esclavitud absoluta a que, en tal clima, un vestido más ligero se adaptaría mejor. Es asombroso cómo sudan así acolchadas bajo el sol tropical. A menudo he comparado un mandarín chino con cuatro o cinco sayos, o, si se desea parecer más importante, aún más, con una de estas bronceadas figuras indias. Harían excelente pareja un mandarín y una dama potosina. Creo oír exclamar al chino (pues en China tal abultamiento de càderas no se tendría por gracioso), torciéndose los bigotes:—"¡Eh! ¡Ya! tiene así moda; tiene muy mucho. ¡Eh! ¡Ya! no tiene costumbre, no puede".

La ciudad de Potosí es asiento del gobierno y está entre los 29° y 30° L. S. en meridiano de 313° O., observación española. Potosí está en el declive de un cerro, que ofrece completa perspectiva de la magnífica montaña a que debe su existencia. La plaza es lindo y espacioso cuadrado, conteniendo muchos y muy hermosos edificios públicos, y está sobre una proyección inclinada de tierra plana, desde donde, como centro, las calles principales caen en rectángulo a las quebradas por tres lados. El cuarto lado está en la rampa septentrional que domina la ciudad, frente al cerro mineral, con elevación de 1.700 pies sobre la plaza. En el espacio intermedio, se han erigido en parches irregulares, los perniciosos suburbios donde se efectuaba la amalgamación de minerales; éstos son interceptados por un río, alimentado por derrames de treinta y cinco lagos artificiales formados en los cerros al sudeste de la ciudad, cerros que señalarán a la posteridad los trabajos llevados a cabo por un sistema horrible de opresión, al que no se puede volver a recurrir, y lagos construídos a costa del sudor y vida de millones de desgraciados esclavos indígenas, en edades sucesivas, millones que desde el polvo claman venganza contra los más implacables amos, tiranos del suelo.

La montaña potosina vista desde los altos de la ciudad, con el cerro al frente, llamado Nuevo Potosí, incluído en la mirada dentro de la circunferencia del gran cono hacia afuera, es de forma semejante a una carpa armada, y si la mente del observador puede separar la suma del mal moral que ha infligido al mundo, de la vista

pelada, ningún objeto estéril en la naturaleza será más realmente magnífico. Prescindiendo de su conformación, los numerosos tintes metalíferos con que el cono está manchado y coloreado, verde, naranjado, amarillo, gris y rosado, conforme a los tonos de los minerales que se han desparramado desde las bocaminas, son de efecto singular y bello.

El número de minas se admite por algunos españoles ser cinco mil. Esto es exagerado a primera vista, pero debe entenderse por el lector que se refiere a porciones de minas llamadas *estacas* o pertenencias individuales, que consisten en tantas varas cuadradas que cada propietario tiene, en virtud de lo que llaman *denuncia* como se escribe en el antiguo código español, o *leyes de minas*. Cualquiera que haya sido la cantidad de estas estacas antes trabajadas, no había más de cien en actividad cuando estuve en Potosí, y probablemente ni la mitad de ese número hasta que el genreal Miller vino de gobernador, cuando los negocios empezaron a mostrar aspecto más brillante y el país a recobrarse un tanto de su miseria. Este era el caso, según se veía en todos los diferentes ramos de ocupación. Antes de la revolución el río aludido movía la maquinaria bárbaramente construída de noventa (1) ingenios o molinos de minerales. Según los datos más recientes doce, sin embargo, han vuelto a funcionar; muchos propietarios emigrados consiguieron permiso para regresar y reclamar sus pertenencias. Estas personas, sin embargo, no tienen ni un chelín para volver a empezar los trabajos, por haber desaparecido todo su dinero. Aquí era que el capital británico se habría empleado tan bien y provechosamente, y donde el fracaso de las esperanzas creadas por Inglaterra se sentirá amargamente. A menos que se levante capital para continuar, de que en América hay poca o ninguna probabilidad, en un siglo más, estas minas maravillosas y su poderosa montaña de riqueza servirán

To point a moral or adorn a tale. (2).

Así, de 130.000 habitantes al comienzo de la revolución, Potosí ha mermado a 9.000 censados cuando se nombró gobernador al general Miller en 1826. Durante

---

(1) El año 1577 había trabajando ciento treinta y dos.
(2) Para señalar una moraleja o adornar un cuento.

su breve administración de sólo cinco meses volvió a aumentar a 11.000, como antes se ha dicho.

El pico del cerro de Potosí se calcula llegar a catorce mil pies sobre el nivel del mar. Su circunferencia en la base sobre el altiplano en que está, se computa variadamente (1). Ni su elevación ni su circunferencia, ni su geología parecen haber interesado a los españoles. Erales suficiente haber encontrado un cerro de plata en el corazón del desierto. Desde los picos de las montañas la ciudad de Potosí, de forma oblonga, está orientada al norte clavado, calculando por la Catedral, y corren las calles de norte a sur y de este a oeste en ángulos rectos.

En el socavón de las minas que está alto, mide 3.500 yardas de diámetro, o casi seis millas de circunferencia, lo que dará nueve para la base.

El siguiente se dice ser el origen de las maravillosas minas de Potosí. Un indio llamado Diego Gualca, de nación Chumbivilca, fronteriza del Cuzco, mientras corría cerro arriba detrás de algunas ovejas, en el borde de un declive, para librarse de caer, se agarró a un arbusto llamado Ycho, que cedió y descubrió plata pura junto a la raíz. Comunicó el secreto a dos españoles que trabajaban las minas de Pasco, quiènes se dirigieron a Potosí, y fueron los primeros en beneficiar este mineral renombrado. En tiempo de Acosta las minas producían 300.000 ducados diarios; solamente una parte de los trabajos posteriores deban este provecho. Se decía haberse sacado nueve millones de duros anuales en un período de su historia. Los dos españoles se hicieron primero dueños de la mina en vez del pobre indio; mina que ahora, lo mismo que las afamadas llamadas La veta rica, o Más Poderoso, Las vetas del Estaño y Los Ciegos, está bajo de agua aunque no profunda. Ha sido aquí costumbre parar enteramente los trabajos de minas, cuando se llega a lo que llaman mineral negrillo, por hallar más difícil extraer la plata o porque el agua generalmente aparece al alcanzarlo.

Las clases de minerales contenidos en estas minas son dos, el negrillo, carbonato de plata negro, o sulfato blanco de plata con mineral cobrizo, frecuentemente mezclado. La segunda especie se llama "paco", pero la pri-

---

(1) Helmes dice que la circunferencia del Potosí es de diez y ocho millas: esto debe ser equivocado: ocho o nueve es más aproximado a la verdad.

niera es más rica, produciendo de veinte a cuarenta marcos por cajón. Los minerales de paco están cerca de la superficie y aunque más pobres son más abundantes. Su composición, según buena autoridad, Helmes, es, por el resultado de más de trescientas muestras, término medio, seis a ocho marcos de plata por cajón de 50 quintales. En estos minerales más toscos se encuentra con frecuencia plata sólida, especialmente con mineral moreno grisáseo, y entonces cada cajón da veinte marcos.

El suelo de la montaña es de pizarra arcillosa, firme, amarillenta. Está lleno de cuarzo ferruginoso en que se encuentra interceptado un mineral de plata y otro algo vítreo. Aunque esta montaña ha sido trabajada tanto tiempo, está meramente picada en la superficie. Las minas han ido hasta poco más de setenta yardas en profundidad y horizontalmente unas ochocientas. Que el trabajo de los minerales menos considerables y más pobres respondiese a los propietarios, se explica bien, por muchas ventajas peculiares del lugar; tal como la vecindad de los ingenios a las minas, estando al pie de la montaña; provisión de agua que nunca falta para mover los ingenios y suplir terrenos de amalgamación; pronta expedición y flete barato de los minerales en pollinos o llamas (1). Los mineros y trabajadores son numerosos y razonables los salarios. Por estas ventajas pocos propietarios pueden aun sacar buen beneficio de los minerales con término medio solamente de tres marcos por cajón.

La ganancia corriente por semana de un ingenio y también los gastos de molienda para amalgamación de veinte cajones de mineral, cada cajón de 50 quintales, son:

Transporte a los trabajos, veinticinco duros.

Amalgamación, mercurio, etc., veinticinco duros.

o, en números redondos, 1.000 duros por cada veinte cajones. A nueve marcos cada uno, esto es 180 marcos, a siete duros cuatro reales el marco, y da 1350 marcos; de que, deduciendo 1.000 duros para gastos, el mineral común produce 350 duros semanales, en cada veinte cajones. Esto es, poniendo los gastos muy altos y la producción muy baja, o cuatro reales menos de lo que el marco de plata vale para exportar.

---

(1) Este bello carnero del país llevará dos arrobas, y los asnos cuatro arrobas de veinticinco libras. Su mantención es nada, literalmente.

Las utilidades de un ingenio, en consecuencia sería £ 3.640 anuales, tomando el duro a la par, o sea cuatro chelines. Ahora presumiendo que una compañía con capital de £ 100.000 solamente pudiera conseguir y mantener activos cinco de los noventa ingenios que antes trabajaban, la utilidad más baja sería de £ 18.000 por año. Sin duda es cierto, que las personas empleadas en regiones tan lejanas, y privadas de todo lo que en Inglaterra se consideraría comodidades indispensables, tienen derecho a esperar una hermosa remuneración. Pero, que los gastos de tales personas consuman un tercio de la utilidad, y aun quedan £ 12.000. Este cálculo, sin embargo, como puede verse, no da ningún dato de lo que serían las utilidades si se adoptasen molinos y maquinaria perfeccionados, junto con amalgamación científica y método europeo de extraer los minerales. El mercurio también se adquiriría de primera mano, y de cincuenta a sesenta duros, en vez de costar como antes, en Potosí, donde acostumbraban pagar por él, de ciento veinte a ciento treinta duros el quintal.

"Por esta amalgamación", dice Helmes, "apenas podían ganar dos tercios de la plata contenida en el paco, y por cada marco de plata pura ganado destruían uno y con frecuencia dos marcos de mercurio. En efecto, todas las operaciones en las minas de Potosí, molienda, acarreo, lavado, avivar y quemar el mineral, se ejecutan de manera tan descuidada, que comparar el método excelente de amalgamación, por el Barón Born, practicado en Europa, con el procedimiento bárbaro usado por estos indios y expañoles, sería un insulto al entendimiento de mis lectores (1). De la asombrosa pérdida en refinar cobre por aleación, más adelante agrega: "En la acuñación de Potosí (en aquel tiempo entre 550 y 600.000 marcos de plata y 2000 marcos de oro se producían anualmente) cada quintal de cobre refinado, usado en la aleación de monedas de oro y plata, costaba al rey treinta y cinco libras esterlinas, gracias a la burda ignorancia de los directores de trabajos, que empleaban un mes entero en quemarlo y calcinarlo, haciéndolo con frecuencia inútil para el propósito".

Es notorio en toda Sud América que, hablando en general, las minas han sido abandonadas, al momento que los manantiales del terreno se convertían en obstáculo para seguir trabajándolas. Los mineros más vie-

---

(1) Helmes: *Travels to Potosí and Lima.*

jos y prácticos afirman uniformemente la misma cosa, y además, esto sucedía cuando la mina había estado en lo mejor del trabajo. "Las herramientas de los mineros indios son toscas y pobremente ideadas. El martillo es enormemente pesado y la barreta de pie y medio de largo, es difícil de usar en los sitios angostos de la mina. El humo de las velas de sebo ordinario tiende también a viciar el aire". En comparación los minerales más ricos rinden menos metal, por falta de conocimientos metalúrgicos para distinguir su clase, y de habilidad para reducir las sustancias compuestas con que el mineral más precioso está entremezclado; pues cuanto más sútil es el mineral, generalmente es más rico.

En Potosí hay abundancia de terreno virgen intacto, quizás unos tres cuartos. Un millón de esterlinas se podría embarcar, aunque un tercio respondería a todo el fin requerido. Había proyectado, cuando examiné la montaña (suponiendo que el espíritu dominante en Inglaterra cuando la dejé, se mantuviese firme y cauteloso), demoler el pico del cerro. Las quebradas que lo rodean son profundas y parecen adaptadas por su capacidad para recibir los escombros. El cráter de la cima está abierto, listo para recibir dos o tres mil barriles de pólvora, que harían volar el pico, y posiblemente abrirían el cerro hasta las galerías de las minas superiores. Los pocos propietarios que han quedado, venderían sus derechos por una mera pitanza o participación en las utilidades de la empresa. He pensado a menudo la vista que se observaría presenciando desde los altos de la ciudad tal explosión.

Un día, después del desayuno, en compañía de un amigo del señor Ibarquin, montados en mulas, cruzando la quebrada extendida entre nosotros y la montaña, trepamos hasta alcanzar el gran socavón, excavado, según algunos, con gasto de 1.500.000 duros, después de nueve años de trabajo. Esta obra estaba literalmente abandonada. Su fin era el desagotar toda el agua de las minas en su dirección, pero lo cavaron demasiado alto para tal propósito. El arco en la abertura es espacioso y bien comenzado, pero se contrae a medida que avanza y por fin es muy molesto. Debe haber costado un desperdicio considerable de vidas humanas la excavación, si siempre fué tan difícil respirar como lo experimenté a causa de exhalaciones arsenicales y malsanas. A un lado está una salida para el agua que ahora corre en caudal conside-

rable, sulfurosa e intensamente coloreada. Penetrando doscientas o trescientas yardas en este socavón me fué bastante, si bien algunos de nuestro grupo fueron hasta el fin, que estimaron en 1.500 yardas. Este socavón interceptaba varios filones nuevos que, no siendo propiedad privada, nunca habían sido trabajados. Es probable que el mineral no compensase el gasto de sacarlo por la boca del pozo. Se ha dado una razón para la dirección equivocada del socavón, que forzosamente pinta los fraudes practicados por agentes de su muy católica Majestad para enriquecerse; se hizo con el propósito de evitar que remediase a las minas inundadas, que así se convertirían en infantazgos reales, y el trabajo de ellas habría aumentado la mayoría de los mineros que las trabajaban y levantado los precios en proporción que los minerales inferiores no reembolsarían. Una suma de dinero para los ingenieros fácilmente puso la cuestión en el camino deseado.

En nuestra excursión entramos en una bocamina cuyo mineral era negrillo; allí estaban poco indios pobres afanosamente ocupados. Cuando hubimos alcanzado dos tercios de la montaña, nos vimos obligados a trepar el resto, y dejar abajo las mulas. No había senda y escasamente huella, de modo que, cediendo las piedras, y con la puna por la rarefacción del aire, era operación difícil, si no peligrosa. La puna me hacía parar a cada momento, hasta que, llegado al tope, que desde abajo parecía agudo pico, hallamos bastante espacio para que vivaquease un regimiento de soldados.

Los restos de un cráter que se habían alineado más o menos en el centro de la montaña, atrajeron nuestra atención, y por varias muestras de mineral calcinado que hallamos, la montaña misma es a las claras volcán apagado, otrora de considerable magnitud. Algunos del grupo se ocuparon en empujar al abismo grandes bloques de piedra que sobresalían en el borde del cráter divirtiéndose así con el sonido retumbante producido. El pasatiemop casi costó la vida de uno de mis compañeros. Este caballero, Mr. Adams, antiguo conocido de Chile, en breve publicará, espero, la narración del viaje más interesante desde Mendoza por el pie de la Cordillera, toda la distancia hasta Potosí, habiendo hecho todo el camino por la posta, con pocas camisas y silla de montar por lecho. En el caso presente insistía en empujar un bloque que era evi-

dente lo arrastraría consigo, aunque se le previno del peligro. Nada más que su sangre fría le salvó. Yo tenía el corazón en la boca de miedo por él. Echó los brazos atrás al caer con lo que muy felizmente dió equilibrio de una onza o dos en favor de aquella porción del cuerpo en *terra firma*, estando la otra suspendida sobre el abismo, horrible de pensar—si se hubiese agitado, hubiese caído—como que se salvó lo más providencialmente.

El 5 de noviembre pasé la tarde con el general Miller que en breve saldría para Inglaterra. Hubiera sido lo más feliz viajando con él. Mr. Adams también partió y le acompañé hasta fuera de la ciudad, viéndole partir con el sentimiento de un escolar sin vacación que ve a sus camaradas que le abandonan. Mi ánimo estaba lejos de ser bueno; parecía presentimiento de la noticia que recibí el día siguiente en carta anunciadora de que todos mis trabajos habían sido infructuosos. Mr. Scott llegó el 6 para examinar la propiedad minera del doctor Rúa, su ingenio, etc., que teníamos en trato. Le anuncié las noticias; es innecesario insistir sobre su sorpresa.

El día siguiente me despedí del general Miller que delegó el gobierno en el general Urdininea, a quien me recomendó encarecidamente, sospechando poco que todas mis más ardientes esperanzas habían fracasado, y conseguí la firma oficial de los documentos necesarios para salir al Pacífico; en cuanto a la mejor ruta, consulté al señor Ibarquin, excusando mi súbita partida lo mejor que pude. El 13 tuve un terrible ataque de soroche, pero pude arreglar algunos negocios preliminares. Confieso que nunca como ahora encontré desagrados más serios, al hallar mi trabajoso viaje y esfuerzos sin fruto. Me parecía inexplicable.

Luego conseguí permiso, por intermedio del bondadoso Ibarquin, para acompañar a un comerciante, como compañero de viaje, quien iba a la costa. Se procuraron peones y mulas, y resolvimos tomar el camino del desierto de Caranja, por ser el más corto. Los señores Menoyo y Scott consintieron en compartir conmigo la fatiga, y, a pesar del ataque de puna, mi ánimo revivió con la esperanza de ver pronto el Pacífico.

CAPITULO XIV

Salida de Potosí.—Grandioso paisaje montañoso.—Frío intenso. —Bello aspecto de una tormenta andina.—Segunda tormenta.—Forma singular de las montañas.—Llegada a un pueblo indio.—Marcha nocturna por un arenal.—Pueblo de Andomarca.—Encuentro con un arriero que iba a Tacna.—Sepulcros de una raza perdida.—Obligados a dejar atrás nuestras mulas.—Residencia india.—Cosapilla.—Frío y calor extremos.—Llegada a un pueblito indio.—Descanso en Tacna.—Producciones vegetales, etc.

Antes de dejar Potosí, me despedí del gobernador y del servicial Ibarquin, a cuya familia me sentía muy obligado. Era el hombre más desinteresado, pues aun necesitándola, apenas pude hacerle aceptar remuneración del hospedaje; en efecto, literalmente le forcé a tomarla; había de cierto más virtud en este viejo vizcaíno que en miles de sudamericanos nativos. Nuestro compañero de viaje había partido antes que nosotros en la primera etapa, con su tropa de mulas. Salimos por la mañana temprano del 17 de noviembre para alcanzarle. Después de adelantar algún camino y mirando atrás tuve la no escasa satisfacción de ver el cerro de Potosí a dos leguas en línea recta, aunque nos había costado siete situarlo así por el más tortuoso camino desierto. Nos detuvimos en un pedregoso valle árido, y tomamos algún refrigerio junto a un arroyito, respirando al menos aire más puro. Pasamos la noche en un mísero rancho donde poco dormí, habiéndose escapado las mulas del corral y extraviado. Después de mucho trabaja y regalar un duro a nuestro posadero indio, proseguimos detrás de nuestro amigo, el comerciante. Este indio poseía un rebaño de la clase más magnífica de llamas; el resto de su propiedad, terreno y todo, no valía dos peniques.

Hicimos tres leguas de camino pedregoso, un tercio del cual era por una quebrada de solamente veinte pies de ancho, con montañas que se alzaban hasta los mismos cielos. Este camino parecía desgarrón convulsivo hecho por la naturaleza: por fin acampamos cerca de un arroyo

delicioso, donde algo, aunque poco, crecía para que picasen las hambrientas mulas, y donde, a falta de otra leña, nos vimos precisados a usar bosta de las mulas de nuestro amigo, que habían descansado en el mismo sitio la noche anterior; con esta calentamos la pava. Empleamos seis horas en recorrer las tres leguas mencionadas.

El 19 de noviembre, tuvimos helada nocturna y ésta, con la escasez de pasto para las mulas, nos hizo amanecer a todos descontentos. Aquel día hicimos progreso tolerable de siete leguas, atravesando las montañas más asombrosamente estupendas, cuya horrenda grandiosidad no igualaba a nada que yo antes hubiese visto. El día entero mis ojos no pudieron reposar en otro objeto que su estéril inmensidad. Al caer la noche, tuvimos vista de la hoyada de un valle cubierto de césped, hacia el que los pobres animales trotaron ligeros, como si lo hubiesen olfateado desde lejos. Un arroyo corría por el centro de esta hoyada, llamada Cañada de los Frailes, por las altas montañas que la circundan. Encontramos la noche intensamente fría, pero hicimos lo mejor posible para encender fuego con bosta de mula y algunos huesos de osamentas.

El 20 salimos a eso de las 8 a. m., medio helados. Las mulas sufrieron mucho y el guía mostróse aprensivo, a causa del cariz de las densas nubes que envolvían las cumbres de las montañas, de que nos tomase un temporal de los comunes en la cordillera en esta estación, y ciertamente fatal para las mulas si lo encontrásemos. Por tanto apuramos muy duro a los desgraciados animales, y cruzamos la más alta cadena pasable de los Andes en esta sección, a las 3 p. m. En la base de los Frailes al oeste y a corta distancia del arroyo (que ha hecho el sitio relativamente fértil como se podía ver por las llamas, guanacos y ciervos pastando en tropas, está un notable y lindo busto natural de un galgo italiano, de tamaño hercúleo, con la lengua defuera, y al parecer casi vivo. Observamos, en el curso del día, otra curiosidad semejante en una roca, la semblanza de un león vista al acercarse, y así continuaba hasta encontrarnos frente a él, cuando apareció bastante disforme, una simple masa sin forma. De la cumbre de esta cordillera se derrama un torrente con fuerza impetuosa, el agua fluía dividiéndose a cada lado hacia los llanos inferiores. Alpacas y llamas cargadas de sal, indicaban alguna población no

distante. La tarde nos llevó a una aldea india, llamada Caliente, situada en un lugar bajo que produce sal y algas (1), cuyo nombre es el llano de La Paz: aquí nos resguardamos de la helada blanca, reinante en esta altura, aun bajo el trópico. Este día no tuvimos sino pasto como alambre para las mulas, que sufrieron más aquí que a mayor altura de la cordillera.

Partimos el 21 más bien tarde, por haberse extraviado las mulas buscando pasto, y no adelantamos sino corta distancia para aprovechar un sitio en las márgenes del río Marquesa, donde había pasto; alegraba el corazón verles disputándoselo. Ningún viajero pasa por este sitio sin recordar la grandiosa escena que lo rodea. La mente es literalmente banqueteada con la majestad y sublimidad de la vista. Apenas habíamos armado nuestro casi roto remedo de carpa, cuando las nubes se amontonaron al sudeste y el guía empezó a temer uno de aquellos temporales tan fatales para la vitalidad en esta elevada región. Todo el anfiteatro de montañas que nos rodeaba, de súbito se cubrió de obscuridad. Nubes rodaban sobre nubes, densas y negras. Esperábamos ser retardados, pero las montañas se cubrieron todas de nieve, ninguna escapó. Cuando escampó, las cumbres antes obscuras y sombrías, deslumbraban con su moteada vestidura: en un par de horas pasó la tormenta. La vista era muy impresionante; la artillería celeste funcionaba a lo largo y en contorno de cumbres ceñudas con reiterados truenos a que ninguna comparación puede hacer justicia, me hacía sentir cuán pequeños y despreciables éramos ante la magnitud de los agentes naturales entonces en colisión. Siguió una helada blanca en la noche que penetró las pieles y aparejos con que se cubren las mulas cuando se envían a pastar, para protegerlas el lomo de la helada. Nuestro viaje volvió a demorarse para secarlos, antes de ponerlos con seguridad sobre los muy maltratados animales. No obstante el regalo de la noche, sintieron la intensidad del frío terriblemente, y agacharon las orejas, signo de no buen carácter en cuanto a su estado. Eran las nueve y el sol no había secado los cueros y reparado el daño.

---

(1) El propietario de este sitio hacía tráfico considerable de sal y algas con Potosí; la primera alrededor de dos chelines el quintal. Llegamos demasiado tarde para examinar los lagos, algo distantes, donde los trozos de sal se cortaban en tan grande altura.

Recorrimos diez leguas de desierto el 23, subiendo todo el camino. Encontramos una segunda tormenta, mientras vivaqueábamos en lo que se llamaría costilla de los Andes. No nos causó perjuicio irreparable aunque nos mojó; pues toda la artillería del cielo abrió el fuego esta vez lejos de nosotros y fué magnífico espectáculo mirarla allá abajo. Las mulas, sin embargo, no estaban en estado de soportar otra visitación tan terrible. Fué una noche horrible para todos nosotros. La altura donde descansamos se llama Chacra y Chacra, por alguna finca, presumo, de la vecindad, aunque no vimos nada parecido a población.

El 24, al romper el día, encontramos que nuestra posición era una meseta, limitada a los lados por montañas paralelas de este a oeste, y terminando en ásperos macizos de figura muy semejante a una ballena de Groenlandia.

Esta mañana sentimos absoluta necesidad de una empinada de codo extraordinaria. Mr. Menoyo evidentemente languidecía, y Mr. Scott, con sorpresa mía, tenía menos ánimo y solidez. Una taza de te caliente, con un vaso de ginebra, nos hicieron revivir, y descendimos a un gran llano arenoso, donde hallamos agua salada, para miseria de nuestras infelices mulas. Por este llano nos arrastramos pesadamente cinco leguas largas y llegamos a un pueblito indio considerable llamado Aullagas. Hicimos noche en los bordes del canal, así llamado porque se vacía en el lago del mismo nombre. Esta porción de agua es curiosa como canal y portillo del Desaguadero. Casi me recordaba nuestro canal de la ciudad, orgullo de navegantes terrestres. Aquí las mulas se pasaban en balsas, dispuestas para atracar a la orilla, en forma de canoas, hechas de grandes atados de totora compactamente unidos y asegurados con palos.

El 25 cruzamos seis leguas de desierto arenoso que produce en grandes ramilletes una especie de pasto, llamado por los nativos "pasto bravo" por ser espinoso, terminando cada hoja en una espina o espiral de mondadiente. Las mulas a falta de otra cosa que comer, siempre toman los manojos de lado para evitar pincharse. Si calculamos la distancia por el tiempo empleado en atravesar este mar de arena, debemos haber andado diez en vez de seis leguas. El calor era tan opresivo que una mula se cayó, y fué abandonada a su destino. A las

3 p. m. llegamos al pueblito indio de Orenoka, lugar de considerable población en el curato de Andomarca.

Tiene ciento cincuenta casas, parte de las que, sin embargo, están desocupadas. Está situado en el declive de un cerro arenoso y estéril. En un pantano del valle inferior crece pasto para el ganado del lugar y unos pocos asnos y ovejas. Algunas chacras en las montañas cercanas proveen a los habitantes de cebada, chicha y corta cantidad de avena, único lugar donde observé el último grano. Salvo la bosta de llama, toda la leña que esta pobre gente tiene es raíz de pasto bravo. Las casas son techadas con *cactus peruvianus*. Parecen ser raza industriosa y cuando se ausentan de casa durante el día, aseguran las puertas con cerraduras de madera, de origen chinesco, a menos que tengan una persona de edad para cuidar adentro. A cada lado de las puertas, observé un montón de piedras, pero no pude encontrar el propósito de colocarlas allí, si por un motivo religioso o por costumbre. Mucha de esta gente se ocupaba de hilar lana de llama, o tejer sacos o tela para chaquetas, pantalones, o adornos femeninos de bayeta. Sus utensilios agrícolas eran de madera y no tenían ningún moblaje. Noté aquí en el corazón del desierto los restos de un azadón inglés. Los más inteligentes de esta gente nunca han oído hablar de la nación inglesa. Los hombres eran de estatura mediana, tendiendo a la robustez de cuerpo, y de mejor aspecto, que las mujeres que eran feas. Parecían vivir en armonía, gobernados por un cacique, conforme a la costumbre peruana. Tuve oportunidad de ver al cacique administrando justicia. Le rodeaba un consejo de hombres y mujeres. Se trataba de una mujer acusada del robo de unas llamitas que se habían creído arrebatadas por los zorros, pero los habitantes no habían podido encontrar trazas de zorros en la vecindad. El primer día el acusador formuló el cargo abiertamente; el segundo día compareció la acusada y el tercero se iba a dictar sentencia. Se tomó el veredicto u opinión de las presentes, a guisa de jurado o consejo, pues en conclusión se separaron los hombres a un lado y las mujeres a otro. Los hombres dieron su opinión separadamente con las manos alzadas como en aseveración solemne, durante el que todos estaban con la cabeza descubierta. Parecía que la acusada tenía muchos amigos poderosos. Se produjo discusión y el jui-

cio se sometió al subdelegado provincial. El estado moral de esta gente, en cuanto al robo, debe ser bueno porque habrá poca tentación donde no hay valores que ratear. Una silla bárbara fué el único mueble que vi en el lugar, y pocas ollas y cacerolas todo lo necesario. Hasta de esta pobre gente el cura que la visitaba en Navidad, Candelaria y Pascua, extorsionaba mucho. Durante la fiesta de San Francisco y el Rosario, celebradas el 22 y 24 de octubre, ostensiblemente en provecho de las almas, pero en realidad del cuerpo del cura, que recogía mejor cosecha de este mísero lugar que de cualquiera otra de Andomarca; uno de sus principales emolumentos provenía del mejor postor para llevar el guión en la procesión. Por un matrimonio entre esta pobre gente el extorsionador percibía diez y medio duros; un bautizo, cuatro reales; y el funeral se pagaba conforme a lo que se podía extraer del patrimonio del difunto. De este modo son robados estos pobres esclavos; pero, bajo los antiguos españoles, cada indio llamado a trabajar en las minas, estaba obligado a traer consigo cuarenta corderos para su sustento durante el pretendido trabajo de doce meses, más comunmente de toda la vida.

Aquí después de mucho generalato, conseguimos para las mulas, alimento pasable de paja, y un poco re cebada por vía de piscolabis. Sin embargo, parecía necesario algo más, para sostener a los pobres animales durante otro día de calor tan quemante, por tanto aprovechamos la noche para viajar, afanándonos para aliviarlas metidos hasta el tobillo en la arena, con tan bello claro de luna y estrellas, como nunca plateó las llanuras de Arabia. Esta marcha forzada fué de nueve leguas aunque no llamadas sino siete. Marchamos la noche entera y por la mañana llegamos a una eminencia en las cercanías del pueblo de Andomarca, cuando el sol se levantaba en el horizonte lejano sobre el Desaguadero, con grande esplendor, compensándonos algo la belleza del espectáculo nuestra tarea nocturna. Fué sacrificio en obsequio de nuestros sufridos animales que algunos del grupo no parecieron inclinados a patrocinar. Pero sus ansiedades no eran de la misma índole previsora que la mía, que respondía a diferencia entre nosotros en cuanto a la utilidad de la cosa.

Al descargar las mulas hallamos los lomos en estado horrible. Deliberando al momento, resolvimos que

yo elegiría las mejores y seguiría con el guía, dejando a mis compañeros Scott y Menoyo para seguir con el primer arriero que regresase de Potosí, y diese una mano al equipaje aliviando nuestro ganado.

La mañana siguiente mi criado anunció la grata noticia de haber entrado una tropa de mulas destinada a Tacna. Inmediatamente negocié con el dueño nos condujese a nuestro destino, en lo que finalmente consintió por setenta duros. Esto, sea como fuere, decidió nuestra feliz llegada al término del viaje, pero no la de nuestras mulas. Salimos al punto y marchamos hasta las 9 p. m. en dirección al fogón encendido por los arrieros a lo lejos, pues mientras tratábamos con el dueño por la mañana, había pasado tan lejos que nuestros pobres brutos no pudieron llegar con ellos, y sufrieron la aflicción de otra jornada terrible que casi completó su ruina. Todo el camino era de la misma contextura arenosa del anterior. Los rayos solares quemaban la piel del rostro: mi nariz estaba literalmente desollada.

Se fijó la hora de partida a las 2 a. m. para parar a las 3 p. m. Mis compañeros estaban pesados de sueño. Este día la escena varió solamente con el descubrimiento de numerosos sepulcros indios, de forma oblonga y diez o quince pies de alto. Aparecían a todos rumbos hasta donde alcanzaba la vista, mostrando sus cabezas blancas, semejantes a topes de casas en una ciudad deshabitada, más que a monumentos de una raza exterminada. Aquí, en el ancho desierto, estaban los cenotafios de Incas y caciques a miriadas, pertenecientes a un pueblo olvidado. El hombre había destruido al hombre, hasta ser estos el único recuerdo de su existencia. También la naturaleza como él ha de haber decaído, pues la llanura arenosa por donde marchábamos debe haber sido antes fértil, y mantenido gran población, de que estos monumentos eran despojos. La escena era triste con referencia al pasado o al presente.

Viajamos ocho leguas y nos paramos en un manchón de césped llamado Lagunillas, por su vecindad a un lago demasiado salado para beber. La tierra en el borde de nuestro campamento, sin embargo, nos dió agua excelente. Nuestras mulas, aunque descargadas, parecían grandemente acongojadas y llegaron una hora más tarde que la tropa del arriero.

Como los arrieros se quejaban de nuestra demora

en levantarnos, desperté temprano a mis compañeros, hice hervir primero la pava, y nuestras mulas salieron media hora adelante; pero, en estado tal de cansancio, que temíamos que algunas no pudieran aguantar la jornada que terminó en una pampa, después de sufrir calor excesivo. Hicimos diez leguas que parecieron doce recorridas entre fuego. Un pueblito indio llamado Cosapa, estaba solamente a media milla, donde no pudímos conseguir más que pan pasablemente fresco.

El siguiente día, al revistar nuestras fuerzas, hallamos que faltaba un peón y dos mulas del completo. Un número de los otros animales estaban tan cansados que fué necesario dejarlos atrás con Mr. Scott, en la esperanza que se repusiesen con un poco de descanso. Como aliciente adicional para que se quedase, encontramos que los cerros donde habíamos dormido abundaban en minerales, uno de ellos era, en forma y altura, copia de Potosí. A consecuencia de este arreglo no marchamos todo el día. Paramos en un lugar llamado Guaylas, con agua buena y abundancia de un pastaje, denominado "ciénagas" que crece exuberante en los salares de que estos valles abundan, siempre que estén en vecindad de agua dulce. Aquí, como en Lagunillas, se ve el fenómeno de un salar que produce pasto nutritivo para los animales, a causa de erupciones expontáneas de manantiales de agua dulce debajo de él. Esta era linda situación cercada de tierra, en que un indio industrioso, aprochándola, ha levantado una choza, y criado lindo rebaño de llamas y ovejas. Nos trajo un cordero, y su hijita bronceada, una jarra de leche, que costó solamente dos reales. Era bella, modesta e interesante.

Cerca del lugar donde dejamos a Mr. Scott, sobre un cerro, estaban los restos deshabitados, de una ciudad india, con ciudadela y muralla de piedra en contorno, obra de alguna edad remota, y de un pueblo que ha perecido. De un lado está protejida por una profunda quebrada. La muralla tiene aberturas o troneras y las piedras son ensambladas de modo muy singular. Se pueden emplear arcos y lanzas desde las aberturas para molestar con ventaja al enemigo; y algunas de las troneras eran bastante grandes para un cañón. La ciudadela estaba en el centro del lugar y parecía reservada como última retirada contra un ataque hostil. El conjunto probaba claramente que en alguna época pasada los abori-

genes fueron gente más poderosa que cualquiera de la que se supone descender de ellos, ahora sobrevivientes, nos harían esperar.

El día siguiente salimos con helada que nos hizo hacer muecas otra vez. Encontramos un oficial con despachos para el general Miller, que había salido de Tacna tres días antes, esperando llegar a Potosí en nueve más pero tenía los más lindos animales para conducirle. Nos esforzamos ocho leguas, de cerro en valle. Cada valle en forma de hoyada, y algunos en simas oscuras, voraces, profudas en el centro, donde el rugido del torrente invisible sorprendía al oído con temor. Estas aguas parecían esforzarse y enfurecerse invisibles para encontrar alguna salida subterránea; pero otras se veían en todo el trueno de su turbulencia, hirviendo, remolineando, borbotando en estrechas gargantas, o impelidas a precipicios que se miran desde otros más altos aún, muerto de sed, la mula y uno mismo, perdiéndose la grandiosidad de la vista en su suplicio de Tántalo de ver y oír agua dulce que los labios sedientos no pueden alcanzar. Luego atravesáis una roca saliente bajo la cual el agua se desliza compacta como flecha; y después, el impetuoso torrente allá arriba, saltaba de peñasco en peñasco; ahora una cinta de plata y luego una masa quebrada de espuma, pero todo más allá de vuestros medios de acceso. También encontramos una tormenta eléctrica, cuyas reverberaciones eran tan tremendas, tan sublimemente grandiosas en el sonido, repetido por el eco de montaña en montaña, a lo largo del valle y quebrada, que ninguna pluma le haría justicia; las maravillas de los Andes se remontan más allá del poder del lenguaje para describirlas. Deben verse para conocerse en los terrores de su magnificencia.

El 3 de diciembre pasamos la choza de un indio cabrero y encontramos el acostumbrado "no hay" a todas las preguntas. Paramos en la posta llamada Cosapilla, en la falda de elevada montaña. Medio muertos de hambre, obligamos al indio nos vendiese un par de carneros flacos, lo que hizo con la usual demostración de pesar, es decir, llorando cuando fueron degollados; aunque algunos me dijeron que este sentimiento entre esta gente primitiva es simple hábito. Hicimos ocho leguas largas, más probablemente doce: tal es el modo engañoso de tratar aquí a los viajeros, que hace las distancias

realmente más fastidiosas. Con sol ardiente, la mayor parte del día desprovistos de agua, esta fué la jornada más cansadora que hicimos. Algunos del grupo no llegaron en un par de horas siguientes al arribo del capataz y mío. País y persepectivas eran semejantes a los del día anterior. El guía, de cuando en cuando apuntaba a los cerros distantes. Los cerros minerales de Caranja estuvieron a la vista durante cuatro jornadas, lo que demuestra cuán poca distancia efectiva debíamos haber recorrido en un rumbo.

El 4, siendo atacado durante la noche por reumatismo agudo, me froté bien las coyunturas con aguardiente. Con esto, aunque me ví obligado a valerme de la ayuda del peón para montar, pronto hallé mis miembros flexibles. Salimos a las 3 p. m. rogando que el sol disipase la cruda helada que tuvimos que sufrir tres largas horas; y durante tres horas después de levantarse el sol, una casa de hielo para cobijarse, habría sido un lujo. Ahora, más que nunca, sentí era desgracia no tener barómetro para medir nuestra elevación. Marchábamos entre montañas, aparentemente tan elevadas como cualquiera de las señaladas por el guía como las más altas. Los picos nevados parecían eternos, con el sol del medio día cayendo a plomo sobre nosotros y ellos. Todavía nuestro camino era por pendientes al parecer no interrumpidas por gradientes. Paramos después de una jornada cansadora en Piedra Grande, donde hallamos un poco de pasto bravo para las mulas, pero no agua. El día siguiente salimos a la hora acostumbrada y tratamos de alejar la escarcha de la nariz con un cigarro. Lo más del día subimos lo que se llama la Cordillera Inferior, que se ve a distancia tan inmensa desde el Pacífico. Todo el paso fué cruelmente áspero para las mulas; el camino, si así puede llamarse, estaba cubierto con pedazos de roca suelta. A las ocho p. m. después de marchar cinco horas, alcanzamos la cumbre de una cadena continua de tierra montañosa, esperando que cada eminencia a que llegásemos fuera la última y más alta, cuando, de golpe, desde esta altura grandiosa, apareció a la vista la vasta extensión del Pacífico, para nuestro gozo indecible. Distaba de nosotros treinta leguas, según el guía. Como iba algo adelante de nuestro grupo, desmonté de la mula para disfrutar esta gloriosa, esta estupenda escena de grandiosidad. Nunca se presen-

tó vista de montaña más poderosa a la mirada humana en ninguna otra parte. Era un cuadro para mirarse en silencio, pues el lenguaje hubiera interrumpido la profunda admiración en que me sentía absorto. Estábamos miles de pies arriba del terreno intermedio, lo mismo que del agitado océano. Contemplaba aquellas aguas azules revolviéndose, que circundan tanto del globo, desde, creería, lo menos 12.000 pies, formando elevación inferior de los Andes; y jamás olvidaré la impresión producida por el cuadro en mis sentidos. La meseta de muy abajo, era probablemente tan alta sobre el nivel del mar como la soberbia cadena pirenaica en Europa, y la mirábamos cual valle lejano.

Cuando llegaron los demás del grupo, hicimos alto y almorzamos junto a un arroyo de montaña, con márgen ferruginosa, y después, seguimos a marcha forzada por un declive, e hicimos noche en un pueblito indio ubicado muy románticamente, diez veces más encantador para nosotros por ser el primer acceso a sitio donde la naturaleza usaba su librea verde, espectáculo de que tanto tiempo nos habíamos visto privados. Nos inspiró el mayor gozo, y cruel debe haber sido la sensación de las mulas hambrientas que nos quedaban, cuando zambulleron hasta la garganta sus cansadas cabezas en la alfalfa. Las pobres bestias, tan grande fué su aprensión de que no alcanzase para todas, que se produjo una de coces y relinchos, para sacarse recíprocamente del Eliseo, en que habían entrado. Consiguiendo leche, huevos y pollos de que estábamos algo necesitados, también nos regalamos. A las 8 p. m., como el arriero deseara llegar a Tacna lo más pronto posible, propuse marchar con él de noche, dejando a Mr. Menoyo que siguiese con nuestras mulas, que, en un paraíso de buena alfalfa merecían disfrutarlo un poco.

Mi viaje nocturno todavía fué por una sucesión de montaña y valle, a lo largo de una garganta profunda, en que la luna solamente nos favorecía cuando, en alguna vuelta de la senda, de repente iluminaba nuestro lóbrego camino. Mucho lamenté no haber pasado de día por este escenario. En una angostura profunda se levantaba el Pacífico al frente y de través, como oscura muralla, aunque distaba veinte leguas. Parecía amontonada en las nubes una vasta barrera para mi viaje.

Arriba, o más bien aparentemente colgado contra ella, y cerca de mi, había un objeto redondo, negro, con aspecto de sombrero y tan cerca que lo tocaría según imaginaba. Esto, me dijo el guía, era una isla en forma exacta de Sombrero de Fraile y por ello así llamada. Apenas podía imaginar que no estuviese junto al océano; tan maravillosa era la ilusión desde el hueco en que estábamos; no era menos grandiosa que extraordinaria.

A eso de las 3 a. m. alcanzamos la casa de un amigo de los arrieros, cerca de Tacna, donde dos o tres horas de profundo sueño cerraron veinticuatro de grande esfuerzo corporal, pero en manera alguna destituido de placer mental, por la novedad y grandiosidad del paisaje recorrido.

La producción vegetal del desierto, aunque no numerosa es muy singular y su carácter general respecto a forma es globular. Así, matas de musgo, aglomeradas con aspecto de colinas musgosas vistas en los terrenos planos de esta comarca, se observan en muchas partes, pero casi matemáticamente esféricas. Estas matas globulares de musgo se componen de hojas verdes y diminutas estrelladas o de flores en la punta de tupidos tallos o fibras, de fragancia resinosa y aromática. Toda la masa es suave y cede con facilidad, y para mejilla y miembros es muy grata, y se utiliza a guisa de cama por el fatigado viajero en mula, de modo que nada en tales circunstancias puede ser más lujoso. El aspecto verdeante de estas colinas alivia la mirada en medio del desierto, cuando se observan nada más que rocas y médanos, exceptuando el carbón, su mismo reverso en aspecto, o pocos algarrobillos. Las espinas de estos últimos tienen tres o cuatro pulgadas de largo y los nativos las convierten en clavos o agujas de tejer.

Cerca de los arroyos y arroyuelos o pantanos del desierto crecen junquillos, sumamente agradables para descansar en ellos. También crecen en la forma circular que toma todo en estas regiones elevadas.

En las faldas de las montañas veíamos una especie singular de zarza, desarrollándose como bolas. Las espinas eran en forma de cuerno, interceptándose entre sí, con las puntas invertidas, de manera que se podía oprimir su superficie con la mano sin herirse. Estos globos de espinas se podían arrancar enteros del terreno con el pie, tan poco adheridos estaban a la tierra por las raíces.

El solo aspecto de arbusto florido que ví en el desierto fué un resinoso producto ramoso, llamado tola por los arrieros. Este, aún verde, nos daba magnífico fuego por la noche, cuando éramos bastante afortunados para hacer alto donde crecía. Desprende olor agradable cuando se le frota entre las manos, algo semejante al del sauce llamado molle, en su fuerte olor aromático. Lo utilizan los indios para tintura. Tiene una serie de flores de diferentes tintes y muy bellas. Abunda en los distritos despoblados donde ya he mencionado haber visto numerosos cementerios antiguos.

Aquí debo anotar, entre otras observaciones inconexas del camino del desierto, algunos fenómenos curiosos. Después de cruzar una de las travesías o llanuras desiertas al legar a una eminencia fué que los ví. Calculámos haber una población considerable en el terreno a que nos acercábamos por las columnas numerosas que se levantaban delante, al parecer de humo. Pero se elevaban en el aire perpendicularmente y de esto no podíamos darnos cuenta pues soplaba un ventarrón al mismo tiempo. Todavía creyendo extraño que el humo ascendiese así, bajamos a las llanuras mismas donde se levantaban. Luego descubrimos que eran remolinos de arena. Llegando a los torbellinos, lo que ocurrió varias veces, hallamos la cosa no muy agradable, pues, independientemente de la entrada que amenazaba a cada momento hacer perder pie a la mula, eran acompañados de un ruido aturdidor, desconcertante, zumbante, que aturdía al ginete, mientras la mula no sabía si detenerse o avanzar. Cerrar los ojos y espolear la mula era el único modo de escapar a su fuerza. Estos vientos deben operar a un tiempo en una vasta superficie, pues barrían adelante con nosotros, a veces, conservando su forma circular, espiral. De lejos las columnas nunca parecían moverse lateralmente, sino remontarse como el humo del fogón de un rancho. Es probable que sean llevadas lejos por el viento y que, por este medio, muchas comarcas, antes féritles, hayan sido reducidas a desiertos estériles, siendo impelidos irresistiblemente, los chaparrones de arena de los remolinos. Algo por el estilo quizás fué causa de que el país en contorno de los antiguos cementerios indios se haya convertido en desierto, pues allí deben haber existido ciudades y fertilidad.

Concluiré este capítulo con algunas observaciones

hechas de la mejor manera que soy capaz, sobre ciertos aspectos geológicos que me sorprendieron en los Andes. Profesionalmente hablando, la ocupación del hombre de mar es de índole muy limitada; su visión se confina durante meses a cielo y agua, lucientes órbitas del primero para regular su derrotero con su principal estudio, su único objetivo el puerto de destino, en el más breve espacio de tiempo practicable. Si en el caso presente, por tanto, un viejo marino muestra su ignorancia en geología comparado con otros viajeros, algo se le debe disculpar.

En el curso de mi ruta, parecería extraño si numerosos aspectos singulares de la tierra en tan largo viaje, y en tan variada superficie, no me hubiesen llamado la atención. Aunque incapaz de disponerlos científicamente, o hablar de ellos en lenguaje adecuado, muchos cambios que vi haberse efectuado en la materia de la tierra, no dejaron de llenarme de asombro. He mencionado ya el paisaje de valle, montaña y desierto, y atrévome a afirmar que en ninguna parte existe tanto campo para estudiar la estructura y formación del globo como en Sud América; ciertamente allí el mundo es de formación más reciente que en cuaquier parte, o sus cambios han sido más modernos. Examinen neptunistas o plutónicos los Andes y su vecindad, donde pueden explorar y teorizar sin fin, y participarán de esta opinión conmigo. Los agentes de ambos elementos estan allí fuertemente marcados de todos modos. Fuegos subterráneos o volcanes, terremotos y *debris* causados por ellos, abundan. Por otro lado, disposiciones aluvionales, rocas desparramadas o amontonadas por torrentes en eminencias, o sembradas por los diluvios; montañas hendidas y separadas, o corroídas por irresistibles inundaciones, se encuentran en todas partes. Vi casos de montañas que habían sido partidas como por arte mágico, con una mitad sacudida o hundida debajo de la otra, pero conservando tan fielmente forma, y la de la superficie de que alguna horrenda convulsión debe haberla separado, que el espectador siente deseo irresistible, como sucedía, de empujarlas y volverlas a juntar. La convicción de que originariamente han constituido una sola masa, justificaría que la persona más escrupulosa jurase que asi ha sido. El algunos lugares las cumbres de las montañas son redondeadas a elevaciones de miles de pies sobre el nivel del mar; mu-

chas leguas al interior desde el Pacífico los habitantes obtienen cal de rocas en descomposición de conchas marinas, no sólo eso, yacimientos de madreperlas se encuentran casi en su conformación primitiva. Del lado del Atlántico, en una cavidad del Corcovado que se alza sobre la capital de Don Pedro, me he procurado muestras de coral perfecto. En la alta Cordillera, además de cristalizaciones salinas, se ven abundantes residuos orgánicos del océano, prueba que no hubo intrusión del mar en un lado del continente más que en el otro, sino submersión uniforme del océano, o levantamiento de la tierra sobre el océano. Si antes el océano cubría la tierra hasta la profundidad de dos o tres millas, ¿dónde se ha retirado ahora tal cantidad de líquido? ¿Si la tierra surgió del océano, cuál fué el agente que efectuó tan estupenda resurreción?

Con frecuencia he pensado que, dada la brevedad de la vida humana, uno no necesita sorprenderse de que los cambios en la superficie terrestre pasen desapercibidos y el trabajo continuo del sistema de la naturaleza, no se vea por la lentitud con que opera. Sin embargo, para quienes, como yo, hayan repetidamente doblado los antes temidos Cabos de Hornos y Buena Esperanza, y encontrándolos desarmados de aquella furia y peligro de los elementos que otrora se observaba en sus cercanías, el cambio es visible. A veces he conjeturado si por algún desplazamiento del eje terrestre, las estaciones no se están haciendo más benignas en ambos hemisferios, y si las mudanzas actuales no se están alterando mediante una lenta aproximación a la uniformidad de las estaciones en toda la superficie de la tierra.

Pero no debo fatigar al lector con conjeturas, además de las numerosas teorías ya dadas al mundo. En las montañas de Tarija, quizás a 12.000 pies sobre el nivel del mar, dicen se encuentran huesos de mammut en mayor abundancia que en cualquier otra parte del globo. En la provincia de Salta afirman también que cerca de Tarija se han descubierto cráneos de una raza de jigantes, e intentan fantásticamente atribuir esto a haber crecido después de inhumados. De este modo "jigantes, habiendo sido en la tierra" y la historia de los Titanes, no parecen fábulas. Es verdad que no vi estos grandes humanos, pero el dato me fué dado por la autoridad más respetable de Salta.

Finalmente, de los cambios que han tenido lugar, nuestro mismo diluvio atestigua, según a veces he imaginado, que sobre el hemisferio norte se precipitaron las aguas, cuando la tierra austral se sumergió. Así, para extender más la especulación fantástica, puede atribuirse la inundación del viejo mundo a la masa desplazada de las aguas australes y a los derrames de la tierra cuando se levantó, que el agua se precipitase y cavase las hoyadas enormes de que antes hice mención (algunas de las que tenían tres o cuatro millas de diámetro, en larga sucesión de las mismas) para encontrar su junción final con el mar. Que la tierra se levanta o el océano se retira, aún hoy, en muchas otras partes del globo, no hay duda (1). Cerca de los estrechos de Napier y Pitt, y entre los grupos de islas adyacentes a Nueva Guinea, el hombre de mar al volverlos a visitar, después de un lapso de años, se sorprende del crecimiento aparente de algunas y de la aparición de otras completamente nuevas. Muchas de estas, en efecto, son obra del coral, pero, en algunos lugares, volcánica, y de esto, en otra parte, es ejemplo Ascensión; pero debo concluir, para no perderme en laberinto de extrañas conjeturas.

(1) La costa de Sud América, en extensión de ochocientas millas, dicen haberse levantado últimamente tres pies sobre el antiguo nivel del mar, como consecuencia del terremoto de Valparaíso.

CAPITULO XV

Llegada a Tacna.—Regocijos por el aniversario de Ayacucho. —Entretenimiento y baile.—Llegada de Mr. Scott a Tacna.—Población de la ciudad.—Jardines y plantaciones.—Modo de conceder tierra.—Indios.—Corrida de toros.—Comprometo pasaje para Valparaíso.—Viaje a Santiago. —A la vela en el "Auriga".—Llegada a Coquimbo.

El 6 de diciembre, al salir el sol, después de dos horas de sueño, me levanté con el arriero y llegué a Tacna a las 7 a. m.

Inmediatamente visité a Mr. C. Stevenson, a fin de conocer el resultado del plan que había formado, para utilizar una parte, sino toda la fuerza (que mi hijo me escribió desde Arequipa, estaba ya en viaje a Chile) en los compromisos que yo había contraído, este informe me llegó cuando estaba en Jujuy y me habilitó para dirigir carta a Mr. Barnard, de Santiago de Chile, con tiempo para asegurar este objeto deseable y preparar el camino por correspondencia con el caballero antes nombrado, para el esperado arribo del barco a Tacna, con las instalaciones mineras que se consiguieran de Chile.

Mr. Stevenson me informó que noticias de reciente data llegadas de Valparaíso, que acababan de recibirse, no traían nuevas de Mr. Barnard, y que el "Auriga" de la Compañía, con su instalación minera, no había arribado cuando el barco zarpó. Consideré favorables estas noticias, esperando todavía estar dentro del tiempo conveniente en terreno chileno. Debo expresar mi contrariedad, al mismo tiempo, al saber que un antiguo amigo, el capitán Bowers, que me podría haber admitido inmeditamente como pasajero, se había hecho a la vela para el sur solamente el día anterior. Tuve además la mortificación de saber que no había probabilidad de ninguna verosimilitud de buque con destino a Valparaíso por algún tiempo, a menos que entrase en el puerto alguna barca que por casualidad procurase flete del norte.

No habiendo posada en Tacna, Mr. Stevenson fi-

namente me ofreció alojamiento en su casa y acepté.

La mañana siguiente de mi arribo, Mr. Menoyo llegó felizmente con el equipaje y las mulas remanentes, que apenas podían poner una pata detrás de otra. Me ocuparon la parte principal del día, las usuales visitas de cumplimiento a Mr. Butler, al gobernador y otros.

Hallé allí tal influencia de mis compatriotas que Tacna parecía más colonia inglesa que española. Es asombroso lo pronto que todo emporio abierto a nuestro comercio se abate; es de lamentar el encontrar nuestras energías comerciales destruídas por la competencia nacional, los comerciantes y manufactureros comiéndose unos a otros, especialmente los últimos, yendo a la ruina por abarcar los tres ramos de armador, comerciante y manufacturero, en vez de circunscribirse a su negocio particular. Nada fuera de calamidades periódicas serán el resultado de tal sistema.

Los días intermedios hasta el 9, pasaron en la rutina acostumbrada de procurar noticias y oir ofertas de minas,—los comerciantes aquí, como en los otros lugares, se ocupaban en aumentar la suma de estas dificultades, con monopolios de minas que deben al presente estar en sus manos en extensión ruinosa. El día del aniversario de la batalla de Ayacucho, acompañé a la señora de mi amigo el capitán Macfarlane, residente en el lugar, a los fuegos artificiales; la ciudad estaba toda alegre con la celebración de un acontecimiento que decidió el destino de Sud América, como país independiente. El espectáculo tuvo lugar en la plaza, y fué despliegue agradable de alegría y esparcimiento. Los oficiales de un regimiento allí estacionado, que tomaron parte importante en la batalla hicieron papel prominente en la ocasión. Se dió una comida a los oficiales por el coronel, y los ingleses dieron a las damas un baile por la noche. Nunca vi grupo tan abigarrado de mestizos, ni aun en las reuniones indio-mineralógicas de Potosí. El día, por lo que a mí toca, fué empleado bastante tontamente, en compañía no muy atrayente, y entre danzas no muy graciosas; pero la cena fué buena y la cantidad consumida parecía demostrar el buen apetito, al menos, de los convidados. Parecía que la gente no hubiese visto un banquete. No hay escolares que nunca se hayan atracado más desorde-

nadamente, o con menos ceremonia, metiendo en los bolsillos lo que no podían comer.

El día siguiente, domingo, oí misa. No había, como de costumbre, candeleros de plata maciza y platería. La "patria", o en otros términos, los proveedores militares, les habían encontrado un uso muy diferente; regresé a mi alojamiento para meditar sobre el pasado y el futuro. El fastidio empezó a opoderarse de mí, y de obtenerla, habría zarpado para Chile en una ballenera. Comí con mis buenos amigos, los Macfarlane, y después les acompañé al paseo general vespertino, un cuarto de milla afuera de la ciudad, el que, como abrigo del sol, es el retiro más dellicioso. Vides, palmeras, granados y bambúes y anchas higueras, extienden sus ramas lozanas tan apretadas que hacen un biombo completo. El sitio es un cauce arenoso bien regado por los indios, que lo han trazado, con parsimoniosa atención, al monto de agua, desde la grande acequia, demostrando plenamente la industria infatigable de esta raza inofensiva. En el curso de mi trato con don N. Téllez, para quien tenía cartas de recomendación, oí de muchas minas excelentes no trabajadas y, entre ellas, las de estaño en Oruro, y hallé que serían más dignas de atención que las de oro y plata. Pocas personas discretas aun conservan en sus manos este lucrativo comercio. Hay gran demanda de estaño de este lugar, pero la cantidad obtenida ha disminuído materialmente desde la guerra.

El 16 llegó Mr. Scott, a quien recordará el lector, dejé lejos a retaguardia con las mulas más débiles; seis de las mulas de que se había encargado quedaron atrás; dos habían perecido por la intensidad del frío. Trajo varias muestras de minerales de las montañas de Caranja.

La ciudad de Tacna está en la provincia de Arica, siete leguas del mar y diez del puerto, de donde se halla al N. N. E. La población es de unos siete mil habitantes, la tercera parte indios.

El país vecino a Tacna es de arena muerta o fango, reluciendo con el cultivo doquiera se lleva el agua, pero más especialmente en aquellas plantaciones o chacras donde se ha utilizado un poco de abono. Este se trae en grandes cantidades de las islas de barlovento y consiste de excremento de pájaros, empleándose constantemente en el tráfico más de cincuenta bu-

ques de vario tonelaje, y se hace comercio muy lucrativo. Por fanega o dos y medio bushels ingleses se vende a razón de dos y medio duros o cuatro chelines el bushel.

Las principales producciones son maíz, alfalfa, papas y algodón, pero éste solamente en cortas cantidades cerca de la ciudad. Las principales frutas higos, melones, peras bergamotas, uvas, bananas, naranjas y granadas; también son abundantes y baratas las legumbres.

La admirable industria y hábitos pacientes de los indios, en ninguna parte se muestran mejor que en las chacritas de la vecindad, en donde se forma la tierra y habitación del poseedor. Después de contribuir al gasto de irrigación, tiene posesión mediante el pago de un arrendamiento de ocho duros, antes pagadero al rey; pero ahora, por nuevos arreglos, redimible, de modo que esta clase industriosa se convertirá en propietarios y hombres libres. La tierra así entregada al cultivo no excede mucho de una legua a cada lado, y es regada enteramente por acequias sacadas del río que bordea la ciudad a distancia conveniente. Desde allí se subdivide en canales menores, adaptados a las necesidades de todos y con la más rígida consideración de econom;ía, ni una gota se desperdicia. Se fijan períodos determinados para llevar el agua a cada parcela de terreno y las disputas sobre cada pinta son quizás las únicas que tiene esta gente inofensiva. El cacique principal, que cobra el canon anual, tiene por su garantía del riesgo en el pago, toda la corriente el jueves, y el segundo cacique la misma ese día por la noche. El primero se dice percibe una renta de seis o siete mil duros por la cantidad que reparte, además de las necesidades de sus propias tierras. Se emplea tanto cuidado en adjudicar a cada propietario su porción de agua, como Whitebread o Barclay usarían para envasar su cerveza.

Se dice que la tierra ha sido originariamente concedida por "topo", medida de setenta yardas por vienticinco, teniendo cada indio topo y medio cerca de la ciudad, y la misma extensión en la pampa más distante, Lo avalúan en general como: un topo con alfalfa o pasto, cincuenta duros; con pasto y plantación de café, setenta; y un topo de frutales todavía más. Si se han plantado olivos en el terreno, se acostumbra va-

luar cada árbol en pleno desarrollo en diez duros. De toda propiedad raíz en esta provincia, la con viña y caña de azúcar produce más dinero. El viñedo se estima por vid, de tres reales a tres duros la planta, conforme al tamaño y producción; en lugares más fértiles, el topo calculado para plantar de mil doscientas a mil trescientas vides vale de doscientos a quinientos duros la tierra pelada y dos a tres reales la yarda. De aquí que pagaría bien el capital, llevando el arroyo de montaña, llamado Ancomarca, al extenso, pero ahora inculto valle de Tacna, que quizás sea de catorce leguas en cuadro. Se hizo antes una valuación en doscientos mil duros y se empezó un canal, pero se abandonó por completo por falta de dinero para completarlo. Los cerros de la vecindad abundan en azufre, y la minería así ofrece doble ventaja a los especuladores. Los indios son más vigorosos y algo menos abyectos que los del Alto Perú y hay aspecto de decencia y limpieza en sus viviendas, que también se acercan a la comodidad, más de lo que se observa en otras comarcas. Esto debe atribuirse a su vecindad a puerto de mar con tráfico considerable, en que constantemente se derrama una superfluidad de mercaderías británicas. En el Alto Perú el largo transporte en mula encarece el precio más allá de los medios del indio, y no existe un intercambio similar. Sin embargo, aun con estas desventajas, no hay rancho, aun en la ruta desierta que recorrí, sin algún adorno o utensilio de fabricación inglesa. Por esto se puede juzgar la importancia del Perú para nuestro comercio.

Las regiones más ricas del país en la vecindad de Arica son los valles de Sama y Locumbo.

El primero, distante ocho leguas, produce grandes cosechas de algodón de primera clase y generalmente vale en el sitio, en tiempo de cosecha, de cinco a seis reales la arroba, conteniendo semilla que toma casi la mitad del peso. Especuladores de Liverpool en tiempo que yo estaba allí habían subido el precio a doce reales en Tacna, equivalentes a diez en Sama.

Locumbo, diez y ocho leguas de Tacna, es valle extenso y fértil, célebre por sus lozanos viñedos, de que se destilan grandes cantidades de espíritus para el mercado del Alto Perú, originando un tráfico activo con el transporte a lomo de mula y llama. Tropas inmensas de estos lindos animales se emplean constan-

temente en el tráfico de una u otra clase de aquella provincia para el interior.

El vino para consumo interno se asemeja en calidad y perfume al de Málaga, y si se tomaran cualquier molestia en clasificarlo y refinarlo, se convertiría en artículo de considerable exportación.

En el valle mencionado abunda también la caña dulce del mejor crecimiento y calidad, pero los ariqueños se contentan solamente con extraer melazas y una especie de dulce llamado chancaca.

El 19 presencié una especie de corrida de toros, y vi el modo adoptado para reclutar el ejército de Bolívar. El regimiento acantonado en la ciudad mantuvo el terreno en esta ocasión. Poco antes de terminar la corrida, cuando casi toda la población se había congregado para presenciarla, los soldados, a una señal dada, aseguraron las avenidas y esquinas y echaron el guante a todos los vagos y mal entretenidos de la turba que estaban asegurados. Uno de éstos, buscando amparo, se refugió en el palco donde yo estaba, seguido por un oficial que parecía tener tirria contra él. Interponiéndose una persona que dijo ser esposa del hombre, el oficial la empujó rudamente, ultraje que ella se cobró administrándole una feroz trompada en las quijadas, que le sacó sangre, con no poca diversión y aplauso de los espectadores.

El 20, 21 y 22 los ocupé principalmente en negocios de minas sin ningún interés para el lector. El 23, al arribo de un barco norteamericano en lastre, visité al Cónsul para saber su destino. Como se esperaba al capitán el día siguiente, le vi y supe que venía buscando flete, y pensaba salir para el norte, si no se le ofrecía ninguno de Arica. Esto fué un infortunio.

Los dos o tres días siguientes los ocupé en escribir cartas, y oir ofertas de minas. La llegada del barco norteamericano me indujo a pedir pasaje para Chile, esperando decidir al capitán a dirigirse a barlovento hasta Valparaíso. Con este objeto el cónsul norteamericano fué tan amable que él mismo se empeñó con el sobrecargo que, afortunadamente llegó de Arica al otro día. Después de mucha discusión el sobrecargo convino por quinientos duros hacerse a la vela conmigo, conduciéndose muy lindamente en la ocasión, ofreciendo devolverme parte del dinero si encon-

traba otros pasajeros, y con la cercana perspectiva de tender velas, el año 1825 se cerró sobre mí. El comienzo del año nuevo, con un poco de tiempo desocupado, me sugirió una vista retrospectiva de los pasados acontecimientos de mi vida, de las vicisitudes que había sufrido y escenas porque había pasado. Pensamientos de aspecto melancólico se me vinieron en tropel. Poco pensaba un año antes de pasar el año nuevo en Sud América y en la misma mísera ciudad de Tacna, después de atravesar tal distancia sobre el continente americano. Con todo, la ociosidad es período para la reflexión, y un intervalo de ella de cuando en cuando es útil para mirar atrás de nosotros mismos, y examinar nuestros corazones. Pasé el día con mis amigos, el capitán Macfarlane y su esposa, brindando por todos los amigos del hogar, desde las orillas del Pacífico y bajo la sombra occidental de los Andes.

El día siguiente contraté mulas para nosotros, las maletas y el bagaje hasta el puerto de Arica y salimos a las 4 a. m. del 3. Y aquí tengo ocasión de recordar mis obligaciones hacia las familias de Stenvenson y Macfarlane, por su hospitalidad durante mi estada en Tacna.

La jornada hasta Arica es generalmente un galope de cuatro o cinco horas, por una cadena de cerros arenosos, sin una sola hoja verde de ninguna clase. Mi ruin mancarrón de alquiler haraganeó ocho roras; el intenso calor solar de estos cerros arenosos no es para ser superado, sus efectos sobre mí fueron más que usualmente severos; pensé que para tan corta distancia podía prescindir de mi casi inservible sombrero quitasol, disparate mayúsculo, según supe a mis costillas.

Una larga prosbóscide deleznable es el apéndice más inconveniente para la cabeza del viajero en el desierto y clima tropical. En efecto, quien se aventure a lucir nariz desnuda que sobresalga una pulgada del ala del sombrero, llevará, como yo, las señales de su tontera hasta la tumba, con las repetidas protuberancias causadas por los rayos del sol.

Cuando llegué a Arica nada pudo ser más oportuno que la invitación recibida del representante de una casa de Liverpool, un Mr. Atherton, para una comida de aniversario. El néctar con que este caballero nos trató todavía se prolonga en mi paladar—si exportado

por Mr. Charles Wright o no, poco significa—pero subscribo lo más cordialmente a su doctrina tocante a las facultades vivificantes del champaña.

El 4 y el 5 se pasaron en escribir cartas a varias personas con quienes mantenía relaciones a nombre de la Compañía, y en dar instrucciones a Mr. Scott para examinar las minas de estaño en Oruro, como también determinar lo factible de conducir agua desde los cerros distantes de Huantajaya hasta las minas, y valerse de ciertas propuestas para trabajar algunas minas que se nos habían ofrecido, sujetas a estipulaciones que no comprometían seriamente a la Compañía.

El 6, después de cerrar mi correspondencia, me despedí y entré en el bote con una repugnancia de regresar a tierra firme que antes no había experimentado.

Siempre hay ocupación bastante para el viejo marinero desde el momento que pone el pie a bordo; en el caso de mi actual embarque, no sé cómo expresar la satisfacción que sentí, al saludar una vez más mi propio elemento, a no ser comparándola con la que un buen católico sueña gozar al ser aliviado de las penas del purgatorio.

Muy diferente era la sensación que sufrían mis compañeros de viaje. Mi sirviente altoperuano ni siquiera había visto un barco en su vida, y su sorpresa de patán boquiabierto era, como puede imaginarse, singularmente ridícula; la palabra vulgar "embobamiento" la clasifica propiamente.

El "Clinton" levó ancla y salió de la bahía, con fuerte sudeste, ceñido casi al viento y contra feo mar de proa, creando una suerte de movimiento confuso entre cabeceo y rolido, sumamente jorobador para los sesos de un novicio. Mr. Menoyo, que había hecho un viaje anterior, pronto se zambulló en la bodega para representar allí el papel de "un hombre valiente luchando contra dificultades", de donde no salió en algunos días; el pobre muchacho gaucho, no tan intelectual, se quedó en el puente, no sabiendo qué diantre tenía, y mirando asombrado a los marineros, cuando le pasaban raspando o lo empujaban, al orientar las velas. Viendo su apuro le hice seña de acercárseme: el barco en tal momento dió un bandazo y él fué a sotavento con ímpetu y porrazo demasiado bien comprendidos en el primer ensayo de todo hombre de tie-

rra para necesitar mi comentario. Un marinero lo levantó con tanta indiferencia como si hubiese sido meramente una ternera. Lo llevó al hombro para que lo protegiese su amo a barlovento, con aspecto lastimoso. En ese momento el capitán, con pulmones estentóreos, gritó al timonel: "Ciñe el viento, Tom, cuando sople". "Mateo", díjele, "¿qué piensas de esto?" "No sé, señor, misericordia, muchos *temblos*", fué la respuesta (pronunciación provincial de temblores o terremotos); de éstos había solamente oído que ocurrían en otras partes del país, y efectivamente, había equivocado las palabras del capitán: "Luff, Tom, when it blows", sin duda conjeturando que su manera seria y áspera voz, provenía del miedo de alguna calamidad en ciernes.

Estaba por explicarle la diferencia entre maremoto y terremoto, cuando encontré la inmediata conveniencia de guiar la cabeza del pobre muchacho en otra dirección, para desviar de mi cara el contenido de su depósito de provisiones. Le ordené abriera la boca lo más que pudiese y la apuntase derecho al agua; medio atragantado, musitó: "Caramba, señor". Tres días el pobre Mateo pareció ansiar solamente un confesor, pues creyó que su tiempo había llegado.

Se sabe generalmente que el viento al largo de esta costa sopla del sudeste casi el año entero, obligando a los barcos a hacer ángulo muy inconveniente en su derrotero para un puerto del sur. Se desvían al oeste a veces hasta 90° antes que puedan derivar a Valparaíso o Concepción en otro bordo. Siendo el "Clinton" linda embarcación para mal tiempo, en la arrancada barloventó al sur y al medio día siguiente estaba bien a barlovento de Arica; cuando sucede con frecuencia que los barcos estén diez o doce días al norte de su punto de partida.

El 8 una buena singladura al oeste por sur de 129 millas, con buen tiempo y abundancia de delfines cerca de nosotros, para divertirnos mirándolos abajo.

El 9 el boletín de los enfermos señaló leve mejoría. El capitán, que era también el Mr. Píldora del buque, declaró a los enfermos fuera de peligro; pulso moderado; estómagos vacíos; tratamiento, una larga tajada de cerdo gordo yanqui, atada a una cuerda y remojada en melaza; los pacientes, para engullir repetidamente por turno, se pasaban el pedazo de ali-

mento por la cuerda, para facilitar el alcance. El sobrecargo era compañero entretenido y atrayente.

El patrón era un metódico Tomasito Bolina, de la clase Muñón, que poseía toda esa seca y esmerada especie de algarabía tan peculiar de la escuela antigua de los hombres de mar.

Tan a mis anchas me encontré con estos buenos camaradas como si juntos hubiésemos estado arando el océano durante años en un esfuerzo. Nuestro rumbo fué, sur 64, oeste 126 millas, ventolina y buen tiempo, aunque arrastrándonos agradablemente hacia el sur.

El 10, mejoraron algo los enfermos que habían rechazado receta y alimento, y estaban todavía bombeando con las sopapas casi secas en consecuencia.

Nos encontrábamos en L. S. de 21°, 20° y longitud 76°, 47'0; el viento murió al sudeste y brisa de cuatro nudos.

Además, yo mataba ahora el tiempo leyendo la obra de Barry O'Meara sobre su residencia con Napoleón, titulada "A voice from St. Helena". Habiendo conocido a Mr. Hudson Lowe y también a Mr. O'Meara y visto al que hacía y derrocaba reyes en la mezquina y mísera morada, tan indigna de su genio y de lo que había sido, la hallé más que ordinariamente interesante.

El 11 releí las cartas recibidas en Arica de mi familia y las contesté; placer en ese momento de no poca cuenta para mí. Los sentimientos sociales, después de viaje tal como el mío, sin noticias por tan largo tiempo de aquellos más queridos para mí, eran necesariamente más fuertes de lo usual y ahora me encontraba en el Pacífico; eso sólo excusará mi mención al lector de esta circunstancia, como temo que deba excusar muchas cosas que he consignado más interesantes para mí que para él. Este día nuestro rumbo fué sur 33, oeste 93 millas.

El 12 pasó con lindo tiempo y mar de proa. Nuestro rumbo sur 37, oeste 65 millas. El día siguiente aumentó la ventolina a brisa de siete millas, y luego amainó.

Boletín. Nuestros enfermos convalecientes. El pobre Mateo en cubierta con pañuelo colorado atado a la cabeza, con aspecto cadavérico y angustiado; mi ayudante, también, sentado sobre un gallinero "con

melancolía verde y amarilla" en el semblante. Cuatro marineros, el cocinero y un muchacho negro, ocupados de limpiar y fumigar el compartimento de enfermos.

El 14 el viento arreció un poco al este, con buen tiempo. Rumbo, sur 30, oeste 126 millas. Cuanto más veo de la tripulación de un buque norteamericano más me gusta. El manejo y economía general son admirables e indúceme a creer que Jonatás, en el servicio mercante, supera muy lejos a su hermano insular. El siguiente día, con mar moderado, me sorprendió el orden y tranquilidad reinante a bordo. Me sentía como en mi casa, y menos ansioso de lo que debía de otro modo haber estado de llegar algún día. Rumbo sur 50, oeste 142 millas. El 16, 17 y 18 pasaron como de costumbre. El 19 andábamos ocho nudos con juanetes, todos de buen humor a bordo. Los yanquis parecen hacer una vida de mar feliz. Rumbo sur 46, oeste 66 millas, y nos encontramos en L. 33°, 40', y L. O. 88° 13'. El 20, parte del que pasé en leer, conversar con Mr. Coggishall, el sobrecargo, y simpatizar con él por la relación de la pérdida de una esposa modelo, encontréle algo poeta; era también más beatífico en sus efusiones de lo general entre marineros poetas. Las más de nuestras rimas son pedestres, es cierto, al menos en aquellos de nosotros que tienen un estambre que hilar; pero el entretenimiento después de todo está en la variedad de la cosa.

El 21 corríamos de nueve a diez nudos de bolina, lo que es verdadero gozo marinero, y el 22 pasamos a barlovento de Masafuera, a setenta millas de distancia. El 24, nuestro rumbo fué norte 74, este 243 millas con linda brisa zumbante, pero firme. Nos suponíamos solamente a cincuenta millas de Valparaíso, pero estaba tan nebuloso que no vimos tierra, hasta el día siguiente, en situación este nordeste, y pronto entramos en el puerto.

Después de visitar uno o dos amigos, resolví salir para Santiago sin perder tiempo. El 27 partí en compañía de los señores Cameron, Bunster y Mr. Pentland, naturalista agregado al consulado de Lima.

Nuestra primera jornada terminó en Casa Blanca, a eso de las 8 p. m., donde, después de cenar, me retiré a sueño tan inquieto como el de Procusto. Partimos, y llegamos a Santiago a las 2 p. m. Visité al

agente de la Compañía, a quien encontré, como el Sieur O'Reilly, con botas hasta las caderas y espuelas como gallo de riña. Estaba a punto de montar a caballo para ir donde estaba su familia algo distante de la ciudad.

El recibimiento que me hizo fué más bien extraño y en manera alguna civil, lo que, unido a una confusión visible de su rostro, trajo aprensiones a mi mente que pronto se realizaron.

Se quejó de la importunidad de mi venida, por ser demasiado tarde para tratar de negocios. Le intimé ser necesario apresurarse, pues era víspera de zarpar el barco que debía conducirme a Coquimbo, y venir con el propósito expreso de saber cómo estaban afectados los asuntos de la Compañía en Chile. Una vez repuesto de una pequeña contrariedad aparente, resultó más cordial y me invitó a comer con él en el campo y el día siguiente.

Asistí a esta cita, y después de comer, recorrimos el viñedo y nos explicamos mutuamente lo ocurrido en general con relación a los intereses de nuestros mandantes. Entre otras cosas, me informó el agente que había obtenido por "denuncia" un campo virgen, al sur de Santiago, cuyos indicios eran lo más prometedores, aunque las muestras minerales exhibidas no me parecieron de ningún modo justificar tal idea. También había asegurado la posesión de una comarca de hulla en Concepción, y debía dar a la Compañía todo el carbón que necesitase. Pensando en las operaciones de fundición de Coquimbo, le afirmé del modo más categórico mi completa creencia de sus intenciones para la Compañía, pero antes de separarnos, tuve certeza, por preguntas intencionalmente formuladas a este caballero, tocante a mis sospechas de que él hubiese escrito a Inglaterra en mi desdoro, que mi revocación se hallaba en camino.

Por la tarde encontré tarjeta de Mr. Gilbert, ingeniero de la Compañía, cuyo nombre ni siquiera había oído mencionar al agente, y mucho menos que residía allí completamente sin nada que hacer.

Inmediatamente le busqué, y el informe sacado de esta entrevista proyectó no poca luz sobre las intensas sombras de la conducta del agente. Me explicó que había expresado el deseo reiterado de ir a Concepción para reconocer las minas de hulla, por ser és-

tas objeto de primera importancia, al que los directores habían dedicado gran consideración, pero se le informó que el terreno había sido ya ocupado por él en su propio beneficio. Dió razón de no haber seguido con el capitán Bagnol, otro comisionado para el norte, de la Compañía, afirmando haber estado en divergencia con aquel caballero, desde su primer embarque juntos, que él había sido tenido como cero y tratado con desprecio; en fin, dió tal cuenta de todo el asunto, que, entre intrigas de unos e impotencia de otros, y una falta completa de unidad en total, las perspectivas de la Compañía presentaban el cariz más sombrío. La mañana siguiente traté de sacar, sin efecto, una razón suficiente por parte del agente, para ocultar que Mr. Gilbert estuviese en Santiago. Afectó indiferencia, como si en verdad, apenas conociera a tal persona, añadiendo que sus servicios se requerirían al presente en el examen de algunas extensas minas de oro, por las que se habían iniciado negociaciones sujetas a la opinión y aprobación del capitán Bagnold, quien iba a encontrarse con ese propósito en el fundo del propietario, entre Santiago y Coquimbo.

El día siguiente concluí el único negocio en Santiago de interés para la Compañía, a saber, el de un trato con Mr. Bunster, actual poseedor de las célebres minas de San Pedro Nolasco, para el trabajo de una mina de cobre de extensión y promesa considerables, a distancia conveniente del mar, en el distrito de Copiapó; pero como en este contrato estipulé que la Compañía continuaría el trabajo veinte años, con tal de realizar un producto de veinte por ciento, mi colega el capitán Bagnold rehusó suscribirlo. Dió como razón no haber autorización directa en las instrucciones para garantizar la adquisición de cualquier mina por tan largo número de años.

Pregunto, si es de admirar que estas compañías fracasen. Si el agente en el extranjero tomaba cualquier amplitud más allá de la letra expresada era bajo su responsabilidad; y si se ajustaba a la letra de sus instrucciones en la mayor parte de los casos no haría nada. Por otra parte, aquí estaba un objeto asequible con gasto insignificante y mínimo riesgo, que, a depender de mí, hubiera sentido merecer el calificativo de imbécil despreciable, si hubiese dejado de aventurarme.

Luego dejé Santiago en compañía de Mr. Pentland, de quien antes hablé, que recibió un golpe casual al detenerse el carruaje en prosecución de sus objetos profesionales. Por mi parte, me hallaba bastante triste para gozar de nada, rumiando la pérdida de mis modestos esfuerzos en servicio de la Compañía y sin ver nada propicio en perspectiva. Llegamos a Valparaíso el 2 de febrero.

Luego me propuse embarcarme en el "Auriga" para Coquimbo y el 5 fuí a bordo, cuando salía del puerto a impulso de una brisa de juanete, rolando abajo de la regala, y el día siguiente, a las 12 m., encontramos que el puerto de Coquimbo distaba 67 millas, tierra excesivamente alta. L. S. 31° 4'. Ahora cayó lo calma por casi veinticuatro horas. El 8 estuvimos bastante cerca de tierra. La costa parecía una valla de hierro y en manera alguna invitaba a aproximársele demasiado. Recién el 10 nos descubrimos a las 11.30 a. m. en la abrigada caleta de Coquimbo, y anclados cerca de tierra. Poco después me dirigí a tierra, y dormí esa noche en casa de un antiguo conocido, Mr. Edwards, de cuya hospitalidad disfruté hasta salir de Coquimbo. Omitir aquí el reconocimiento de mis múltiples obligaciones para ese caballero y su familia, durante mi estada, junto con los esfuerzos tenaces de Mr. Edwards para llenar los objetos de mi misión, sería sujetarme a grado tal de negligencia en que estoy mal dispuesto a incurrir.

CAPITULO XVI

Diario de operaciones en Coquimbo.—Ocurrencias relativas a los objetos principales de mi misión.—Carta de revocatoria.—Embarque en el barco de S. M. "Briton".—El general Rodil.—La isla Santa Catalina.—Clima encantador y residencia.—A la vela para Río de Janeiro.—Vista del emperador don Pedro y su reina.—Llegada a Porstmouth.

Luego celebré varias conferencias con el capitán Bagnold, enviado por la Compañía con un grupo de mineros. Me fueron presentados varios individuos del establecimiento de la Compañía, y se arreglaron a nuestra satisfacción varios puntos por parte de los mineros cornwaleses. Hallé el establecimiento en estado de gran desorganización, y consulté con mi colega sobre las mejores medidas a adoptarse, pues todavía nada se había ejecutado aquí en beneficio de la Compañía.

El 13 de febrero me levanté al romper el día, interrumpiendo los sueños de mi coadjutor, fuímos los dos a caballo al puerto, en el camino nos acercamos más que antes al punto del negocio, y manifesté mi opinión que uno de nosotros debía seguir a Copiapó, para resolver la opción de trabajar algunas minas que había contratado con Mr. Burnster al respecto, no apareciendo nada más en qué emplear la gente. Finalmente convinimos en el examen, en todo caso, de este objeto.

El 14 llegó chasque, anunciando que el "Bolívar" había llegado a Valparaíso procedente de Liverpool, con carga de la Compañía. Como mi colega determinara seguir para Santiago, por pedido del agente de la Compañía en aquel lugar, le pedí una conferencia antes de su partida, en la cual se necesitaba decidir los pasos que debíamos dar, abandonásemos o no el terreno peruano por cuenta de la Compañía. Por tanto, abordamos inmediatamente el asunto, y el resultado fué la resolución de limitarnos a Chile, y que volviesen a Arica Mr. Scott y mi hijo.

El 20 cabalgué con el capitán Bagnold hasta la oficina de la Compañía. Averigüé respecto al puerto, in-

dicando establecer algún género de trabajos que empezar durante su ausencia. No parecía inclinado a arreglar nada, y la perspectiva de que la gente permaneciese en su estado actual era a la vez ruinosa para la Compañía y destructora para ellos mismos. Previamente había indicado al capitán Bagnold la conveniencia de solicitar una lengua de tierra en el puerto, donde construir una casa de fundición, y también una calera junto con terreno de cantera, en lo que convino, pero dijo carecer de tiempo para atenderlo personalmente.

El capitán Bagnold se hizo a la vela para Valparaíso. Luego salí, determinando que la gente al menos, no continuase ociosa, y fuí directamente al puerto después de almorzar. Allí visité al gobernador señor Pinto y le entregué un "impedimento" para obtener concesión, en favor de la Compañía, de tierra en el puerto donde edificar hornos y una calera. Me prometió que inmediatamente la otorgaría, según ordenanaza, como se solicitaba: los primeros en una lonja de tierra al oeste de la bahía, y la última en un yacimiento de conchas cerca de la playa, en que se incluían cerro de piedra caliza conveniente para construcción.

El 23 me levanté a las cinco, y resolví introducir cambio de sistema y establecer algo parecido a orden. Hablé a cada artesano y obrero (parte de los que habitaban en los claustros de un convento) de la necesidad de nuevos y vigorosos esfuerzos, ahora que finalmente el campo estaba abierto para emprenderlos: luego cabalgué para el puerto, y hablé a los hombres allí en el mismo sentido, regresé a almorzar, y luego volví a salir, para implantar un sistema regular de trabajo efectivo, y urgir la necesidad de unión y de mejor disposición entre ellos, pues algunos eran mineros cornwaleses, y otros galenses, mezclados con navegantes londinenses y por tanto disputaban constantemente.

Al otro día cabalgué para el puerto al amanecer y llegué a las 6.30. Encontré la gente en el trabajo, despejando el terreno, anticipándose a la concesión del gobierno. Se empezó la excavación de la calera. Algunos de los navegantes rozaban el matorral de los cerros, mientras los cornwaleses trabajaban en sacar piedra de la cantera, y las cosas empezaron a parecer algo satisfactorias. La gente enferma se había quejado de la mala agua a que atribuían su enefermedad. Por tanto em-

pleaban un hombre con una mula para ir diariamente al arroyo, a medio camino de la ciudad, y traerla de buena calidad, medida que no solamente satisfizo a la gente, sino que fué de provecho positivo para los que estaban indispuestos. Los días restantes de febrero los dediqué al negocio. Se empezó el horno sobre una roca, base menos sujeta a perjuicios en caso de terremoto. El jefe refinador, Richards, había previamente mandado examinar una cantidad de escoria abandonada, unas cien toneladas que Mr. Edwards, de Coquimbo, viejo amigo mio, me había dado gratis: y resultó no haber falta de empleo útil y aprovechable en el departamento de fundición, donde quiera que empezásemos. El ensayo dió cerca de 50 % de cobre puro, y de esta había abundancia en todo campo antiguo de fundición.

Encontré necesario reconvenir a algunos de los empleados que tomaban hombres útiles como sirvientes, a costa de la Compañía, por doce libras esterlinas mensuales; abuso de que me vi obligado a decir mi pensamiento con plena libertad, amenazándoles con descontarles sus salarios, antes de poner las cosas en su lugar. En el puerto los asuntos empezaron a tener mejor aspecto.

El 1.° de marzo, día de San David, pensé era buena oportunidad de demostrar a la gente que no era opuesto a nada razonable por vía de recreo; y con la condición que olvidasen todas las diferencias, ordené dinero para cerveza con el fin de que cornwaleses y galenses pudiesen celebrar la fiesta del santo de los últimos. También habléles de algunos de sus hábitos disipados, les pedí recordasen su carácter de Bretones, y recodéles los intereses de la asociación que los empleaba.

El 2, poco después de las 6 a. m. llegué al puerto y hallé a todos los hombres, menos un solo borracho inveterado, en ocupación diligente, lo que era satisfactorio, pues me convenció que el buen manejo pronto pondría las cosas en orden. Al delincuente lo amenacé con no pagarle, pero en vano. Encontré una mujer de nuestro grupo muy enferma. El médico de la Compañía no estaba presente, ni se podía conseguir allí ninguna asistencia médica. La ausencia de nuestro médico era incalculablemente perjudicial, pues acoquinaba a la gente, y era afligente ver enfermos sin los medios de aliviarse.

Ahora habíamos concluído un par de carros de la

Compañía, y comenzaron con bueyes, que un caballero fué tan amable para prestarnos, a andar entre la ciudad y el puerto, lo que nos ahorraba tres duros diarios de gasto; también compré varias mulas traídas de San Juan que no pudieron ser embarcadas para Lima por ser el buque demasiado chico. Pagué ocho duros por cabeza, destinándolas para transportar escoria y mineral a la fundición desde las minas de Tambillos. El 8 de marzo, los trabajadores habían hecho considerable progreso en la calera. El estilo magistral en la obra de ladrillo y piedra causó gran sorpresa a los naturales que nunca habían visto antes tal elegancia mecánica. Hice medir la distancia de la ciudad, por ambos caminos, y se encontró el de la playa casi media milla más corto.

Señalamos el terreno para casa de los trabajadores, instalamos la herrería, bajamos a la calera como cincuenta toneladas de huesos de ballena, desparramados en la playa, como combustible, y en todo procedimos satisfactoriamente.

Mr. Lewis estimaba que un canal de la ciudad al puerto costaría 80.000 duros, el que, de durar la compañía, habría sido de grande utilidad, como ocupación para los navegantes si se aceptasen las propuestas liberales del gobierno para realizar esta obra. Me vi obligado, el 10, a reprochar a la gente su falta de actividad y particularmente al jefe refinador, por las malas consecuencias de su ejemplo. Hasta el 14 estuve ocupado en varios asuntos y negociaciones para la Compañía. Encontré empeorada la mujer que antes he mencionado. Hice hacer más espacio en el almacén alquilado del puerto, y los objetos de hierro y otros bienes dejados en la playa, se sacaron y aseguraron.

El 15 el capitán Hitchens, nuestro capitán de minas, estaba tan enfermo que no podía moverse, y nada de minas se podía hacer sin él o alguna otra persona científica; circunstancia desagradable en tal momento, de otra manera las cosas habrían ido muy bien, estando todos activamente ocupados. Las mulas que había comprado estaban reponiéndose en el pastaje y pronto estarían listas para el trabajo. El 16 se concluyó la calera y la gente diligente parecía estar en mutua armonía. El día siguiente encendimos el horno de cal; el combustible por ahora no era más que una mezcla heterogénea de hulla, huesos de ballena y matorral. Lo dejé ardiendo a las

5 p. m. rodeado por la gente que bebía una copa por el exito. Entró de arribada el bergantín "Junius", con la tripulación amotinada, al que le prestamos toda la ayuda posible. Hallé el 18 que la calera respondía a todas nuestras esperanzas; la piedra y conchilla quemada se ablandaba bien. Por las doce, la mujer antes aludida agonizaba y murió antes que su marido llegase del puerto. Compré el resto de las 17 mulas que el buque de que he hablado no pudo recibir, lo mismo que la cantidad de tablones necesarios para los edificios destinados a la gente y almacenes en terreno de la Compañía.

El 19 enterramos la difunta, cuyo nombre era Griffiths, pidiendo al cónsul el favor de leer los oficios sobre su tumba. El funeral se celebró con decencia, llevándose el cadáver con decoro al puerto para inhumarlo. Unos pocos ociosos arrojaron piedras, pero no hubo otro insulto, y todos los protestantes, y bastantes católicos, se unieron para el acto.

El 23, con nuestra cal lista, pusimos la piedra fundamental del primer horno de fundición británico en Chile. El día siguiente encontré que un hombre de la compañía Anglo Chilena había estado entre nuestra gente con intento de promover insubordinación. Por tanto, escribí una carta a los caballeros de esa comisión, protestando contra tal conducta y requiriéndoles amonestasen al culpable. Mr. Caldclough, en respuesta, me informó así lo había hecho, manifestándose agradecido del método adoptado por mí, haciendo pública la cuestión, contra un carácter inútil, que cobraba seiscientas libras anuales por no hacer literalmente nada.

El 26, el "Auriga" ancló procedente de Valparaíso. Llegando en él el capitán Bagnold, fuí a las obras con él y le expliqué mis operaciones en que no mostró ningún interés ni lo inverso. Desde entonces vi que mis esfuerzos no servían para la causa, que los negocios debían volver a su canal primitivo, y nada sino malbaratar dinero a la Compañía sucedería en el porvenir. En consecuencia, aproveché una oferta del Comodoro Hull para ir, vía Panamá, hasta Inglaterra, en una fragata norteamericana, después de obtener el consentimiento de mi colega, cuyas manos lo mismo que las mias estaban atadas; pero pareció someterse sin ningún esfuerzo. Por tanto, exijíle una declaración explícita sobre si creía o no que los intereses de la Compañía sufrirían con mi ausen-

cia. Parecía haber recibido impresión desfavorable de mi a juzgar por su manera y no tuve dificultad en suponer de dónde provenía. En efecto, veía que mis intereses, que eran los de la Compañía, eran opuestos a los de individuos, a quienes por motivos de economía había impedido (y lo volvería a hacer en cuanto estuviese en mi poder), tener facultad ilimitada en los negocios y gastos de la Compañía. El resultado final probó la justicia de mis vistas.

Visité a Mr. Gilbert, ingeniero, llegado en el "Auriga", que había sido enviado por los directores; había sido mantenido, como antes observé, en inacción que me sorprendió y alarmó. Por el gran gasto, las habilidades de este caballero prometían beneficios proporcionados; sin embargo, contra sus deseos, se le tenía ocioso, y de modo muy diferente del que en su opinión esperaba el directorio. No deseaba entonces incurrir en ningún agravio, pero creí mejor conciliar sus sentimientos, y, si era posible, acabar con todas las diferencias. Pedí al capitán Bagnold que escribiese conmigo una carta, requiriendo la cooperación de Mr. Gilbert, en asuntos no comprendidos estrictamente en su esfera de acción. El capitán Bagnold declinó toda cooperación, pero no tuvo ninguna objeción para expresar el deseo de aprovecharse de los servicios de Mr. Gilbert si era preciso. En la tarde de este día recibí carta de Inglaterra revocando mis poderes, lo que me dejó dueño de mis acciones. Esta carta fué traida por el barco de S. M. "Briton". Con ella sentí mucho alivio. Había visto largo tiempo como los asuntos de los directores y los bienes de los accionistas habían sido, por lo menos, mal manejados en el extranjero. Había llegado a la conclusión que el modo de proceder en Sud América no sería sino infructuoso; y estaba ansioso de que, en cuanto individualmente me concernía, la mínima censura posible se me atribuyese.

Finalmente, luego arreglé mí embarque. El capitán Bagnold no tenía instrucciones y por tanto no se sentía garantido para facilitarme medios de volver al hogar; y a no estar previamente preparado para partir en la fragata de los Estados Unidos, habría regresado como pudíese. Los oficiales del "Briton", capitán Sir M. Maxwell, bondadosamente me cedieron un coy, y su comida de santabárbara, lo que siempre recordaré con gratitud.

Sentí pesar vecino del dolor al despedirme de Mr.

Menoyo, con quien había viajado tan largas distancias, y había sufrido alegremente las fatigas de muchas leguas ásperas y cansadoras de montaña y llano, desierto y selva. Con él dejé, en todo caso, un fiel servidor de la Compañía.

Coquimbo contiene unas seis mil almas. Es construído, como todas las otras ciudades sudamericanas, con calles rectangulares, y su situación es interesante. Está ubicado al sur del río que llega a la misma ciudad por un canal, subdividido en canales menores que lo llevan a las casas y jardines. El país en contorno es árido, excepto donde tiene riego. Sin embargo, es susceptible de mejora por los mismos medios que la parte cultivada actualmente. Esto se haría con gasto insignificante, pues el río corre a elevación suficiente para hacer fértiles muchas leguas de tierra, perfectamente desiertas al presente, consistentes en eminencias cercanas y al norte de la ciudad, que han permanecido así conforme al viejo sistema español de hacer las regiones estériles tributarias de las más fértiles.

Los habitantes de Coquimbo, desde tiempo inmemorial, se han contentado con recibir su abastecimiento acostumbrado de Santiago, cuando doscientos o trescientos mil duros, y la debida diligencia, pronto los harían algo independientes de sus vecinos australes. En tiempo de mi última visita, algunos capitalistas, previendo que se convertiría en lugar próspero, con tres compañías mineras en actividad, habían formado sociedad y obtenido una gran concesión de tierra, que, si los negocios hubieran marchado bien, pronto habrían convertido el desierto en trigales.

El puerto dista de la ciudad no menos de siete millas medidas, como ya mencioné, con la rueda de medir por la playa, y ocho por el camino de arriba. Es espacio intermedio, ciénaga de que el mar se ha retirado, convertido en campo de fruta y alfalfa, solamente necesita drenaje para hacerlo valioso en extremo. Se proyectaba también llevar el agua de la ciudad al puerto. El último está desprovisto de agua dulce, sencillamente porque sus habitantes no habían tenido industrias o habilidad para cavar bastante hasta llegar a la vertiente. Varias tentativas se han hecho en efecto con este objeto, y una al este de la villa con éxito parcial. Nuestro ingeniero civil Mr. Lewis, bajó al pozo y sacó agua a pro-

fundidad no mayor de veinte pies, que surgía bajo un estracto rocoso, que solamente necesitaba hendirlo, y la cosa se podría haber completado. Otro pozo se había cavado en terreno perteneciente a la Compañía y se suspendió el trabajo por la misma razón. Al tomar la línea de altura y de los estratos de arcilla y cascajo entre los dos pozos, quedamos satisfechos de no haber dificultad ninguna en colocar caños para llevar agua junto al mar para los buques. Estos se proveían de un arroyo, a medio camino del puerto a la ciudad, haciendo rodar los barriles por la playa arenosa, con riesgo inminente de destruir los botes. En esto solo hubiera percibido la Compañía una pequeña renta, pues los barcos no se hubieran resistido a pagar un duro por casco, como se acostumbra en otros lugares, con preferencia al riesgo e inconveniencia del antiguo modo de conseguirla. Habríame halagado ver todo Coquimbo (donde estaban los almacenes de la Compañía y su establecimiento en formación) cubierto de verdor, y ocupado con industria. Seguíamos satisfactoriamente con estos objetos, habiendo edificado cuatro casas para la gente que restaba cuando lo dejé; según entiendo ni un solo golpe de trabajo se ha intentado después, acaso debido a la recepción de otras facultades restringidas.

El mar rompe en la playa con gran violencia, arrojando inmensas cantidades de moluscos grandes, la comida más deliciosa. Los nativos, cuando está bajando la marea, los recogen en cantidades, llevándolos a la ciudad. Hay abundancia de conchas marinas en Coquimbo, además de gran variedad de otras especies adaptadas para el gusto refinado del glotón más distinguido.

Mucho me divertía en mis viajes frecuentes del puerto a la ciudad, viendo zambullir los pájaros que se precipitaban de grande altura sobre su presa de pescado, veinte o treinta a la vez, como si estuvieran convenidos. Más cerca de la playa la gaviota, que barre la superficie del océano más poderoso del mundo, aleteaba, vigilando los cangrejos que la fuerte rompiente echaba a la playa. Este pájaro los alzaba en alto y luego los dejaba caer sobre ripio para romperles la concha, y he visto al mismo infortunado cangrejo sufrir esto tres o cuatro veces, hasta conseguirse el propósito del torturador. Observé otra especie de aves de rapiña, llevando el pico abierto en forma de tijera, arar con la parte inferior la superfi-

cie líquida y tomar el pez cerca de ella, cerrando la superior sobre su presa.

Era agradable para quien antes conoció Coquimbo, ver la alteración efectuada por los hábitos europeos; el bullicio y tráfico causado por las compañías mineras. Coquimbo parecía a punto de convertirse en el lugar marítimo más próspero de Chile. El fondeadero es siempre seguro y cómodo, lo que no sucede en Valparaíso. El aumento de exportación en el tiempo que lo ocuparon las compañías, fué de 40.000 a 60.000 quintales: prueba suficiente de que capital e industria esperaban solamente obtener los artículos buscados, al menos por una compañía. Las operaciones de fundición habrían ocupado a otra compañía y uniendo la agricultura y cría de ganado con la minería, todo habría respondido finalmente. Era un engaño suponer que la minería sola pagaría en Coquimbo a una compañía, mucho menos a tres, sin hacerse habilitadoras, o adoptando el sistema unido arriba expresado. Los dueños de minas antiguos y opulentos poseían generalmente gran extensión de terreno adyacente a las minas. Esto no solamente dábalas una suerte de población feudal y dependiente, sino que el ganado, pastaje, maíz, etc., que producía, contribuía al sostenimiento general y provecho individual, devolviendo gran parte del dinero pagado por laboreo de minas.

Es justicia debida a los habitantes de Coquibmo dejar establecido que cuando las noticias de la falta de aceptación en Inglaterra de los giros librados por los comisionados en el extranjero, ofrecieron sobrellevar cualquier inconveniente posible, respecto al plazo, esperando el resultado, tan seguros estaban que las compañías habían padecido un error que rectificarían, con reflexión tranquila, cuando el pánico hubiese pasado. Un comisionado inteligente de la Anglo Chilena, que regresó últimamente, decíame que nada igualaría la desdicha de la gente, excepto su liberalidad. Se desanimaron al encontrar sus brillantes esperanzas destruídas de golpe, sin la mínima razón a su parecer. Casi todas las compañías habían obtenido, no obstante la extravagancia y errores en que habían incurrido, por falta de conocimiento del país y del sistema a adoptarse, tanta propiedad por concesión o compra, cuanta era en valor real más que equivalente a los dineros gastados. Las tres compañías de Chile al

menos podrían haber unido sus intereses; qué propiedad y prespectivas han sido prematuramente sacrificadas.

El 3 de abril dejé Coquimbo. Me despedí con mezcla de gozo y pesar; de gozo, por volver al hogar y vindicar mi conducta ante la Compañía, y de pesar de que, operaciones empezadas con buenas perspectivas y certidumbre de éxito, si hubiese habido buen manejo, se hundiesen y abandonasen, como preví debía suceder por el camino seguido, e intereses contrarios a los de la Compañía, afectados por influencia de medidas locales.

He dicho ya que la minería sudamericana es fuente segura de ganancia, si se conduce propia y económicamente. El modo es empezar en escala limitada, y extender la circunsferencia de las operaciones lenta pero cautelosamente. Los mismos extensos medios de las diferentes compañías en dinero, manejados como fueron, contribuyeron a la derrota de sus fines, y el modo de acción, no el principio de la cosa, está implicado en los fracasos recientes.

Este breve diario de mis operaciones en Coquimbo, acaso el lector no lo halle muy interesante, pero era necesario para mi propia satisfacción, y hacer el todo más completo. Añadiré unos pocos incidentes de mi viaje de regreso.

El barco de S. M. "Briton" se hizo a la vela de Coquimbo, como ya he dicho, el 3 de abril a las 2 p. m. con brisa firme y buen tiempo. Conmigo era pasajero y huésped de Sir Murray Maxwell, el general Rodil, último defensor del Callao. Parecía hombre caballeroso, de habilidad e incuestionable coraje y resolución como lo probó en la defensa del puerto del Callao. Tenía mucho de lo que se entiende por "grande de Castilla" en su aire y manera. El 5 empecé el arreglo de mis papeles y comí agradablemente con mis nuevos compañeros de mesa, cuyas finas atenciones fueron muy gratas. La conducta del capitán, Mr. Rose, fué excesivamente caballeresca y bondadosa, cediéndome el racel de su pequeño camarote, gentileza de no poca importancia en tal viaje como el que tenía por delante, cuya duración daríame mucho tiempo para pensamientos agitados. La idea de lo que los directores creerían de mi y mi proceder, no sabiendo la verdad, me trajo muchas horas intranquilas, sin embargo, era algo consolador reflexionar que al menos había procedido con celo para sus intereses mejores,

y atribuía la confianza disminuída de mis directores en mi dicernimiento, a su inhabilidad para formarse opinión exacta a tan remota distancia del teatro de acción.

El 10 de abril pasamos la isla de Juan Fernández, bastante cerca de la costa, al menos lo suficiente para descubrir los terrenitos que han sido o son cultivados. ¡Qué fama duradera tiene la historia de Selkirk, mediante Robinson Crusoe, conducido a esta isla, pensaba, cuando miraba el lugar solitario del océano, que había discernido tanta gloria a De Foe! Allí está la escena deleitosa de todas las mentes infantiles de todas las naciones civilizadas; morada del imaginario Crusoe y su hombre Viernes.

El pasajero marino como yo, a bordo de un barco de guerra siente particular placer. Un buen jefe como sir Murray Maxwell, un grupo de oficiales caballerescos, los tripulantes y el limpio, bien aparejado barco:

And O! the little warlike world within!
The well; recved guns, the netted canopy
The hoarse command, the busy humming din,
When at a word, the tops are manned on high. (1)

Y luego los sentimientos alegres:

When the fresh breeze is fair as breeze may be,
The white sail set, the gallant frigate tight! (2)

nadie puede gozar como un marino pasajero en barco de S. M. durante sus horas de holganza.

El 11 de abril, sir Murray Maxwell y el general Rodil comieron en la santabárbara. Este día levantéme temprano para gozar la linda brisa en cubierta hasta el almuerzo. El viento saltó a proa, y soplaba bastante duro para llevar la fragata con las gavias ceñidas y velas mayores enrizadas; aun así andaba ocho nudos, derribando apenas algo a sotavento, magnífico barco. El 13 conversé algo con sir Murray Maxwell, principalmente sobre minería chilena y ambos coincidimos que sólo para minería específica presentaba campo para el capital de una gran casa mercantil, mejor que para el de tres o cuatro compañías de un

---

(1) Y, oh! el pequeño mundo belicoso de adentro! Los bien frotados cañones, el dosel enredado, el comando ronco, el zumbante ruido estrepitoso, cuando a una palabra, las cofas se guarecen en alto.

(2) Cuando la brisa fresca es suave como puede ser la brisa, la blanca vela desplgada, la valiente fragata tiesa.

millón cada una. El día siguiente comí con sir Murray. Teníamos ahora mar de costado y alborotado, del que, sin embargo, parecía reir este barco elegante, y después de las usuales alternativas de calmas y brisas, incidentales en estas latitudes, el 2 de mayo empezamos a buscar veloz ruta para Río de Janeiro. El 7 de mayo nos comunicamos con el barco de S. M. brasileña "Paraguesis", comandado, según descubrí con anteojo, por mi viejo amigo el capitán Welch. Nos informó que el almirante británico estaba en Río, por lo que nos desviamos, después de avistar el Cabo Santa María, pues habíamos creído encontrarle en Montevideo.

El 14 avistamos la isla de Santa Catalina y comunicamos con el bergantín "Mary", procedente de Montevideo. A eso de las 10 a. m., hicimos rumbo al puerto, pasamos la fortaleza de Santa Cruz y fondeamos en menos de cinco brazas de agua. Todos los que no tenían nada que hacer fueron a tierra antes de comer; recreo agradable. La mañana siguiente fuí a la ciudad de San Miguel con el comisario, y después de refrigerarnos, tomamos una canoa para lo que se llama la isla, por tres duros, donde llegamos a tiempo para el lunch y paseamos antes de comer. Poco después de nuestra llegada, se aparecieron sir Murray y el general Rodil, invitándonos a comer en su compañía. Visitamos al capitán del puerto Dom José M. Pinto, que insistió tomáramos refrigerio y durmiéramos en su casa, lo más encantadoramente situada en una altura dominante de la bahía; buena vista de la boca del puerto, a distancia de diez y ocho millas y, sin embargo, se podía ver todo lo que entraba y salía. Al otro día almorzamos con Dom José, que nos acompañó para hacer compras en la ciudad y volvimos con él a comer, después de recorrer el pueblo. A las 6 p. m. nos embarcamos de vuelta a la fragata, que alcanzamos a las 10, y el día siguiente zarpamos para Río.

Como no he visto en ninguna obra la descripción de Santa Catalina, haré aquí un bosquejo. La bahía, o más bien el puerto, es bellísima y se entra por el paso del norte, utilizándose muy rara vez el del sur, aunque está más cerca de la parte de la isla en que se halla la ciudad. Pasando algunas isletas y entrando en una bahía profunda (sitio donde los barcos se pro-

veen de agua) se ensancha a medida que se adelanta, descubriendo a babor el castillo de San José y más adelante está el castillo Santa Cruz, cerca del que se fondea y se manda bote a tierra para comunicar con el gobernador. Los sondajes son regulares y allí parece haber profundidad suficiente para que grandes barcos suban junto a la ciudad. En el puerto, sin embargo, vi bergantines solamente de unas doscientas toneladas de carga. Los boteros nos dijeron que las frafatas portuguesas acostumbraban fondear allí.

El mejor fondeadero para un buque que toque solamente para refrescar víveres, es traer el asta bandera sobre Santa Cruz para tomar N. E. por N. El castillo de San José, E. medio N., o 7 por N. y la isla Rata, S. por E., cinco brazas, que es la hondura general de los sondajes. Los barcos mercantes pueden naturalmente acercarse mucho más a la costa. El agua que se consigue es excelente y fácilmente obtenible en un arroyo, al que se puede llegar en bote. Este lugar es notable por las ostras más deliciosas del mundo (al menos lo creímos así), que se encuentran en grande abundancia sobre las rocas, ni olvidará jamás el visitante sus paseos entre el follaje delicioso, fresco y casi impenetrable que cubre el haz de este bello país. Doquiera la mano del hombre se haya aplicado, la abundancia parece seguirse. Aunque las parcelas cultivadas demuestran poco cuidado, industria o economía en el manejo, con todo, se produce lo bastante para todos los propósitos de los habitantes y para ahorrar. Maíz, arroz, café, azúcar y mandioca, son los principales productos y se encuentran divididos en cada plantación por pequeña que sea.

Una cadena de cerros se levanta desde el agua, con árboles apiñados, y aspecto tan atrayente que detienen al viajero y parecen impedirle seguir más allá. Senditas se entrecortan de casa a casa, tan envueltas en follaje que no se distinguen claramente, hasta anunciarse por el ladrido de un perro, o el encuentro inesperado de alguno de sus moradores. Los habitantes parecen pacíficos y contentos, viviendo como en épocas primitivas en la tierra inmediata, y ajenos a las necesidades sentidas fuera de los límites de su pequeño territorio.

La tierra del continente traza una bahía magnífica, en cuyo extremo derecho hay un villorrio llama-

do San Miguel, tres millas del fondeadero. Allí se consiguen caballos para montar, o canoas para cruzar del continente a Santa Catalina. El precio de un novillo es de diez a veinte duros. Un pavo cuesta de media corona a cinco chelines. Gallinas y legumbres son baratas, dando cuando los pasajeros de los barcos han de comprar el primer precio que se pide. En el campo y para los habitantes estos artículos son infinitamente más razonables. En San Miguel, vi un molino de arroz, situado en una caleta deliciosa a que baja borbotando una catarata por suave declive, muy romántico, en cuyo fondo lustrosas y azabachadas negras se veían bañando sus cuerpos flexibles y bromeando con los extraños que pasaban cerca. El agua sobre los volantes de la rueda del molino, conducida desde arriba por un acueducto de madera, se apoyaba en soportes de treinta pies de altura y equidistantes entre sí. Cubierta de musgo y enredaderas, es tan pintoresca como el paisaje circundante. Observé un telar en una cabaña en que la familia tejía su ropa blanca común. En la misma cabaña se domiciliaban, como de costumbre, toda la raza, desde la abuela hasta el último vástago del tronco. Un grupo de doce mujeres, entre las ramas menores; dos jóvenes recién casadas, según su aspecto me hizo suponer, y otras mujeres menores de diez y ocho años, jugando en el suelo con sus hijos, se contaban en el número. Solamente vimos un hombre que supusimos cabeza de la familia.

La isla de Santa Catalina es ciertamente la más bella que nunca vi, con suelo tan rico como es encantadora la faz de la naturaleza. El capitán del puerto, Dom José M. Pinto, que tan bondadoso fué para nosotros, dijo que la isla es de treinta millas de largo por seis de ancho, conteniendo 12.000 habitantes, de los que 5.000 pueden atribuirse a la ciudad. Las calles se ajustan al plano usual de las colonias portuguesas y españolas. Las casas no eran notables por el tamaño o aseo, y mostraban el acostumbrado abigarramiento de habitantes visto en las ciudades del nuevo mundo, pero había aquí más del acostumbrado aspecto de contento impreso en sus rostros. Parecían poseer bastante para satisfacer sus moderados deseos, con referencia a todo lo que el hombre realmente necesita aquí abajo, de riqueza y frutos de la industria.

Por ser domingo de Pentecostés, no cesó la mojiganga de ofrendas y prácticas supersticiosas ante el tabernáculo del Espíritu Santo, al que parecía todos los habitantes de la isla hubieran acudido, llevando todo lo que podían, principalmente artículos comestibles, trajes y adornos. Se presentaban formalmente al recibidor general, sentado bajo dosel con corona de plata en la cabeza, y con él dos o tres de los más preciosos niños del lugar, representando angelitos, a guisa de oropel para adornarle. Los regalos así ofrecidos luego se ponían en venta, después de recibir algún atractivo adicional para aumentar su valor. Las utilidades, dicen, se aplican a la liquidación del costo de velas de cera, pero de la porción destinada a ello mi informante, buen católico y hombre digno de calzar botas, no entendía más que un honrado John Bull acerca de los procedimientos de desembolso en la junta administrativa de su parroquia.

La casa del señor Pinto domina, como he dicho, magnífica vista de tierra y mar. La bajada de la ciudad es por una avenida de ricas siempre vivas que dan idea de las mansiones verdes descriptas en fábulas orientales. No se puede poseer en la isla tierra en abundancia, pues está muy ocupada; por un sitio frente a la casa del señor Pinto, en que había una vivienda ruinosa con cinco acres de terreno,—unas ochenta yardas de frente y ciento sesenta o ciento ochenta de fondo,—pedían tres mil quinientos duros, o sea cerca de seiscientas libras esterlinas.

La tierra, es cierto, había estado bien cultivada, pero ahora era

The sport where many a garden flower grows wild. (1)

La esclavitud, de carácter muy moderado y suave, existe aquí, y hay redundancia de negros. Es singular que España y Portugal tan famosos por la dureza de sentimientos, animosidades civiles teñidas con gran crueldad, y una disposición que envuelve la idea de ferocidad disimulada, usaran de sus esclavos con mayor bondad que cualesquiera otros países septentrionales más civilizados, como Holanda, Inglaterra y Francia. Sin embargo, así es, efectivamente. El español, mientras pisoteaba en el polvo al indio nativo de

---

(1) Sitio donde muchas flores de jardín crecen salvajes.

Sud América, trataba al negro como si tuviese conciencia de la felonía cometida al robarlo de su tierra natal. En Santa Catalina el trabajo esclavo parece liviano y aun es envidiable comparado con el de otros países esclavócratas, y ciertamente su tarea no es comparable con la del labrador inglés, residiendo en la aurora de la libertad.

Grandes cantidades de fariña, producida en el país, se exportan de Santa Catalina, con la que se alimenta materialmente la población esclava del Brasil. También el lino se produce en cantidades considerables en esta isla. Las mujeres hacen flores artificiales en coronas y ramos de porciones de la tribu alada y plumada, en que la isla abunda. También convierten las conchas en bosquecillos, de modo muy ingenioso, con gran fidelidad de imitación a la naturaleza. Para quien desee gozar el término de su existencia alejado del tumulto, ambición, vaivenes y cuidados del comercio, barahunda y duros climas del norte; para quien desee vivir en el seno de la naturaleza y sea feliz en su pequeña propiedad con todo lo que la tierra suministra en ventajas naturales, Santa Catalina es la morada; y en resumidas cuentas, quizás, tal vida es la mejor. Para un protestante no hay país católico tan agradable, pues la religión está aquí en su forma menos objetable. Ni un convento de frailes o monjas, ni monje, se ven en el lugar.

El general Rodil diónos a todos nosotros un banquete en tierra; y cuando pedimos la cuenta separada por el refrigerio, hallamos que este español generoso se nos había anticipado en el pago. Al arribo del barco dió a la tripulación tres novillos, y a los boteros una onza de oro. Del mismo modo, mandó un gran bote cargado con carne, legumbres, gallinas y artículos similares.

Zarpamos de Santa Catalina el 19 de mayo. El 27 avistamos tierra cerca de Río de Janeiro, donde fondeamos a las 5 p. m. el 27. La mañana siguiente fuí a tierra y entregué algunas cartas de que era portador para el coronel Cunningham. En vano intenté echar la vista a un periódico hasta el 30, y entonces encontré que las acciones de las compañías mineras sudamericanas, estaban con quebranto. El 31, sabiendo que el emperador Don Pedro iría a los oficios de la capilla real, asistí y oí alguna bella música sagrada y

los forzados trinos de varios eunucos que se conservan para edificación vocal de esta piadosa corte. Después aproveché una bondadosa invitación para acompañar al campo a Mr. D. Price, a quien debí muchas atenciones, para ver al capitán Barker, que fué de la "Northampton" del servicio de la Compañía de las Indias Orientales, y tenía allí una plantación. Visitéle segunda vez el 4 de junio. Veinte años ha se le llamaba viejo "Bob Barker" y ahora veía precisamente la misma persona, al parecer bastante contenta, y rodeada de población negra toda mezclada, como si fuese una familia. Por el aspecto de contento que mostraban, debí pensar que los esclavos son bondadosamente tratados. Parecen cómodos, y gustan de lo que demasiados de nuestros pobres trabajadores no disfrutan, paz de alma y abundancia de comida, Para su libertad, los últimos han de beber la amarga copa de la vida hasta las heces; el esclavo, sin libertad, aquí lleva una vida feliz, y creo, placentera.

Hablé de los antiguos tiempos y acontecimientos del pasado con mi amigo el capitán Barker y fuí en mula, el 7 de junio, a Praia Grande. De allí con un grupo de franceses crucé embarcado a la ciudad de San Sebastián; las damas nos cantaron durante la travesía una o dos canciones del *Trovador*. El 10 oímos malos rumores de las compañías mineras en Inglaterra, y a la noche asistimos a la Opera que, aunque escasamente concurrida, había mejorado mucho. La orquesta era muy buena y se representó muy bien *La caída de Palmira;* el principal papel fué representado por un eunuco gigante y su hermana. Como el "Briton" iba a permanecer uno o dos días más, fuí el 11 para ver una colección de pájaros e insectos, y el 12 al *Te-Deum* de la capilla real. Vi al emperador don Pedro, con la emperatriz cerca de él, cuando entraron en el carruaje, seguidos por las princesas y el joven duque o duquesa de....., olvidé de qué, uno de los bastardos imperiales. A la querida del emperador y primera dama de honor de la reina, se le rindieron los mismos honores por las tropas arrodilladas que a los de la familia real. ¡Esto eclipsaba la época de Luis XIV!

El 15 fuímos remolcados fuera de la hahía por los botes del barco de guerra británico de estación, y el 16 volvimos a perder de vista la costa rumbo a la vieja Inglaterra.

El 13 de agosto nos hallamos en latitud 49°, 27' N. y L. O. 7°, 2' y comunicamos con la goleta de guerra "Brazen", y numerosos barcos pasando cerca de Lizard. Al otro día cambiamos señales con un barco de guerra frente al Plymouth y pronto estuvimos fondeados en Portsmouth. Aquí concluye mi diario.

CAPITULO XVII

Sumario del desarrollo de la Revolución sudamericana.—Retardada por el clero cordobés.—Guerrillas gauchas cerca de Salta.—El doctor Readhead.—Influencia de Lima en contener a los independientes.—Revolución de Chile.—Don Bernardo O'Higgins.—San Martín.—Osorio.—Alarma en Valparaíso.—Negligencia de los patriotas después de la batalla de Maipú.—Fuerza naval.—Operaciones de Cochrane, Miller y otros jefes.—Llegada de Bolívar al Perú.

El levantamiento, marcha y terminación de la Revolución sudamericana, han sido ya detallados al mundo por más de un escritor. Un bosquejo muy condensado de estos sucesos relacionados con pasajes del diario precedente y por tanto algo conexos con él, espero no se considerará superfluo. Pocas palabras bastarán para este objeto y darán un epítome de sucesos, cuyo resultado es de grande importancia para toda nación y será más en el futuro. El descuido infatuado de la metrópoli para los reclamos de los colonos, su sistema de gobierno corrompido y el abandono de los sudamericanos a un usurpador, por la postración de España ante Napoleón, fueron las causas principales de la feliz lucha pasada, y de la emancipación del Nuevo Mundo.

El progreso de esta Revolución, en cuanto afecta a las Provincias del Río de la Plata, Chile y Perú, puede colegirse del siguiente breve bosquejo. Los gérmenes de la insurrección se sembraron, y se infundió el sentimiento del poder innato para la lucha, poco después de la invasión al Río de la Plata por Sir Home Popham, en 1806. El resultado de esta expedición mal dirigida, confirmó las impresiones previas. Un espíritu militar se apoderó de la gente, al que los sucesos relacionados con la metrópoli, añadieron nueva fuerza, hasta 1810, cuando ya todo sazonado, saltó la mina que sacudió al gobierno español en Sud América hasta la médula y finalmente lo derribó. Su primer efecto se sintió más de inmediato dentro de los límites de la Banda Oriental, y en todo el virreinato de Buenos Aires. El patriotismo

y deseo de libertad estallaron y se difundieron con rapidez sin ejemplo, levantando en armas todas las comarcas. Dependencias más aisladas, como Entre Ríos, Corrientes, y Misiones, observaban este estado de cosas con gran seriedad, mientras los estados del oeste, San Luis, San Juan, Cuyo y Rioja lo miraban todavía con menos interés, imaginando que algún cambio benéfico estaba próximo, pero sintiendo que había tiempo bastante para prepararse a actuar cuando sus fines se definiesen más. Las provincias situadas en la línea aparentemente inevitable que la revolución debía seguir, como Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Salta, vigilaban el progreso del avance revolucionario con sentimientos indescriptibles. Veían con alarma no pequeña cuán medrosamente se afectarían sus relaciones locales, y se alarmaban por el choque que se produciría, y la peligrosa incertidumbre en cuanto a los efectos finales.

En Córdoba, cuartel general de la influencia del virrey y la iglesia papista, los eclesiásticos, aunque no pudieron apagar el incendio, inventaron apaciguarlo temporalmente. Sin embargo, también allí estallaba a intervalos, mostrando su principio inextinguible. De Córdoba se extendió a Tucumán, donde se alimentó con nuevo combustible. Allí el general Belgrano, imbuído en espíritu ardiente de libertad, condujo sus armas y principios a Salta, de allí a Potosí y La Paz y todo el Desaguadero, pero en seguida fué obligado a desandar sus pasos, por falta de auxilio para sostenerse contra los oponentes realistas mandados por el general Pezuela y otros. El pesar consiguiente por este retrógrado estado de los asuntos costóle la vida a Belgrano.

Se siguió luego una reacción, y el poder de los revolucionarios, en la guerra intestina que se siguió, parecía casi agotado bajo la fuerza de los realistas. En Jujuy y Salta los esfuerzos de los patriotas parecían extinguidos, y fuerzas afortunadas empujaban hacia Tucumán. Nunca pude conseguir detalles particulares de los ataques depredatorios de las fuerzas realistas contra las provincias del norte; pero después de la derrota del general Tristán, por Belgrano, en las llanuras de Salta, se sostuvo una guerra de guerrillas lo más devastadora, por la población gaucha, encabezada por el valiente general Güemes, que hizo la posesión definitiva de Salta por los realistas, muy incómoda y arriesgada.

Por esta causa viéronse forzados a retirarse sin alcanzar su gran objetivo de apoderarse de Tucumán, cuyos habitantes, para su honor inmortal, la defendieron noblemente.

En este estado de guerra horrible permanecieron las cosas hasta 1825, tiempo durante el cual Salta soportó el choque del conflicto, siendo con frecuencia punto de contienda y posesión, entre los dos partidos beligerantes. Hoy los patriotas, mañana los realistas; sus habitantes se dividían unos contra otros; todo el tráfico perdido; y en intervalos de relativa quietud, dependían del precario comercio contrabandista para conseguir las necesidades de la vida. Los gauchos de la provincia en la campaña, solamente estaban animados por el propósito de exterminar godos a cualquier precio; mientras mucha gente de la ciudad, por motivos de interés privado se inclinaba a favorecer a los godos, y conservar el remanente de sus bienes, dejando abierto algún canal para comercio y subsistencia. De aquí que se debilitó la fuerza contra el enemigo común en la lucha y a la vez se produjeron disenciones entre el general Güemes y los principales habitantes de la ciudad. Los últimos luego exaltan su carácter y valor, en defensa de la provincia, contra fuerzas aplastadoras y por último cayó sacrificado. No es poco curioso que la defensa de Salta contra los realistas, fuese lo más efectivamente ayudada por la conducta reposada y enérgica del doctor Redhead, caballero de indudable honor e integridad, que había habitado en Salta quince años. Durante este período había mostrado su índole filantrópica dando los beneficios de sus conocimientos a todos los que le rodeaban. A sus propios paisanos, si sucedía que alguno penetrase los muros de la ciudad, les dispensaba ampliamente su bondad y buenos oficios.

En el Pacífico, o lado occidental de los Andes, la posición marítima de las provincias favorecía la ayuda auxiliar de otras, no levantadas en armas, o de la misma España. La proximidad de la capital peruana, Lima, prolongó la guerra y dióle carácter de especial acritud. En conclusión, Chile cargó con una gran deuda nacional, cuyo interés no puede liquidar; además de los males de compromisos absurdos (por ejemplo, los monopolios de los principales derechos de aduana), el mal manejo de la hacienda pública y el peculado individual hacían las cosas peores. La fe del gobierno, también empeñada en una imposibilidad absoluta se había que-

brantado. Además, no pagando el servicio de los empréstitos, la escasez individual está muy difundida.

Si la revolución de Chile estalló al mismo tiempo que en Buenos Aires, espontáneamente o de concierto con aquella provincia, no puedo decirlo, pero seguramente no se manejó con igual destreza. Mientras las dos principales familias disputaban sobre cuál mantendría mejor su influencia, el realista Osorio engañó a las dos. Los hechos son estos. Las familias de Carrera y La Reyna, estaban profundamente interesadas en la causa independiente; ambas deseaban ascender al poder por sus medios, pero naturalmente, diferían en la manera de realizarlo. Sus diferencias se arreglaron una vez por intervención de aquel valiente, mal recompensado, pero excelente, Bernardo O'Higgins, después Supremo Director de Chile (1). Las diferencias volvieron a producirse; los partidos se encontraron en el campo y se libró batalla en que Carrera fué feliz. El peligro del país aumentó luego con la llegada de más refuerzos de Lima, mandados por el general Osorio. O'Higgins volvió a asumir el mando, pero fué demasiado tarde. Los patriotas fueron atacados y derrotados en Rancagua, pero idearon reunirse con el valiente jefe y abrirse camino contra las filas españolas para escapar hasta Mendoza por la cordillera. Esto fué en 1814. El general Osorio, entonces, marchó sin ser molestado a Santiago, y la bandera española flameó en la capital. Volvió a oscurecerse la causa patriota. La riqueza, el poder e influencia de los godos se ejerció para abatir los ánimos de los patriotas y consolidar sus éxitos. En Valparaíso, Coquimbo y Concepción no se economizaron medios para prevenir el resurgimiento del partido subyugado; cuando de súbito las provincias chilenas volvieron a inflamarse con el fuego de la libertad.

El general San Martín entró en Chile por los pasos de Cuevas y Putaendo: movimiento en que desplegó gran talento militar y le valió el nombre de Aníbal de los Andes. La batalla de Chacabuco fué el resultado de este hábil *coup de main*, y otra vez las banderas independientes se desplegaron en la capital de Chile.

Cuando llegaron noticias a Lima de la victoria de

---

(1) Esto es casi en substancia lo que me dijo el general O'Higgins, que tenía costumbre de recibir ingleses en su ponche nocturno y conversar de Inglaterra. Había sido educado aquí y le gustaba mucho hablar de ello. Me preguntaba, horas enteras, de Richmond, teatro de su carrera y hazañas juveniles.

San Martín, los realistas, con infatigable perseverancia, volvieron a enviar una fuerza de ocho mil hombres, al mando de Osorio, yerno del virrey, para restaurar la fortuna caída de los españoles. El desgraciado Chile, una vez más fué destinado a ver derramar la sangre de sus hijos en la lucha por su independencia. Entretanto los patriotas no estaban ociosos. Levantaron con gran celeridad un ejército de seis mil hombres, y lo enviaron para atacar a los invasores. Esta fuerza se hizo más imponente con numerosos huasos auxiliares que formaban partidas guerrilleras de la clase más formidable. Los patriotas se encontraron con los realistas y los metieron casi en un *cul de sac* en la ciudad de Talca. El ejército patriota, tomó posición (el 19 de Marzo de 1818), que cortó la única probabilidad de escapar de los realistas, y para ellos el avance o retirada importaba casi igual destrucción. Se esperaba enviasen bandera de parlamento por la mañana, para tratar de la capitulación, y los diferentes regimientos patriotas vivaqueaban confiados en su seguridad.

El general Osorio parece haber sido jefe de gran audacia y recursos. En la oscuridad de la noche, cuando el campamento de su enemigo estaba sumergido en el sueño, llevó (a instancia, se decía, de su segundo en mando, general Ordóñez) un ataque súbito e impetuoso sobre la parte de fuerza patriota que había avanzado hasta la Cancha Rayada de Talca. No hubo tiempo para formar, tan silencioso y precavido fué el avance de los realistas. Luego se produjo el pánico, y la división principal de la fuerza asaltada huyó y fué completamente derrotada. La división al mando del general Las Heras, entre quien y los realistas se interponía una quebrada, y las tropas que tuvieron tiempo de formarse o estaban más alerta, cubrieron la retirada, con auxilio de la artillería de campaña, mandada por el actual general Miller. Así, con poca pérdida para los realistas, toda la fuerza patriota, menos la división Las Heras, fué destruída en una hora. Sucedió felizmente, que las fuerzas de Osorio en la obscuridad nocturna confundieron amigos con enemigos, y siguió una confusión horrible que impidióles aprovechar el éxito, o habrían marchado y tomado posesión de Santiago.

En esta misma época yo estaba a bordo del "Windham", anclado en la bahía de Valparaíso. No se sabía allí que el general Las Heras había salvado su división intacta, y no se recibían ningunas noticias de San Mar-

tín. Todo se daba por perdido, y una escuadra bloqueadora que yo había eludido pocos días antes, parecía solamente esperar el cambio de banderas en los fuertes, para resolver lo que se haría con los británicos. Decían que se habían impartido órdenes por el virrey de Lima, para purgar al país de todos los extranjeros, y estas órdenes se encontraron en comunicaciones tomadas después al general Osorio.

La "Ontario" goleta norteamericana de guerra, capitán Biddel, ocurrió hallarse entonces en el puerto, y de él recibí instrucciones para el caso de vernos obligados a proceder en la defensiva. Tenía tripulación excelente a bordo, con cuarenta cañones y había además tres o cuatro buques británicos bien armados. El capitán Biddel generosamente tomó el puesto de honor, proponiendo sacarnos a barlovento con los barcos norteamericanos. En estado de incertidumbre pasaron varios días, mientras estuvimos con una sola ancla, listas para zarpar. Circulaban muchas noticias, que mantenían a los patriotas en estado de horrenda duda. Se mantenían comunicaciones nocturnas entre los godos de tierra y los de la escuadra bloqueadora; los últimos, hora por hora esperaban entrar en el puerto. Si hubieran sido barcos británicos, en esta ocasión se habrían apoderado de él. El día siguiente de las noticias de la derrota patriota, el Lord Cochrane lo hubiera tomado en una hora.

Transcurrió una semana antes de saberse la verdad, que los realistas no habían continuado sus éxitos, y las fuerzas dispersas de los patriotas se habían vuelto a concentrar. Por esfuerzos que hicieron honor eterno al director y general en jefe, una fuerza patriota de cinco mil hombres, se aprontó para la lid el 5 de abril, día en que la gloriosa batalla de Maypú decidió los destinos de Chile, y del poder realista allí. Los detalles de este célebre combate no son desconocidos para el público, ni lo bien que los patriotas vencieron la batalla y fué sostenida por los realistas. Todavía la falla general de los sudamericanos, no aprovechar la victoria, se mostró allí. Nada impedía el embarque del ejército victorioso y la toma de Lima. Tan grande fué el pánico en aquella ciudad cuando llegó la noticia de la destrucción del general Osorio, que quinientos hombres podían haberse apoderado del lugar, y estuvo pronto para rendirse a cualquier fuerza por pequeña que fuera. El lord Cochrane habría ido y realizado la tarea con fuerza semejante, y ahorrado tres años de guerra y quizás otros tan-

tos millones de dinero para reparar la equivocación. La empresa era evidente en sí, y seguro el éxito para todo inglés y norteamericano en Santiago, de quienes era tema común de conversación.

El éxito de los patriotas los animó para hacer nuevos esfuerzos. A principios de noviembre 1819, los chilenos tenían al lord Cochrane de comandante naval en jefe, y una escuadra compuesta de los siete barcos siguientes, bajo su mando: "O'Higgins", cuarenta y ocho cañones, almirante el lord Cochrane, capitán Foster de la Armada Real; "Lautaro", cuarenta y cuatro, capitán Guise, A. R.; "San Martín", sesenta y cuatro, almirante Blanco, capitán Wilkinson, del servicio de las Indias Orientales; "Chacabuco", diez y ocho, capitán Carter, teniente de la A. R.; "Galvarino", diez y ocho, capitán Spry, teniente de la A. R.; "Araucano", diez y seis, capitán Crosbie, teniente de la . R.; "Pueyrredón", catorce, capitán Prunier, francés; haciendo un total de doscientos veinte cañones.

Con la precedente fuerza, el lord Cochrane, entró en la bahía del Callao y atacó los fuertes. Su recibimiento fué más furioso que lo que había esperado; pero, no siendo sostenido, por algunas circunstancias no explicadas, después de martillar sólo en los fuertes desde lejos y destruir uno de los ángulos extremos, fué forzado a aprovechar la brisa del mar, para cazar escotas y salir. Además del de los fuertes su señoría soportó el fuego de las fragatas "Esmeralda" y "Venganza", aparejadas como baterías flotantes. Luego se estableció bloqueo del puerto, y el lord Cochrane zarpó para el norte, apoderándose de Payta, Supe y otras dependencias marítimas del virreinato. El almirante Blanco que había quedado a cargo del bloqueo, necesitando provisiones regresó a Chile, por lo que se le sometió a un consejo de guerra y fué absuelto.

Se intentó una segunda expedición contra el Callao. Salió el 12 de septiembre, 1819. Ahora se emplearon cohetes a la congreve, pero fallaron por algún defecto del material que se supuso ideado por los obreros españoles que trabajaban en el arsenal. Se hizo entonces un valiente pero desgraciado asalto, y después una diversión mediante algunas tropas mandadas por el coronel Charles, amigo y compañero de sir Roberto Wilson, en la carrera de la gloria. Este bravo oficial con su fuerza en el "Lautaro", capitán Guise, y otro barco, siguió para Pisco, donde desembarcó y capturó la plaza; pero pagó

con su vida este éxito, y el mayor Miller fué herido en la mano y el hígado.

La escuadra luego volvió para Valparaíso otra vez, y su señoría zarpó de nuevo para el norte, en la esperanza de caer sobre la fragata "Prueba" único barco remanente de la escuedra de Cádiz últimamente enviada. La encontró en Guayaquil, con cañones y provisiones sacados y alijerada como para remontar el río fuera de su alcance. Tuvo éxito sin embargo, en capturar algunos buques valiosos, cargados con la madera, por que aquel lugar es notable. Desazonado y no habiendo conseguido tanto como deseaba, aunque más que lo que cualquier otro hubiera hecho en sus circunstancias, se presentó de regreso en Concepción. Allí conferenció con el general Freyre, gobernador, de quien obtuvo una pequeña fuerza compuesta solamente de doscientos cincuenta oficiales y solados. Con estos su señoría realizó una de las más brillantes hazañas que se recuerden en los anales navales de cualquier país, capturando Valdivia, Gibraltar del Pacífico. La partida atacante fué encabezada por los mayores Buchet y Miller. A esta hazaña siguió un ataque sobre Chiloe, donde el valiente Miller fué herido otra vez. Esta parte de la expedición fracasó, simplemente por falta de fuerza suficiente, defendiéndose el pueblo de la isla con su valor característico. Poco después de esto, a principios de 1820, el lord Cochrane regresó a Valparaíso, y asi terminó lo que se llamaría su segunda expedición.

Nuevos esfuerzos navales y militares se hicieron luego con vigor nunca igualado en Chile, ayudados con la presencia del heroe de Chacabuco y Maypú. El 20 de Agosto estaban alistados cuatro mil doscientos hombres. El general Arenales desembarcó en Pisco y destruyó el ejército que se le opuso en aquella comarca, al mando del general O'Reilly. En seguida el coronel Miller fué destacado a Arica, que tomó y obligó a izar la bandera patriota. Luego marchó a Tacna que subyugó de igual modo, matando más de mil trescientos enemigos en el curso de sus éxitos, con sólo trescientos hombres de su mando. Luego se reembarcó y en agosto, 1821, sorprendió a Pisco de noche, y conquistó Quilca, distrito de que asumió el mando. Después de ver las cosas asentadas en aquella región, se dirigió a Lima, y recibió el comando de las compañías de cazadores del ejército libertador que estaba posesionado de la capital.

Volviendo al cuerpo principal al mando de lord Co-

chrane y general San Martín, el ejército después de reponerse cincuenta días en Pisco, zarpó el 26 de octubre y llegó al Callao el 29. Mientras San Martín se dirigía al puerto de Ancón, un poco al norte de Lima, el lord Cochrane proyectó el ataque a la fragata española "Esmeralda", abordándola y la sacó de noche con los botes de su escuadra mandados por él mismo, aunque estaba amarrada bajo las baterías del Callao. No había más que doscientos cincuenta voluntarios en los catorce botes que realizaron esta acción atrevida y casi sin igual. La "Esmeralda" fué bien defendida y el lord Cochrane herido en el muslo. Se han otorgado títulos en Inglaterra por hechos sin la décima parte tan brillantes, hábiles o decididos.

Desembarcado por fin el ejército en Huacho, el 20 de noviembre, se estableció el cuartel general en Huara, pocas millas al interior y en enero, 1821, Lima, se diría haber sido sitiada, pues el ejército se hallaba a tres leguas de ella. Cuando por alguna causa no explicada las tropas hicieron un movimiento retrógrado, y no fué hasta julio de 1821 que la capital del Perú, enarboló los colores patriotas.

En este momento, cuando todo parecía encaminarse hacia la hora final del éxito el escenario se hizo nebuloso. Estallaron disenciones entre el lord Cochrane y San Martín, después de la ocupación de Lima. Estas fueron seguidas de desastres causados, algunos afirmaban, por la opresión de Monteagudo a quien San Martín confió las riendas del gobierno, durante su ausencia en Guayaquil, y se produjo una revolución en la ciudad. El general San Martín había ido para tener una conferencia con Bolívar, cuyo objeto no se conoce. El último había vencido a los españoles en Quito, se había apoderado del país entero en aquella región y se preparaba para concluir sus trabajos australes, uniendo sus fuerzas con las peruanas.

San Martín al volver a Lima, encontró su ministro derrocado, y el Congreso reunido, sin referencia a su opinión sobre el asunto. Presentó su renuncia del protectorado, embarcándose para Chile. Después de este acto de abjuración, el congreso de Lima se declaró cuerpo soberano constituyente. De vuelta en Chile, el lord Cochrane, disgustado, inmediatamente dejó el servicio de la república.

En este momento, la situación insegura de los asuntos, daba probabilidad de restablecerse a los intereses

vencidos y una nueva vuelta al antiguo régimen. Los generales españoles Canterac y Valdez, en el Perú, (durante los gobiernos imbéciles que siguieron a la renuncia de San Martín) habían tenido éxito de recuperar parte considerable del terreno perdido. Al fin recuperaron la posesión militar de la misma Lima, y La Serna fué proclamado virrey por nombramiento de su amo Fernando VII.

El pueblo se mantuvo entonces en estado de inquietud y sentimiento febril, respecto al resultado final de los asuntos, hasta la llegada del renombrado Bolívar. Este tenía consigo fuerza adecuada para dar vuelta la marea de la Victoria. Los generales realistas fueron obligados de nuevo a retirarse ante este heroe, perseguidos según su genio vió más expeditivo, hasta las batallas de Junín y Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. Estas batallas fueron decisivas en sus resultados, más que cualquier pelea durante la guerra y coronaron la independencia sudamericana. En el primero de estos grandes combates la caballería era mandada por Necochea, quien, herido gravemente, delegó en un inglés, el general Miller, que después se sostuvo gloriosamente como jefe en la batalla, y en seguida fué nombrado gobernador de Potosí, como ya he dicho. No hay ejemplo de extranjero en América, que, menor se mantuviese más independiente, o mayor, gobernase con mano más suave, o fuese más respetado y querido, que este valiente. No es poca gloria para Inglaterra ver a sus hijos distinguiéndose así en todas partes del mundo, honorablemente, valientemente y sin tacha, en la grande y gloriosa causa de la libertad.

INDICE

TALLERES GRÁFICOS
SCHENONE HNOS.
— & LINARI —
PASCO 735.-Bs. AIRES

